

PATIENCE  
GRIFFIN

ROMÁNTICA

A Escocia  
con  
Amor

Ganadora del premio New England Reader's Choice  
Doble finalista RITA Awards

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, junio 2017

Copyright © 2014 Patience Jackson

«Not Goodbye» copyright © Lynne Arrol

Publicada por primera vez por Signet Eclipse, un sello de New American Library, una división de Penguin Group (USA) LLC

Derechos de traducción gestionados por Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria SL

Todos los derechos reservados

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Agradecimientos](#)

[Guía de Pronunciación](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

*La distancia, no es el olvido.*

*A la memoria de...*

*Peter Jackson, mi hermano, mi amigo.*

*Janet Hosea Jackson, mi tía, mi mentora.*

*Ya vosotros... mamá, papá y abuelos.*

# Agradecimientos

Gracias a mi marido, James, y a mis hijos, Cagney, Mitchell y Jamie, por haberme animado y haber fregado los platos.

Muchas gracias a mis críticas/amigas Kathleen Baldwin, Carole Fowkes y Susan Anderson. También agradezco a Gretchen Craig, Rae—Dawn Brightman, Wayne Hill, y Bill Payne. Gracias por estar ahí durante el viaje.

Muchas gracias a Grace Burrowes, brillante autora de novelas de romance... de una desconocida a una amiga. Prometo retribuirlo.

Un agradecimiento especial a Kevan Lyon, el mejor agente del mundo. Y a la maravillosa Tracy Bernstein, mi editora. No hay nada como ser comprendido.

# Guía de Pronunciación

Aileen (AY—lin)

Ailsa (AIL—sa)

Bethia (BEA—ti—a)

Buchanan (byu—KAN—ahn)

Cait (Keit)

Caitriona (kah—TRI—na)

Céilidh (KAY—li) —una fiesta/danza.

Deydy (DI—di)

Macleod (ma—KLOUD)

Moira (MOY—ra)

## **Definiciones**

Hogmanay: la celebración escocesa del Año Nuevo.

Martes de Carnaval: el día anterior al Miércoles de Ceniza.



*Fabricantes de edredones de Gandiegow:*

*Nuestra vida no se mide por el número de edredones que producimos,  
sino por el número que regalamos.*

# Capítulo Uno

Cait Macleod frunció el ceño cuando las luces traseras del taxi se precipitaron hacia la noche. Estaba parada en un estacionamiento desierto en la costa noreste de Escocia a mediados de diciembre. Completamente sola. No era algo nuevo, pero igual le fastidiaba.

—No te preocupes por mí —le dijo al taxista que ya se había ido mientras se quitaba la nieve del zapato—. Estaré fenomenal.

Una furiosa ráfaga de viento le revolvió el cabello, haciéndolo girar alrededor de su cabeza como un hilo de pesca enredado. El dicho de que «nunca puedes volver a casa» le dio una bofetada en la cara tan determinadamente como lo hizo el viento. Miró el escaso resplandor de las luces que se alzaban desde el pueblo costero que se veía más abajo y se preguntó si estaba loca por pensar que podía recuperar la felicidad que había tenido una vez aquí. En lugar de regresar a casa con su cabeza escocesa en alto, regresaba a casa derrotada.

Pero no tuvo tiempo para reflexionar sobre lo que era o lo que podría ser de nuevo porque un frío invernal se apoderó de sus pies. Hizo una mueca a sus tacones metálicos de Brian Atwood<sup>1</sup> sumergidos en la nieve. Claramente, no había pensado lo suficiente en su vestimenta cuando decidió escapar de su mala vida en Chicago.

—Esto es un infierno de cumpleaños —dijo al viento. Treinta y un años hoy.

Había olvidado que Gandiegow era una comunidad cerrada, que no había coches detrás del aparcamiento, solo caminos para caminar. Y aquí estaba ella con cuatro pesadas maletas y solo dos brazos para arrastrarlas hasta el pueblo. Arrojó dos de sus bolsas a un árbol para que esperaran su turno. Hizo rodar las otras dos detrás de ella mientras cojeaba torpemente de camino al pueblo, todo esto al mismo tiempo que se quejaba en gaélico.

Gandiegow tenía exactamente sesenta y tres casas que se erguían en arco alrededor de la línea costera, con acantilados rocosos que encajonaban al pueblo. La ciudad parecía una extensión del océano por la forma en la que se acurrucaba junto al mar; en lugar de ondulaciones de agua, había casas. Ella había nacido en este pueblo. Había visto a su madre cocinar pan en su estufa de leña. Su padre, cuando se había preocupado por ser un buen padre, había enseñado a Cait a pescar a solo unos metros de los escalones de la entrada. Su abuela cascarrabias todavía vivía aquí en una de las pequeñas cabañas de piedra.

Cait suspiró pesadamente ante su situación. ¿Cómo había llegado a esto? Su marido infiel, Tom, estaba muerto. Su carrera periodística era casi un cadáver. Y su esperanza para revivir su vida estaba jadeando su último aliento.

Se detuvo, sacó su mapa y comprobó la ubicación de su bungalow recién comprado. Estaba más alejado, junto a los faroles; aislado, excepto por otra casa junto a la suya. Había comprado la cabaña a ciegas sobre la base de unas cuantas fotografías en Internet.

Era lo más loco que había hecho; venderlo todo y huir. Pero —se recordó a sí misma—, no estaba *huyendo*; estaba volviendo a casa. Su padre había sido el primero en desarraigar a Cait. Cuando tenía trece años, él la había arrastrado a ella y a mamá muy lejos de allí.

—Dios, no me he convertido en mi padre, ¿verdad? —dijo al viento.

No. Su temeraria mudanza no afectó a nadie más que a sí misma. Fue el engaño de Tom, su matrimonio dirigiéndose a la corte de divorcio, y luego todo lo sucio que se amontonó sobre su tumba es lo que llevó a Cait al punto de ruptura. Tenía que salir de Chicago y regresar a Escocia. Tal vez aquí podría recuperarse y eventualmente revivir su carrera de escritora.

Volvió a caminar con dificultad a través de la llovizna, sin pensar realmente en el frío. La tensión que se había acumulado en los últimos días estaba volviendo. Ahora había aumentado exponencialmente, haciendo que el

nudo en la parte posterior de su garganta se sintiera como un puño ardiendo.

*Deydy. La única familia que le quedaba a Cait.*

Su abuela le retorcería el cuello por no decirle que venía. Cait lo había intentado. Más o menos. Antes de que el plan comenzara a desarrollarse, Cait había llamado, pero Deydy no había respondido y no había contestador. ¿Qué tipo de nieta espera hasta el último segundo para que su abuela sepa que viene? ¿Una estúpida?

Pero, ¡no, señor!, Deydy no era una abuela típica. Cait la amaba, pero la vieja era complicada, una complicada cascarrabias. Durante su última llamada telefónica, su abuela había dejado perfectamente claro lo que pensaba de Cait: que era igualita al para nada bueno de su padre, de tal palo, tal astilla. Cait sabía que lo iba a pasar muy mal. Nunca le había dado a Deydy una buena razón por haber permanecido lejos tanto tiempo. ¿Pero, qué podía haberle dicho? ¿Qué no podía irse de la ciudad porque su marido se acostaba con cualquiera a la mínima oportunidad? ¿O, me perdí en el camino e hice todo lo que el infiel bastardo me dijo que hiciera? ¡Qué ridícula se sentía! Especialmente ahora. ¿Y si su abuela y los otros de la ciudad la rechazaban? Cait no la había visitado nunca, ni siquiera cuando era adulta y tenía los medios. En los ojos de Gandiegow su situación era indefendible, independientemente de Tom. Era como si Cait hubiera golpeado a sus parientes en la cara y seguramente ellos se lo devolverían dándole la espalda. ¿Qué haría entonces?

La grava y el aguanieve dieron paso a una calzada de adoquines. Bajo otras circunstancias, Cait habría encontrado aquello encantador, pero en este momento parecía el camino del diablo. Sus tacones se quedaban atrapados entre las piedras y cada pocos pasos, las ruedas de la maleta se atascaban también; de tener que arrastrar el equipaje mucho más lejos, corría el grave peligro de perder sus brazos.

Seis casas y dos giros más tarde, encontró la cabaña trece. Su corazón se detuvo. Tenía que haber un error. Este no podía ser el bungalow de dos

dormitorios que había visto en Internet. Aquello había sido una casa anticuada de ensueño, de una planta y media, y cubierta de hiedra. Esta era una ruina negra y ahumada.

—No puede ser —gruñó Cait.

Colgando de un poste de hierro forjado colgaba el letrero con un número trece. A juzgar por el aspecto de la madera carbonizada, un incendio se había adueñado de cada pedazo de su nuevo hogar. Lo único que quedaba era la pared de piedra que rodeaba el perímetro de la casa y una chimenea manchada de humo que sobresalía de las cenizas.

Su casa estaba muerta.

Todo tenía sentido ahora. *Las muertes vienen de tres en tres*. ¿No era ese el viejo refrán?

Bueno, el árbol de Navidad de Chicago había sido el primero en morir. Se había convertido en un esqueleto, arrojando agujas de pino por todo el piso. Tom, su mentira, engaño, comadreja de marido, fue después. Tuvo un ataque al corazón mientras insertaba su salchicha vacacionista en su amante. Y ahora su nuevo hogar también estaba muerto. Una maldita pira fúnebre.

Un escalofrío, que no tenía nada que ver con el clima glacial escocés de diciembre, la alcanzó.

—Soy una maldita idiota. ¿Podría ser peor?

Una gota de agua gruesa golpeó su cabeza. Luego otra. Justo ahí, los cielos se abrieron y dejaron caer una lluvia de mierda sobre su cabeza de idiota. Miró hacia arriba.

—Gracias.

Arrastró sus bolsas a la casa contigua con la intención de usar el teléfono de su vecino. Mientras caminaba hacia el porche, formuló algunas palabras escogidas para el agente de bienes raíces de internet —¡el gran estafador!

Antes de alcanzar la aldaba, Cait decidió quitarse primero una piedra de su zapato. Pero cuando se inclinó, la puerta se abrió de repente. Por el rabillo del ojo vio a un hombre que se detuvo. Estaba bastante segura, incluso desde

ese ángulo de le estaba echando una buena ojeada a su trasero.

Tenía toda la intención de decirle lo que pensaba —no permitía que los hombres se la comieran con los ojos—, pero cuando se levantó y vio quién la miraba...

¡Dios mío! Casi se cae de bruces sobre el hielo y el barro.

No podía recuperar el aliento. Graham Buchanan. Era Graham Buchanan en persona. Él era tan escandalosamente guapo que parecía brillar y brillar, y ella no podía quitarle los ojos de encima. Más impresionante de lo que se veía en la pantalla grande o en una revista. Sin brillo, sin glamour, sin gel para el cabello. Sin nada de eso. Y mejor, mucho mejor: el cabello castaño desordenado hasta el cuello, su barba de dos días, y el ceño de un guerrero escocés como una insignia de honor. Sexy como el infierno.

Ella había venido a esta casa para pedir algo, ¡pero, por el amor de Dios!, no podía recordar qué. Todo lo que podía hacer era mirar fijamente su pecho ancho y su cuerpo alto. Se lamió los labios. Su colonia picante la atrajo.

Él dio un paso atrás, listo para cerrarle la puerta en la cara.

—Espera —gritó ella. Aún necesitaba un teléfono... y olerle un segundo más, una tentadora mezcla de jengibre, cardamomo y nuez moscada.

—Estás con la prensa —acusó.

¿Cómo lo sabía? Graham Buchanan debía tener un sexto sentido.

Pero en este momento, a quién le importaba. Su acento escocés rodó de su lengua como el caramelo derretido. Quería acurrucarlo. Y las feromonas que salían de él eran tan palpables que la tenían queriendo arrodillarse y ofrecerse como su esclava de amor, de sexo, su todo.

Compton, Cait.

Se enderezó y respiró hondo, luego mintió como si su carrera dependiera de ello.

—No estoy con la prensa. —Ya no. Editar el Chicago Fishermen's Monthly no contaba cuando se trataba de créditos periodísticos.

Ella miró sus ojos marrones y dorados. Estando cerca de él, su corazón

golpeaba contra sus entrañas como un tejón salvaje dentro de un tambor de metal. Cerró los ojos, intentando centrarse. No funcionó. Se sentía como la envidia de toda mujer que ovulaba en el mundo libre. No era todos los días que se paraba en presencia del Hombre Más Sexy de Mundo.

Entonces la golpeó como una bola de demolición, ¡BUM! El título de la revista People en su bolso de mano:

*GRAHAM BUCHANAN: OTRA VEZ DESAPARECIDO.*

Según la revista People, lo habían buscado por todos lados, pero ella lo había encontrado, y ahora, estaba allí a pocos pasos de distancia. Había encontrado al actor perdido. Cait Macleod lo había logrado: ¡había encontrado a Graham Buchanan!

Dentro de la cabaña, la voz de otro hombre sonó detrás de Graham.

—¿Qué pasa? —Sonaba un poco perturbado.

Graham arqueó las cejas, desconfiando de lo que tenía en frente.

—No estoy seguro —respondió. En cualquier momento le cerraría la puerta en la cara.

Cait metió la mano en el bolso. Necesitaba usar el teléfono.

—¿Entonces no eres periodista? —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Pareces una de esas sanguijuelas paparazzi.

—Cielos no. Yo... —Su cerebro se tambaleó y la respuesta más estúpida salió de ella—. Soy una costurera, hago edredones.

Graham se echó hacia atrás.

—¿Eres una qué? —Él cerró la puerta un poco más.

Un niño la salvó. Se acercó por detrás de Graham y le agarró la mano. El chico tenía unos seis años, cabello rojo oscuro, ojos tristes y boca aún más triste. Graham puso su brazo protector alrededor de él.

—Entra en casa, Mattie. —Obedientemente, el niño se volvió y se marchó. Graham lo observó hasta que desapareció y luego volvió a mirarla.

—Normalmente tengo razón sobre estas cosas. No puedo creer que no estés con la prensa.

—Te equivocas esta vez, macho. —Su educación episcopal le hizo querer hacerse el Signo de la Cruz, una pequeña protección contra mentir tan fervorosamente. Y por llamar a la mega estrella macho. Hizo un gesto hacia su desgracia—. Esa es mi casa, la de al lado. —Tomó un par de respiraciones profundas, tratando de recuperar su compostura—. La que se parece a una fogata que salió mal. —Se aseguró de que le mirara a la cara para que no supiera que había mentido sobre su profesión.

Él se inclinó y asintió.

—Se incendió hace dos días.

Cait también miró a su casa quemada.

—Sabía que era demasiado bueno para ser verdad. Estoy plagada de mala suerte.

—La suerte no tiene nada que ver con eso. —Se encogió de hombros—. Cableado defectuoso, es lo que he escuchado.

—¿Qué hay de tu teléfono? Mi móvil está muerto —dijo, quitándose la lluvia de los ojos.

Él pareció darse cuenta en ese momento de que ella estaba empapada.

—Entra. —Todavía sonaba receloso, pero dio un paso hacia un lado y abrió la puerta completamente—. Duncan, tenemos compañía.

—¿Qué? —Un joven apareció, de la misma altura que Graham, tan parecido al actor que hizo que Cait los mirara a ambos. Dos cosas la golpearon a la vez.

El hombre detrás de Graham era el pequeño Duncan MacKinnon, al que una vez había protegido de un abusón en la escuela de una sola aula de Gandiegow. ¡Dios mío! Lo había cuidado de bebé en varias ocasiones. ¿Duncan tendría, qué, veinticinco o veintiséis años?

En segundo lugar y lo más increíble, Duncan MacKinnon era indudablemente el hijo de Graham Buchanan. La gente insistía en que la estrella no tenía familia. Pero el parecido era abrumador. ¿Y el niño triste? ¿El nieto de Graham? Se frotó las sienes. Era casi demasiado para asimilar.



—Duncan, conoce a tu nueva vecina. —Graham la miró con curiosidad—. ¿Srta...?

—Caitriona Macleod.

—¿Caity Macleod? —dijo Graham incrédulo.

Caity. Su madre la llamaba así y los aldeanos también. Sin embargo, su madrastra se había negado, insistiendo en que Cait dejara a la «y» junto con sus otros rasgos escoceses.

Los hombres la miraron boquiabiertos en la entrada.

Finalmente, Graham encontró su voz.

—Conocía bien a Nora, tu madre. ¿Deydy sabe que has venido?

—No, pero planeo... —empezó ella.

—¿Eres tonta? —Graham la tomó del brazo y la condujo a una pequeña pero acogedora sala de estar—. Llámala. —Señaló el teléfono de pared negro de la década de los sesenta que colgaba de los paneles de madera.

Cait cruzó los brazos.

—Ya es tarde. Llevo más de veinticuatro horas despierta. La veré mañana. —Graham podría ser una superestrella, pero no podía decirle qué hacer—. Escucha, estoy demasiado mojada, demasiado cansada y mi cerebro demasiado confundido como para lidiar con Deydy. ¿Hay algún hotel en la ciudad?

Los hombres la miraron con desaprobación y asombro, como si ella, por cabeza dura, estuviese llevando un bote hacia un huracán. Un huracán grosero llamado Deydy.

Duncan la empujó, mucho más amablemente que su padre.

—Tienes que llamarla. Es familia. No querrás que se moleste. —Sonaba como una advertencia, una sirena anunciando el peligro.

Tenía razón en una cosa: Cait no quería que Deydy, la mujer más desmoralizante de toda Escocia, se molestara. Pero no había como evitarlo. Cait era la nieta pródiga, y eso era un poderoso desagrado que prefería enfrentar cuando estuviera seca y cuando sus pies no fueran como un par de

muñones en tacones de seiscientos dólares.

Se quitó su abrigo de *Barbour*<sup>2</sup>. Nunca les diría la verdadera razón por la que no le pedía a su abuela que la acogiera. Rechazo. Cait ya estaba cansada de despedidas, negaciones, rechazos y repudios.

—Mañana. Mañana veré a Deydy. Esta noche necesito un hotel.

Cait consiguió que el ceño de Graham se frunciera aún más.

—No hay hoteles en Gandiegow —dijo, irritado.

—Es cierto —dijo Duncan con resentimiento—, pero él puede ayudarte.  
—Hizo un gesto hacia su padre.

No sabía que estaba pasando entre esos dos, pero al menos alguien estaba de su lado. Cait usó lo mejor que había aprendido en Chicago para mirar a Graham.

Finalmente, Graham cayó con un suspiro de resignación.

—Si insistes en ser obstinada, puedes quedarte en la habitación del bar.

Ella era la que debía ser circunspecta ahora.

—¿Sabes con certeza que puedo usar la habitación? ¿No deberías hablar primero con el dueño del bar?

Los hombres compartieron una mirada concedora.

Graham tiró de las manijas de sus maletas y se dirigió hacia la puerta.

—Sí, tienes suerte. El dueño no te rechazará esta noche.

Cait se volvió hacia Duncan.

—Me alegro de verte, de nuevo.

—¿Entonces te acuerdas de mí? —dijo Duncan.

—¿Cómo podría olvidar al pequeño Dunkie MacKinnon? Solía cuidarte en casa de tu abuela —dijo.

Duncan sonrió.

—Recuerdo que comía galletas cuando me cuidabas.

—Nos pondremos al día más tarde —dijo con una sonrisa genuina, luego se dio cuenta de que Graham ya estaba fuera.

Salió y vio que la lluvia se había convertido en aguanieve.

—El clima es *estupendo*.

Graham negó con la cabeza.

—¿Qué esperabas? Es diciembre en Escocia. —Se sintió como una idiota y se puso las solapas alrededor de la cara para bloquear la bienvenida al *diciembre en Escocia*—. El resto de mis maletas están en el aparcamiento.

—Vamos al bar primero, luego iré a por el resto.

—Gracias.

La conversación terminó allí y un millón de pensamientos convergieron en ella. ¿Era allí donde Graham estuvo cuando desapareció durante meses? Si Duncan MacKinnon era su hijo, ¿por qué la prensa no lo sabía? Aún más desconcertante, ¿por qué *ella* no lo sabía? Creció en Gandiegow. Cait se resbaló y se agarró a Graham, quien dejó caer las manijas de las maletas y la cogió, atrapándola por la cintura con un fuerte agarre. Por un momento, estuvieron muy juntos, con las manos de ella sujetas a sus bíceps; sus bíceps de acero. El tiempo se detuvo. Antes de este momento, no habría dado dos centavos por un hombre musculoso. En un abrir y cerrar de ojos, Graham Buchanan había cambiado esa idea. Lo miró a la cara y se convirtió en un charco caliente en sus capaces brazos.

«Vaya, Cait. Sujétate».

Ella dejó caer las manos, se aseguró de que estaba en terreno firme y luego siguió adelante, sin mirarlo. Gracias a Dios no tardaron mucho en llegar al bar o hubiera terminado pidiéndole un autógrafo... o preguntándole si necesitaba un cuerpo cálido para acurrucarse esta noche.

Graham sacó una vieja llave de su abrigo, abrió la puerta y la mantuvo abierta para ella.

—El interruptor está a tu derecha.

Entonces, se dio cuenta.

—Eres todo un bromista, ¿no? —Ella imitó su voz de barítono—. *El dueño no te rechazará esta noche*, y todo eso. —Accionó el interruptor y el lugar se iluminó con el ambiente del viejo mundo, todo de madera oscura en el

suelo, mesas y mostrador. Las sillas levantadas sobre las mesas. El suelo había sido pulido por la pulcritud en persona. Solo le faltaba una banda de escoceses ruidosos y hubiera sido perfecto.

—¿Por qué no está abierto? —preguntó Cait.

—Reformas. Mañana por la noche es la gran reapertura de El Pescador. —Por primera vez, lo vio sonreír sinceramente—. Vamos a subir y secarnos; por aquí.

Caminaron, pasando junto a la barra por un estrecho conjunto de escaleras. Él tuvo que agachar la cabeza para subir.

Ella lo siguió, obteniendo una gratificante visión de su trasero en vaqueros. En la parte superior, llegaron a un pequeño pasillo con dos puertas. Él señaló una.

—El baño está allí. —Abrió la otra puerta—. El dormitorio. No es mucho. Sin embargo, debería ser suficiente para esta noche. —Él frunció el ceño como lo había hecho anteriormente—. ¿Estás segura de que no quieres quedarte con Deydy esta noche?

Ella negó.

—Bueno, pues voy a buscar las otras bolsas. —Señaló al armario—. Las toallas y la ropa de cama están ahí. —Luego se fue.

Cait se apresuró a quitarse los zapatos arruinados y se liberó de su abrigo. Sus pantalones Jones New York nunca volverían a ser lo mismo así que se deshizo de ellos también. Cuando dejó caer su camisa blanca ajustada al suelo y se quedó en sujetador y bragas de corte francés, la puerta se abrió.

Graham se quedó boquiabierto.

—Yo... yo... solo he vuelto para decirte que dejaré las otras bolsas en el pasillo.

Que Dios lo bendiga, estaba avergonzado, pero no lo suficiente como para apartar la mirada. Echó un último vistazo a la ropa interior de Cait, con apreciación y se marchó, cerrando la puerta. Debería estar enfadada con él. Sin embargo, su vientre se calentó con excitación mientras la adrenalina le

hizo temblar. ¿Qué le pasaba?

¿Qué mujer no se pondría un poco nerviosa con Graham Buchanan mirando su ropa interior?

El espejo reflejó su rostro ruborizado y sus brillantes ojos. «Oh, cállate», murmuró a su reflejo.

---

1 Marca de diseñador

2 Marca de ropa.

## Capítulo Dos

Cait se apresuró a ponerse el pijama, sacó el edredón doble de su madre, se envolvió en él y buscó la revista *People* en su bolso.

El artículo de Graham Buchanan se extendía a lo largo de cuatro páginas, aunque había muy poca información en él. El sexy actor tenía una inclinación por desaparecer durante meses, poniendo a la prensa y a sus fans histéricos. «¿Cómo has evadido a los paparazzi por tanto tiempo?» le preguntó al hermoso rostro que muchas mujeres adoraban.

Ella también se había enamorado de él cuando interpretó al Sr. Darcy en *Orgullo y Prejuicio*. Más recientemente, había interpretado al Coronel Brandon en una nueva producción de «Sentido y Sensibilidad» de la BBC, y había estado deleitable con su largo cabello oscuro y sus penetrantes ojos marrones. Todos los héroes de Jane Austen se convirtieron en uno.

Pasó un dedo por su mandíbula cuadrada, nariz fuerte y labios sensuales. *Delicioso*. Lástima que no quisiera involucrarse con ningún otro hombre. Sucios perros infieles.

Pasó la página a una imagen de Graham en diferentes momentos de su carrera. Llevaba una falda escocesa para *Courage at Midnight*, un traje afilado en *The Last Hour*, y por supuesto, su chaleco y pañuelo como Darcy.

La realidad la golpeó de nuevo. Había encontrado a la celebridad desaparecida. Mala suerte para él, pero este podría ser el gran golpe que había estado esperando. El camino para revivir su carrera. Una forma de recuperar algo de vida.

Ser periodista la había definido una vez. Y había sido buena en eso, la reportera investigadora más joven en el *Chicago Sun Times*. Nunca debería haber dejado que Tom la presionara para que renunciara a algo que amaba. Mirando por la ventana, las últimas semanas se le arremolinaron con vívidos detalles.

Se había sentido como en un mundo surrealista ante la tumba de Tom, con la amante de su difunto esposo parada a solo unos metros de distancia. Iba ataviada con una minifalda de cuero y botas altas hasta los muslos, y se lamentaba como si fuera una viuda desconsolada. Como venganza, Cait volvió a casa y vendió el prístino Ford Mustang 1968 de Tom a un adolescente de la calle por solo cincuenta dólares. Tom debería haberlo pensado dos veces antes de follarse a la puta de su novia en el asiento trasero del Mustang, en la entrada de su casa. ¿Pensaría que los vecinos no se iban a dar cuenta de que aquel coche se movía como el pico de un pájaro carpintero?

Cait masajeó su frente. «Olvídate de Tom. Olvídate de todos los hombres, incluyendo a tu padre, que te abandonó».

Algunas mujeres podrían pensar que la mejor venganza era gastar el dinero del seguro de vida de la rata sucia, pero más que nada, Cait quería su carrera de vuelta. Podía ver el primer titular:

*PERIODISTA ENCUENTRA CELEBRIDAD PERDIDA.*

Por supuesto, el mismo artículo que resucitaría su carrera podría herir a Graham Buchanan y a su familia. Era evidente que los había ocultado aquí por una razón. Pero estaba en una posición que no podía desperdiciar y seguramente lo lamentaría si dejaba que un hombre se interpusiera en su carrera otra vez. Antes de dormirse, Cait conectó su adaptador y su móvil, luego miró el número que había encontrado y guardado hacía un rato: el número de teléfono de la editora ejecutiva de la revista People.

Tras dos timbres, se escuchó una voz.

—*Margery Pinchot.*

—Le habla Cait Macleod. Sé dónde está Graham Buchanan —dijo Cait, sintiéndose fuerte y decidida, y un poco sin aliento—. Quiero una exclusiva y quiero un buen trato.

—Dime dónde está —prosiguió Margery Pinchot—. Te enviaré un fotógrafo.

—De ninguna manera. Yo me encargo. Envíame un contrato por correo



electrónico y te lo enviaré de vuelta si todo está en orden.

Intercambiaron direcciones.

—Usted tiene un buen negocio entre manos, Srta. Macleod —dijo Margery al terminar.

—Puede estar segura de eso. —Cait finalizó la llamada.

Un poco agitada e ignorando su agotamiento por el viaje, se puso a trabajar, garabateando un «APARECE ACTOR PERDIDO» en una página de su cuaderno. Escribió como si su vida dependiera de ello, ignorando la culpa. No había vuelta atrás en aquel momento. El mundo del reportaje era pequeño y su nombre se hundiría en el barro si no aprovechaba la oportunidad. ¿Y si Graham era una persona con sentimientos? Esta era la oportunidad de toda una vida, la forma perfecta de darle un giro a su carrera. Estaba harta de jugar a ser la Srta. Buenas intenciones.

En algún momento de la madrugada, Cait deslizó su cuaderno debajo del colchón, extendió el edredón de su madre y se metió debajo. Debería haberse quedado dormida de inmediato, pero desafortunadamente, sus dudas también se acurrucaron debajo de la colcha con ella.

Normalmente en esta época del año, su casa habría parecido una explosión de Navidad. Habría acebo y muérdago, campanas y luces, y regalos, todos atados con lazos. Antes de salir de Chicago, lo único que había debajo de su árbol eran macetas de flores muertas, del funeral de Tom. Los pétalos secos mezclados con agujas de pino en la alfombra habían sido un anuncio de que la Navidad de este año estaba verdaderamente jodida.

Al igual que su carrera una vez prometedora, ahora reducida a la edición de un boletín de salón de belleza, varios anuncios de Penny Saver y la revista de pesca local en su mesa de cocina. ¿Cómo podía haber pasado del periodismo de investigación a entrañas de peces y corrección de gramática? Tom, así era como lo había logrado. Él la quería en casa, para que cuidara de él, limpiara su casa y entretuviera a sus socios de negocios. Ella había renunciado, pieza tras pieza de sí misma hasta que apenas era reconocible.

Bueno, el artículo sobre Graham Buchanan sin duda cambiaría todo eso.

Sonrió con esperanza, pero mientras el viento aullaba fuera, otras preocupaciones flotaron a su alrededor. Después de dieciocho años, ¿su querida abuela le daría la bienvenida? Deydy le había pedido una y otra vez que viniera a visitarla, pero cada vez que se lo proponía a Tom le ponía algún obstáculo o la convencía de no ir. Ahora sabía que había sido una idiota por querer complacer a su marido.

Levantó las mantas hasta el mentón. A lo mejor seguía siendo una idiota. Tal vez debería dar media vuelta y regresar a Chicago, reanudar su miserable existencia en su gran casa vacía antes de venderla. Su cabaña aquí estaba carbonizada más allá del reconocimiento, un desastre incinerado. Muerta. Una pérdida. Como su matrimonio. Y su estúpido esposo.

Cait se acercó y tocó la urna de su madre, que le había costado mucho pasar a través de la seguridad del aeropuerto. «¿Qué voy a hacer, mamá?»

La única respuesta que obtuvo fue el incesante golpeteo del aguanieve en el techo sobre su cabeza. Huir no había arreglado nada, pero al menos había escapado de la vida de ataúd en la que Tom la había encerrado.



Cuando Cait despertó, se sintió mejor y el sol brillaba en el cielo. Empujó las sábanas e inmediatamente volvió a tirar de ellas. «Dios, hacía un frío de muerte». Esperó unos minutos más, acurrucándose y luego, a regañadientes, se levantó de la cama.

Rápidamente, se vistió con un suéter de cuello alto de cachemira, una chaqueta J. Crew de color marrón, pantalones de pana y botas de cuero. Seguía teniendo frío. Envolvió una bufanda de color café alrededor de su cuello, se puso un abrigo y un gorro de lana de color marrón oscuro. Un poco más caliente, fue en busca de café. Desde lo alto del rellano, miró hacia abajo.

Graham estaba parado al final de la escalera, esperando.

—He oído que te levantabas. —Su voz sonaba tan reconfortante como la

taza humeante que sostenía.

Ella bajó las escaleras hacia él, determinada a que no se repitiera lo ocurrido la noche anterior. No se comportaría como la presidenta de su club de fans. Cait lo trataría como a cualquiera. Podría ser genial y una estrella de cine, pero tenía un cromosoma y no tenía interés en los hombres, punto.

—¿No hay calefacción en el bar?

Él se encogió de hombros y le entregó la taza. Justo lo que necesitaba. Tomó un sorbo y la culpa por el artículo comenzó a arrastrarse de nuevo. Seguro que el karma le pasaría factura por exponerlo. Había sido amable con ella. Había dejado que se quedara en su bar. Había llevado sus gigantescas maletas a través de fuertes vientos. Y ahora, una taza caliente de café. Empujó su auto recriminación a un lado.

Parecía casual, con su jersey de lana gris y pantalones oscuros. Olía muy bien y era más guapo a la luz del día que la noche anterior. Simplemente increíble. Pero la forma en que sus ojos se abrigaban en ella le hacía pensar que podía leerle cada pensamiento.

—Son las dos de la tarde —anunció con las cejas juntas—. Deydy sabe que estás aquí.

—Mierda.

—Será mejor que te des prisa y vayas —dijo.

Cait oyó el «o si no» en su voz y pensó en su abuela. ¿Era Gandiegow realmente el nuevo comienzo que necesitaba? Cait tenía historia aquí. Sí, fue el último lugar en el que se acordó de ser verdaderamente feliz, pero también era el lugar donde le habían arrancado el alma.

Ella frunció el ceño ante Graham.

—No voy a ir a ninguna parte con el estómago vacío.

Sus ojos se oscurecieron en advertencia:

—Deydy te esperaba temprano.

—Estoy segura de que no pasará nada. —Cait se dejó caer en una de las sillas.

Él sacudió la cabeza.

—Es tu funeral.

—No sería el primero —dijo Cait hacia su taza. Luego agitó sus pestañas —. ¿Hay algún panecillo en la cocina?

Graham se alejó murmurando, mientras avanzaba a través de las mamparas. *Cabezota*, fue la única palabra que capturó.

—Me gustan calientes —dijo ella.

Se relajó y miró por la ventana.

El viento azotó el mar y lo volvió espumoso, arrojándolo contra la orilla. Como bálanos amistosos, las pequeñas granjas y cabañas abrazaban la costa rocosa. Un puñado de barcos salía del largo muelle hacia el este. Todo era tan familiar y extraño al mismo tiempo.

Graham volvió a entrar en la habitación con un plato de salchichas calientes y un solo panecillo. Le golpeó de nuevo lo surrealista que era eso. Graham Buchanan, su camarero. Anoche, Graham Buchanan, su botones. ¿Cuánto se le da de propina a un multimillonario? Dejó el plato y empezó a alejarse.

Ella dio una palmada en el asiento a su lado.

—Tómame un descanso y dime cómo están los pescadores.

Se detuvo en seco y se volvió lentamente, inclinando la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué te importa?

—Es mi ciudad natal.

Estudiándola de cerca, vaciló un momento más, luego se deslizó en el puesto frente a ella. Finalmente, habló.

—El pueblo ha muerto. La mayoría de la gente se fue para Lios o Fairge para trabajar tras la Gran Tormenta. Algunos a Aberdeen o Inverness o más allá.

Cait buscó su rostro.

—¿Y tú? ¿Por qué estás aquí?

Meneó la cabeza, mirando al mar.

¡Maldita sea! Había encontrado a Graham Buchanan, pero aún no tenía la historia. Se volvió hacia ella.

—¿Qué harás ahora que has visto tu casa?

Ella también miró al mar.

—Puede que sea un desastre, pero es mía. Me quedo y necesito tu ayuda.

Puso ambas manos sobre la mesa.

—¿Mi ayuda?

—La habitación de arriba. Déjeme alquilarla mientras mi bungalow se reconstruye.

—Olvídalo —dijo sin piedad—, quédate con tu abuela.

—No puedo hacerlo —respondió Cait—. ¿Quedarse con Deydy en su casa de una habitación? No funcionaría. No hay espacio para mí.

—Pero ella es tu familia —argumentó—. Es lo que las familias hacen los unos por los otros.

Ella alzó una ceja hacia él.

—No pienso cambiar de idea. —*Además, Abu puede no quererme allí. Esa vieja sabe guardar rencor.*

—Me estás poniendo en una posición horrible. —Su acento se hizo más notable mientras murmuraba para sí mismo—. Eres la hija de Nora Macleod. —Se pasó una mano por el pelo—. Supongo que si no hay problema con Deydy, no habrá problema conmigo, tampoco.

—Gracias.

Cait quería abrazarlo, pero en su lugar extendió la mano para sellar el trato. Cuando su mano tomó la suya, una cálida sensación eléctrica se extendió por su brazo. Había tenido bastante éxito en parecer indiferente a sus encantos esa mañana, pero ahora estaba impactada, simple y llanamente. Era la única explicación de por qué se ponía toda blanda y pegajosa por dentro cuando le tocaba. Ella apartó su mano, recordándose a sí misma que no era nada para los actores superficiales que tenían relaciones que desechaban como si nada.

Ella captó la extraña mirada en su rostro y supo que él también la había sentido. Una conexión. Se levantó.

—¿Estás lista?

Ella se levantó y miró su ropa.

—¿Esto es lo suficientemente bueno para Deydy?

—¿Qué? —Sonaba incrédulo.

Cait puso las manos en las caderas.

—No la he visto en mucho tiempo. Necesito causar una buena impresión. —Se alisó los pantalones—. Estaría menos nerviosa si tuviera una audiencia con la Reina.

La escudriñó de la cabeza a los pies, lo bastante íntimamente como para remover sus entrañas.

—Estas perfecta —dijo finalmente, con el ceño fruncido.

Ella tomó la iniciativa y salió por la puerta.

—Apuesto a que Deydy encontrará algo que criticar. Siempre lo encuentra.

—Muchacha, ¿no crees que este pueblo y su gente pueden cambiar? —preguntó, siguiéndola.

—No Deydy. No Gandiegow. Siempre permanecerán iguales.

El sol de antes se había arrastrado detrás de las nubes, dejando solo un día gris de diciembre. El olor de la sal del mar llenó sus pulmones, un olor olvidado hacía mucho tiempo. Caminaron en silencio frente a los negocios. Tres se mantenían cerrados y solo dos estaban todavía abiertos: la tienda general y de alquiler de DVD y la peluquería /ferretería.

Una joven de cabello oscuro salió corriendo y los llamó mientras pasaban.

—Buenos días.

Graham sonrió y le devolvió el saludo.

Cait giró la cabeza mientras la mujer la saludaba también.

—Que amable. No es algo que veas en la gran ciudad —dijo Cait.

—Es Amy —respondió—, una de las muchachas del grupo de costura de tu abuelita.

A continuación vinieron una hilera de casas alineadas contra la costa, algunas pintadas de azul brillante, algunas rojas y algunas blancas, todas encantadoras. Estaba muy lejos de los altos edificios de Chicago. Allí nunca se había sentido como en casa, solo claustrofóbica. En este momento, su corazón alzó el vuelo y se sintió contenta de haber regresado a Gandiegow.

Su sentimiento de pertenencia no duró mucho. Mientras avanzaban por el paseo marítimo, varios habitantes de la ciudad saludaron a Graham desde la puerta de su casa. Cait tuvo la sensación de que *amabilidad* no era lo único que había allí. Ella sospechaba que estaban usando a Graham como excusa para salir y mirarla a ella. Los forasteros no eran fácilmente aceptados en la comunidad. Y un extraño era exactamente en lo que ella se había convertido.

Entonces una verdadera aprensión se apoderó de ella. Cuanto más se acercaba Cait al final de la ciudad donde estaba la cabaña de su abuela, más pesados eran sus pies. Su maestra de primaria, la Sra. Lamont, había descrito a Deydy como «la sal de la Tierra». Cait solo recordaba lo descompuesta que podía ser la señora. Su abuela parecía vieja en aquel entonces y se preguntó qué encontraría ahora.

Llegaron a la casa, una caja de treinta y seis metros cuadrados. Graham llamó a la pequeña puerta de madera y se apartó.

Cait trató de ajustar su postura para parecer indiferente, pero solo logró parecer incómoda.

Deydy abrió la puerta.

—Todo gira acerca del maldito tiempo...

*Dios mío, parecía la misma pequeña, vieja y arrugada.*

Cait no dijo nada. No se atrevía a tomar la postura equivocada ante su feroz abuela.

Graham señaló a Cait.

—La he traído tan pronto como... —Él no lanzó a Cait a los lobos, pero

retrocedió un poco más. Tal vez para estar fuera de alcance en caso de que Deydy le lanzara un jamón o algo.

Su abuela la miró.

—¿Durmiendo de más? Casi se acaba el día. Vosotros dos, venid aquí. Estáis dejando escapar todo el calor. —Tiró de Cait hacia dentro—. Graham. Tengo que hablar contigo.

—Solo puedo quedarme un momento. —Graham agachó la cabeza mientras entraba.

Cait observó la casa con asombro. No había cambiado nada. Dos balancines estaban colocados frente a la enorme chimenea de piedra. Una olla de carne asada encima del fuego, un olor tan familiar y tentador que la boca de Cait se hizo agua. La cama grande de Deydy se encontraba en la esquina trasera con capas de edredones, la mejor manera de almacenar los tesoros. La misma vieja máquina de coser estaba en el mismo viejo lugar sobre la enorme mesa de madera.

Tras mirarla detenidamente, se dio cuenta de que Deydy había cambiado un poco. Se había encogido varios centímetros y estaba un poco más encorvada que antes. Pero parecía más aguda que cuando Cait la había visto por última vez. *En el funeral de mamá.*

El amor, fuerte y poderoso, superó a Cait y abrazó espontáneamente a su abuela. Deydy, que parecía sorprendida y avergonzada, se puso tan rígida como una pared. Cait la dejó ir torpemente.

Deydy giró de manera poco elegante hacia Graham.

—El camino de mi casa a la tuya es un lío fangoso. Te dije que pusieras más adoquines.

Graham parecía un niño de segundo grado al que habían regañado.

—Sí, ya lo había pensado.

Deydy dio golpecitos con el pie con impaciencia.

—El arbusto del lado Este necesita ser reemplazado en primavera. Además, el calor de la placa de la cocina falla de nuevo.



Graham asintió de buen humor, pero a Cait le pareció raro. ¿Qué derecho tenía Deydy para hablar con Graham de esta manera?

Como si le hubiera leído la mente, Graham le explicó.

—Deydy vigila mi casa cuando no estoy aquí.

*¿Tenía una casa en Gandiegow?*

—El muchacho también necesita que lo vigilen —gruñó Deydy, pero esta vez más delicadamente.

Graham miró su reloj.

—Tengo que irme. Hay que hacer algunas cosas en el bar antes de que abra esta noche. —Parecía en contradicción, como si odiara dejar a Cait y al mismo tiempo no pudiera salir de allí lo suficientemente rápido. Antes de irse, le hizo una pregunta con una sonrisa—. ¿Estarás bien?

—Gracias por traerme. —Deseó que él se hubiera quedado para ser su amortiguador. Estar sola con su abuela no era divertido.

Tan pronto como Graham cerró la puerta detrás de él, Deydy se giró hacia Cait.

—Demasiado buena para quedarte en mi casa, ¿verdad? —Cait se había preparado para esto, pero seguía siendo un buen golpe.

—Era tarde, Deydy. Mi plan era instalarme en mi propia casa.

—Bobadas —dijo Deydy—. Y ese Graham... Deberías haber venido directo hacia aquí.

—Graham y Duncan lo intentaron.

Deydy caminó enfurruñada hacia la chimenea.

—*Muchacha obstinada.*

—Ya sabes de dónde lo heredé... de mi recia abuela escocesa. —Cait había esperado al menos una sonrisa por eso, pero solo le fruncía el ceño.

—¿Quieres pan? —No fue dicho dulcemente como las abuelas que cocinan en T.V., más bien como una vieja gruñona a una nieta inconsciente.

Cait decidió aceptar el pan como una ofrenda de paz, aunque todavía estaba llena de salchichas y panecillo de Graham.

—Pan suena bien.

Se sentó en su antiguo lugar en la mesa, junto a la máquina de coser, donde se sentaba cuando era niña. Deydy cortó un trozo de pan de trigo duro, lo cubrió con mantequilla y lo puso delante de Cait.

—Siéntate conmigo. Tengo algo que decirte —dijo Cait.

—Me estoy calentando junto al fuego —respondió Deydy con tono burlón. Miró a un punto justo por encima del hombro de Cait—. También tengo algo que decirte. Y solo lo diré una vez. —Su abuela se detuvo como si le molestara continuar—. Debió ser difícil perder a tu hombre como lo hiciste. A una edad tan joven. Siento mucho tu pérdida.

La garganta de Cait se tensó, sabiendo lo difícil que era para Deydy darle algún tipo de simpatía. La vieja no era ese tipo de abuela. Cait podía haber mentido y haber aceptado la condolencia de Deydy, pero tenía que decir la verdad, por dolorosa y embarazosa que fuera.

—No lo lamente. Nos estábamos divorciando.

—¿Divorcio? —Deydy gruñó la palabra como si Cait hubiera blasfemado. Cait se levantó y fue hasta su abuela, de pie ante ella como un niño en problemas. Necesitaba el apoyo de Deydy en esto.

—Murió en la cama con otra mujer. Había tenido un romance durante meses. No fue su primera infidelidad.

Deydy calló, como si se hubiera convertido en una de las piedras del hogar. Finalmente habló.

—Entonces fue bueno que te libraras de él. —Escupió al fuego y lo hizo chisporrotear.

El alivio se extendió por el cuerpo de Cait. Abu lo comprendía.

—He venido a casa para quedarme, pero no te sacaré de tu comodidad. He alquilado la habitación encima del bar hasta que mi casa haya sido reformada.

—Graham. —Deydy siseó su nombre como si fuera una rata de playa.

—Él no quería. Lo convencí. Soy terca, ¿recuerdas? —Esperando

cambiar de tema, Cait escaneó la habitación; sus ojos aterrizaron sobre cama de Deydy—. Enséñame los edredones en los que has estado trabajando.

—Ahora no. —Deydy se alejó, preocupada—. Te quedarás a cenar. —No era una petición. Fue al armario de la cocina y sacó patatas, zanahorias, cebollas y una tabla de cortar. Los puso, junto con un cuchillo, delante de la mesa de Cait—. Empieza ahora. Córtalos en trozos de buen tamaño para agregar a la carne guisada.

Automáticamente, como si Cait volviera a tener once años, se sentó, tomó el cuchillo y empezó a pelar una patata. Obediente ahora, como lo había sido entonces.

Uno de sus primeros recuerdos fue cortar verduras para Deydy. En aquel entonces su abuela le había enseñado todo tipo de cosas.

Todo cambió cuando la madre de Cait tuvo cáncer. No fue un cambio instantáneo, sino pequeños cambios de una abu atenta que había enseñado a Cait a coser, a la abu que solo veía culpa en Cait por parecerse tanto a su padre ausente.

Deydy resentía que la vida de su padre no hubiera cambiado con la enfermedad de su madre. Se quedó en Aberdeen o Inverness, trabajando en las oficinas de abogados, solo regresando los fines de semana. Cuanto más enferma estaba su madre, más alejado estaba su padre. Pero esa no fue la peor parte. Cuando Mamá más necesitaba a Deydy —cuando Cait más la necesitaba—, él había aceptado un traslado y se los había llevado a Chicago. Solo meses después, Mamá murió, y Deydy no estaba allí. A Deydy le habían arrancado a su hija y habían arrancado a Cait de la única vida que había conocido.

La mano de Cait empezó a temblar, pero siguió pelando. Se atrevió a mirar a Deydy, de pie frente al fregadero, hablando consigo misma. En su mayoría murmurando, pero unas pocas palabras discernibles salieron volando. «Mal encaminada, confundida, endiablada».

Finalmente, Deydy puso dos cuencos y dos cucharas en la mesa. Se apartó y la estudió abiertamente.

—¿Qué le has hecho a tu pelo? ¿Te has teñido?

Cait levantó una ceja.

—No. Se ha vuelto más oscuro estos últimos años.

Deydy hizo un gruñido disgustado con suficiente acidez como para amargar todo el océano.

—Tu pelo tiene el mismo color que el de tu padre.

Mientras Cait cogía la cebolla y le quitaba la piel, sus ojos se llenaron de lágrimas. Había regresado a Escocia con la esperanza de ver la felicidad que había conocido como una niña. En cambio, se había metido en una pesadilla. ¿Por qué no podía Deydy ver que Cait también era hija de su madre? Con más fuerza de lo que había querido hacerlo, sacó el cuchillo y cortó la cebolla en dos trozos. Las compuertas se abrieron y las lágrimas cayeron por las mejillas de Cait, emborronando su visión. Dejó el cuchillo sobre la tabla.

Se secó el rostro y se levantó de la mesa sin mirar a los ojos de su abuela.

—Lo siento. Regreso al bar. A descansar. El cambio de horario me ha afectado.

Lo único que quería hacer era arrastrarse bajo la colcha de su madre y no salir nunca.

Cait se puso la chaqueta y corrió hacia la puerta. Sin embargo, no fue lo suficientemente rápida. Al salir, Deydy volvió a hablar, y no fue bueno.

—Sigue. Huye. Igual que tu padre.



Deydy se arrugó en la mecedora; los últimos dieciocho años de amargura, decepción y abandono le pesaban. Puso la cabeza en sus manos.

—*No debería haberlo hecho* —le dijo a sus palmas—, soy tan mala como mi propia madre.

Eso no era necesariamente cierto. Su madre había sido mucho más perversa y cruel, porque Deydy no había sido lo suficientemente buena. Peor

aún, su madre aprovechó todas las oportunidades para criticar al pueblo por no ser tan culto como Edimburgo. Pocos en Gandiegow se habían preocupado cuando su madre había muerto de fiebre. En su mayoría, habían sentido pena de Deydy, perdiendo a sus padres ese invierno y apenas lo suficientemente mayor para defenderse.

Echó un vistazo a su cama con los edredones amontonados debajo de la colcha.

Maldita sea, ella no era como su madre. Ella tenía amigos, especialmente sus compañeras del grupo de costura. La amaban. La echarían de menos cuando se fuera.

Sin embargo, no debería haber usado su propia lengua aguda contra Caity. Pero era cierto que todos en la ciudad estarían de acuerdo en que su propia nieta la había avergonzado al no volver a casa cuando tuvo la oportunidad. Al quedarse en Estados Unidos al crecer y marcharse de casa de su padre. Deydy miró a su alrededor, la casa en la que había vivido toda su vida. ¡Qué sola había estado! No le quedaba ni un solo pariente en el mundo excepto Caity.

—Esos americanos. Les encanta reclamar a Escocia como su patria, pero son demasiado buenos para dormir con las ovejas.

Deydy se apartó de la silla para ir a cortar las verduras. Otra comida que se comería sola. Una lágrima corrió por su vieja mejilla.

No tenía sentido llorar sobre la leche derramada. Muy pronto, Caity desearía volver a la gran ciudad, ya no era la escocesa que había sido.

*No hay razón para apegarse a la muchacha otra vez. Caity estaba de paso.*

## Capítulo Tres

Para cuando Graham volvió al bar, tras haber dejado a Caity en casa de Deydy, esa sensación persistente había vuelto. Esa mujer tenía algo bajo la manga y nadie podía convencerlo de otra cosa. No fue casualidad que apareciera en la puerta de su hijo. ¿Cómo había sabido que estaría allí? ¿Quién le habría dado la pista? Tenía que ser reportera. Sus instintos nunca se equivocaban en eso. Así era como había mantenido a Gandiegow en secreto durante todos estos años.

Anoche, había apaciguado sus sospechas. Caity era, después de todo, la hija de Nora Macleod. También había dejado que el trasero de Caity y sus otras diversas partes lo distrajeran. Pero esa mañana, cuando se había negado a quedarse con su abuela e insistió en quedarse en su bar, todo cobraba sentido. Ella era periodista y quería exponerlo, y a Duncan, Mattie, Gandiegow. ¡Maldita sea!

Seguramente quedarse con Deydy no sería ideal, pero ella era su familia. La familia estaba por encima de todo. Cualquiera loco lo sabía. Pasó junto a la barra y luego dio pasos de dos en dos hasta la habitación de Caity, decidido a obtener algunas respuestas. Bajo cualquier otra circunstancia, Graham creía en el derecho a la privacidad. Sobre todo porque había pasado buena parte de su vida esquivando a los paparazzi. Pero Caity tenía algo que gritaba ¡PRENSA! Y tenía que averiguar la verdad. Llegó al último rellano. Tal vez para variar, investigaría en lugar de ser investigado. Sin embargo, cuando puso su mano en el pomo de la puerta, no pudo hacerlo girar. La privacidad era sagrada y la culpa por el crimen que estaba a punto de cometer, quemó su conciencia, le frenó la mano, le hizo hacer muecas y sudar. Pero Caity era una mentirosa, hasta el final.

—*Soy una costurera, hago edredones* —imitó. Como si eso lo explicara todo.

Él sabía por su difunta madre y las otras costureras del pueblo que pocos podían ganar el dinero suficiente para vivir puramente de los edredones. Caity le había mentado. Se la devolvió girando el pomo de la puerta.

Se quedó allí sorprendido. La habitación lucía como si la Madre Teresa hubiera dormido allí. No había ropas esparcidas. Ni la cama sucia. Solo un florero con rosas en la mesita de noche y sus maletas alineadas en la esquina. Su nueva inquilina era un monstruo ordenado y de alguna manera esto hizo que encontrar la verdad fuera aún más difícil. No sabía por dónde empezar. Mientras daba un paso hacia su equipaje, la puerta de abajo se abrió.

—Graham, ¿estás aquí? —gritó Caity.

Salió silenciosamente de la habitación y cerró la puerta, sabiendo que ella podía oír cada uno de sus crujidos.

Bajó las escaleras, atemperando su rostro. Si él no podía aparentar indiferencia, nadie podía. Después de todo, era un maldito actor. Visualizó una escena de Hitchcock y se metió en ella. La desarmaría dándole una explicación antes de que ella exigiera una.

De manera casual puso una mano en la barra.

—Estaba revisando esa ventana en tu habitación. El cierre está a punto de romperse.

Lo miró dudosa.

—Ya veo —fue lo único que dijo.

Sus ojos parecían algo rojos. ¿Había estado llorando? Los reporteros no lloran. Tienes que tener un corazón para hacer eso. Escogió ignorar sus malditos ojos tristes.

—¿Tienes hambre? —Otra idea equivocada de su parte—. ¿Te gustaría un poco de té o chocolate caliente?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué estás tan raro?

Él se acercó y echó agua en la cafetera.

—Solo estaba trabajando en la ventana. Odiaría que tuvieras frío de

nuevo esta noche. —Le lanzó su mejor sonrisa hipnotizante. Por lo general funcionaba, pero no en Caity.

Alzó la ceja como para decir que su sonrisa no podía seducir ni a una ninfa cachonda.

—No quiero comer ni beber nada. Voy a acostarme.

Cuando pasó junto a él, no pudo evitarlo. Inhaló. Olía a exteriores. Al guisado casero de Deydy. Y a mujer. Dios, tenía problemas. Tomó todo de él no seguirla por los escalones para respirar su esencia más profundamente.

Ella se dio la vuelta y él temió que notara lo que había estado pensando.

—Solo descansaré un rato. Pero quiero saber si puedes ayudarme.

Lo sabía. Estaba aquí para sacarle la historia. Tenía razón desde el principio, pero su victoria fue de corta duración.

—Necesito el nombre de un buen contratista para poder empezar mi casa.

—Subió los escalones. Él la miró sin saber qué pensar, excepto que tendría que encontrar otra manera de sacarle la verdad a Caity Macleod.



Cuando la puerta se cerró detrás de ella, Cait se apoyó en ella. Apenas podía respirar por las emociones encontradas que la bombardeaban por todos lados.

La depresión la tambaleó; por culpa de Deydy. Su corazón latía con rapidez; por culpa de Graham. Pero él siempre había tenido ese efecto sobre ella, al igual que las otros tres coma cuatro mil millones de mujeres en el mundo.

Cait se alejó de la puerta y fue a inspeccionar la ventana. Para ella estaba bien, pero ¿qué sabía ella de ventanas? Simplemente parecía demasiado raro que estuviera aquí arriba. Y más raro aún, sentía su presencia en la habitación y su olor a colonia.

Comprobó su cuaderno debajo del colchón. Seguía allí. Lo sacó y se estiró en la cama. Gracias a Dios tenía ese espacio privado.



Anotó cuán bueno era el olor de Graham. Cómo sus ojos se oscurecían cuando tramaba algo. Cómo conocía y comprendía a su abuela, incluso acobardándole. Cait no le culparía por eso. Él tampoco sería rival para Deydy en uno de sus momentos.

Graham Buchanan era un poco misterioso, ¿no? La idea de Cait para una historia cambió; ya no quería descubrir por qué a Graham le gustaba desaparecer sino qué movía a Graham Buchanan.

Oyó que la puerta de abajo golpeaba y las voces se elevaban. Luego, el sonido de ollas y sartenes salieron de la cocina. Se tumbó en la cama y cerró los ojos.

No dejaría que Deydy o Graham le afectaran. Mañana sería mejor. No podía esperar que su gruñona abuela cambiara. A Cait le correspondía reparar su relación. Se había equivocado; tendría que intentarlo con más fuerza mañana. El viento aullaba fuera y Cait se quedó dormida.



Cait se despertó sobresaltada, tan pronto como la gaita soltó su primera nota. La ventana tembló y el suelo se estremeció. Se sentía desalojada de sus sentidos, no completamente segura de dónde o quién era. Cuando la siguiente nota rasgó a través de ella, se puso los zapatos y bajó las escaleras para matar al que tocaba la gaita.

Cuando llegó al final de las escaleras, no podía creer lo que veía. El bar estaba lleno de indisciplinados escoceses. De pie en una silla cerca de la puerta estaba el hombre tocando la gaita, el Sr. Graham Buchanan en persona. Llevaba una gorra negra de Balmoral y una vieja falda escocesa. Sus ojos se cerraron cuando empezó la siguiente canción, *Amazing Grace*. Los hombres del bar se quitaron los sombreros y cantaron juntos al compás.

Sin querer interrumpir la canción tocada en el funeral de su madre, Cait se sentó en el escalón y escuchó a Graham ejecutar la melodía con profundidad y alma. Como si le hubieran avisado, al llegar a la última nota,

sus ojos se encontraron.

Parecía brillar por todas partes y prenderse fuego al mismo tiempo. Extrañamente, ya no se parecía al actor; parecía más vivo. Había encontrado otra pieza en el rompecabezas que era Graham. Esta era su ciudad, su pueblo. Estaba en casa. Podían apagar la luz y la habitación estaría suficientemente iluminada con el resplandor de Graham.

Dejó el instrumento en la silla y se acercó directamente a ella.

Cait deseó haberse pasado al menos un peine o haber comprobado si tenía manchas de rímel antes de descender.

Por la mirada en los ojos de él, no le importaba.

—¿Has descansado bien?

Sus palabras le recordaron el motivo por el que había bajado.

—Sí, hasta que has decidido dar un concierto.

—No puedo practicar mucho. Está en contra de las reglas en mi apartamento de Glasgow.

—Lo siento, no puedo oírte —respondió Cait, poniendo las manos en sus oídos—. Estoy un poco sorda en este momento.

—Muy graciosa. ¿Qué tal un trago? Invita la casa.

—No esperaré menos —gritó por encima del ruido creciente de la multitud.

Lo siguió hasta la barra, donde sacó una botella de whisky.

—¿Producción local?

—Simplemente lo mejor. MacPherson, que está por allá, tiene una destilería cerca de Fairge. —Graham sirvió un vaso para cada uno, luego levanto el suyo hacia McPherson en un saludo. Ella miró fijamente el líquido dorado, un poco escéptica.

—Solo bébetelo. —Él levantó el vaso y se lo bebió todo de un tirón.

Ella hizo lo mismo, sabiendo lo suficiente sobre el whisky como para no dejarlo en su boca demasiado tiempo. Su sabor era ahumado y de inmediato le calentó hasta los dedos de los pies.

—Bueno ¿eh? —Le sirvió otra y ella volvió a beber.

Tenía una de esas sonrisas que hacían que una chica se volviera loca. O podrían ser los primeros efectos del whisky.

Graham le puso otra.

—¿Querías hablar de contratistas? Alistair Sinclair, en la mesa de allí es nuestro contratista local. ¿Quieres que te presente?

—No. —Tomó el siguiente trago de whisky—. Me gustaría ver su trabajo primero. ¿En qué casas ha trabajado?

—En la de los Ramsey, los MacGregor, los otros Ramsey. Y por supuesto mi casa. ¿Te gustaría echarle un vistazo a la mía?

Un pensamiento travieso apareció en su cerebro y le calentó el vientre.

—¿Qué? —Tardó un segundo en darse cuenta de que no estaba proponiéndole nada—. Tu casa. Sí, estupendo.

—Coge tu abrigo.

—¿Ahora? —preguntó. A caballo regalado, no se le mira el diente... pero, ¿por qué estaba siendo tan agradable? ¿Tenía algún otro motivo para verla a solas?

Como si hubiera leído su mente, le dirigió una mirada de completa inocencia.

—Bonnie tiene la barra bajo control.

Cait movió sus ojos hacia donde él miraba. Una rubia de treinta y tantos años que necesitaba una reducción de pecho le devolvió la mirada.

Graham puso su mano sobre la espalda de Cait, llevándola hacia las escaleras.

—Date prisa, va a nevar.

Bonnie le disparó unas cuantas miradas punzantes, así que Cait se apresuró a pasar por su lado y subió las escaleras.

Cuando Cait bajó de nuevo, Graham la esperaba. Le abrió la puerta. Una ventisca se había desatado fuera.

Ella se preparó y salió.

—¿Bonnie es tu camarera?— Gritó sobre el vendaval.

—Más que eso. Ella es la encargada del bar, vigila las cosas mientras yo no estoy —gritó en respuesta.

—¿Y mientras estás aquí? —El ceño en la cara de Bonnie hizo que Cait se preguntara si la camarera se estaba ocupando de asuntos más personales de Graham.

—Ella también se encarga de las cosas mientras estoy aquí.

*Apuesto que sí.*

—¿Qué cosas? —Cait no podía dejar de preguntar.

Él se detuvo y a ella le pareció que tenía una expresión extraña en su rostro.

—Cosas de bar.

Cait quería preguntarle si eso era todo, pero no lo hizo. Siguieron caminando.

—El bar es mi manera de devolverle algo a la comunidad —agregó.

Iban poco a poco, pues la nieve hacía el camino traicionero. En un momento dado tuvo que aferrarse a su brazo para pasar por un poco de hielo. Ella volvió a sentir su bíceps sólido como una roca. Le gustaba estar tan cerca de él. La hacía sentirse segura.

Al acercarse a la casa de su abuela, la culpa surgió. Debería detenerse y ver cómo estaba Deydy, pero Graham la condujo por un sendero detrás de la casa de Deydy. Subieron y subieron por el sinuoso camino del acantilado hasta que se detuvieron frente a una mansión de piedra.

—Tienes que estar bromeando. —Ella lo empujó para ver mejor. Había construido su lugar junto a las ruinas del Castillo de *Monadail*—. Jugaba aquí cuando era niña.

Él señaló hacia la puerta.

—Entra. Voy a buscar unos cuantos troncos para el fuego.

La dejó y caminó hacia un costado de la casa.

Cuando entró, fue como entrar en el set de una película escocesa de la

BBC: la madera oscura, las escaleras gemelas talladas ornamentalmente y el escudo de armas enorme en la esquina. Una perra vieja y negra entró desde la otra habitación, meneando la cola.

Cait se agachó para saludar al perro.

—Vaya, vaya, ¿y tú quién eres?

Graham atravesó la misma puerta que el perro.

—Es Preciosa, mi mejor amiga.

—Oh, por supuesto que lo es —dijo Cait, mientras le daba a la perra una buena rascada detrás de las orejas.

Graham entró en la línea de visión de la perra y Preciosa se iluminó. Su trasero se movió tan fuerte, que casi se cae de sus propios pies.

—Tiene catorce años, está casi sorda, pero la adoro de todos modos. Ven aquí pequeña.

Cait se quedó allí y miró con fascinación como Graham cogía a Preciosa en sus brazos y murmuraba dulcemente en sus orejas de perrito. *El Sr. BBC en realidad tiene emociones genuinas, ¿eh?* ¿Qué haría Cait si él le hablara así? ¿También sacaría la lengua?

La envidia se elevó dentro de ella. Incluso la perra tenía más amor y atención que Cait. Estaba completamente sola. Cait frotó su mano sobre las piedras frías en la pared para desviar sus pensamientos y evitar que se hundiera en una profunda depresión. Graham finalmente alzó la vista.

—Ven a la sala y caliéntate con el fuego.

Ella lo siguió muy de cerca hacia la habitación.

—La casa es fabulosa. Me encantaría tomar unas fotos.

Se detuvo y colocó suavemente a Preciosa en el suelo. La perra se acercó a la chimenea y se tendió en su gran cama mullida junto a la chimenea.

—Sin fotos. —Las palabras de Graham sonaban tan inamovibles como la pared de piedra que había tocado momentos atrás.

Ella frunció el ceño.

—Solo quiero tener algunas ideas para mi casa.

Se volvió hacia ella.

—No. Este es mi santuario. La ciudad es mi refugio. Y mi hijo es asunto solamente mío, de nadie más.

—Todo un sermón, pero ¿qué tiene que ver conmigo?

Se dio la vuelta.

—No, fin de la conversación.

Dios, cómo odiaba ser cortada. Tom lo había perfeccionado, quitándola del medio, y había vivido así durante ocho largos años. Ocho años con él diciéndole lo que podía y no podía hacer. Debido a sus leyes, había reducido su carrera y había vaciado su vida de todos sus amigos íntimos. Cait reflexionó con su cerebro confundido por el alcohol durante unos momentos y llegó a una conclusión.

Ningún hombre le daría órdenes de nuevo. Nunca jamás.

Graham se quitó la chaqueta y la colgó sobre una silla. Se dirigió a la antigua barra de la esquina y sacó dos vasos de cristal. Mientras él le daba la espalda, Cait sacó su teléfono y tomó unas fotos discretas de la moldura de la corona, la enorme chimenea de piedra y una o dos fotos del trasero de Graham, solo por diversión.

Tenía su teléfono en el bolsillo de la chaqueta antes de que tuviera tiempo de decir *no* de nuevo.

Él le entregó el vaso.

—¿Quieres ver el resto de la casa?

Ella seguía enfadada con él, pero no estaba lo bastante borracha, o lo suficientemente tonta, para no aprovechar este momento.

—Por supuesto.

Tomó un sorbo.

Graham colocó otro trozo de madera en el fuego y volvió a colocar la pantalla.

—Vamos.

Preciosa se levantó para seguirlos.

—Quédate aquí, muchacha, y mantente caliente junto al fuego. —La perra retrocedió de mala gana.

—Este lugar es enorme. ¿Cuántas habitaciones tiene? —preguntó.

—Once. No son nada especiales. Sin embargo, te mostraré la planta principal.

La llevó a través de cada habitación, la cocina profesional de acero inoxidable, un pequeño dormitorio junto a la cocina, el enorme comedor, la biblioteca y un vistazo a la sala de prensa. Deseaba poder tomar más fotos, pero a medida que lo seguía de habitación en habitación, su irritación con él se desvanecía. O eran los tragos que había bebido esa noche, o el hecho de que su voz la tranquilizaba hasta el punto de ser capaz de perdonarle. Cuando volvieron al salón, se sintió muy cálida y cómoda. Él tomó su vaso y le sirvió otro trago.

—Sentémonos junto al fuego y tú puedes contarme todo sobre ti. — Parecía el perfecto caballero, pero podría haber sido el diablo por la mirada que le echó. Tiró de dos sillones de felpa y los puso frente a la chimenea, colocó la botella entre ellos y señaló donde debía sentarse.

Después de instalarse, se quedó mirando el fuego crujiente y, por desgracia, los viejos pensamientos oscuros regresaron. De repente, Cait estaba de vuelta en cuarto grado, su madre recientemente diagnosticada con cáncer. Incluso a los nueve años de edad, sabía lo que significaba el cáncer; la muerte. Y parecía que mirara donde mirara la encontraba. El pájaro muerto acostado en el camino a la escuela. Billy Kennedy ahogándose en el mar. Y cada domingo, Jesucristo colgado de la cruz en la vidriera de la iglesia. Cait no podía huir de la Muerte, así que en lugar de eso había caminado hacia ella para verla más de cerca. Cuando la señora Lamont le dijo a la clase que memorizara un poema, Cait escogió «La Cremación de Sam McGee». Cuando recitó en la escuela aquella oda a la muerte, la señora Lamont se asombró y alarmó. Es cierto que la mayoría de los estudiantes de cuarto grado no estaban obsesionados con la muerte como Cait. Pero, ¿quién podría culparla?

Graham le tocó la mano.

—¿Estás bien? —Ella se la quitó.

—Estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Pareces triste, eso es todo. Como si hubieras perdido a tu mejor amigo.

—Graham miró a Preciosa a sus pies.

—No es nada. —Esconder a su madre de esa manera parecía una traición así que le dijo la verdad—. Solo pensaba en mi madre.

—Era una buena mujer, Caity —dijo—. Fue un día triste cuando nos dejó.

—Dime, ¿cómo la conociste? —Los ojos de Cait se llenaron de lágrimas.

—Ella fue muy buena y caritativa con mi padre y conmigo después de que mi madre muriera. Se aseguró de que comiéramos durante el luto. Organizó a las señoras de la aldea para las comidas. Se aseguró de que yo fuera a la iglesia y también de que vistiera apropiadamente. Ella era una mujer dulce. Y un poco atrevida también.

Sí, su madre había sido atrevida. Una vez, amenazó a Papá con el extremo de una sartén por ensuciarle de barro el suelo.

Graham les sirvió otra copa y levantó su vaso.

—A Nora Macleod.

—A mamá.

Se bebieron todo el whisky.

Cait perdió la noción del tiempo mientras se reían de los comentarios cortantes y miradas agrias de Deydy. Graham abrió otra botella, de vino esta vez. Hicieron bromas sobre Gandiegow —cómo el tiempo se había detenido mientras el resto del mundo había perdido el control. Fueron acercándose. La comodidad del fuego y la perra a sus pies la hacían sentirse como si se conocieran desde hacía años.

—¿Te sentirías más cómodo en el sofá? —preguntó.

—Eres muy amable conmigo —dijo Cait y se quedó mirando sus encantadores ojos.

—Puede que quiera algo de ti —dijo él. El cerebro embriagado de Cait



pensó que sonaba serio.

—¿Seguro que no estás hablando de alguna travesura? —Ella extendió la mano y le apartó un mechón de pelo de la frente. Fue agradable tocarlo. Era un buen chico. Y solo porque podía, siguió y le pasó la mano por el pelo hasta la nuca.

Los ojos de él se iluminaron.

O podría haber sido su imaginación. Se levantó de su silla y se dirigió hacia el muy mullido sofá. Quería preguntarle algo, pero no podía recordar qué. Se sentía tan cansada que se acostó. No debía parecerle un problema a Graham pues fue y se sentó en el suelo cerca de su cabeza. No podía mantener los ojos abiertos. Justo antes de dormirse, le oyó hablar, pero no tenía sentido.

—¿Por qué estás realmente en Gandiegow, Caity Macleod?



Cait había muerto. O por lo menos deseaba haberlo hecho. Trató de mover una pestaña, pero dolía demasiado. Una calabaza de gran tamaño había crecido dentro de su cabeza y quería salir.

Se quedó tan quieta como pudo durante un buen rato, esperando que la presión se fuera. Al cabo de un rato, se dio cuenta de algo.

Un cuerpo cálido yacía junto a la suya. Sacó la mano y tocó la piel caliente. *Preciosa*. Cait acarició al perro y fue recompensada con un gemido de satisfacción.

Fue entonces cuando notó un movimiento en el suelo debajo de ella. Se acercó y tocó el cabello de Graham.

¿No debería el perro estar durmiendo en el suelo y el apuesto hombre estar en sus brazos? Siempre lo mismo.

De la nada una escoba golpeó la espalda de Cait.

—¡Levántate, tonta! —gritó Deydy—. ¿Por qué demonios estás durmiendo en casa de un hombre extraño?

# Capítulo Cuatro

*Ah, maldito infierno.* Graham se sentó y se frotó la cara.

—¿En serio, Deydy? ¿La casa de un hombre extraño? Todos en el mundo libre me conocen.

Maldición. Rara vez se refería a su notoriedad. Se volvió hacia Caity y ella lo miró fijamente.

No había conseguido lo que quería de ella: las respuestas. No estaba un paso más cerca de averiguar por qué había aterrizado allí. Pero a través de Internet, había descubierto que se había graduado con las máximas calificaciones en una de las más prestigiosas escuelas de periodismo en el mundo. Si ella no estaba metida en algo, ¿por qué iba a mentir y decir que era una costurera, fabricante de edredones? Absurdo. ¿Quién hace de la costura una carrera? Nadie, en absoluto. Era una puñetera reportera.

Deydy lo trajo de nuevo al problema, golpeándolo con su escoba abollada.

—Eso es por aprovecharte de mi nieta —dijo.

La boca de Caity se abrió y un rubor rosado le coloreó las mejillas mientras se indignaba y avergonzaba.

—No ha hecho nada malo. —Graham la defendió, a pesar de que no se merecía su ayuda—. Si alguien se aprovechó de sus brazos cariñosos... —Rascó a Preciosa detrás de las orejas—. Esa fue mi infiel perra. Deydy. La has confundido estando tanto con ella. Ella solía dormir conmigo.

Cait se alzó hasta una posición erguida, su mirada interrogativa puesta en él.

Él explicó.

—Preciosa es demasiado vieja para acompañarme a los rodajes. Cuando me voy, se queda con tu abuela en su casa.

—Maldita perra es una molestia de dientes y pulgas. —Deydy mantuvo su

expresión tan rígida como su mango de escoba.

—No estás engañando a nadie, pájaro viejo.

Se agachó mientras Deydy intentaba volver a pegarle con la escoba.

—Tu atrevimiento te traerá problemas algún día, pequeño Graham.

Le dio a Deydy su mejor sonrisa de demonio.

—Hasta entonces, ¿qué tal un pequeño desayuno?

—Mueve el culo y cógelo tú. —Deydy huyó de la habitación.

A la vieja le encantaba cuando él la provocaba, y él la amaba, sin importar su personalidad mordaz.

Cait se dirigió al borde del sofá.

—Tienes suerte de que no haya barrido el suelo contigo.

—Puedo manejar a tu abuela. —No estaba tan seguro de poder manejar a su nieta. Caity estaba irresistible esa mañana, toda despeinada. Fue como echarle un vistazo a lo que debía ser despertar a su lado después de una noche de rodar entre las sábanas. Se puso de pie, acariciando a Preciosa. Afortunadamente, o desafortunadamente, dependiendo de cómo uno lo mirara, su nariz se acercó lo suficiente como para volver a oler a Caity. El whisky de la noche anterior no era tan intoxicante como las feromonas que ella emitía. Maldición, necesitaba una distracción.

—Ven. —Le ofreció su mano para ayudarla a salir del sofá—. Prepararé una tortilla para nosotros.

Ella ignoró su mano.

—En otra ocasión.

Él retiró su mano y la metió en el bolsillo. Había sido criado para tener buenos modales, pero las mujeres como ella no los apreciaban. Lo enfureció. En realidad, trabajó duro para ser un buen tipo. Justo el mes pasado, la revista *Us Weekly* lo nombró: *El hombre más amable del mundo del espectáculo*. Pero ahora no lo sentía.

—¿Hay algo mejor que hacer? —Tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar que las palabras salieran como una burla.

—Tengo que contactar a ese maldito agente inmobiliario. También necesito hablar con el señor Sinclair sobre mi casa. —Ajustó su suéter, lo que llamó la atención de Graham porque le dio una mejor idea de cómo lucían las cosas debajo de la tela.

Hizo una pausa. Él alzó la vista y la encontró regañándolo con la mirada.

—Cuanto antes consiga reconstruir mi casa, antes salgo de tu habitación encima del bar. —Se levantó sin su ayuda—. Gracias por lo de anoche.

—¿Podemos repetirlo? —respondió rápidamente.

Ella entrecerró los ojos.

—Ya veremos.

Necesitaba respuestas, más pronto que tarde. Lo único que había conseguido de Caity anoche era el compañerismo. Tan grande e inusual como había sido para él pasar una noche de conversación animada con una preciosa y explosiva chica de pelo marrón, no había llegado a la verdad. Se enfadó, por lo que intentó otra táctica.

—¿Qué tal esta tarde? En el muelle. El sol se pone a las 3:30. Llevaré comida.

Ella sacudió su cabeza.

—¿En serio, un picnic? ¿Parezco un oso polar?

Se inclinó y se puso las botas.

Le arrebató su chaqueta como para tomarla como rehén.

—¿Qué clase de periodista rechaza una oferta para pasar tiempo con un ídolo de la pantalla desaparecido?

Ella se quedó quieta ante sus palabras. *Aha, te tengo, Caity Macleod.*

Ella fingió ajustar su bota, evitando mirarlo.

—No sé de qué estás hablando. Te dije que me dedico a hacer edredones.

—Sí. Y yo soy un maldito pescador.

Respiró hondo y finalmente lo miró.

—Realmente debo marcharme.

—Sí, estoy seguro de que te esperan cosas urgentes que coser. —Él tomó

el abrigo de Cait y lo abrió para ella, como todo un caballero. Pero con ella, se sentía más como un pícaro. Mientras le deslizaba el abrigo sobre los hombros, se inclinó y le susurró al oído.

—Si te sirve de consuelo, me ha gustado pasar la noche contigo.

La piel se le erizó por todo el cuello. La había atrapado y no podía negarlo, aunque quisiera.

*Ah, demonios.* Había logrado mucho con eso. Excitarla también lo había excitado a él. No podía detenerse. Él inhaló su aroma y se sintió un poco borracho otra vez.

Se dio la vuelta, con el dedo levantado, con culpabilidad por toda su cara, lista para decirle lo que pensaba.

Pero antes de que pudiera, él le sonrió y la dejó desarmada. Como un yunque. Ella paró. Al parecer sabía cómo desarmar a una mujer. Habló con la consistencia de la miel.

—Pero, Caity Macleod, tus ojos han crecido hasta el tamaño de las lentes de la cámara.

—Oh tú. Tú...

Sonrió porque la Srta. Reportera no pudo pensar una sola respuesta.

Como una tonta, se dirigió hacia la puerta y él la dejó ir.

Aunque le divirtió haber tenido ese efecto en ella, la verdad era que no era inmune al efecto que ella tenía sobre él.

Se acordó de la madre de Cait, Nora, una mezcla de bondad y terquedad. Caity era muy parecida a ella. Graham no podía decir por qué le gustaba de Caity si ella había venido a exponer su tesoro de vida normal, su familia, su ciudad, Gandiegow.

Se dirigió hacia su portátil y lo abrió. Debía tomar precauciones. Caity era atractiva, pero también podía ser venenosa. Sin embargo, sabía que al final la destaparía.



Mientras Cait se apresuraba a volver al bar, su dolor de cabeza aumentó. El alcohol de la noche pasada no tenía toda la culpa. El temperamento hosco de su abuela tenía la cabeza de Cait cerca de abrirse de par en par. Aún más desconcertante había sido la relación entre Graham y Deydy. Cait se preguntó si alguna vez estaría tan cómoda con su propia abuela como Graham. ¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo se había hecho querer por la mujer más irritable sobre la faz de la tierra?

Más inquietante aún era lo guapo que estaba Graham esa mañana, su cabello desordenado, la sombra de la barba de dos días y esa mirada de ojos somnolientos que le había regalado. Estaba muy cerca de olvidar las promesas que se había hecho a sí misma: nunca volver a ser el peón de un hombre.

Había venido a Escocia para empezar de nuevo, no para compartir una tortilla o tener un picnic acogedor junto al mar. Había renunciado a los hombres, renunciado a la angustia, terminado con la infidelidad. Los hombres eran unos bastardos sucios, y ella se había lavado las manos con todos ellos.

Pero en lugar de ser profesional y ver a Graham como nada más que una tarea, había dejado que las líneas se desdibujaran entre ella y el señor perfecto. Tenía que rectificar eso inmediatamente. Dejaría a un lado esa sensación desordenada y volvería a ponerse en modo reportera. Ella *obtendría* la historia.

Cait aceleró su paso por el camino, pero no pudo superar los pensamientos que la perseguían. Cómo el aliento de Graham en su cuello había convertido sus entrañas en un pudín de ciruela blando. La sonrisa que le había dado cuando había salido de su casa le había quemado. No como tostadas quemadas o cerillas que chisporrotean y se apagan, sino como si su corazón se hubiera envuelto en el extremo equivocado de un atizador caliente y se hubiera hecho una marca.

Cuando regresó a su habitación, se obligó a entrar en modo periodista, escribiendo febrilmente todo lo que había visto y escuchado desde anoche. La mansión de Graham, su perra Preciosa, lo acogedor que había sido delante del

fuego, cómo era su ama de llaves, cómo tenía una manera de fastidiar a Deydy que la hacía parecer medio adorable. Estas eran todas las caras de Graham Buchanan que el resto del mundo no podía saber. Ella devolvió el cuaderno a su lugar debajo de su colchón y cogió su teléfono móvil, lista para tratar con el agente inmobiliario.

Por supuesto el agente dijo no saber nada sobre el fuego de la cabaña y parecía aliviado cuando Cait dijo que conservaría la casa tras una reducción del precio considerable.

Cait se abrigó bien y salió. Una buena nieta se dirigiría a casa de Deydy, pero Cait no tenía fuerzas para tratar con su abuela en ese momento. Además, probablemente seguiría en casa de Graham.

Fuera, el día era gris y amargo. Cait había esperado llegar hasta el final del muelle para echar un vistazo al océano, pero el rocío del mar había convertido las tablas de madera en un bulto peligroso y helado. Se apartó y miró desde lejos. Deseaba un mar tranquilo para calmarla, pero se agitaba violentamente, definitivamente infeliz. Un mar de Navidad enfadado.

Por supuesto, no tendría árbol para su pequeña habitación en el bar. Ni luces de Navidad. Su fiesta típica de Navidad estaba estropeada. Sin marido. Ni familia feliz.

*La Navidad sería estupenda, simplemente estupenda.*

Probablemente la pasaría con Deydy, sentada junto al fuego, acogida en su dulce mal humor. Cait miró fijamente al mar y, con un capricho infantil, dijo:

—Gracias por nada y Feliz Navidad para ti, también.

Necesitaba chocolate y fue a la tienda de comestibles para encontrarlo. La misma joven del día anterior, la que le había saludado, estaba detrás del mostrador, hablando sobre el último reporte meteorológico, cómo fue la gran inauguración de El Pescador la noche anterior y cómo Cait debía amar la costura de su abuela. No le dijo nada desagradable.

Chocolate en mano, salió de la tienda y caminó por el paseo marítimo,

dejando atrás todos los negocios locales. Como si una mano invisible la alcanzara y bloqueara su camino, Cait dudó en la puerta de la Iglesia Episcopal de San Enrique con su increíble exterior blanco brillante y su campanario sobresaliente. Cuando era niña, Cait se había arrodillado y orado. Era una buena seguidora de la fe. Pero entonces Dios se llevó a su madre y Cait tuvo una pelea con Él. Bueno, no una pelea, más como una separación de caminos.

Cait llamó a la puerta. Parecía un lugar cálido y apacible, pero no se dejaría engañar como a una oveja para luego cortarla con una hoz. No sería absorbida de nuevo. Deliberadamente se dio la vuelta y regresó al bar.

En la parte superior de la escalera, fuera de su habitación, había una caja, la primera de sus cosas que llegaba desde Chicago. Esta la había marcado especialmente: MÁQUINA DE COSER. La llevó a la habitación, se sentó cuidadosamente en la cama y sacó los proyectos que había puesto a su alrededor para proteger su máquina de marca Vikinga.

Una sensación de irritación la embargó. Podría haber jurado que provenía de la dirección de la caja.

—Bien. —Sacó la máquina—. Te llevaré a casa de Deydy, pero prepárate para cosas seriamente desagradables.

Cait se puso el abrigo, metió uno de los proyectos de costura en el bolsillo y cogió su máquina. Cuando bajó, el lugar estaba de nuevo lleno de escoceses, pero no había gaitas, ni Graham. La decepción se apoderó de ella. La ignoró y se deslizó fuera, hacia el frío. No estaba nevando esa noche, pero era amarga. Caminó hacia la casa de su abuela. Al parecer, los dueños de los negocios habían estado trabajando duro en la decoración: luces multicolores de Navidad brillaban en los escaparates, coronas de flores y pino colgadas en las puertas, y habían envuelto guirnaldas, como serpientes festivas, alrededor de las farolas.

Cait suspiró y siguió adelante, tratando de escapar de la idea de la Navidad.



Cuando llegó a la cabaña de Deydy, se abrió una ventana. Locos escoceses, insistiendo en tener un poco de aire fresco, independientemente del clima. Cait escuchó a las mujeres riéndose dentro.

La voz irritada de Deydy se elevó por encima de los demás.

—Mi nieta cree que es demasiado buena para una vieja verdulera como yo.

Otra mujer habló.

—No te lo tomes como algo personal. He escuchado que las chicas americanas son muy independientes.

Cait se acercó más a la ventana, colocó su máquina en el suelo y echó un vistazo dentro. Deydy y otras tres mujeres estaban sentadas alrededor de la gran mesa de madera, algunas con máquinas de coser frente a ellas, otras cosiendo bloques de edredón a mano.

—Una chica decente se habría quedado con su abuela —dijo Deydy.—  
¡El bar...!

Cait perdió el equilibrio, se deslizó sobre el hielo y golpeó su máquina de coser.

—¿Qué ha sido eso? —Se oyó desde dentro.

Atemorizada, Cait rápidamente se agachó, tratando de hacerse invisible.

Momentos después, una anciana se asomó por la ventana y encontró a Cait acurrucada debajo de la repisa.

—Creo que tu nieta ha llegado. Entra, pequeña Caity.

Deydy abrió la puerta principal.

—¿Qué diablos...?

Cait se levantó con tanta dignidad como pudo. Se quitó la nieve, cogió su máquina de coser y se giró hacia su malhumorada abuela.

Deydy esperó en la puerta con las manos sobre sus enormes caderas.

—¿Por qué estás escondiéndote fuera de mi casa?

Las otras se levantaron, reuniéndose alrededor de la puerta.

—Venga. Sal del frío. Haremos sitio para ti.

Cait sabía lo que realmente querían decir.

—Déjanos verte más de cerca. Juzgaremos por nosotras mismas si eres tan mala como dice Deydy.

A pesar de que Deydy fruncía el ceño con más vigor de lo que una persona debía ser capaz de hacer, Cait atravesó la puerta hacia la demasiado caliente habitación.

Una mujer cogió la máquina de coser de Cait. Otra buscó una toalla y la limpió. Una tercera hizo sitio para Cait en la mesa. Reconoció a varias de ellas.

—Ve junto al fuego y caliéntate —dijo una mujer mayor con las mismas trenzas grises enrolladas alrededor de su cabeza que Cait recordaba de la época en que era una niña.

—Señora... ¿Lamont? —preguntó Cait.

—Bueno, por supuesto que soy yo. Aún soy la maestra de Gandiegow. Pero ahora que has crecido, debes llamarme Rhona.

—Hola, de nuevo. —La chica de la tienda se adelantó, ansiosa como un cachorro—. Soy Amy, ¿recuerdas? Te he visto en la tienda. Soy de Fairge. Me casé con Coll la pasada primavera. Él trabaja en el bar. ¿Ya lo conoces? ¿Puedo darte algo para beber?

Cait se preguntó si Amy había dejado de respirar. Antes de que pudiera responder, su abuela saltó a reprenderla.

—Caity no se queda. Estoy segura de que tiene cosas más importantes que hacer.

Bethia, la amiga más vieja de Deydy, se aclaró la garganta en una clara advertencia.

—Por supuesto que se queda. Ha traído su máquina de coser. —Bethia se había marchitado considerablemente desde que Cait la había visto por última vez. Pero cuando terminó de regañar a Deydy con una mirada asesina, se volvió hacia Cait y sonrió, transformándose en una mujer más joven—. Nos reunimos varias noches a la semana aquí, en casa de tu abuela. Ella tiene un

sistema eléctrico actualizado.

Amy comenzó a parlotear otra vez.

—Mi tía dice que cuantos más, mejor. Siempre tenemos toneladas de golosinas para comer.

—Siempre hay espacio para uno más. —Bethia puso su brazo alrededor de Cait—. Te quedarás. Es lo que le gustaría a tu abuela.

Al no estar de acuerdo ni en desacuerdo, Deydy se dejó caer en la mesa y puso en marcha su máquina de coser.

Amy entregó a Cait una taza de sidra especiada.

—Siéntate a mi lado. Me siento cerca de la punta de la mesa.

—No —dijo Bethia con firmeza—. Cait se sentará junto a su abuela.

Deydy hizo un ruido gutural similar al de un pez arponeado.

Amy llevó una silla al extremo opuesto de la mesa.

—Las otras tres no podrán venir esta noche. —Cogió la máquina de coser de Cait y la conectó—. ¿Qué has traído para hacer? Estoy haciendo un edredón para el regazo de mi tía. Es una máquina Churn Dash.

Cait no sabía quiénes eran «las otras», pero sacó su proyecto de su chaqueta.

—Una manopla.

—Ja —dijo Deydy en voz alta.

Rhona estiró la mano.

—¿Puedo?

La manopla hizo una ronda, cada una de ellas dio una opinión.

—Ah, esto es precioso.

—Me recuerda al buen trabajo de su madre.

Cait lo había comenzado para regalárselo a Deydy para Navidad, su primer intento de hacer una colcha en miniatura. Había supuesto que Deydy apreciaría que fuera bonita y funcional. Nuevamente error.

Cuando la manopla llegó a Deydy, le dirigió una mirada superficial y luego la dejó a un lado. Rhona se encogió de hombros hacia Cait con simpatía.

—Siéntate y comienza.

Su vieja maestra acarició la silla entre ella y Deydy como diciendo «estaré aquí a tu lado».

Cait enhebró su máquina, se aseguró de que la manopla estuviera alineada correctamente, y presionó el pedal. Se sentía bien cosiendo, pero hacía mucho tiempo que no lo hacía en paz.

—He oído que tuviste una fiesta de pijama anoche —dijo Amy.

Cait se ahogó en su propia saliva y dejó de coser. Todas en la habitación rieron, excepto Deydy.

Así que lo habían oído. Las pequeñas ciudades eran exactamente como todo el mundo imaginaba. Todos se metían en los asuntos de todos. Incluso en Escocia.

—Lleva aquí diez minutos y la niña ya duerme con cualquiera como una... —Deydy empezó.

Bethia la interrumpió con un «Shh, shh».

Amy dijo alegremente.

—Te vi salir del bar con Graham. Estaba ayudando a Coll con los sándwiches. Graham puso su mano sobre tu espalda mientras se dirigía fuera. ¿Vosotros dos...?

—¡Cielos no! —Cait se movió incómoda en su asiento—. Lo acabo de conocer.

—Y sin embargo, pasaste la noche con él.

Añadió Bethia.

Cait apagó su máquina y centró toda su atención en ellas.

—Escuchad. Bebí demasiado y me quedé dormida en su sofá. —Se giró hacia su abuela—. Díselo, Deydy.

Su abuela se quedó muda durante tanto tiempo que Cait se preguntó si su lengua no se había cosido al techo de su boca. Finalmente, Deydy habló para aclarar los hechos.

—Es cierto lo que dice. —Parecía como si hubiera echado leche cuajada

—. Caity no estaba en su cama, sino en el sofá, la perra con ella. Graham profundamente dormido en el suelo, *como el perro que es*.

Con ojos de vaca y jadeante, Amy apoyó su barbilla en su mano.

—¿Vas a verle de nuevo? —Cait bufó, sonando sorprendentemente como una Deydy exasperada.

—Por supuesto que lo veré de nuevo. Gandiegow es un pueblo pequeño.

—Lo que queremos saber es... —Rona asumió la pose de su maestra—. ¿Cuáles son tus intenciones hacia Graham?

Bethia apoyó la mano sobre la mesa, como si un juez derribara un mazo, suave pero firme.

—Es un hijo de Gandiegow. Como si fuera mi propio hijo. Nuestro trabajo es vigilarlo. Y a Duncan y Mattie. Es por eso que Duncan tenía el nombre MacKinnon desde el principio y no Buchanan. Para protegerlo... y ahora para proteger a Mattie. Era el apellido de la madre de Graham.

Deydy se abalanzó sobre Cait como un tren de carga que corre sobre un perro herido.

—Sabemos que eres reportera. No vamos a dejarte herir a Graham, ¿me entiendes?

Como si Cait hubiera metido la cabeza en un guiso caliente y burbujeante, el calor le inundó la cara. *¿Se habían enterado de lo de la revista People y de lo que había escrito en su cuaderno?*

La voz de Amy era toda simpatía.

—No te lo tomes como algo personal. También me advirtieron cuando Coll me llevó a Gandiegow después de casarnos. Ni siquiera puedo decirle a mi tía nada de Graham. Deydy me amenazó con golpearme con una escoba si le decía una palabra a alguien. Y, por supuesto, si no trataba bien a Coll.

—También se lo haría a ella. —Deydy sonrió a Amy.

Algo en el corazón de Cait se rompió. La sonrisa torcida de Deydy. ¿Cuándo fue la última vez que vio a su abuela sonreír? ¿Antes de que Mamá se pusiera enferma? La cólera surgió dentro de Cait. ¿Por qué demonios Amy, una

cotorra parlante merecía el afecto de Deydy y Cait no?

Tal vez había sido demasiado sumisa para hacer frente a Tom y venir a visitarla, pero dejar Gandiegow no había sido culpa de Cait. Su abuela necesitaba superarlo, dejar de culparla y dejar de actuar como si Cait hubiera tenido opinión en el asunto.

Ahora era diferente. Ahora era su elección escribir un artículo sobre Graham. Cuando saliera el artículo, sería culpable, la villana del pueblo. La sensación de culpa, pegajosa como alquitrán, la cubrió por completo. Deydy debería ahorrar su maldad para más tarde, cuando en realidad tuviera buenas razones para odiar a Cait.

—¿Estás planeando venir al espectáculo, Caity? —preguntó Rhona, su tono mucho más amable que minutos antes—. Es el próximo miércoles por la noche. Los niños están tan emocionados.

El cambio de conversación la dejó fuera de lugar. Pero no tanto como el recuerdo que le vino a la mente, golpeando con tal fuerza que habría tumbado a la mayoría de las mujeres de sus sillas.

Su última Navidad en Gandiegow. Había interpretado a María sentada en el pesebre con Donald Elliot como José. Le había encantado usar el pañuelo de algodón blanco sobre su cabeza y la bata azul. Pero ahí, en esa época, Jesús era su amigo y ella había tenido el honor de ser su madre, aunque solo fuera por una hora. Cait se sacudió esa sensación pues ya no era verdad.

—¿Caity? —Dijo Rhona.

—Sí, señora Lamont, estaré allí.

—Te dije que me llamas Rhona. Me hace sentir decrepita cuando una mujer adulta me llama señora.

—De acuerdo.

Afortunadamente, la conversación se desvió de Cait y de los chismes del pueblo. Amy dio un recuento de todo lo que había oído en la tienda y el bar. El resto de ellas comentaron las idas y venidas de Gandiegow. Aliviada de que no le hicieran más preguntas, Cait trabajó silenciosamente en su costura.

A las cinco y nueve, recogieron sus proyectos, sus máquinas y sus ideas. Mientras Cait hacía lo mismo, Bethia se acercó a ella.

—Deja tu máquina sobre la mesa —susurró Bethia—. Tiene que quedarse aquí una parte de ti. De esa manera sabrá que volverás.

Cait siempre había pensado en Bethia como una mujer sabia y confiaba en su juicio. En quien no confiaba era en su abuela. No permitiría que Deydy tirara su muy cara máquina de coser al mar tan pronto como se hubiera ido.

Cait se apresuró y se puso su chaqueta, no quería ser la última en salir, ni quedarse a solas con su terrible abuela. Ella se despidió de todos, incluyendo a Deydy, que solo resopló y puso los ojos en blanco. Cait abrió la puerta, huyó del calor de la cabaña y salió de allí.

Deydy observó cómo se iban sus compañeras de costura y cerró la puerta detrás de ellas. Ese sentimiento solitario, demasiado familiar, la golpeó en el pecho. Había vivido sola mucho tiempo, pero nunca se había acostumbrado a las largas noches. ¡Maldito Hamish McCracken! La había enseñado a amar y luego se dejó tragar por el mar, dejándola sola para criar a su pequeña y testaruda hija, Nora. Pero entonces Nora la dejó hace dieciocho años y la soledad se hizo insoportable, una espina constante que pinchaba su corazón: mañana, tarde y noche. Deydy necesitaba a su grupo de costura como si necesitara agua fresca. Por supuesto, ella nunca les hizo saber eso. En el momento en que admites en voz alta que necesitas a alguien, es cuando van y desaparecen en el mar o mueren de alguna enfermedad infernal. No, estaban mejor pensando que no necesitaba mucho amor, ni un poquito. Y no lo hacía. Realmente no. No mucho. Después de todo, ella tenía su fuego para mantenerla caliente.

Tembló y se arrastró alrededor de la mesa, preparándola para la mañana siguiente, pero se detuvo.

Caity, la pequeña diabla, había dejado su elegante máquina de coser.

Deydy se dirigió lentamente hacia ella, planeando colocar la cosa en el rincón o mejor aún, fuera en la nieve, en cualquier lugar fuera de su vista. Pero

mientras estaba de pie cerca la máquina, notó que Caity había dejado su costura también. Deydy cogió la manopla para verla mejor.

Era exquisito, las piezas del tamaño de un sello de correos en un patrón de colores que le quitaba el aliento. La fina y detallada artesanía de Nora había sido transmitida a su hija. Un poco de orgullo brotó y, aunque lo intentó, Deydy no pudo aplastarlo.

Suavemente colocó la pequeña obra maestra en el lugar donde Caity la había dejado y decidió no tirar la extravagante máquina en la esquina, la dejó sobre la mesa.

Pero tampoco podía verla toda la noche, así que cogió una toalla limpia y la arrojó sobre la condenada máquina. Cuando Deydy se metió en la cama, se acurrucó bajo la pila de colchas y apagó la luz, la luna brillaba a través de la ventana. Sus rayos iluminaban la máquina de coser de Caity, cubierta y sucedió lo más extraño. Deydy no se sentía tan sola como antes.



# Capítulo Cinco

En el camino de regreso de casa de Deydy, a pocos metros del bar, Cait oyó pasos que corrían detrás de ella. Se dio la vuelta y encontró a Graham, sin aliento.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó.

—Es Preciosa.

Las líneas de preocupación grabaron la frente de Graham. Tengo que encontrar al doctor.

Su corazón se conmovió.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Ven conmigo —dijo.

Entraron juntos en el bar y encontraron al doctor esperando su bebida. Llevaba las mismas gafas cuadradas que Cait recordaba, pero los años habían blanqueado su cabello.

Graham agarró al doctor por el brazo.

—Preciosa está enferma —dijo, con su acento escocés lleno de pánico.

El doctor pagó la cuenta en la barra y agarró su bolsa médica siempre presente en el asiento, al lado suyo. Los tres estaban preocupados, la nieve crujía debajo de sus botas mientras corrían y subían por la colina.

—No ha querido comer nada —dijo Graham—. Y no he conseguido que bebiera nada en todo el día. Solo está ahí. No importa cuánto intente persuadirla.

—Esto sucede con los perros viejos. —El doctor lo calmó, su voz tan reconfortante como un edredón.

Graham no se sintió consolado.

—¿Qué podemos hacer?

—Déjame examinarla primero —dijo el médico.

Se apresuraron a entrar en la mansión, Graham y Doc ni siquiera se

detuvieron para quitarse las botas. Preciosa estaba tumbada en su gran almohada mullida en el salón. Cuando vio a Graham, levantó ligeramente la cabeza y movió la cola una vez. Su cabeza cayó hacia abajo como si el peso simplemente fuese demasiado. El anhelo en sus ojos decía que quería levantarse, pero no tenía energía.

—Vea, Doc —Graham caminaba de un lado a otro—. Tiene muy mal aspecto.

El doctor se agachó y miró sus ojos y vientre y escuchó su corazón. Finalmente, se levantó, poniendo su mano en el hombro de Graham, sin mirarlo a los ojos. Un sutil movimiento de su cabeza hizo que el ángel de la muerte chirriara en la habitación.

—No. —Graham sacudió la cabeza como para contrarrestar el pronóstico del médico.

—Tienes que prepararte, muchacho. —La mano del doctor se apartó.

—No —dijo Graham de nuevo, más tranquilo esta vez.

El doctor asintió como lo hacen los viejos; paciente, cansado. Parecía conocer lo suficiente sobre la Muerte para saber cómo se desarrollaba esta danza.

—Lo siento, muchacho. Preciosa ha tenido una larga vida. Más larga que la mayoría de los perros. —Sacó un frasco de su bolsa—. Una gota cada hora para aliviar cualquier molestia.

Graham no dijo una palabra, solo asintió con la cabeza: un hombre a la deriva en una balsa salvavidas, solo y vulnerable. Cait sabía lo que estaba pasando y ella no quería estar allí. Se sentía muy mal.

La muerte había sido su compañera toda la vida, pero eso no significaba que fueran amigos. Los amigos compartían intereses comunes como chismes y el café, compras de zapatos o la elaboración del edredón perfecto. La muerte solo estaba interesada en causar miseria, angustia y aislamiento. La muerte atrapaba a alguien que estaba dando vueltas y repartía tristeza y dolor duraderos.

El doctor se fue y se quedaron solos.

Cait sabía lo que vendría después y no quería estar allí para aquello. Pero en ese momento, Graham le tomó la mano. *Mierda*.

—Me alegro de no tener que hacer esto solo.

¿Pero no era ese el punto? La muerte representaba la soledad. Él apretó su mano. *Mierda*. Ahora no tenía más remedio que quedarse.

La soltó y se sentó junto a Preciosa. Aquellos ojos de perrito se iluminaron con amor y devoción. Giró la tapa del medicamento y le echó una gota de líquido en la boca.

—Ahí tienes, chica. Te hará sentir mejor.

A regañadientes, Cait se sentó al otro lado de la almohada mullida para vigilarla.

Graham extendió la mano y Preciosa la lamió. Inclino la cabeza hacia un lado, sus ojos se volvieron suaves con un viejo recuerdo.

—Era del tamaño de una pelota de softbol cuando la traje. Toda piel. Me había decidido a sacar algo de la basura, pero esta pelota de piel seguía tirando de mis zapatos, tratando de llamar mi atención. La recogí y eso fue todo. Me enamoré. Era una buena chica, linda, graciosa. Nunca me dio un minuto de problemas.

—Se nota. —Cait extendió la mano y acarició al perro. Los ojos de Preciosa se trasladaron a Cait, luego de vuelta a su amo.

—No podría haber pedido una mejor amiga —dijo, acariciando a la perra. Permaneció en silencio unos instantes y Cait no pudo soportarlo.

—Dijiste que te la llevabas a las grabaciones—. Esperaba que mantenerlo hablando fuera lo mejor.

—Sí. Fue a todas partes conmigo. —Graham sonrió—. Incluso la llevé a los Oscar. Cuando esa odiosa reportera se inclinó para acariciarla, trató de quitarle un trozo de la mano. Le di un regalo extra por eso.

Permanecieron así durante mucho tiempo, haciendo un círculo con sus cuerpos alrededor de Preciosa mientras a ella le costaba trabajo respirar.

Graham contó más historias, su acento cada vez más intenso. Se levantó periódicamente para poner otro leño en el fuego y cada hora le dio a Preciosa otra gota de la botella.

A las tres y media de la mañana, Cait se despertó. Se acercó y puso una mano sobre Preciosa. Su pelaje era cálido, pero Cait no pudo sentir su diafragma moviéndose hacia arriba y abajo, sin más aire entrando y saliendo.

La perra había muerto. Graham se inclinó y besó a Preciosa.

—Adiós, muchacha. —Su voz se quebró y él respiró profundamente.

Un olor familiar alcanzó la nariz de Cait. El olor de la Muerte. Graham se secó una lágrima y Cait le tendió un pañuelo.

Durante mucho tiempo, se sentaron en el suelo junto al cuerpo de Preciosa, en silencio. Ambos se enredaron en sus propios pensamientos. Cait estaba sola con Mamá cuando murió. Su padre estaba en el trabajo y la enfermera había ido a la cocina. Cait estaba sentada al lado de la cama de su madre, trabajando en una pieza de edredón, mientras ella dormía. Sin previo aviso, jadeó y se sacudió. No abrió los ojos, no se despidió. La muerte, la bastarda, había entrado en la habitación y le había arrebatado a su madre justo debajo de sus narices.

Cait miró a Graham. No estaba sacudiendo el cadáver de Preciosa, gritando en busca de ayuda, o mirando a su alrededor como si las paredes estuvieran cerrándose sobre él. Parecía en paz.

Le dio unas palmaditas en el hombro a Cait y luego se levantó. Del sofá, quitó el edredón para regazo y lo extendió cuidadosamente en el suelo. Cogió a Preciosa, que había comenzado a tensarse, la abrazó y luego colocó su cuerpo en el centro de la colcha. La envolvió suavemente, la levantó y luego él se levantó con cuidado.

Todavía en aguas inexploradas, Cait lo siguió por las escaleras y entró en su habitación; una procesión fúnebre. Puso a Preciosa en su cama y puso su mano sobre ella una vez más. Tal vez para asegurarse de que realmente se había ido.

—Ella era una buena perra. —Su voz era gruesa e irregular—. La llevaré a Doc cuando abra la oficina para que la incineren. —Se detuvo un momento, observando el bulto sobre la cama.

Cait se apoyó contra el marco de la puerta, sin saber qué hacer. ¿Irse? ¿Quedarse? La muerte era un negocio solitario, pero el dolor era terriblemente incómodo. Seguramente, Graham querría estar solo, lamer sus heridas en privado.

Pero la atrapó con cinco pequeñas palabras.

—Me alegra que estés aquí.

*Dios, ¿qué podía hacer ahora?*

—Yo también —respondió finalmente.

Graham apagó la luz y cerró la puerta. Ella lo siguió hasta el salón. Durante varios minutos, se paró al lado de la cama de Preciosa, mirándola como si fuera un ataúd vacío. Una vez más, ella no supo qué hacer. ¿Cómo iba a aliviar su dolor? Nadie lo había hecho por ella. Por pura desesperación, envolvió sus brazos alrededor de él, con la esperanza de consolarlo.

Permanecieron un buen rato así, abrazándose. Finalmente, fueron al sofá y se tendieron juntos, acostados en silencio, sin hablar. Después de un tiempo, ambos se quedaron dormidos.

Cait se despertó de repente con Deydy de pie sobre ella con las manos en las caderas.

—Y aquí estás otra vez, Caity Macleod. ¿No te importa tu reputación? Eres tan floja como el diente delantero de un niño de 5 años. ¿Por qué no estás en tu propia cama? ¿Tienes una? ¿Verdad?

Cait asintió.

—Entonces úsala —ordenó Deydy—. ¿Has visto a esa maldita perra? La he buscado por todas partes.

Graham le dirigió a Cait una mirada triste y conocedora. Se levantó y se dirigió a Deydy, poniéndole las manos sobre los hombros.

—Tenemos malas noticias. Será mejor que te sientes.

—¿De qué estás hablando? Si quieres decirme que te has acostado con mi nieta y que está embarazada, no tengo necesidad de sentarme.

—Es sobre de Preciosa.

Cait trató de no morder su labio inferior. Deydy frunció el ceño a Cait, con la boca cerrada en una mueca de hierro. Graham apretó suavemente los hombros de Deydy.

—Preciosa falleció durante la noche.

El rostro de Deydy se contorsionó como si estuviera aplastado entre las manos de un niño. Se alejó de Graham.

—No te creo. ¿Preciosa? ¿Preciosa? —gritó.

Se veía impotente.

—La hemos perdido. Esta sobre mi cama.

Deydy se alejó y subió las escaleras. Momentos después Cait oyó como empezaba a sollozar. Deydy volvió y salió por la puerta trasera.

—Tengo que ir con ella.

Cait cogió su abrigo. Graham se estiró y le agarró el brazo.

—Tu abuela no querría.

—No me importa. —Cait abrió la puerta y bajó por el sendero.

Cuando se encontró con Deydy, trató de poner la mano en su hombro.

—Abu, espera.

Deydy se apresuró a secar sus ojos antes de volverse hacia Cait.

—Aléjate de mí. No te necesito. ¿Por qué no vuelves a dónde perteneces?

Podría haberle dado una bofetada a Cait y no habría dolido tanto. Su abuela se impulsó por el sendero, sus grandes caderas rebotando de lado a lado.

Cait se secó las lágrimas. Gandiegow había prometido ser su refugio, no su infierno. ¿Qué haría ahora?

Graham alcanzó a Cait.

—Tu abuela no ha querido decir eso. Es el dolor el que habla. Dale tiempo, pero no demasiado. Entonces ve con ella y quédate con ella, no

importa si quiere o no.



Graham volvió de casa de Duncan sintiéndose agitado e inquieto. Duncan se había tomado la noticia de Preciosa bastante bien, pero algo no iba bien. Estaba fuera de sí. Parecía tan cansado. Graham sabía que criar a un niño por su cuenta no era fácil, pero le preocupaba que fuera algo más.

Todo el mundo en Gandiegow le ayudaba a cuidar de Mattie, mientras Duncan se ganaba la vida en su barco, pescando. Si pudiera encontrar una esposa para Duncan. Pero pocas mujeres querían vivir en un pueblo aislado en la costa noreste de Escocia. La madre de Mattie solo se había quedado el tiempo suficiente para dejarlo. Graham paseó por el salón. Tendría que intensificar sus esfuerzos para encontrarle a Duncan una esposa. Un pescador necesitaba ayuda —un refuerzo—, no podía ser un padre soltero.

Caity Macleod le vino a la mente. Amaba Gandiegow. Ella había demostrado lo bueno que tenía por la forma en que había manejado lo de Preciosa. Caity tenía una sonrisa agradable. Un cuerpo aún más agradable. Olía como el océano y la primavera, todo al mismo tiempo. Acurrucada a su lado toda la noche había tranquilizado a Graham, había sido un bálsamo para su alma afligida. Tenía muchos buenos atributos y sería una buena esposa... para Duncan, Graham se recordó a sí mismo. Tan pronto como descubriera el secreto que Caity escondía, él vería como juntarlos.

Entonces, ¿por qué no podía imaginarse a Caity con su hijo, o con alguien más?

Graham tenía que pensar en otra cosa. Cogió su teléfono y llamó a su agente.

—Sid, soy Graham.

Sostenía el teléfono lejos de su oreja mientras Sid gritaba obscenidades, quería saber dónde había estado y por qué no le había dicho que iba a desaparecer de nuevo.

Después de un minuto, Graham interrumpió la regañina de Sid.

—No me he perdido ninguna fecha por contrato. ¿Todavía quieres que haga el anuncio de servicio público de RSPCA<sup>3</sup> o no?

Sería una buena manera de honrar la vida de Preciosa.

Sid le dio un exasperado «sí».

—Estaré en Londres esta noche. Mantenlo en secreto —ordenó Graham—. Sin prensa esta vez. Sin trucos. —Colgó.

Estaba demasiado inquieto para quedarse en casa y era demasiado pronto para ir al bar. A menos que fuera para ver a Caity. Pero probablemente estaría durmiendo después de su larga noche.

Graham decidió volver a casa de Duncan y poner el árbol de Navidad para Mattie. Solo abuelo y nieto. Dejar que Duncan descanse, darle un respiro. Graham se arregló el cuello de la camisa y miró al mar. Sí, estaría ayudando a Duncan, pero él no estaba bromeando. En este momento, los necesitaba más de lo que ellos lo necesitaban a él.



---

3 Royal Society for the Prevention of Cruelty to Animals: Sociedad Real para la Prevención del Maltrato Animal.

# Capítulo Seis

Dos horas más tarde, Cait regresó pisando fuerte al bar. *Las cosas siguen mejorando*. La reunión con el Sr. Sinclair acerca de su casa no había ido como se esperaba. Claro, la demolición podría tener lugar de inmediato, pero la mayor parte de la reconstrucción no comenzaría hasta la primavera. Algo sobre que el hormigón no se instala cuando hace frío, pedidos de madera y piedras, y la dificultad de traer a jornaleros de Fairge y Lios en esta época del año. ¡Navidad! Cait quiso gritarlo hasta que se le olvidara lo que significaba. En lugar de eso, subió por las escaleras del bar y cerró la puerta.

¿Dónde estaba Graham cuando lo necesitaba? Si él estuviera aquí, tendría por lo menos alguien con quien hablar, un amigo que la escuchara mientras ella se quejaba, y un hombro en el que apoyarse. Y él también podría apoyarse en el suyo.

Ella caminaba de un lado a otro, sus emociones rebotando como raquetas, golpeando sus entrañas. Cada nuevo pensamiento de Graham causaba otra sacudida. Necesitaba dormir. En cambio, tiró de su cuaderno debajo del colchón, pero encontró que ya lo había llenado. Sacó uno nuevo.

Cait anotó todo lo que había pasado con Graham, Preciosa y Deydy. Cait era uno de esos periodistas que tenían que poner la pluma en el papel antes de poner los dedos en el teclado.

Su artículo sobre Graham se había convertido en una novela. Ella hojeó las páginas, encogiéndose, sintiéndose terrible por traicionarlo. Pero escribir esta historia era su salvación, su regreso al periodismo real, y su ruptura con su trabajo sin salida de edición independiente. ¿No era más importante que ella recuperara su identidad, ser ella misma, que algún actor de peluca grande se escondiera? Sí. Ella presentaría la historia a la revista *People* como se había prometido, y entonces sería capaz de escribir su propio destino. Tal vez obtener un artículo regular en una de las grandes revistas.

Se recostó en la cama y miró al techo, toda la habitación la acusó de ser una traidora y una comadreja. Cuanto más conocía a Graham, más difícil era separar sus sentimientos personales por él del negocio de vender su historia. Se dio la vuelta y comenzó a repasar sus notas de lo que había aprendido sobre él hasta ahora.

Le costó unir en la misma persona al Graham que había descubierto aquí en Gandiegow con el que había visto en la gran pantalla.

Siempre se había mantenido a distancia de los medios de comunicación, no eran personas reales, sino superestrellas que vivían una vida encantada y glamurosa rodeada por una multitud de bellezas, por lo general una en cada brazo y algunas detrás. Sin embargo, aquí, Graham era un tipo cotidiano que amaba a su mascota, se preocupaba por sus vecinos, y sentía como el resto del mundo. Igual que ella.

Maldita sea. No era como si fuera una de esas bolas de lodo que había perseguido a la princesa Diana hasta su muerte. Solo estaría dejando que el mundo entrara a su escondite. Cait apretó las páginas debajo de su colchón y cogió su abrigo. Tenía que salir de ahí y recuperar su perspectiva periodística, dar un paseo y despejar la cabeza.

El viento de la tarde apenas se percibía mientras caminaba, sin tener perspectiva en absoluto, pero preocupándose por el dolor de Graham. Se encontró caminando por el paseo marítimo, más allá de los negocios, hacia su casa en el acantilado. Pero fuera de la casa de Deydy, sus pies se detuvieron. No había ventanas abiertas esta vez, pero había una luz en el interior. Cait recordó el consejo de Graham de no dejar que Deydy estuviera sola durante demasiado tiempo. Cait miró hacia el horizonte como pidiendo consejo.

Parecía más tentador ahogarse en el frío mar de invierno que tratar con su recia abuela ahora mismo. Pateó una bola de nieve. Graham tenía razón. Deydy necesitaba a Cait, aun si la vieja lo sabía o no.

Cait llamó y esperó, oyendo pasos lentos al otro lado de la puerta. Cuando Deydy le abrió, llevaba un delantal limpio envuelto alrededor de su

ancho cuerpo, una mirada irritada en su cara y un cuchillo de carnicero reluciente en su mano.

Cait había visto esta película. No era un buen presagio para ella, pero de todos modos, tentó a su suerte.

—Déjame entrar. No estoy vendiendo aspiradoras o enciclopedias.

Su abuela rodó los ojos y se retiró, haciendo sitio para que pasara.

La primera cosa que Cait notó fue un trapo de Navidad verde y dorado cubriendo su propia máquina de coser. Momentáneamente, sus entrañas se suavizaron, pensando que su normalmente gruñona abuela había puesto la toalla allí para proteger su preciada posesión. Cuando se volvió para dar las gracias a su abuela, el mal humor que habitaba cada rincón del rostro arrugado de Deydy convenció a Cait de que los primeros pensamientos eran engañosos.

Su abuela soltó el cuchillo y se puso las manos en las caderas.

—¿Estás aquí para ayudar o no?

El silencio siguió. Cait no tenía ni idea de para qué Deydy quería ayuda, ¿deshacerse del cuerpo de uno de los vecinos? Cait preguntó con cautela.

—¿Te sientes mejor?

Las muñecas de Deydy se juntaron, haciendo una mueca amenazadora.

—No sé de qué estás hablando.

—Esta mañana... Preciosa...

Deydy agarró de nuevo el cuchillo y lo clavó en la tabla de carnicero.

—O bien me ayudas con la cena o puedes volver al bar.

—Ayudo —dijo Cait—. Estoy aquí para ayudar —dijo y tomó su lugar en la mesa.

—Bien. El pollo no va a cortarse él mismo.

Deydy colocó una cacerola de metal delante de Cait; un pollo crudo yacía dentro. Cait no había tocado un pollo entero desde que había estado por última vez en Escocia. Las pechugas deshuesadas y sin piel, perfectamente cortadas y envueltos en plástico habían sido lo más cercano a un ave de corral en casi dos décadas. Miró al pájaro en la olla. Este parecía recién muerto, con un par

de brotes de plumas saltando de las alas, los últimos restos de la vida.

Cait se detuvo, yendo al fregadero, tratando de encontrar desesperadamente una forma de decirle a Deydy que no sabía qué hacer con el pollo. Tendría que ser delicada al respecto o correr el riesgo de perder un ala.

—Date prisa. Deberíamos cenar antes de irnos. El Intercambio de Galletas comienza a las siete.

—¿Intercambio de Galletas? —preguntó Cait. Deydy se acercó a la nevera y rebuscó dentro—. A mí no me han invitado.

Deydy salió con una docena de puerros y un saco de cebollas, con aspecto de disgusto.

—Lo estás. Debo haberme olvidado de decírtelo. Es en casa de las gemelas este año. Antes de que vayas a decir que no tienes galletas para llevar, ya he hecho las tuyas. —Enderezó sus hombros encorvados—. No más charla. Si ese pollo no está en la olla en los próximos cinco minutos, tendrás que ir con el estómago vacío.

Las cejas de su abuela se alzaron por un instante, casi con una sonrisa furtiva.

Cait se lavó las manos y las secó.

—Acerca del pollo —vaciló—, no recuerdo exactamente cómo, um, desmembrar uno. —Con la media sonrisa de Deydy desaparecida, su ceño fruncido alcanzó nuevos niveles de terror.

—¿No hay aves en Estados Unidos?

—Nuestro pollo viene desmembrado. Ya cortado.

Deydy agarró el pollo de manera elegante por la pata trasera. En un movimiento suave, alcanzó el cuchillo de carnicero, lo sacó de la tabla, y cortó donde el muslo se encuentra con el cuerpo. Con un chasquido, rompió el hueso del muslo y lo separó del resto del ave. Con otra colocación precisa de la hoja entre el muslo y el contra-muslo, las piezas cayeron como amigos que se habían separado para siempre. Hizo lo mismo con el otro muslo y fue a trabajar en el resto del pájaro. Parte de carnicero y parte de Master Chef,

Deydy tuvo al pollo pidiendo misericordia y en la olla en cuestión de minutos.

Su abuela miró hacia ella.

—Pica las verduras. Seguro que no las venden cortadas en trozos, ¿no?

De ninguna manera Cait admitiría que se pueden comprar verduras precortadas en Estados Unidos. Cogió el cuchillo y cogió los puerros del mostrador, acomodándose en la mesa, junto a su abuela. Pero no demasiado cerca. Ambas llenaron la olla de hierro fundido con su comida y luego se sentaron junto al fuego mientras se cocinaba. Cait quería preguntarle a su abuela lo que había hecho hoy, cómo había pasado el tiempo, pero sabía que no serviría de nada. Se quedaron sentados durante largo rato con la única conversación entre ellas burbujeando en la olla.

Alguien golpeó la puerta. Cait se levantó y la abrió, esperando a una de las damas de la costura. Era Graham.

Le dedicó una triste sonrisa.

—Hola —dijo.

Deydy gritó desde su mecedora.

—Mi calefacción no da para calentar toda la costa Graham, entra.

Cait esperó a que obedeciera antes de preguntar.

—¿Cómo estás?

Solo asintió con la cabeza como si no estuviera seguro. Se volvió hacia Deydy.

—He venido a decirte que me voy a Londres unos días. ¿Puedes cuidar las cosas de casa?

—Por supuesto. Siempre lo hago —murmuró Deydy. Se apartó de su silla y se acercó a la nevera, tomó una de las cajas de la panadería de la parte superior y se la dio a Graham—. Un poco de torta de Navidad para el viaje.

—Gracias. Me encantan tus tortas.

Graham le dio un beso en la mejilla.

En respuesta, ella lo golpeó.

—Vete de aquí.

Cait no podía creer las cosas que Graham lograba.

Cait se habría llevado una puñalada del cuchillo carnicero si hubiera intentado darle un beso. Mientras Deydy regresaba a su mecedora, Graham y Cait consiguieron un poco de privacidad.

—¿Has estado ocupado hoy? —preguntó.

—He puesto el árbol de Navidad de Duncan, luego Mattie y yo hemos comprado bastones de caramelo en la tienda.

Parecía cansado y no como alguien que hubiera vivido una jornada navideña. Podría haber estado cavando todo el día. Quería estirar la mano y tomar la suya, pero no podía con Deydy a solo unos metros de distancia.

—¿Quieres quedarte a cenar? Estoy seguro de que hay mucho y a Deydy no le importará.

—No puedo. El helicóptero está en camino. Ya me he despedido de Duncan y Mattie. —Graham dirigió su siguiente comentario a Deydy—. ¿Puedes echarle un ojo a Duncan mientras estoy fuera?

Cait respondió primero.

—Yo puedo hacerlo.

Deydy le gruñó.

—¿Crees que no soy capaz?

Cait tembló.

—Lo que quiero decir es que te ayudaré. Ya haces mucho. —¿Por qué su abuela siempre pensaba lo peor de ella?

—Muchas gracias. —Graham sorprendió a Cait tomando su mano y apretándola. Él le dirigió una sonrisa asesina, que parecía tan auténtica como el Rolex en su muñeca.

Una oleada de calor pegajoso la inundó, derritiéndola, y no se hubiera sorprendido de haberse disuelto en un charco de sopa en el suelo limpio de Deydy. Cait tenía la necesidad de recitar poesía, abrazarse a él cerca de un fuego romántico, caminar de la mano para siempre.

*Ridículo, ridículo.* Esos pensamientos eran completamente absurdos. No

confiaba en los hombres. Creía que no se podía confiar en ninguno para nada. Especialmente para ser leal y fiel. Fue una estupidez quedar atrapada en el hechizo de Graham. Que apretara su mano no quería decir nada o que le sonriera, excepto quizás un poco de gratitud por ofrecerse a ayudar. No podía permitirse el lujo de ser tan tonta como para poner su corazón en peligro de nuevo, con la oportunidad de que lo cortaran en pedazos, al igual que el pobre pollo de Deydy.

Cait apartó su mano de la suya.

—Ni lo menciones.

Graham se pasó la mano por el cabello, vaciló un momento, luego le puso una llave en la mano.

—Es para mi casa —murmuró—. La electricidad en el bar es terrible. Probablemente tienes un ordenador portátil o teléfono móvil que necesitas cargar. Entra y sal cuando quieras.

Ella frunció el ceño. ¿Siempre iba dando la llave a alguien que acababa de conocer? Podía irle a los paparazzi con todo lo que sabía, podía aprovechar esta situación.

Miró al suelo, la idea la golpeaba como una buena historia a la prensa. Dos días sola en su mansión, con la libertad de saquear su lugar y desenterrar todo tipo de secretos. La excitación le atravesó las venas. Podía investigar las cosas que los lectores realmente querían saber: secretos ocultos, viejas declaraciones de impuestos y, por supuesto, la respuesta a la vieja pregunta: ¿qué tipo de calzoncillo usa?

Graham le levantó la barbilla y la miró directamente a los ojos.

—Quédate allí. El bar es ruidoso y frío. El código de alarma de la casa es 711. Nadie aquí intentaría entrar, pero me preocupa que la prensa me encuentre. —Volvió a ocurrir, una expresión preocupada cruzó su rostro—. Es lo menos que puedo hacer por ti. Por todo lo que has hecho por mí y por Preciosa y por ofrecerte a ayudar a mi familia. Aquello se oía más bien a: *será mejor que no me arrepienta de confiar en ti.*



El sentimiento de culpa se apoderó de ella, pero trató de evitar que se le notara en la cara. Tomó la llave. La forma en que él le miraba a los labios le hacía preguntarse, o preocuparse; quería besarla. Pero pasó rápidamente cuando Deydy se aclaró la garganta sin ceremonias.

—Me iré. —Se dio la vuelta y se fue.

Cuando Cait regresó a su mecedora, Deydy la miraba como una detective.

—¿Qué ha sido todo eso? Mis oídos pueden ser viejos, pero no soy sorda.

—No era nada. —Pero lo era. Cait se quedaría en casa de Graham. Conseguiría su historia, no le importaba la culpa. Con el tiempo, la gente del pueblo la perdonaría por exponer a su hijo favorito al mundo. Verían que una pequeña historia no cambiaría nada. Sería algo grande durante unos días, entonces Gandiegow volvería a la normalidad. ¿Cierto?



Con la caja de Deydy cerca de él, Graham se dirigió hacia la playa mientras el helicóptero se acercaba. Le faltó poco para no darle a Caity la llave de su casa, sintiendo una punzada de culpa por las cámaras de vigilancia que había puesto en marcha. Pero tenía que saberlo. Descubriría de una vez por todas si podía confiar en Caity Macleod.

La confianza era la clave. Si pudiera confiar en ella, todo quedaría en su lugar. Caity sería una buena esposa... para Duncan, por supuesto.

Las cuchillas del helicóptero hicieron del viento una furia, la nieve recién caída volaba a su alrededor. Sabía una cosa segura sobre Caity. La mayoría de la gente no veía lo que él era realmente. Sus fans solo lo veían como un recorte de un cartel de una película. La multitud de Londres y Hollywood veía su fama y su fortuna. Gandiegow lo vio como su hijo favorito. Pero no Caity. Caity le veía por quien era. No se dejaba pensar en eso. No necesitaba una relación. Le dolía el pecho al considerarlo. Además, Duncan necesitaba a alguien más que él. Pero algo le molestaba igual; el hecho de que pudiera

querer a Caity Macleod para sí mismo.

# Capítulo Siete

Cait ajustó la gran caja que contenía todos los recipientes del Intercambio de Galletas y fue dando tumbos detrás de Deydy en la nieve.

—Deberías agarrarte a mí para apoyarte —le dijo a su abuela, pero Deydy siguió caminando.

—Ocúpate de ti misma, chica de ciudad. Voy muy bien.

Como si su abuela lo hubiera querido, Cait resbaló y arrastró los pies un poco. Deydy hizo un sonido de burla y por un segundo, Cait se preguntó si su abuela se quedaría allí a ver como ella dejaba caer todo. Pero entonces Deydy la ayudó a arreglar la caja grande.

Cait la miró mientras continuaban.

—No sé qué voy a hacer con ocho docenas de galletas.

—Tienes amigos, ¿no? Envíalas a los Estados Unidos.

Cait no le diría la verdad. No tenía a nadie. Bajo el peso de las exigencias de Tom, había dejado que sus amistades se deslizaran hacia la nada. ¡Qué estúpida había sido! ¡Qué diablos había estado pensando? Se detuvieron frente a una casa de piedra de dos pisos, una de las más grandes de la ciudad. Deidy levantó una mano.

—Una advertencia sobre las gemelas. Son un poco extrañas, pero buenas costureras.

No tuvieron que llamar. La puerta se abrió y la música de Navidad flotó en el aire. *Que nieve, que nieve, que nieve.*

—¡Qué bien! La recién llegada está aquí —dijo una de las dos mujeres con una sonrisa tonta en la cara, un vestido de lana verde a cuadros y un sombrero de duende encima de su bufanda de los años sesenta—. Adelante.

—Adelante —intervino la otra, con aspecto idéntico, pero con un vestido de lana roja a juego y un sombrero de elfo rojo.

Hicieron entrar a Cait, una tomó la caja y la otra le quitó el abrigo. Las

gemelas eran un poco abrumadoras para Cait. Miró a Deydy, pero su abuela simplemente la ignoró.

—Soy Ailsa y esta es mi hermana Aileen. —La primera gemela extendió su mano a Cait—. Somos las sobrinas de Harry Elliot. Nos dejó la...

—Casa —terminó la otra—, cuando murió hace diez años. —Cait fijó sus nombres y el color de su vestido en memoria. Ailsa verde. Aileen rojo. Las dos gemelas la empujaron hacia adelante mientras una tercera mujer se quedaba atrás en el pasillo.

Ailsa agarró el brazo de Cait y la empujó hacia adelante, más hacia el corazón de la casa.

—Esta es Moira, dijo que te acordarías de ella. —Ailsa (*verde*) se volvió hacia la tímida mujer—. ¿Has dicho que eras, qué, dos años más joven que Caity Macleod?

—Sí. —Moira se miró las botas. Cait la recordó de la escuela, una chica alta y sencilla que era tan tímida que jamás miraba a nadie a los ojos. Cait no sabía si la pequeña charla haría que Moira se sintiera más cómoda o si ignorarla sería mejor.

—Me alegro de verte —intentó. Sin respuesta, como si su timidez tuviera poderes propios, haciendo que bajara sus ojos, manteniéndolos pegados al suelo—. Ha pasado mucho tiempo. ¿Qué has estado haciendo?

—¿Haciendo? —Gruñó Deydy mientras se quitaba el abrigo, su tono aumentaba con cada palabra—. Ella ha sido una hija obediente, cuidando de su padre. Eso es lo que ha estado haciendo.

Las mejillas de Moira se volvieron de color rojo oscuro, más oscuras que una manzana.

La tripa de Cait tomó el puñetazo del mensaje de Deydy. Cait, no tan obediente como Moira. Cait, negligente de su familia, al igual que su padre.

Bethia entró en el pasillo y se llevó el abrigo de Deydy. Sus buenos ojos se encontraron con los de Cait.

—La mamá de Moira tuvo un accidente y falleció hace tres años. El

pasado mes de mayo, el padre de Moira se quedó atrapado en las redes de pesca. Tuvieron que sacarlo. Lucha contra la infección hasta día de hoy.

La música de Navidad que ahora se oía en el fondo, *Silent Night*, podía haber sido calmante, pero a Cait le parecía que había entrado en una maldita pesadilla.

Las personas de aquel lugar llevaban una dura vida de muerte, enfermedad y obligación.

—Papá está mejor —añadió Moira, mientras jugueteaba con una guirnalda.

—Eres una buena chica, Moira. —Deydy la palmeó—. Dios esté con vosotros —dijo con un guiño—. Ahora ayúdame a encontrar el whisky.

Deydy se fue con Moira.

Bethia tomó el brazo de Cait.

—No dejes que te preocupe. Tu abuela puede ser testaruda. A veces, solo tienes que amarla de todos modos.

—Sí, como amar a un pitbull rabioso.

Bethia se echó a reír. Ahora tienes el extremo correcto de la aguja.

Antes de que Cait bajara por el pasillo donde parecía estar la fiesta, Aileen (*rojo*) había regresado con un vaso de ponche para ella.

—Solo una advertencia. Está un poquito fuerte —dijo Aileen (*rojo*), con sus ojos visiblemente vidriosos.

Cait se bebió todo lo que había en el vaso. Le quemó muy fuerte, pero ella lo recibió bien. Justo lo que el doctor ordenó para desviar las acusaciones de Deydy.

—Necesito otro.

Siguió el ruido hasta el salón, donde una habitación llena de rostros familiares se movía: Rhona, Amy y Bethia, todas las compañeras de costura de Deydy, y ahora Ailsa, Aileen y Moira. Deydy parecía en su elemento, como la abeja reina, todas las demás la rodeaban.

Había castañas asadas en la chimenea y una manta decorada con

verdaderas ramas de pino y acebo. En lugar de luces parpadeantes, había velas de cera de abejas. Un gran árbol de Navidad estaba en una esquina, decorado con cadenas de papel y arcos de tartán. Debajo del árbol había una manta finísima, adornada con la típica escena de Navidad.

Ailsa (*verde*) se tambaleó hacia Cait, aparentemente un poco borracha, como su hermana.

—Veo que aprecias nuestra obra.

Cait se inclinó para examinar la fina ejecución.

—Bonito. La costura es única. Nunca he visto nada parecido.

—Esa puntada es nuestra firma. Aileen y yo la inventamos cuando éramos adolescentes. Va en todos nuestros edredones.

Aileen (*rojo*) llamó desde la mesa de las galletas.

—Ailsa, ven aquí. Tienes que ver esto.

Cait caminó con ella. La mesa del comedor estaba amontonada con cajas de galletas, las de cada persona agrupadas, unas rojas de lujo, unas verdes claras, muñecos de nieve azules, recipientes de plástico adornados, todo tipo de cajas. Aileen (*rojo*) estaba de pie cerca de una de las cajas de Deydy.

Cait miró dentro y jadeó.

—Son exquisitas. —Deydy había hecho panecillos en forma de corazón, la mitad superior de cada corazón estaba decorado con lo que parecía una delicada cadena de luces de Navidad. Cait se quedó boquiabierta ante su abuela.

—No es nada —masculló Deydy.

—Es arte —argumentó Cait.

—¿Qué más has traído? —Aileen (*rojo*) abrió otra caja de la pila.

Dentro había pequeñas tartas de queso individuales con una cereza en la cima. La boca de Cait se hizo agua con solo mirarlas. Se llevaría esas para sí misma.

—Sabía que podías cocer al horno, pero estoy segura de que no recuerdo estos pasteles en concreto —dijo Cait.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Caity Macleod —Deydy resopló.

Utilizando sus ojos como rayos láser, Cait miró a Deydy, con la esperanza de poner un poco de amabilidad en su vieja y gruñona cabeza, pero las probabilidades de lograr eso eran pocas, aun con los rayos láser. Deydy quería humillar a Cait delante de sus amigos. ¿Por qué? ¿Por qué Cait se había negado a quedarse en su casa? Deydy debería superarlo. Era Navidad, por el amor de Dios. Una tregua por los días festivos no era pedir demasiado. ¿No podría ser agradable por una noche?

Deydy bebió un poco más. Luchó con la pobre Moira para que bailara un poco el *Rockin 'Around the Christmas Tree*<sup>4</sup>. Deydy tomó una copa en una mano y un pequeño bocadillo en la otra, su vestido se balanceaba arriba y abajo como un émbolo, al compás de la música. Amy se unió cantando, un poco fuera de control.

Bethia se sentó en una de las sillas junto a la chimenea. Cait se unió a ella.

—Deydy parece estar disfrutando. —Cait lo dijo con más acritud de lo que había pensado. Pero maldita sea, Deydy había herido sus sentimientos dos veces desde que habían llegado y ahora, la vieja gruñona, estaba bailando como un estibador el día de pago.

—Sí. Pero, ¿preferirías que estuviera deprimida en una esquina? —Bethia la regañó—. Tu abuela ha tenido una vida dura. A los quince años sus padres murieron, dejándola sola en esa cabaña. Cuando Hamish McCracken llegó, pensando que Deydy era las estrellas y la luna, pensé que su suerte había cambiado. Lo difícil fue cuando Hamish fue tragado por el mar, cuando Nora solo tenía tres años.

—No... Quiero decir... no lo sabía. —Cait sintió que el calor le subía a la cara. Sabía que su madre había crecido sin padre, pero nadie le había hablado de lo otro. El dolor debía haber sido demasiado. Y pensar que Deydy también había sido acosada por la Muerte. Igual que Cait. No se había dado

cuenta de que las dos tenían mucho en común.

—Me esforzaré más para no tomarme sus golpes tan personalmente.

Bethia le dio una palmadita en la mano.

—Eso es, buena chica. —Cait pasó las próximas dos horas esforzándose por divertirse. Dejó que Amy la llevara a una larga conversación sobre las idas y venidas en la tienda de comestibles, algo que no resultó tan malo. La charla constante de Amy estaba empezando a gustarle a Cait, además aprendió más sobre la gente de la ciudad. Entonces Ailsa y Aileen llevaron a todas a dar un paseo por la casa, mostrando su obra. La mayoría eran edredones de apliques, todas obras de arte. Más tarde, se sentó con Rhona y Bethia, hablando de costura.

—Freda Douglas nos preguntó de nuevo si la dejaríamos unirse a nuestro grupo de costura —dijo Rhona.

—Es una vergüenza. —Bethia sacudió la cabeza, sus viejos ojos marrones tristes—. Siempre digo que hay espacio para uno más y realmente no lo hay.

—¿Por qué? —Cait preguntó.

Bethia respondió.

—No tenemos espacio en casa de Deydy. A veces trabajamos en el comedor de Graham, pero no es lo mismo. E incluso entonces, no todo el mundo que quiere puede unirse a nosotros. Simplemente no cabemos todas. Además de casa de Graham, Deydy tiene el único sistema eléctrico actualizado.

—Sí, Graham se encargó de que fuera así —añadió Rhona.

—¿Graham? —preguntó Cait.

—Se aseguró de que Deydy pudiera tener amigos que cosieran con ella. Le preocupaba que se sintiera sola. —Rhona respondió con sinceridad, sin un dedo de acusación.

De todos modos, la vergüenza golpeó a Cait. Difícil. ¿Qué decía de ella si un vecino se preocupaba más de la soledad de su abuela que ella misma?



Mentalmente se pateó en el trasero por ser la peor de todas las nietas.

*Y Graham.* Cait no sabía si le gustaba más por su consideración o lo odiaba porque había hecho algo que debería haber sabido hacer.

Cait se dijo a sí misma que, a pesar de la inclinación de Deydy hacia el desagrado, siempre la pondría en primer lugar. Cait pasaría tanto tiempo en casa con ella, que su abuela enfermaría de familiaridad. Cait solo tendría que desarrollar una piel más gruesa para hacer frente a su Abuela Vinagre.

—Bethia, deberíamos conseguir que Caity entre en el *Round Robin*<sup>5</sup> —dijo Rhona—. Amy también lo cree.

—¡Qué buena idea! El tema es Nuestra Ciudad, Gandiegow. Sabes cómo funciona un *Round Robin*, ¿no? Cada una de nosotras cose una vuelta del edredón. Estoy haciendo una línea de bloques de piedra que estará entre las casas que está cosiendo Deydy y el océano de Bethia.

Bethia palmeó la mano de Cait.

—Hacemos una colcha todos los años y la subastamos el Día de San Valentín, en una fiesta y baile. Usualmente recauda cien libras. Damos el dinero al Fondo de las Familias de Pescadores Perdidos.

—¿Solo cien libras? Eso es un robo —dijo Cait, sorprendida—, ¿una colcha hecha a mano por solo eso?

—Somos una pequeña aldea. Cien libras es mucho dinero para nosotros.

—Si estuvierais en Estados Unidos y tuvierais la prensa adecuada, podríais conseguir diez veces más.

—¿Nos ayudarás entonces? —preguntó Amy.

—Por supuesto. ¿Qué queda por hacer? —preguntó Cait.

—Los acantilados —respondió Bethia.

Rhona le dirigió una sonrisa conspiratoria.

—Sí, los acantilados. Tendrás que juntar algunas piezas para la casa de Graham, ¿no es así, pequeña Caity?

Al oír una conmoción y un grito, Cait levantó la vista a tiempo para ver a Deydy agarrar el sombrero de elfo verde de Ailsa, empujarlo sobre su propia

cabeza de pelo blanco y alejarse.

—Devuélvemelo —gritó Ailsa—. Voy a usarlo la víspera de Navidad, cuando las gemelas Urquhart vengan de Fairge para cenar.

Bethia suspiró.

—Creo que es hora de que lleves a tu abuela casa.

Cait siguió a Bethia hasta donde estaba Deydy, renuente a devolver el sombrero.

—Se está haciendo tarde —dijo Bethia—. Cait te llevará a casa. Voy a preparar tus galletas para que te vayas.

—Aguafiestas —se rió Deydy, haciendo reír a todos.

Cait nunca la había visto así: despreocupada y divertida.

Su abuela hizo un intento más por esquivar Ailsa y finalmente se dio por vencida, colocando el sombrero verde de nuevo en la cabeza de su dueña con un fuerte «Ja».

Cuando Cait y Deydy salieron por la puerta, todas se despidieron con la canción *Queridísima Navidad*.

Cait no pudo evitar sonreír mientras bajaban por el paseo marítimo. Había sido una bonita fiesta de Navidad. Y en el último par de horas, nadie había muerto dentro de la proximidad inmediata de Cait. La Vieja Muerte debía estar durmiendo.

Cuando llegaron a casa de Deydy, Cait planeó dejar a su abuela, subir a casa de Graham y empezar a husmear.

Pero Deydy tenía planes diferentes.

—Espero que te quedes. —Levantó los edredones de su cama y sacó de debajo otro colchón de tamaño completo—. Pero primero nos tomaremos un traguito antes de dormir.

Cait se sintió completamente confundida. Al empezar la noche, Deydy había sido tan desagradable como un perro rabioso y ahora era tan juguetona como un cachorro, silbando y enredándose en sus propias melodías. ¿Y la historia en la que Cait estaba trabajando? ¿Qué hay de peinar la casa de

Graham para encontrar varias cosas importantes para su artículo?

La promesa que Cait había hecho antes, aquella en la que había prometido pasar cada momento libre con Deydy, era algo pesada ahora mismo. Pero le hizo contestarle a su abu.

—Por supuesto que me quedaré.

Deydy fue a su mecedora y se balanceó, cantando en voz baja *¿Qué niña es esta?* Y parecía más joven y más feliz de lo que Cait la había visto nunca.

---

4 *Bailando alrededor del árbol de navidad*, canción típica de Navidad.

5 Método cooperativo de costura, en el cual cada costurera elabora una vuelta del producto total.

# Capítulo Ocho

Cuando Cait se despertó a la mañana siguiente, la cama de Deydy estaba vacía y no se la veía por ningún lado. Por un momento, Cait se preocupó de que su abuela se hubiera alejado durante la noche, pero luego recordó que Deydy tenía deberes en casa de Graham.

Cait hizo la cama rápidamente, deteniéndose un momento para admirar la mano de obra de la colcha —era una colcha con el tema *Jardín de Flores de la Abuela*—, toda cosida a mano, utilizando tejidos antiguos de los años treinta. Deslizó el carrito detrás de la cama, decidiendo hacer el té en la cocina del bar porque necesitaba algunas cosas de su habitación.

Cuando salió de la cabaña, no estaba preparada para la nieve que había caído a palas llenas durante la noche. Se preocupó por Deydy en su camino por el acantilado, pero vio que el camino que conducía a casa de Graham estaba despejado y salado para derretir la nieve, pero nadie había despejado el sendero hacia el centro de la ciudad y para Cait, el camino era lento. Antes de entrar en el bar, se quitó la nieve tanto como pudo. Entró directamente a la cocina y puso una tetera en el fuego. Un pequeño televisor de pantalla plana colgaba cerca de la mesa de cortar. Cait lo encendió.

Y ahí estaba Graham, una tormenta mediática sobre su llegada a Londres. A pesar de que sonrió amablemente, una oscuridad en sus ojos le decía que estaba enfadado, cerca de asesinar a quienquiera que lo hubiera arruinado. Lo bueno era que no sabía que era periodista, de lo contrario podría ponerse furioso a la vuelta.

Cait se llenó una taza con el agua hirviendo y dejó caer una bolsa de té.

*Graham Buchanan vuelve a escena después de una desaparición de dos meses. ¿Podría decirnos algo, señor?*

El periodista lanzó un micrófono hacia el rostro de Graham.

*—Estoy aquí para hacer un anuncio del servicio público para la*

*RSPCA que está trabajando en las Cinco Libertades para los animales a través de una legislación* —dijo Graham.

Si ella fuera el periodista, su siguiente paso sería preguntar qué impulsó este servicio público. Y por qué ahora.

El reportero lo intentó de nuevo.

—*Sí, pero ¿dónde ha estado? Su agente no ha hecho comentarios sobre su paradero.*

—*Lo siento, amigos. Hasta aquí llego.*

Graham desapareció en el edificio de RSPCA.

Cait levantó una taza hacia Graham. Se sentía culpable por lo que planeaba hacer con la superestrella de Gandiegow. Definitivamente decepcionaría a Graham si se enterara de que ella estaba escribiendo un artículo sobre él.

Nunca volvería a confiar en ella. Su cómoda amistad estaría muerta.

Pero Cait tenía que hacerse cargo de recuperar su vida primero y anular las dudas que tenía acerca de hacer la historia. Por un momento, le preocupó que su aparición en Londres afectara la factibilidad de su artículo con People, pero apartó ese pensamiento. Todo el mundo sabía que Graham había desaparecido, pero nadie sabía dónde.

Apagó el televisor y subió las escaleras, solo para encontrar el pasillo casi bloqueado con sus cajas recién traídas desde Chicago. Ojalá hubiera recordado hablar con Graham sobre el almacenamiento. Una a una, llevó cada caja a su habitación, apilándolas contra la pared. Cuando terminó, había poco espacio para moverse. Se puso un suéter color camello y pantalones de lana color chocolate, a continuación, localizó sus mitones de color marrón y gorra a juego. Antes de salir, cogió su móvil y su cargador, con la esperanza de conectarlo en casa de Duncan.

O, más tarde, en casa de Graham. Cuando Duncan respondió a la puerta, parecía más pálido que la última vez que lo había visto.

—He venido a jugar con Mattie, para darte un respiro, si te parece bien.

—¿Mi padre te ha enviado? —preguntó Duncan con recriminación en la voz.

—No exactamente. Pero estoy segura de que Deydy pasará para asegurarse de que tenéis suficiente para comer —dijo Cait.

—Ha traído un estofado a primera hora de la mañana, pero me alegra que estés aquí. Planeaba dejar a Mattie en la tienda con Amy, pero está resfriado.

—¿También estás resfriado? —le preguntó Cait.

—No —dijo—. Pero tengo que irme. Tengo que recoger el regalo de Navidad para mi padre. Será mi única oportunidad.

—¿Quieres que te prepare un té antes de irte? —preguntó—. ¿O eres un hombre de café?

—Sí, café. —Duncan se pasó una mano por el cabello, parecido a Graham—. Sabes que Mattie es mudo, ¿verdad?. No habla.

No, no lo sabía. Y por la expresión «yo—realmente—no—quiero—hablar—sobre—ello» en el rostro de Duncan, no debía preguntar.

—No te preocupes. Estaremos bien.

Mattie, de seis años de edad, se asomó por la esquina, con el aspecto sombrío de un anciano en su cara de niño.

Duncan se acercó y se agachó frente a él.

—Caity es una vieja amiga. La conocí cuando tenía tu edad. Ve a mostrarle dónde guardamos las tazas mientras cojo mi abrigo.

Cait siguió a Mattie a la cocina y vio un fregadero lleno de platos sucios. El muchacho sacó una lata de café de la nevera y señaló dónde estaban las tazas. Rápidamente Cait puso la cafetera. Duncan entró justo cuando llenaba su taza.

—No tardaré mucho —dijo—. Mi número de móvil está en la nevera.

—Hablando de móviles, ¿puedo cargar el mío aquí? —preguntó Cait.

—Siéntete como en casa. Le di a Mattie una dosis de medicina para el resfriado hace una hora. Debería estar bien hasta que yo regrese. —Alborotó un poco el cabello de Mattie—. Ayuda a Caity, hijo.

Mattie asintió solemnemente. Duncan besó la parte superior de la cabeza de su hijo y salió por la puerta.

Como Mattie no la conocía, Cait esperaba ver temores en su rostro. En su lugar, parecía inalterado, sin afectación. Se imaginaba que todos en el pueblo lo habían cuidado en un momento u otro y estaba acostumbrado a una variedad de personas que lo vigilaban.

Cait tuvo una idea brillante.

—Oye, Mattie, ¿me ayudas con los platos?

El niño agarró una de las sillas del comedor y la llevó al fregadero.

Cait estaba contenta consigo misma. Había atacado dos cosas a la vez: limpiar la cocina y mantener a Mattie ocupado. La intuición le dijo que mantuviera una conversación corriente y fingiera que él respondía a lo que ella decía. Le contó todo sobre Chicago, la vez en que había pescado un bacalao en el bote de Billy Kennedy y sobre el trabajo de costura que estaba haciendo para Deydy como regalo de Navidad. Mattie permaneció en silencio, fregando cada plato y poniéndolos en el fregadero para que ella lo inspeccionara, enjuagara y secara. Al rato, todos los platos estaban limpios.

Mattie parecía golpeado, con los ojos caídos, probablemente por el resfriado.

—Creo que deberíamos sentarnos en el sofá y ver una película. —Le puso una mano en la frente, buscando fiebre.

Entraron en el salón y Cait puso a Rudolph, el reno de nariz roja. Mattie se durmió en cuestión de minutos.

Ella apagó la televisión y fue en busca de otras maneras de ayudar. Limpió el cuarto de baño, recogió el salón y preparó el guisado de Deydy, en una olla que había encontrado encima de la estufa.

Cuando Duncan llegó a casa, Mattie todavía dormía. Ella puso un dedo en sus labios.

—Está durmiendo.

Duncan sonrió a Cait y susurró.



—Adivina lo que hay en la caja. —Abrió la tapa. Dentro había una bola de piel negra, marrón y blanca—. Le traigo un cachorro para Navidad a papá, un Sheltie de tres colores.

¡Estaba fuera de sí! ¿Quién en su sano juicio le daría a Graham un perro tan pronto? Cait sacudió la cabeza y quiso preguntarle a Duncan qué había estado fumando. ¿Creía que Graham lo agradecería? Trató de sonreírle de forma tranquilizadora, pero no estaba segura de que lo hubiera logrado.

—¿Es hembra o macho?

—Macho. Somos una familia de chicos. Este pequeño encajará perfectamente.

El rostro de Duncan se ensombreció.

—No sé qué haré con él hasta Navidad. Quiero que sea una sorpresa, pero ya tengo bastantes problemas para cuidar de Mattie mientras estoy pescando.

Mierda. Entre la espada y la pared. Cait no tenía más remedio que ofrecerse. Solo sería por unos días.

—¿Quieres que esconda al perro hasta Navidad?

—¿En el bar? ¿Subiendo y bajando por esas escaleras para sacarlo?

—Estoy seguro de que a Deydy no le importará si el cachorro y yo nos quedáramos en su casa.

Cait tendría que volver a emborracharla antes de pedir permiso.

Duncan le sonrió.

—Bueno. Pero avísame si no funciona.

—Estaremos bien —dijo, sin estar segura de sí estaba tratando de convencerse a sí misma.



*Deydy podría muy bien dejarla a ella y al cachorro fuera en el frío.* Para contrarrestar ese pensamiento, Cait se detuvo en la tienda. Habría apostado que el chocolate sería justo lo que necesitaría para que la reina de la

irritabilidad accediera. Ella acurrucó al perro en la manta y se aseguró de que la tapa estuviera apretada antes de entrar en la tienda.

Amy estaba al teléfono.

—Me alegra que estés aquí. El grupo va a tener una sesión de emergencia en casa de Deydy en este momento. La del teléfono era Ailsa, dice que Rhona ha tenido una sorpresa. Su hija no va a tener solo un bebé, son gemelas. Solo hizo una colcha y ahora necesita otra antes de Navidad. Bethia está en camino y yo cerraré en un minuto. Estoy segura de que Ailsa ya ha llamado a Moira, pero no sé si podrá dejar a su padre o no. Vendrás y ayudarás, ¿verdad?

Cait miró la caja.

—Por supuesto. —Luego buscó en el estante del chocolate—. ¿Sabes cuál es el favorito de Deydy?

Amy sonrió.

—Eso es fácil. Cerezas cubiertas de chocolate.

—Estupendo. Cogeré dos cajas.

Cait depositó el dinero en el mostrador. Amy lo cogió, embolsó el chocolate y giró el letrero a CERRADO.

—Si alguien necesita algo, saben cómo contactarme. ¿Qué hay en la caja?

—Otra sorpresa —dijo Cait, sabiendo que era verdad. O al menos lo sería cuando su abuela gruñona lo viera.

Amy se encogió de hombros y salió por la puerta. Se dirigieron a casa de Deydy, mientras una tormenta se aproximaba desde el mar.

Amy todavía se las arreglaba para hablar una milla por minuto sobre los fuertes vientos del vendaval.

—Espero que Rhona tenga suficiente tela para hacer otra colcha. Los bebés nacerán en enero. Apuesto a que Rhona está cortando piezas ahora mismo. Me parece que el resto de nosotros trabajaremos en los bloques. Creo que podemos hacerlo muy rápido, ¿no?

En serio, Cait no sabía por qué alguien querría hablar con este tiempo. Sentía la garganta a punto de congelarse. Pero Cait gritó de todos modos:

—Lo lograremos si todas trabajamos juntas.

No era solo la tormenta de nieve lo que desaceleraba a Cait. Ella no había visto ni hablado con Deydy hoy. Las cosas habían estado bien, entre ellas, la noche anterior antes de irse a la cama.

No había dicho nada en realidad, Deydy tarareó canciones de Navidad y Cait se cuidó de no alterar su buen humor. Se preguntó cómo se sentiría su abuela esta mañana. Al parecer, lo suficientemente bien como para levantarse al amanecer para dejar comida en casa de Duncan y cuidar la casa de Graham. ¿Qué pasaría si Deydy estaba molesta con ella por irse y no volver en todo el día? Cait solo tenía que explicar que había estado ayudando a Duncan. Miró la caja con el cachorrito. Eso no era una caja de chocolate. ¿Cómo se sentiría su abuela de tener compañeros extra de habitación hasta Navidad?

Cuando llegaron a casa de Deydy, Amy simplemente entró sin tocar. Miró hacia atrás y debió leer la mente de Cait.

—Tu abuela me dijo que no había necesidad de llamar a la puerta.

En otras palabras, Amy era de la familia. Otro chasquido en el corazón de Cait.

—Estamos aquí —gritó Amy.

El grupo de costura llenaba todos los rincones de la pequeña cabaña. Rhona estaba de pie sobre una mesa de cartas con un cortador giratorio en la mano. Bethia, Ailsa y Aileen cosiendo en sus máquinas. Moira estaba en la tabla de planchar, presionando pequeñas porciones de tela. Todas se dieron la vuelta y saludaron.

Deydy salió del cuarto de baño y se detuvo cuando vio a Cait.

—¿Qué hay en esa caja? —Cait la dejó en la pequeña mesa junto a la puerta mientras se quitaba lentamente los guantes y el sombrero, buscando qué decir.

—Es un favor para Duncan.

Deydy la miró escépticamente.

—Eso no tiene sentido, niña.

—Es un regalo para Graham, y Duncan necesita un lugar para esconderlo hasta Navidad.

Cait necesitaba tiempo para decir la verdad, pero hubiera pagado por esquivar la pregunta. Aunque esconder la mentira por mucho tiempo solo la haría peor.

—Puedes ponerlo fuera, en el cobertizo —dijo Deydy.

—No creo que eso funcione porque... —El cachorro gimoteó antes de que Cait pudiera terminar. Deydy ladeó la cabeza y echó un vistazo a la caja.

—¿Qué hay ahí? —Deydy se acercó a la mesita. Las otras mujeres, como si estuvieran unidas a Deydy con una cuerda, también se reunieron alrededor de la caja.

Cait se encogió cuando Deydy abrió la tapa. La anciana volvió a tirar la tapa para que se cerrara.

—Saca esa maldita cosa de aquí.

—No puedo —exclamó Cait.

—Graham no lo querrá —replicó Deydy.

Amy sacó al perro de su escondite.

—Es tan mono. ¿Es una chica?

—Chico.

—¿Puedo? —Preguntó Moira con las manos extendidas hacia Amy. Parecía tan extraño que Moira pidiera algo; Cait captó la mirada sorprendida en la cara de Deydy para demostrarlo. Amy dio un beso a la pelusa y le pasó el cachorro a Moira, que murmuró algo en gaélico al perro mientras se acercaba a la mecedora frente al fuego.

—Vaya, mira eso —murmuró Rhona. Todos miraron a Moira con la boca abierta mientras sostenía al perro cerca y le tarareaba. Ella no parecía notarlas. Cait se preguntó si iba a poder quitarle al perro para que Graham obtuviera su regalo el día de Navidad.

—Volvamos a trabajar —recordó Bethia—. Todo el mundo, excepto Moira.

—Muy bien —dijeron las gemelas.

Deydy se quejó mientras se dirigía a su máquina. Cait tomó el lugar de Moira en la tabla de planchar, presionando los trozos de tela.

Por turnos, las mujeres tomaron pequeños descansos: una taza de café con galletas, un buen estirón y un paseo al baño y vuelta al trabajo. En un momento dado, Moira se reunió con ellas, pero solo después de poner al cachorro cómodamente en su caja junto al fuego. En compañía de ese curioso grupo, Cait se olvidó por completo de hurgar en la casa de Graham.

Mientras planchaba la tela, pensó si sería capaz de dar un pequeño paseo por los acantilados hasta la mansión. Debido al cachorro, ya no era un agente libre y no podía ir y venir cuando quisiera.

Un pequeño gemido salió de la caja.

Deydy frunció el ceño a Cait, la irritación llenaba sus arrugas.

—¿Cuál es tu plan para ese perro?

Cait se levantó de un salto.

—Casi lo olvido. Te he traído un pequeño regalo.

—Por favor —murmuró Deydy. Cait sacó las cerezas cubiertas de chocolate de su abrigo—. No es un regalo, es más bien una moneda de cambio.

Deydy hizo su habitual gruñido. Cait lo tomó como una buena señal.

—Pensé que podíamos hacer esto juntas, como un favor para Duncan —dijo firmemente.

—¿Nosotras? —soltó Deydy.

Cait le dio a Rhona la última tira planchada para añadir a la parte superior del edredón.

—El cachorro no puede quedarse en el bar. Graham lo escucharía. Pensé que podía quedarse aquí en tu casa y podíamos cuidarlo juntas.

Deydy se acercó a su mecedora, pero no se sentó. En cambio, se giró y miró fijamente a Cait. Con el fuego como telón de fondo, su abuela parecía un guerrero escocés. O una bruja endemoniada.

—Sabía que querías algo de mí.

Bethia entró y la regañó como nadie más podía.

—Eres familia de Caity. Tienes que dejar que se quede contigo.

Deydy se dejó caer en su mecedora.

—Tráemelo.

Cait le llevó la caja.

—Yo lo haré todo, pero necesitaré algo de ayuda. —Si Deydy la ayudaba con el perro, aún podría tener la oportunidad de buscar en casa de Graham antes de que él regresara. Pero sintió que la oportunidad se le escapaba. ¿Cuándo dijo que regresaría a casa exactamente?

Deydy metió la mano en la caja y sacó al cachorro. Lo sostuvo y frunció el ceño.

—Eres un cruce de razas feo.

El perro movió la cola.

—Es un Sheltie de pura raza —defendió Cait.

Deydy colocó al perro en el suelo, a sus pies. Se levantó y dio unos cuantos pasos temblorosos, luego se agachó junto a su dedo gordo.

—No te atrevas —ladró Deydy. El perro se detuvo y miró hacia arriba como si comprendiera... Deydy era el perro alfa.

—Moira, llévalo fuera para que haga sus cosas.

Moira agarró al perro y se fue. En cuestión de minutos, estaban de vuelta.

—Es tan bueno. Hizo lo suyo enseguida. —Puso el perro en el regazo de Deydy.

—Probablemente tiene pulgas —gruñó Deydy. El perro le lamió la mano y se frotó contra ella.

Amy se acercó, se arrodilló junto a él y preguntó.

—¿Entonces, puede quedarse? —lo dijo como si fuese asunto suyo y no lo era. Deydy era la abuela de Cait.

—Supongo. Por Duncan, Mattie y Graham. —En otras palabras, no porque Cait se lo hubiera pedido. Deydy volvió a colocar al perro en la caja —. Ahora, vamos a terminar este edredón de bebé.

Rhona sacó la colcha de su máquina. La parte superior estaba hecha, lista para el próximo paso.

Despejaron la gran mesa de las máquinas de coser, luego Cait extendió la tela de respaldo. Deydy, Ailsa y Aileen la fijaron a la mesa. Moira colocó el bateador de edredones en la parte superior y luego Rhona colocó la capa superior de la colcha, terminada, sobre el bateador. Todas cogieron su recipiente con alfileres y se pusieron a trabajar. Siendo tantas, la colcha estuvo lista y llena de alfileres en un tiempo record.

—De verdad, os agradezco vuestra ayuda. —Rhona sostuvo la colcha casi acabada—. Mañana lo juntaré todo.

—Tonterías —dijo Bethia—. Haremos turnos para hacerlo ahora. Tienes que preparar el espectáculo de Navidad.

—Lo haremos esta noche —gruñó Deydy—. Amy, saca los sándwiches de la nevera. Moira, siéntate con ese perro y asegúrate de que no ensucie nada. —Se giró hacia Cait—. Enciende tu lujosa máquina de coser y ponte a trabajar en el edredón.

—Sí —respondió Cait.

Las otras mujeres entraron en acción. Las gemelas prepararon sidra especiada para todos. Bethia y Deydy fueron a las mecedoras junto al fuego mientras Rhona dirigía a Cait según su perspectiva.

—Debe ser cosido en la parte baja. Asegúrate de mantener la puntada derecha sobre la costura. Eso es todo —tuteló Rhona.

Cait sonrió. Su maestra no había cambiado nada, siempre era la instructora.

—Déjala en paz —le gritó Deydy—. Cualquier nieta mía sabe cómo coser en la parte baja.

Conmocionada, Cait pasó la aguja sobre su dedo. ¿Su abuela la había reclamado como suya? Dio una mirada en su dirección, pero no pudo distinguir la expresión de su abuela con la mecedora moviéndose de un lado a otro.

Después de que Amy se hubiese tomado su bocadillo, golpeó el hombro de Cait.

—Ve a buscar algo para comer. Voy a tomar tu puesto.

—¿Estás segura? —preguntó Cait.

—He estado ansiosa por poner las manos en tu máquina de coser desde que llegaste. Vi una en Glasgow cuando estaba de vacaciones. Coll y yo nunca podríamos permitirnos una máquina así, pero una chica puede permitirse soñar. No te importa, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Tiene un par de funciones que vas a amar. —Cait le mostró los extras, luego fue a buscar un sándwich.

Ailsa y Aileen se sentaron en las mecedoras, tomándose turnos para sostener al cachorro.

—¿Tienes un nombre para el perro? —preguntó Ailsa.

Antes de que Cait pudiera responder, Deydy escupió:

—Solo hay un nombre para un perro así y seguramente no es Preciosa. Lo llamaremos Gilipollas.

El perrito gruñó.

—Oh, está bien—dijo Deydy con énfasis adicional—, supongo que a Mattie no se le permitiría decir Gilipollas, ¿no es cierto? —Le arrancó el perrito de las manos a Ailsa y lo sostuvo, mirando al pequeño a los ojos—. Tu nombre es Dingus. Y eso es todo— declaró.

El perro ladró dos veces en aprobación.

—Es un nombre terrible —protestó Cait.

—¡Demonios! —Deydy la fulminó con la mirada—. Está en mi casa y lo nombraré como quiera.

—El nombre no depende de ti —protestó Cait—. Es el perro de Graham.

Un rubor vino a su rostro. Se sintió avergonzada y cálida solo por decir su nombre. No sabía por qué estaba defendiendo los derechos de Graham con tanta vehemencia, el mismo hombre que planeaba traicionar. El mismo hombre de quien fingía ser amiga. Sí, cierto, como si una estrella de cine podría tener



algún uso para una chica mortal, cotidiana como ella. ¿Qué diferencia hacía el nombre que Deydy le pusiera al perro? Ninguna.

—Llámale como quieras.

A medida que la noche iba pasando, ella les enseñó a todos cómo usar la máquina. Cuando todas terminaron su turno —con la excepción de Deydy, que parecía mantenerse ocupada durante los cambios de turno—, el edredón estaba listo. Mientras todos limpiaban, Rhona trabajaba en los últimos detalles.

—Voy a tomar esto en casa y coserla a mano mañana por la noche después de la escuela.

—Déjala conmigo —dijo Deydy—. Lo haré y no tendrás que preocuparte por ello. Tienes el espectáculo. Gandiegow depende de ti.

—De acuerdo —asintió Rhona.

Las gemelas se aferraron a sus abrigos.

—¡Qué divertido!, dijo Ailsa.

—¡Qué divertido! —copió Aileen, sonriendo a todos—. Moira, dile a tu padre que iremos a verlo mañana. Le estamos haciendo un edredón para Navidad. Algo para alegrarlo.

Moira miró al suelo.

—Sé que lo agradecerá.

Ailsa le entregó el abrigo a Moira.

—Te dará la oportunidad de escapar si tienes que hacer compras—. Cait pensó que era extraño. Aunque, no era como si hubiera un centro comercial o algo parecido, Moira parecía apreciar la oferta.

Eso estaría bien.

Todo el grupo de costura salió, dejando a Cait a solas con Deydy.

—Dingus necesitará un bocado para comer.

Deydy fue al gabinete y sacó una pequeña lata de comida de lujo para perros. Cait se quedó perpleja hasta que se dio cuenta de que Deydy debía haberlo guardado a mano para Preciosa. Cait tomó la lata y preparó un poco para el perrito. La pequeña pelota de peluche comió y se durmió enseguida.

Cait sacó la cama corrediza de debajo de la de Deydy. Mientras Deydy entraba al baño. Cuando su abuela salió y se arrastró hasta la cama, se inclinó y le arrebató el cachorro a Cait. Deydy colocó al perro en sus brazos.

—Tú lo aplastarías —dijo. Cait suspiró. Y los dulces comentarios siguieron llegando. Ella envolvió sus brazos alrededor del cachorro. Después de un momento, apagó la luz, se quitó la ropa, dejando solo su ropa interior larga y una camiseta y cayó en la cama.

—Buenas noches —dijo Cait a la oscuridad. La oscuridad permaneció en silencio.

# Capítulo Nueve

Cait soñó que estaba en un barco, tambaleándose de un lado para otro debajo de la cubierta. Deydy era la capitana con Graham como segundo de a bordo. Cait quería estar disfrutando del aire fresco y descubrir por qué se reía y cantaba. Pero cada vez que subía los peldaños que conducían a la cubierta, el bote se balanceaba y ella perdía el equilibrio y se estrellaba contra el suelo. Luego más tambaleos y giros.

Cait se despertó, insegura al principio de donde estaba. Deydy le sacudió los hombros.

—Levántate. Ese maldito perro ya desayunó. Ahora sácalo. —Puso a la peluda criatura en el vientre de Cait.

Pero Cait no quería levantarse. Todavía estaba oscuro.

—Hay café. —El tono de Deydy hizo que Cait se preguntara si su abuela estaba siendo agradable o si era que Cait debía fregar la cafetera.

—Está bien—dijo Cait, sin compromiso mientras Deydy salía por la puerta principal.

Puso al pequeño Dingus en el piso mientras se levantaba. Si pudiera haberse quedado allí un rato más, podría haber comprendido el extraño sueño que tuvo. ¿Estaba su subconsciente tratando de decirle que iba a seguir mareándose? ¿Y qué demonios significaba eso?

Tendió la cama y la empujó debajo de la de Deydy. Se vistió con su habitual traje marrón, se puso el abrigo y se llevó al cachorro. De vuelta dentro de la casa, el café le sentó muy bien, y se aseguró de lavar la cafetera y ponerla en el escurridor para secar. Colocó a Dingus en su abrigo y se fue para el bar para empacar una pequeña bolsa. Y tomar un cuaderno nuevo mientras estaba allí. Lo necesitaría cuando se enfrentara a la casa de Graham.

En el bar, el perrito dormía en la cama mientras ella recogía sus cosas. En el último minuto, se acordó de su ordenador portátil y el cable de

alimentación. Volvió a poner al perro en su abrigo y se dirigió a casa de Deydy. En su salida, se encontró con Bonnie, la camarera, cuyo suéter de Navidad mostraba demasiado escote como para que Santa la incluyera en su lista de chicas buenas.

—No te he visto últimamente. —Bonnie ciertamente no sonaba como si la hubiera extrañado.

—Me he quedado en casa de mi abuela —dijo Cait, con la esperanza de que Dingus se callara para no tener que explicar por qué su pecho estaba lloriqueando—. Mejor me voy. Ella me espera.

Cait se volvió para irse, pero Bonnie bloqueó su camino.

—No has oído nada de Graham, ¿verdad?

—No. ¿Por qué habría?

—Bueno. Me alegro de que te des cuenta de que no le interesas. Y de que no te pertenece —añadió Bonnie con una mueca de desprecio—. Será mejor que lo recuerdes.

Cait quería noquearla, pero en vez de eso la rodeó. El hecho de que Bonnie quisiera lanzarle el anzuelo a Graham hizo que Cait quisiera tomar el cuchillo de pollo de Deydy y darle un buen uso.

Y solo para que Cait pudiera clavar el proverbial cuchillo, añadió por encima del hombro:

—Cuando regrese, le haré saber que quieres verlo. O tal vez no. —Como si Graham fuera a llamar a Cait primero en cuanto tocara tierra.

Bonnie y su considerable busto se fueron resoplando. Cait esperaba que diera un salto al vacío desde el muelle.

Entonces el perro gimió un poco. Cait puso la mano en su abrigo y le acarició su suave piel.

—No hay problema, amigo. Ella no es nada, ¿verdad?

El sol salía de debajo de las nubes y hacía que Cait se sintiera mejor. Se apresuró a salir por la pequeña fila de negocios. Por impulso, se metió en la tienda. Amy, como algo permanente, estaba detrás del mostrador, arreglando

recibos.

—Hola —dijo ella.

Cait levantó una mano en forma de saludo.

—Pensé en comprar algunos comestibles. —Una idea brillante iluminó su cerebro—. ¿Sabes si Moira y su padre tienen planes para Navidad?

—Kenneth no saldrá de casa de momento. El doctor dijo que debía quedarse en la cama hasta que estuviera más fuerte —añadió Amy.

—Si te doy una lista de cosas, ¿puedes hacer que las lleven a su casa? — Y porque Amy era una persona amable, Cait añadió—: ¿Sin avisar a nadie? Quiero decir, absolutamente nadie.

—Tienes mi palabra. —Amy le sonrió.

—Eres una buena mujer, Cait Macleod. Conozco todos los favoritos de Kenneth y Moira, si te sirve de algo.

—Eso sería genial. —Cait desabrochó su abrigo para dar al cachorro un poco de aire.

—Oh, tienes al pequeño contigo. —Amy se acercó al mostrador—. ¿Puedo sostenerlo mientras trabajamos en esa lista?

Cait le pasó a Dingus. No tardó mucho en tener suficiente comida para abastecer a Moira y Kenneth por un buen mes. Al mismo tiempo, llenó un saco de alimentos nutritivos para ella y Deydy, luego tomó a Dingus y partió.

Cuando llegó a casa de Deydy, imitó a Amy y no tocó, sino que entró directamente y dejó el bolso junto a la puerta. Deydy levantó la vista de su mecedora. El edredón de bebé de Rhona estaba sobre su regazo junto con una aguja e hilo.

—¿Dónde está el chucho? —gruñó.

—Aquí mismo. —Cait sacó la bola de pelo y lo puso en la caja cerca de los pies de Deydy.

—Hmm —dijo Deydy, hundiendo la aguja en la costura de la colcha.

Mientras Cait descargaba los comestibles, masticó el interior de su mejilla. Necesitaba ir a casa de Graham y necesitaba una excusa. Su

computadora portátil no era razón suficiente. Ella podría cargarla aquí, usando la actualizada electricidad de Deydy, cortesía de Él.

—Cuando hayas terminado ahí, irás a casa de Duncan —ordenó Deydy—. Es hora de que él revise las redes. Pon ese asado en el horno mientras estás allí.

«No puedo. Hay algo que necesito hacer», gritó Cait dentro de su cabeza.

Sin siquiera preguntarle *¿No hay problema con eso?* Deydy habló de nuevo.

—Ve. Deja ese perro aquí.

*Más tarde, Cait se prometió a sí misma. Más tarde, ella llegaría a casa de Graham y trabajaría en esa historia. Margery, de la revista People, estaría deseándola pronto.*

Se dirigió hacia el frío del exterior y caminó a un ritmo acelerado. Casi se le congeló el trasero esperando a que Duncan abriera la puerta. Tanto él como el muchacho llevaban abrigos. Duncan se puso una gorra de lana sobre la cabeza.

—Estaba justo de camino para dejar a Mattie en casa de Ailsa y Aileen. Mattie se quedó atrás en el pasillo, tan tranquilo como una foto.

Ella lo miró directamente.

—Me quedaré con él y prepararemos chocolate. Si estás de acuerdo.

—¿Estás segura de que no te importa mirar al pequeño mono? —Duncan apretó el hombro de Mattie.

—Ve. Tómate tu tiempo. —Se volvió hacia Mattie—. ¿Tienes música navideña?

El chico señaló el salón y ella lo siguió mientras Duncan se escabullía por la puerta.

Una vez frente a los discos, le preguntó a Mattie.

—¿Alguna sugerencia?

Él no se movió.

—Sé que es tonto, pero me gusta la *Navidad de Chipmunks*. —Ella lo

sacó de su estuche.

—¿Cuál es tu favorito?

El niño sacó el CD de *Highland Christmas*.

—Excelente opción. Vamos a poner la tuya primero. —Miró el complicado sistema de audio—. ¿Sabes cómo funciona?

Mattie tomó el disco de *Christmas Chipmunks* de su mano y lo puso en el equipo. Golpeó dos botones y la música empezó a escucharse. Abrió la caja del CD que él había escogido y cargó su música dentro también.

Ella le sonrió.

—Promete que este será nuestro pequeño secreto, que me gustan los *Chipmunks*, ¿de acuerdo?

Él simplemente la miró fijamente. En la cocina, se sentaron en la mesa donde comieron galletas y bebieron chocolate con leche. Después, Mattie le vio poner el asado en el horno.

Cuando los *Chipmunks* terminaron de sonar en el estéreo, el otro CD empezó a sonar. Gaitas tristes llenaron la casa de un lamento extraño. Música de muerte. Observó a Mattie mirando desoladamente por la ventana hacia el mar. Demasiado joven para estar tan triste.

Tal vez lo llevaría a la costa para apartar su mente de sus penas.

—Busca tu abrigo, chico —dijo alegremente. Vamos a dar un paseo—. Mattie se deslizó silenciosamente de su silla, moviéndose como un fantasma mientras tomaba sus dos chaquetas.

Afuera, el sol hacía una rara aparición, escabulléndose detrás de las nubes grises del cielo. Dos grandes gansos blancos, con sus alas de punta negra extendidas hacia afuera, navegaban por encima de ellos.

Miró a Mattie, que observaba a los elegantes pájaros.

—Así que tu Pá es pescador. ¿Sales con él a menudo? —Ella no esperó una respuesta así que continuó—. Apuesto a que eres un buen pescador. —Miró las olas que se rompían violentamente contra las rocas.

Subió al muelle y notó que Mattie se quedaba atrás.

—Vamos, vamos, vamos hasta el final. —Alguien había raspado el hielo y salado los tablones.

Mattie no se movió, su rostro se puso tan pálido como la blanca cubierta.

—Vamos, Mattie, no hay nada que temer. —Ella saltó arriba y abajo sobre los tablones de madera—. Ha estado aquí cien años. Estará aquí cien años más. —Ella tomó su mano y tiró de él hacia el muelle.

Empezó a caminar, sosteniendo su pequeña mano.

—Ayer vi tres barcos de pesca justo allí, más allá de las rocas. Tal vez veamos el de tu padre entrando.

Mattie tropezó. Cuando lo enderezó, lo encontró temblando, con los ojos fijos en el punto que había señalado justo al lado de las rocas. Ella no vio nada allí excepto el chapoteo de las olas.

—¿Qué pasa, Mattie?

Sus ojos se agrandaron como salvavidas. Abrió la boca en un grito aterrorizado. Excepto que nada salió. Señaló a lo lejos, el grito silencioso que iba y venía.

El pánico se apoderó de ella. Ella lo agarró y envolvió sus brazos alrededor de él.

—Estará bien, cariño. Entonces le dio una suave sacudida, rezando para sacarlo de esa.

Desde la pasarela, oyó gritos urgentes y las huellas de dos personas que se apresuraban hacia el muelle. Moira corrió a toda velocidad sobre los tablones con Deydy avanzando tan rápido como su cuerpo rechoncho la dejaba.

—¡Sácalo de allí! —gritó—. ¿Te has vuelto loca?

Cait se volvió hacia Deydy, cuyo rostro era un mar de rabia y furia, cólera brotando de cada rincón de su rostro arrugado.

—Un paseo —gritó Cait—. Eso es todo. Fuimos a dar un paseo.

Moira le arrebató a Mattie, arrullándolo. —*Shh, shh. Está bien.*—Una y otra vez. Mattie hundió su rostro en el hombro de Moira mientras lo llevaba



desde el muelle hacia un terreno más alto.

Deydy se puso las manos en las caderas, bloqueando a Cait.

—¿Por qué trajiste al chico aquí?

—Pensé que podríamos mirar los barcos.

Deydy la miró con una acusación.

—¿O te estabas entrometiendo, tratando de hacerle enfrentar sus miedos?

—¿Q-qué? —Cait tartamudeó—. No sé de qué estás hablando.

—El Water Dawn<sup>6</sup>. Se hundió y ahogó a seis hombres. —Deydy miró a las rocas—. Allí. La primavera pasada. Cuando una tormenta repentina apareció. Mattie y Duncan estaban de pie justo aquí cuando sucedió. Duncan tomó un bote y trató de remar hacia ellos, gritando a Mattie para que pidiera ayuda. Mattie se quedó inmóvil. El barco se hundió y tuvimos suerte de que Duncan no se hundiera con ellos.

—Yo... yo no lo sabía. —Los ojos de Cait picaron—. Lo siento mucho.

Deydy la arponeó con una mirada asesina.

—Un «lo siento» no arregla una maldita cosa, señorita. ¿No tienes sentido común? ¿No te preguntaste por qué el chico no habla?

El viento envió un chorro de agua salada, que golpeó a Cait directamente en la cara. Después de lo que había hecho, Cait dudó que Mattie volviera a hablar.

*Deydy la despreciaba.* Cait merecía su desprecio. Cuando la gente de la ciudad escuchara lo que había ocurrido aquí hoy, también la odiarían. Incluyendo a Duncan. Y Graham. Se fue corriendo del muelle.

—¡Por todos los demonios! —le gritó Deydy—. Sigue ahora. Vuélvete a casa.

Cait corrió al bar. Entró estrepitosamente y pasó por delante de la boca abierta de labios rojo-sangre de Bonnie, pasando por hombres aturridos con el hedor de pescado muerto sobre ellos. Cait subió corriendo las escaleras con La Muerte navegando justo detrás de ella, riéndose, burlándose, torturándola una vez más. Se arrojó sobre la cama y lloró por Mattie y por sí misma, tan

derrotada.

La muerte era una imbécil.



Pasaron las horas. Cait no quería salir del bar nunca más. La vergüenza y la culpa casi le hacían hacer las maletas para Chicago. Pero ella venía de una estirpe más dura, de la costa norte de Escocia. También estaba la promesa de seguir con Deydy pasara lo que pasara. Incluso si su abuela le decía que se fuera. Cait se levantó de la cama y echó agua sobre sus ojos rojos e hinchados. Volvería a casa de Deydy y la enfrentaría.

Cuando pasó por la puerta de Deydy, la anciana gritó a Cait, no acerca de Mattie, sino de un recado.

—Corre hasta la casa de Graham y coge mi canasta de costura. Terminé la colcha de Rhona, pero olvidé la maldita canasta. Necesito zurcir un calcetín o dos después de la cena.

Finalmente la oportunidad de saquear el lugar de Graham apareció y su corazón estaba indispuerto.

Ella aclararía las cosas con Deydy primero. Pero Deydy estaba actuando como si nada hubiera pasado. Cait tocó el teléfono móvil en su bolsillo, esperando que estuviera lo suficientemente cargado como para tomar fotos de la historia de Graham. El pasaje a su nueva vida. Una vida que no incluía tanto dolor e implicaba un poco menos de contacto con la Vieja Muerte.

—¿Dónde está la canasta?

—En el salón, junto a Precio... —Deydy se detuvo—. Al lado de la chimenea. La llave está en el gancho junto a la puerta.

—Volveré —dijo Cait, cogiendo la llave, aunque ella tenía la suya y salió por la puerta. Su abuela había dejado algunas luces encendidas. Abrió la puerta, pero cuando levantó la vista, Graham estaba allí. El titular brilló ante sus ojos.

MUJER ENCONTRADA MUERTA DE MIEDO EN EL PORCHE DE ACTOR FAMOSO.

Ella agarró su pecho, tratando de respirar, y al mismo tiempo, notó lo bien que se veía. Jodidamente bien. Llevaba una chaqueta de tweed, cuello alto negro y vaqueros que le quedaban perfectamente ajustados. La preocupación de su rostro, sin embargo, parecía fuera de lugar.

—¿Estás bien? —El acento escocés salió tan fuerte como un puñetazo. Él la tomó del brazo y la ayudó a pasar por encima del umbral.

—Me has dado un buen susto, eso es todo. —A ella le gustaba que él se le aferrara y él no la soltó.

—He regresado a casa hace un rato. Volé a Inverness y regresé.

Él la soltó entonces y fue al ordenador portátil, que estaba en el escritorio y cerró la tapa. Parecía extraño, pero no lo interrogó.

—Entonces, ¿has estado aquí como te lo pedí?

—He estado en casa de Deydy. Ella tomó unas copas de más en el Intercambio de Galletas y la noche siguiente tuvimos una sesión de costura de emergencia. Hemos estado ocupadas, muy ocupadas.

—¿No has venido hasta aquí en absoluto? —preguntó.

—No. —Meneó la cabeza, quizás exagerando un poco, así que se detuvo.

—Hmm —dijo. Casi sonaba como «*Ya veremos*».

Cait trató de actuar tan indiferentemente como era posible, pero su teléfono móvil en el bolsillo se sentía muy culpable en este momento.

—Deydy necesita su cesta de costura. La dejó junto a la chimenea. ¿Te molesta si la tomo?

—Mi casa es tu casa —dijo.

Cait rebuscó en el bolsillo y le devolvió la llave que él le había dado.

—Aquí tienes. —Odiaba tener que devolverla.

—Quédate con ella, puede que la necesites.

Cait sonrió para sí misma y guardó la llave.

—¿Qué te parece si te quedas para una copa? —le ofreció, con una sonrisa lenta y fácil.

Debería haber sido algo fácil de decidir, ¿pasar unos cuantos momentos

con Don Perfecto o regresar de vuelta a Cruela De Vil?

—Deydy tiene que zurcir unos calcetines. —Cait trató de pasar más allá de él. Le tocó el hombro, lo que provocó más que un pequeño chisporroteo en sus huesos.

—Por lo menos déjame mostrarte lo que voy a darle a Duncan para Navidad —dijo. ¿Qué tenían los Buchanan para que ella tuviera que guardar sus secretos de Navidad?

—Claro, pero solo un minuto —dijo Cait.



Graham caminó por el pasillo con Caity detrás. Tenía que hacerlo ahora, tenía que hablar con ella sobre Duncan antes de que las cosas fueran más lejos. Se volvió hacia ella.

Debió haberse detenido demasiado rápido, porque estaba allí, con las manos en su pecho. Le gustaba. Mucho. Con ella de pie tan cerca que podía oler su champú, de una especie de flor o algo así. Él la inhaló. Ella inclinó la cabeza hacia atrás y lo miró con ojos aturdidos. Después de un momento, lentamente, apartó sus manos. No perdió el rubor que se formaba en sus mejillas.

—Duncan necesita una esposa —le espetó—. No era exactamente cómo había pensado abordar el tema, pero ahora estaba en la mesa, para bien o para mal. Y por muy mal que se sintiera, haría este sacrificio por su hijo.

—No estás interesada, ¿verdad? —dijo.

Ella se encogió como si sus palabras le hubieran pinchado.

—Tenía que saberlo antes... —Se adelantó y le pasó un mechón suelto detrás de la oreja.

Ella se movió nerviosamente lejos de él, parecía como si estuviera recogiendo sus pensamientos.

—Graham, si estás tratando de jugar al casamentero...

Esperó, observándola, tal vez conteniendo la respiración. ¿Iba a decir

que quería estar con su hijo?

Se volvió hacia él con la cara arrugada de dolor. ¿O era confusión?

—Me agrada Duncan, sí. Y Mattie, bueno, es un terrón de azúcar...

Graham la interrumpió, dando un paso atrás.

—Si estás preocupada por el amor romántico, bueno, está sobrevalorado. El amor no se desvanece con el tiempo; la realidad lo apaga.

Ella soltó una risa áspera.

—Y aquí estaba yo pensando que sabía todo acerca de pesar emocional. Escucha, sobre Duncan; solía cuidarlo cuando era niño. No me interesa tu hijo de esa manera. Y para tu información, no me volveré a casar. Punto.

Sus palabras lo golpearon como una ola, casi lo tumbaron de sus pies. Una variedad de emociones lo golpeó. Alivio de que no estaba interesada en Duncan. Decepcionado de que nunca se casaría de nuevo. Y sorprendido de que pudiera estar decepcionado por su declaración. Se acercó a ella.

—Esto es lo que pasa. —Ella puso sus manos en sus caderas, la Srta. Actitud—. El amor es un estúpido cuento de hadas. Y ya no tengo nueve años ni quiero casarme con el Príncipe Encantado. Esta princesa no necesita un hombre para que la lleve al baile. Me voy.

—Vaya. Yo soy el que se supone que tiene problemas. —Se rió, poniendo sus manos sobre sus hombros. Estaba resuelto. Las cosas seguirían igual. Pero varias cosas ocurrieron a la vez. El tiempo se detuvo. Su duro acto de niña se desvaneció. Ambos se miraron a los ojos. Vio algo allí. *¿Era un futuro?* Entonces sus pupilas se dilataron y él supo que iba a besarla.



Parte de Cait se moría de ganas de descubrir lo que sería besar a Graham Buchanan. Pero su corazón no podía arriesgarlo. Y su mente sabía sin lugar a dudas que besarle sería perjudicial para esta nueva vida que estaba tratando de forjar para sí misma.

Ella se sacudió de sus brazos.

—Retrocede. Este pony no quiere ser parte de tu rodeo.

Él le levantó la barbilla.

—Tus ojos dicen otra cosa, muchacha.

Incluso si hubiera querido derribarlo con un comentario sarcástico, no pudo pensar en ninguno, sobre todo porque él la envolvió en su sensual mirada. Ella estaba bajo su hechizo y no lo detuvo mientras se inclinaba y depositaba un pequeño beso en sus labios. Y en respuesta, un infierno se encendió dentro de ella, ardiendo hacia abajo, en dirección a su ropa interior de encaje. Dios, qué dolor delicioso. Se ablandó como Julieta frente a Romeo, queriendo más, incluso se inclinó, pero él se detuvo y se apartó.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer? —Solo lo dijo para evitar que él viera lo avergonzada que estaba. *¿Quién en su sano juicio se pone tan caliente y molesta por un inocente beso?*

Sin embargo, él tomó sus palabras como un desafío y envolvió sus brazos alrededor de ella, presionándola contra él. Antes de que ella pudiera decirle que solo había estado bromeando, él estaba besándola. No era un beso típico de la BBC. Era un beso con todo, sin guardarse nada.

Cada molécula en ella vibraba por Graham. ¡Había pasado tanto tiempo desde que había estado con un hombre! Cait casi había olvidado lo que era la lujuria, pero ahora lo recordaba.

Él la apartó en ese momento. Se echó hacia atrás y le sonrió como el chico que había ganado la lotería.

—¿Mejor así, muchacha? Puedo intentar más si no fuera lo suficientemente bueno.

Ella quería golpearlo. Sabía exactamente lo que le había hecho. Tendría que ir a sentarse en la nieve para refrescarse las bragas. Ella levantó la mano.

—No, estoy bien. Todo bien.

*Vuelve al rancho y deja a esta triste vaquera sola.*

Ella retrocedió hasta el exterior de la puerta y regresó, tropezando, por el camino. Cuando llegó a casa de Deydy, abrió la puerta. Debía de haber sido un

espectáculo, porque su abuela parecía alarmada.

—¿Caity? —Deydy se levantó de su silla—. Parece que te has encontrado con un demonio.

—Estoy bien —dijo Cait casi gritando—. Solo necesito un bocadillo, eso es todo. —Se dirigió a los pasteles de queso con cereza que había en la nevera. E ignoró cómo sus manos temblaban al abrir la caja.

Mientras daba el primer mordisco, Deydy le hizo preguntas acerca de lo que había olvidado completamente.

—¿Dónde está la canasta de costura?

—Mierda —murmuró Cait en voz baja. No podía volver a la casa de Graham esta noche. O nunca más.

—¿Eres tonta? —Deydy gruñó—. Esa es la razón por la que fuiste allí. —Quitó violentamente su abrigo del gancho—. Si quiero que algo se haga, es mejor que vaya a hacerlo yo misma.

Alguien llamó a la puerta. Antes de que Cait pudiera procesar quién podía ser, Deydy la abrió. Allí estaba Graham, sosteniendo la cesta de costura y pareciendo el diablo mismo.

---

6 Nombre de un barco



# Capítulo Diez

Graham debería haber tenido piedad de Caity, pero no podía evitarlo. Tenía que ver de nuevo el efecto que había tenido en ella. Todavía parecía desaliñada y frustrada, como la clase de mujer que quería ver desnuda en su cama.

—Creo que te olvidaste esto —dijo sosteniendo la canasta, sin darle tregua.

Deydy se la arrebató.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? Pensé que estabas en Londres.

—Buenas noches para ti también. —Se inclinó y le dio a Deydy un rápido beso en la mejilla.

—Déjame en paz —dijo Deydy mientras le daba un golpe con sus cosas de costura—. Te ves fresco.

—Llegué temprano a casa —explicó—. Volví hace una hora. —Había sido tiempo suficiente para revisar rápidamente la cinta de vigilancia. Caity no había estado en ella. Lo que no entendía. Si ella era reportera, ¿no habría saltado al tener la oportunidad de revisar sus cosas y obtener la historia inasequible?

A menos que volviera a casa demasiado pronto. Pero terminó en Londres y echó de menos a su familia.

—¿Queréis uniros a Duncan, a Mattie y a mí para una película de Navidad y palomitas?

—¿Qué película? —Deydy lo miró astutamente.

Graham se encogió de hombros como si no tuviera en mente una en particular. Finalmente, le dirigió una de sus sonrisas.

—Tú sabes cuál, viejo pájaro.

Deydy aplaudió.

—*Blanca Navidad*. Caity, toma las cosas que necesitas de la nevera para

hacer esos espaguetis de los que has estado hablando.

Él miró a Caity mientras ella estaba metiendo un pedazo de tarta de queso en su deliciosa boca. La retó con sus ojos a que rechazara su oferta.

Ella le entrecerró los ojos en respuesta y tragó el resto de su tarta de queso.

—Tendrás que ayudar.

—Yo soy todo un chef haciendo espaguetis —dijo.

—Serás mi sous-chef<sup>z</sup>. Yo estaré a cargo.

A él le gustaba su carácter. Pero ella estaba equivocada. Era él quien estaba a cargo. Podría tenerla chisporroteando como un ajo en una sartén caliente, justo aquí, justo ahora, si él lo quisiera. Podría ser divertido mostrarle quién tenía la ventaja, pero luego recordó que no estaban solos.

Deydy se movió a su alrededor, sacando dos colchas de regazo de Navidad, una roja y otra verde.

—Para mí y Mattie —anunció—. Le dije que eran nuestros edredones especiales para películas. Miró a Caity—. Tendrás que traer el tuyo propio.

Graham vino al rescate de Caity.

—No traigas nada. Tengo un armario lleno de edredones y una nevera llena de comida. Todo lo que necesitas para los espaguetis.

—Está bien. —Caity agarró su chaqueta, y como si fuera un pensamiento de último minuto, también agarró su computadora portátil—. Necesito cargarla.

Él le ayudó a ponerse la chaqueta. Ella no dijo ‘gracias’, ni siquiera lo miró. Le gustaba que pudiera afectarla solo con su presencia.

Bloqueando la vista de Graham, Deydy se inclinó sobre una caja junto a la chimenea y metió un bulto bajo el abrigo.

—¿Qué estás escondiendo allí? —preguntó.

Caity se volvió hacia su abuela, en pánico, sus ojos creciendo al tamaño de platos.

—Nada que te importe —gruñó Deydy—. Andando ahora. Necesito pasar

primero por la casa de Moira. —Apretó la cara y lo miró—. No te atrevas a empezar la película sin mí.

—Ni en sueños. —Se volvió hacia Caity—. ¿Lista para partir?

Él estiró su brazo hacia ella y ella lo ignoró.

—Yo nací lista —dijo.

Ella no parecía lista. Parecía asustada por estar a solas con él. De nuevo.



*Todo irá bien*, Cait se decía a sí misma. Todo el mundo estaría en casa de Graham. No sería como antes, sola con él en su casa. Esta vez Duncan, Mattie y Deydy estarían allí como chaperones, manteniéndola a salvo.

Sin embargo, cuando llegaron a su casa, nadie más había llegado. Cait se sintió tan nerviosa como una oveja acosada por un lobo hambriento.

—Pongamos tu abrigo aquí. —Graham sonrió, poniéndola más nerviosa.

Ella lo siguió cautelosamente a la habitación que había detrás de la cocina. Era bonita, directamente de BetterHomes and Garden<sup>8</sup>, decorada con edredones estampados con cachemira azul-índigo, cortinas a rayas color cobalto y platos azules y blancos colgados en un patrón interesante en la pared de atrás de la cama. El color neutro de la pared lo unía todo muy bien.

Pero esto no la ayudó a sentirse mejor. Estar sola con él, junto a la acogedora cama, aumentó su inquietud. Quería salir.

Él actuó como si no viera su angustia.

—Si tuviera una criada, esta sería su habitación. Hay una pequeña sala de estar por allí. —Señaló hacia una puerta arqueada. Debajo de la ventana había un sofá azul y una mesa de centro ovalada blanca. Caminó más hacia la habitación—. La vista desde aquí es increíble. Ven a ver.

Se sentía paralizada y no se movía. Sus ojos volaron hacia la cama. Durante un breve momento loco, pudo verlos a los dos, *haciéndolo* con la cachemira azul retorcida alrededor de ellos. No debería pensar esas cosas. Era demasiado inteligente y cautelosa para tener ese tipo de pensamientos

irracionales. No más enamorarse de chicos solo porque tuvieran una cara bonita. No más exponerse a la mentira, y a ser engañada con la mitad de la población.

¿Y qué hay del sexo, el placer y los orgasmos?

*Cállate, lujuria*, se dijo.

Él se aclaró la garganta.

—Déjame poner tu abrigo en el armario. —Tenía su mano extendida hacia ella. Ella se quitó su abrigo de capucha. Lo vio mirando fijamente sus pechos. Su ajustado suéter de cuello de tortuga marrón la traicionaba, mostrando sus estúpidos pezones. Avergonzada, su primer instinto fue cubrirse los pechos con las manos, pero no era una mujer que se acobardara. Se enderezó y se puso de pie, su pecho frente al rostro de él como nunca antes. Los ojos de Graham se ensancharon. Se sentía bien moverle el piso. *¿Quién tenía todo el poder ahora?*

Ella le entregó su abrigo. Sus manos rozaron, y más que un pequeño crujido zumbó entre ellos. Solo que, rápidamente, el poder había vuelto a él. Y él lo sabía. Le sonrió como si amara tener el control y ella fuera la damisela indefensa. Maldito.

Él bajó la mirada por su cuello alto de color chocolate y sus tirantes de color marrón oscuro.

—¿Por qué siempre te vistes de marrón?

Con un suspiro, se defendió.

—El marrón es mi color.

—No, no es eso. Creo que estás tratando de confundirte con la carpintería.

—Cocina —exigió ella—. Ahora.

—Estás espinosa esta noche, mi Caity. ¿Qué te pasa?

—Que tu linda cara no se preocupe por eso.—Y salió.

Él la siguió. Apuntó a la mesa y ella hizo lo que dijo. De la despensa, sacó varios paquetes de pasta de trigo integral y tarros de salsa.

—Hay albóndigas caseras en el congelador. Debería haber suficiente para todos nosotros.

Ella abrió el cajón inferior del refrigerador de acero inoxidable de tamaño industrial y encontró contenedores perfectamente etiquetados de sopa, pan casero y una gran bolsa de albóndigas.

—¿Te refieres a estas?

—¿Qué te parecen? Sonrió, mostrando sus dientes ultra brillantes.

—Creo que traes a un chef personal una vez al mes para llenar tu congelador. He visto a Oprah y cómo dirige su cocina.

—Ah, ahí es donde te equivocas. Nadie sabe que soy de Gandiegow. Creen que mi hogar es Glasgow. La verdad es que la mayoría de los alimentos en mi congelador son de tu abuela y de las otras mujeres de la ciudad. Pero las albóndigas son mi propia receta. —Él le dirigió una sonrisa maliciosa. No es completamente mía. La he adaptado de la de una amiga italiana.

—¿Amiga? ¡Ha! —Ella lo miró.

—Todo el mundo sabe lo tuyo con Antoinette Rossellini.

—Antoinette y yo nunca tuvimos nada.

Él sacó una enorme olla.

—Todos los periódicos dijeron que eráis como dos tortolitos.

Él llenó la olla con agua.

—No pasó nada.

—Te vi en Entertainment Tonight. Le estabas dando la lengua.

Abrió el paquete de pasta.

—Publicidad. Estaba en nuestro contrato. No lo apruebo, pero el estudio insiste en que usemos la prensa para vender entradas. Y el público se cree esas cosas. Funcionó. La película fue un éxito.

Él tomó la bolsa de albóndigas de sus manos.

—Como signo de amistad, Antoinette compartió la receta especial de su madre conmigo, pero no toda. Dejó de lado su ingrediente secreto. Yo improvisé y estos bebés resultaron bastante bien. Ya verás.

Cait todavía veía verde.

—¿Por qué no te acostaste con ella? Es hermosa.

Él le frunció el ceño como con expresión de que ella no sabía lo que decía.

—La belleza está en el ojo del que mira.

—Bueno, no estás ciego.

—Nunca pensé en Antoinette de esa manera. —Se encogió de hombros, con una expresión totalmente sincera—. La mayoría de mis actividades extracurriculares solo han sido para publicidad.

—Sé lo que quieres decir. Tendrías que tener un infierno de libido para haberte acostado con tantas estrellas y supermodelos como dicen que haces.

Él arqueó la ceja como si se ofreciera a mostrarle la extensión de su deseo sexual. Sacudió la cabeza.

—No necesitas probar tu virilidad conmigo, macho. —Él se detuvo y se puso serio, como si necesitara aclarar algo importante.

—He tenido mi parte de relaciones y he llegado a una conclusión ineludible.

—¿Qué es...?

—Nunca tendré el gran amor y el posterior matrimonio feliz de mis padres. —Se encogió de hombros otra vez, buscando extrañamente disculpas hacia ella—. He encontrado que es mejor mantener las cosas casuales.

Ella frunció el ceño. Dos cosas le molestaban. ¿Por qué se sentía tan decepcionada por lo de mantener la declaración casual y por qué se veía tan triste? Pero su reportero interior quería los detalles sobre todas esas relaciones fallidas. ¿O era su propia curiosidad? De cualquier manera, él parecía cerrado al tema, como si hubiera sellado la bóveda y destruido la combinación. Como si fuera a propósito, cambió su expresión a la de cocinero feliz.

—Traje tomates frescos de Londres. Lechuga también, para una ensalada. ¿Qué más necesitas?

Ella necesitaba que examinaran su estúpida cabeza por haberle gustado este hombre, el mismo hombre que ella quería exponer. Pero no debería sentirse mal. Usó la prensa para conseguir lo que quería. ¿Por qué no podía jugar su mismo juego desde el otro extremo del campo?

—Pimientos verdes y parmesano, dijo dulcemente, pero sin sentirlo de verdad.

—Yo me encargo.

Él sacó una tabla de cortar. Cait vertió la salsa en una cacerola y dejó caer las albóndigas. Puso a Graham a trabajar, cortando en trozos y rebanadas. No hubo más conversación íntima entre ellos. Pero cocinar juntos se sentía muy bien.

Treinta minutos después, Duncan llamó a la puerta trasera. Graham respondió.

—¿Por qué no entras?

—No es mi casa —dijo Duncan con frialdad.

—Podría ser —gruñó Graham. La construí para todos nosotros.

Graham había pasado de agradable a furioso en tres segundos. Aparte de en la gran pantalla, Cait nunca lo había visto furioso y era imponente, pero Duncan no retrocedió.

—Te lo dije, no voy a aceptar tu caridad —dijo mientras ayudaba a Mattie a quitarse el abrigo.

Mattie miró las dos figuras masculinas y sus ojos tristes se llenaron de lágrimas. Cait quería golpear a ambos por ser lo suficientemente idiotas como para discutir delante del chico.

—Oye, Mattie —dijo ella—. Ve a poner esos abrigos en la habitación de la cocina.

Tan pronto como el chico estuvo fuera de su vista, giró sobre los Buchanan.

—Será mejor que paréis esta discusión. Tenéis un niño que los necesita unidos, no peleando como un par de chicas de primaria. Ahora poned vuestras

caras felices antes de que regrese.

—Tiene lengua —dijo Duncan a su padre.

—Lo sé. —Aceptó Graham, lanzando una rápida mirada hacia su boca.

—Saca tu mente de ahí —siseó Cait mientras pasaba junto a Graham.

Obedientemente, Graham entregó a Duncan una barra de pan cuando Mattie apareció por la puerta. El niño parecía tener miedo de entrar en la habitación. Graham puso sus habilidades de actuación a buen uso.

—¿Te importa, hijo —le dijo a Duncan—, cortar el pan?

Duncan le siguió la corriente.

—Ahora mismo, Pá.

Cait les sonrió a ambos cuando Mattie entró y se sentó a la mesa. Ella le entregó una cabeza de lechuga.

—¿Puedes picarlo en trozos para mí? —Ella puso el colador delante de él.

El chico asintió con la cabeza y se puso a trabajar.

Duncan le untaba mantequilla a cada rebanada de pan. Después de un rato, le dijo a Cait:

—He puesto el asado en la nevera. Mattie y yo lo disfrutaremos mañana en la cena.

Graham la miró interrogativamente.

—No hay problema —dijo ella—. Yo ayudé, eso es todo.

Duncan no estaba de acuerdo con ella.

—Ella fue una gran ayuda. Apareció justo cuando la necesitaba.

Mattie terminó con la lechuga y salió de la habitación. Duncan asintió en su dirección.

—Realmente aprecié que pasaras por aquí.

—Ni lo menciones —dijo, sabiendo que tendría que hablar de lo que había pasado con Mattie en el muelle—. Tu pequeño es muy especial.

Graham le dirigió una extraña mirada. Como si fuera más difícil de desentrañar que el crucigrama del domingo del New York Times. Entonces sus



ojos se suavizaron, haciendo un serio daño a su resolución de no volver a enamorarse de nadie.

Se acercó a poner la olla a hervir y en el proceso le habló en voz baja, solo a ella.

—Gracias por ayudar a mi familia mientras yo estaba fuera.

No había ninguna sugerencia en su voz, pero el cuerpo de Cait respondió de todos modos. Se derritió como nieve puesta ante el fuego. Trató de ocultar sus sentimientos revolviendo las verduras salteadas en la salsa un poco más fervientemente de lo necesario.

Deydy entró por la puerta trasera.

—Duncan, te ves tan deshecho como la colcha de mi tía Aggie y ya lleva cincuenta años muerta. ¿Ya está lista la cena?

—Ve a sentarte y te llamaremos cuando todo esté terminado —ordenó Graham.

Deydy salió de la habitación, hablando por encima de su hombro.

—Lo haré porque quiero y no porque me lo digas. Estaré en la sala de entretenimiento con los pies en alto.

Duncan se apartó del taburete en el que había estado sentado.

—Será mejor que vaya a ver a Mattie.

Graham levantó la mano.

—Te quedas. Yo me encargaré de Mattie. Caity, mira la pasta por mí.

Cuando salió de la habitación, Cait tocó el brazo de Duncan.

—Oye, estoy segura de que ya has oído hablar de lo que pasó con Mattie en el muelle. Lo siento.

—No, es mi culpa. Debería haberte explicado la situación. —Duncan le dedicó una sonrisa sincera—. No hay daño hecho. Olvídalo —Tomó un sorbo de café.

—Antes de que Papá vuelva, ¿dónde está el cachorro? ¿Está bien?

—Deydy lo llevó a casa de Moira. Moira está muy enamorada del perro. ¿Hay algún otro de la camada? —Ella había estado jugando con la idea de

conseguir uno para Moira y su Papá.

—Varios. Te daré el número —dijo.

Ella empezó a pensar en voz alta.

—Tendría que ser disimuladamente. Podría gestionar la comida y el cuidado veterinario sin que Moira y Kenneth lo supieran. No lo dirás, ¿verdad?

Duncan se echó a reír, sonando muy parecido a su padre.

—Eres una buena persona, Caity Macleod.

—Gracias, Duncan. —Ella le hizo una pequeña reverencia.

Graham se aclaró la garganta.

—¿Qué está pasando aquí? —Parecía agravado, como si Duncan hubiera jugado con su juguete favorito sin permiso.

—Por Dios Papá, no está pasando nada —dijo Duncan a la defensiva—. Voy a unirme a Deydy y poner mis pies en alto, también.



Graham decidió que era hora de aclarar las cosas con Caity. Sobre de lo que él no estaba seguro.

¿Qué ella le pertenecía? Ciertamente no.

¿Qué no quería que ella flirteara con nadie más? Tal vez.

Lo único que sabía con seguridad era que tenía que estar a solas con ella. Ahora. Se volvió hacia ella y señaló el camino.

—Ven a la bodega.

Era un hombre en una misión, herido. Al pasar, los ojos de él se pegaron al trasero de ella. Bajando las escaleras, se quedó hipnotizado por el movimiento de sus caderas en esos pantalones marrones apretados; suficiente para volverlo loco.

El hecho de que hubiera estado charlando con su hijo mientras él se encontraba fuera de la habitación lo hacía mucho más decidido.

Cuando alcanzó el escalón inferior, chocaron, la descarada no tenía luces

de freno trasero.

Ella se detuvo.

—Esto es increíble. ¿Lo has hecho todo tú mismo?

—Sí. —Miró alrededor de la habitación, tratando de enfriar sus impulsos. Había diseñado la gran sala de juegos para su familia. Tres máquinas de *pinball*, un juego de aro de baloncesto, una mesa de billar, fútbol, Xbox y un juego para Mattie. El resto de la habitación la había llenado con sillones reclinables, sillas de juego y un sofá seccional extra grande—. Sigue por ese pasillo.

Cuando se giró para mirar hacia atrás, él estaba asombrado por su belleza simple. Esta muchacha no era Hollywood, ella era una puesta de sol en el océano. Le tomó todo lo que tenía en él para no estirar la mano y acariciar los rizos marrones que descansaban sobre sus hombros.

Su voz sonaba ronca. Mientras caminaban por la puerta, trató de recuperarse, pero sintió que se estaba desenrollando.

—Es como un viejo bar inglés. ¡Me encanta la barra de madera! —exclamó ella.

Con Duncan en mente, Graham lo había abastecido con todas las bebidas imaginables. Su esperanza de que su hijo usara este espacio para fiestas o noches de póker con amigos se desvaneció poco después de que Graham terminara la casa. Había un montón de asientos, taburetes contra el bar, mesas dispersas por la habitación. Duncan podría haberlo pasado bien aquí. Pero no.

Graham se dirigió hacia donde estaba una vieja puerta de madera. Había recuperado la madera de la casa de su padre y la había usado para esta entrada y otros muebles de la casa.

Ella extendió la mano y corrió una delgada mano por la caoba desgastada de una puerta.

—Esto parece antiguo.

Nunca en su vida había visto una mano tan sexy. La forma en que se deslizaba sobre la puerta, suave y delicada, hizo que la sangre se precipitara

hacia abajo, hasta su dolorida ingle.

Más tarde le explicaría sobre la maldita puerta. En este momento, tenía que lograr que entrara. Cogió la vieja llave de la cornisa superior del marco de la puerta, la abrió y encendió el interruptor.

—Entra —ordenó—.

Él la entró en la bodega, que se extendía después del pasillo, utilizando una buena parte del nivel inferior. Él la rodeó y cerró la puerta.

—Lo siento. Temperatura controlada.

Ella tenía los ojos nerviosos y lo volvía loco.

—Bendita sea la temperatura —siseó, y la apoyó contra la puerta que tanto le gustaba. La besó. Duro. Era un beso de: «No quiero que flirtees con otro hombre, incluso si es mi hijo».

Ella se agarró a la parte baja de su camisa, aferrándose a él por su vida. Solo le hizo que apretara más su agarre. No sabía por qué tenía que tenerla de esta manera. Nunca había perdido el control, siempre había sido el caballero reservado. Pero besar a Caity Macleod había sacado a relucir su bruto interno. No debería estar tan atraído por ella y tampoco debería enviar señales mezcladas; pero no pudo evitarlo. Él la tendría aquí, ahora, y por Dios, iba a aprovechar el momento.

Él tiró de su ropa y ella tiró y retrocedió. Gracias a los cielos, tendría su liberación. Pero en el segundo siguiente, ella se alejó de él y salió de la habitación, sin mirar hacia atrás.

---

7 Del francés, el segundo al mando en una cocina.

8 Revista de decoración del hogar.

# Capítulo Once

Graham se sentó en uno de los barriles y puso su cabeza entre sus manos. Nunca debería haberlo hecho. Si ella no hubiera tenido fuerzas suficientes para detenerlo, habría estado convulsionando en su interior ahora mismo.

En muchos niveles, ella no era la correcta para él. Él era el tipo que mantenía las cosas casuales con las mujeres, dejando claro desde el principio que nunca se comprometería.

Con Caity, sin embargo, parecía que todas sus suposiciones eran erróneas.

Tendría que permanecer lejos de ella o al menos dejar de besarla.

Mierda Eso no sería posible. La besaría de nuevo. Y otra vez. Tanto como él quisiera.

Solo por esta vez, rompería su propia regla y no sería tan honorable. La llevaría a conseguir lo que quería de ella. Completa satisfacción. Era un hombre, ¿no era eso lo que hacían los hombres?

Cogió una botella de vino tinto y volvió a subir.

Ella se detuvo para ver las albóndigas, sacudiéndolas, murmurando a sí misma en voz alta.

—¿Qué le da el derecho de besarme así? Tengo una caja de tarjetas de condolencias para recordarme que los cromosomas Y no son más que un montón de problemas.

—¿Qué? —dijo Graham, aunque había oído claramente todas las palabras.

Ella se giró y lo miró. Trató de parecer inocente, pero había sido el gato y ella había sido el ratón. Bueno, eso se había sentido muy bien.

Ella lanzó una albóndiga hacia él. Él se agachó pero un poco de salsa cayó en su hombro.

—¿A qué se debe? —dijo, dándole más de su inocencia.

Ella lo miró como si sus ondas cerebrales fueran letales.

—No más besos... —Ella se detuvo por un momento, luciendo un poco perpleja—. ...sin mi permiso.

Él evocó su sonrisa más efectiva.

—Mi única excusa es que no pude evitarlo.

—No quiero hablar más de eso. Fin de la historia. —Se volvió hacia la salsa.

Él agarró una servilleta y limpió la albóndiga que había en el suelo.

—Debería haberle dejado esto a Deydy. Y cuando ella preguntara quién lo había hecho, bueno, entonces lo lamentarías.

—Lo siento, pero no por lo que piensas. Debería haber catapultado un cuchillo de carne o dos en tu dirección. Ahora regresa al trabajo —ordenó.



Cait se sintió encendida, no por estar de pie sobre la estufa, sino por el abrasador beso en el sótano. Mientras Graham drenaba los fideos, se puso serio con ella.

—¿Cómo crees que se ve Duncan hoy? —Ella dejó la cuchara y se volvió hacia él.

—¿Sinceramente? Creo que se ve un poco triste. Tal vez sean los cortos días de invierno —sugirió. Se alegraba de que estuvieran hablando de un tema seguro.

—Nunca lo he visto así. —Graham frunció el ceño mientras hacía correr agua sobre la pasta—. Después del Año Nuevo, me voy a la grabación. Me iré por unos meses. Si todavía se ve cansado cuando vuelva, insistiré en que vea a un médico en Londres. Es un hombre testarudo, mi Duncan, pero yo lo soy aún más. —Se sirvió la pasta en un plato. Parecía satisfecho, por haber elaborado un plan—. Vamos a servir la cena.

Cait lo miró y él le dio una sonrisa. En ese momento, su resolución se deslizó una fracción. Permaneciendo cerca de él, podría deslizarse mucho

más.

—Voy a buscar a Mattie y al resto —dijo mientras salía de la cocina.

Encontró a Mattie en la sala solo, de pie junto la cama vacía y esponjosa de Preciosa. Respiraba con dificultad, luego suspiró y se enjuagó la nariz. Ella quería ir y envolver sus brazos alrededor de su pequeño cuerpo, pero el momento parecía demasiado íntimo para interrumpir. Salió de la habitación en silencio.

—Mattie —dijo desde el pasillo—. Vete a lavar las manos. La cena está lista.

Cuando regresó a la cocina, habló en voz baja a Graham.

—Ve a buscar a Mattie y dale un abrazo. Está extrañando a Preciosa.

—Maldito infierno. —Graham suspiró—. Tenían un vínculo especial. Debería haberlo pensado en cuanto llegó. A veces puedo ser un tonto egoísta —. Salió de la habitación, apretándole la mano a Cait antes.

Ella recogió los platos y cubiertos y se dirigió al comedor más pequeño. Solo tomó unos cuantos viajes hasta llenar la mesa con comida. Uno por uno, todos entraron y se sentaron. La cena, a pesar del pequeño problema entre Duncan y Graham, se convirtió en un gran éxito. Hubo muchas risas, excepto de Mattie, que permaneció callado y pensativo.

Cuando terminaron, Deydy insistió en llevar a Mattie arriba a darse un baño y Graham convenció a Duncan de que se tomara un descanso antes de la película. Cait estaba preocupada de que Duncan protestara, pero no parecía tener la energía suficiente. Cuando Graham y Cait terminaron de limpiar, Mattie ya tenía puesto su pijama de Spiderman.

Todos entraron en la sala de entretenimiento y se sentaron. Cait se instaló junto a Deydy, pero su abuela la sacó de allí.

—Dame algo de espacio. Tengo la intención de recostarme.

Cait se paró y eligió un sillón reclinable. Mattie, con su edredón verde a cuadros en la mano, se subió a uno de los reclinables junto al suyo. Ella colocó la colcha sobre él. El chico olía a champú para bebés y a limpio. Se



relajó hacia atrás, hundiéndose en su silla como en su almohada favorita. Con indiferencia y sin mirarla, Mattie extendió una mano y tomó la suya.

Una inexplicable paz la superó. Era un niño tan tierno y le dolía el corazón. Una pequeña voz dentro de ella dijo: *Necesitas uno*. Un niño. Una vez que ella publicara el artículo sobre Graham y consiguiera su carrera de vuelta, consideraría seriamente tener un bebé propio. Mientras tanto, estaba contenta con la mano de Mattie.

Duncan se acomodó en una silla, estirándose, pareciendo listo para una siesta.

Graham apagó las luces y la gran pantalla se iluminó con *Blanca Navidad*. Un segundo después, él se sentó al otro lado de Cait. Se acercó a ella y acarició la cabeza de Mattie por un momento.

—Es un gran chico, ¿verdad? —susurró.

Antes de que Cait pudiera responder, Deydy se volvió y les dio a ambos un «Shhh».

Cait se sentía como si estuviera en una primera cita, preguntándose si Graham también quería abrazarla. No la decepcionó. Antes de que la película tuviera tiempo de avanzar, Graham le había tomado la mano.

Mariposas le llenaron el estómago y revolotearon en sus bragas. Casi inmediatamente, Mattie comenzó a roncar suavemente y su mano se deslizó de la suya. Trató de concentrarse en Bing Crosby cantando y no en la sensación de calentamiento pulsando a través de la mano de Graham a la suya. Entonces empezó a jugar con ella dibujando pequeños círculos en su palma.

Ella trató de apartar su mano, pero él tiró hacia atrás. Ella se inclinó.

—Detente.

La palabra apenas había dejado su boca, cuando él la besó, muy suave, muy rápidamente.

Deydy volvió a darse la vuelta.

—No me hagan tener que darles un buen escobazo a los dos. Ahora quédense quietos.

Graham rió y llevó la mano de Cait a sus labios.

El corazón de Cait latía fuerte y por un momento, no podía pensar con claridad. Puesto que quería respuestas. ¿Por qué está haciendo esto? Su corazón no estaba disponible, él lo había dejado claro. Y ya le había dicho que no le interesaba.

Determinada esta vez, tiró de su mano y se sentó en ella. Le echó un vistazo y él sonreía a la pantalla, pero sabía que se estaba riendo de ella.

Durante el resto de la película, fue muy consciente de que estaba allí, pero él no trató de tocarla de nuevo. A medida que los créditos corrían, Graham se levantó y se inclinó como si quisiera recoger a Mattie y le susurró al oído.

—Te ves como en casa con el niño a tu lado.

Él tomó suavemente al muchacho dormido y se volvió hacia Duncan.

—Voy a acostar a Mattie abajo. ¿Quieres quedarte, también?

—No —dijo Duncan con brusquedad, como si su padre ya hubiese sabido la respuesta—. Vendré a buscar a Mattie en cuanto acabe con las redes por la mañana.

—Me gustaría ir contigo —protestó Graham—. No he estado en el agua en mucho tiempo.

—No —dijo Duncan sin ambigüedad—. Me gusta hacer las cosas por mi cuenta.

El aire se había vuelto denso de tensión con esos dos de nuevo, Cait se sentía incómoda. Quería decir algo, pero luego Graham habló.

—Está bien —concedió—. Pero no te preocupes por volver corriendo aquí. Déjame a Mattie un tiempo. Lo llevaré después del almuerzo.

—Bien —dijo Duncan, y luego se marchó.

Deydy se estiró.

—Ese muchacho es duro. Necesita ayuda con esas redes.

Graham miró a Cait.

—¿Quieres quedarte en la habitación de invitados esta noche? Voy a

ayudar a Duncan de todos modos. No te importa, ¿verdad?

Cait miró a su abuela.

—No sé por qué me miras —se quejó Deydy—. Ya has pasado varias noches aquí. No me pediste mi opinión entonces. ¿Por qué tendría que decir algo ahora?

—Entonces sí —dijo Graham, sin darle a Cait la oportunidad de responder—. Él asintió hacia Mattie que estaba en sus brazos.

—Oh, está bien —dijo Cait, un poco preocupada por su resolución. Se volvió hacia Deydy.

—¿Qué hay de esa cosa que estamos cuidando?

Su abuela la interrumpió.

—No te preocupes.

Graham caminó hasta la puerta de la habitación, pero se volvió en el último momento.

—Deydy, ¿vemos *Holiday Inn* o ya acabaste la noche?

—No estoy en mi primavera, pero puedo quedarme para más. Deydy tenía una sonrisa traviesa en su rostro arrugado.

—Caity, encuéntrate conmigo en la cocina. Haremos una merienda.

Graham se fue con Mattie y ella se quedó allí mirándolo mientras se iba.

¡Qué hombre presuntuoso! Tenía dos opciones: ser obstinada e irse a la cama sola o quedarse abajo mirando una de sus películas favoritas. A Cait le resultaba difícil sostener sus principios cuando su parte favorita de la Navidad era estar mirando películas.

Cait agarró la manta verde de Mattie y la depositó sobre los pies de Deydy. Por su consideración, ella consiguió poco más que un gruñido.

Entonces, justo cuando salía de la habitación, Deydy le dio una orden como si Cait fuera la camarera.

—Tráeme algo de queso y galletas. Queso blanco.

—Sí, si su majestad.

—Esa boca —le advirtió Deydy— te traerá problemas.

Cait se fue y encontró a Graham en el mostrador de la cocina, llenando una bandeja con fruta y vegetales. Levantó la vista y le dirigió una sonrisa perezosa. Ella se apresuró a ir al refrigerador.

—Deydy quiere queso y galletas. —Odiaba estar tan nerviosa. Esa sonrisa la enervó. Y la excitó. Agarró la puerta de la nevera para apoyarse. Se acercó a ella por detrás.

—El queso manchego está en el cajón de los lácteos. Lo guardo para ella.

—Eres bueno con mi abuela. Estoy agradecida por todo lo que has hecho por ella. —Cait podía sentir su calor. O tal vez era solo el refrigerador enfriando su frente. Estaba tan confundida.

—Yo soy el que está agradecido —dijo—. Gracias a Deydy, Duncan pudo quedarse aquí en Gandiegow y tener una vida normal. Entre mi Padre y tu abuela, me convencieron de dejar al muchacho aquí mientras yo trabajaba. Cuando Papá estaba en el barco, antes de que Duncan fuera lo bastante mayor para ir con él, Deydy y su club de costura trabajaban en turnos para cambiar sus pañales, vendarle las rodillas raspadas y darle una palmada en la parte trasera cuando lo necesitaba. Hicieron un gran trabajo y merecen crédito por el hombre que Duncan es. Hicieron lo mismo cuando la madre de Mattie lo dejó siendo un bebé, con solo unos días de nacido—. Cait no sabía por dónde empezar con las preguntas.

—¿Dónde está la madre de Mattie? ¿Quién es?

—No importa su nombre. Duncan la conoció de vacaciones en Francia antes de comenzar la universidad. Es una de esas mujeres que le gusta saltar de los aviones y escalar las montañas —dijo, con una mezcla entre disgusto y angustia. Cait empezó a objetar que las mujeres también podrían ser amantes de la emoción. Pero Graham levantó la mano:

—No estoy siendo sexista —explicó—. Egoísmo es egoísmo. Ella es diez años mayor que Duncan, además, le gustaba su vida tal cual era y no le necesitaba. Cuando quedó embarazada, quería un aborto. Duncan abandonó la universidad y mantuvo a Mattie. Le dije que le conseguiría una niñera y una

casa en Edimburgo, pero él siempre ha sido independiente y no ha querido mi ayuda. Es un pescador, hasta el final. Como mi Papá y mi abuelo lo fueron antes que él. Me alegro de las elecciones que ha hecho. Pero tengo los medios para hacer su vida más fácil, y él simplemente se niega. A veces quisiera... — Su voz se apagó cuando miró por la ventana, que estaba cubierta de una capa de hielo—. De todos modos, la madre de Mattie renunció a sus derechos legales, lo dejó y desapareció en un viaje alrededor del mundo. Duncan nunca ha oído ni una palabra desde entonces.

—Oh. —Era todo lo que Cait pudo decir. No era la única que había sido utilizada y desechada.

—¿Estás bien? —preguntó Graham.

—Sí. —Se enderezó y puso una sonrisa en su rostro—¿Dónde están las galletas?

—En la despensa, en el lado izquierdo —dijo Graham—. Voy a coger un cuchillo para el queso.

En la sala de entretenimiento, Cait se recostó en su sillón, pensando. Graham colocó la bandeja delante de Deydy, que parecía medio dormida. Él llenó un plato para sí mismo, encendió la película y apagó las luces.

—¿Este asiento está tomado? —preguntó.

—¡Qué caballeroso! —comentó—. ¿Y si te dijera que lo está?

—Me olvido de la caballerosidad. —Se sentó a su lado, balanceando el plato entre ellos—. ¿Tajadas de naranja?

Ella comió de su plato mientras Bing cantaba y Fred Astaire bailaba en la pantalla. Deydy empezó a roncar a todo pulmón.

—Romántico, ¿verdad? —bromeó. ¿Tienes un mando a distancia para ella?

—Shh —le reprendió. La película continuó su curso, pero los ronquidos se hicieron insoportables.

—Vamos a la sala —sugirió Graham. Salieron de la habitación y se relajaron en el sofá frente al fuego. La cama de Preciosa todavía estaba allí y

Cait se preguntó si Dingus tendría permiso para usarla.

—¿Cómo te estás adaptando a estar de vuelta en Gandiegow? Es un ritmo mucho más lento de lo que estás acostumbrado.

Ella se rió.

—¿Sabes lo ocupada que he estado? No he tenido un momento de paz desde que llegué.

—¿Por qué no tienes ese momento ahora? Ven aquí. La atrajo hacia él y la rodeó con un brazo.

Debería haberse relajado, pero no pudo. Supuso que mientras más cerca lo tuviera, más nerviosa se pondría. Empezó a charlar.

—Hay tanto que necesito hacer. No he revisado mi correo electrónico. Tengo cajas para desempacar. Lo que me recuerda, ¿sabes de algún lugar para guardar mis cosas hasta que mi casa sea reconstruida? Puede pasar tiempo, ya que el señor Sinclair no puede hacer mucho hasta la primavera.

—Mi dependencia está casi vacía. Y cualquier cosa de valor, como fotos o cualquier otra cosa, se puede almacenar en una de las habitaciones de arriba.

Bien, cuando dijo dormitorio, se fue directamente al sexo. Y maldita sea, evocó la película que había hecho con Antoinette. La actriz había mostrado sus tetas en esa. Grandes, carnosas, de talla D, como las de Bonnie. Esas escenas de amor habían sido intensas y pesadas. Cait vio verde y no era el verde de la colcha de Mattie. Se apartó de Graham.

—¿Qué pasa? Preguntó. Hay cerraduras en las puertas de los dormitorios y en la dependencia. Te prometo no hurgar en tus pertenencias personales.

No podía hacerle la misma promesa. De hecho, a la próxima oportunidad que tuviera, planeaba recorrer su casa como si fuera un arqueólogo en una excavación.

—No pasa nada. Solo pensando en Antoinette. Es hermosa y la odio. Dime que es estúpida. —Normalmente, Cait no sería tan franca, pero ya era tarde y la comodidad del fuego le hacía fácil aflojar la lengua.

—Lo siento, Antoinette es una académica de la universidad de Rhodes.

Brillante en matemáticas. Pero no podía dejar de hacer millones con su apariencia y habilidades de actuación. Ella dice que cuando termine su carrera de actriz, obtendrá su doctorado y se dedicará a la enseñanza.

Cait puso los ojos en blanco.

—Vaya.

Él la atrajo hacia él.

—Tú también eres hermosa, muchacha.

—Ahora estás siendo ridículo. —Pero se quedó bajo su brazo e inclinó su cabeza hacia atrás—. Algunos somos corrientes. No podemos ser bellos como tú y la maravillosa Antoinette. —Ella giró la cabeza para mirarlo, lo cual fue un gran error.

Él la miró a los labios como si fueran jugosas rebanadas de naranja que quería chupar. Así que se movió hacia adelante y lo hizo. Muy tiernamente y con cuidado. Ella también lo saboreó.

Luego se alejó de ella.

—Es mejor que despertemos a Deydy para que pueda volver a casa.

El cerebro nublado de Cait se aclaró.

—Tal vez deberías dejarla.

Sería más seguro así, con Deydy como águila chaperona. Para evitar que Cait hiciera algo tonto. Como subir a la cama de Graham.

—No —dijo—. Ella no se quedará. Me dispararía si no la despierto.

En la gran pantalla, Bing estaba cantando a su chica. Graham agitó a Deydy.

—Es hora de ir a casa, viejo pájaro. Yo te acompañaré.

—No harás tal cosa. Deydy se levantó. No soy una inválida.

Miró a Cait y se encogió de hombros.

Su abuela se acercó a Cait y movió un dedo en su rostro.

—Asegúrate de quedarte en tu propia habitación o habrá consecuencias.

—Sí, señora —dijo Cait sin vacilar un momento.

—Te veré por la mañana.

Deydy se puso el abrigo y salió por la puerta. Graham tomó la bandeja y Cait apagó las luces.

Mientras guardaban todo en la cocina, Graham habló.

—Mañana averiguaremos cómo traer tus cajas aquí. Deja los platos —añadió, mientras Cait empezaba a llenar el fregadero con agua jabonosa—, o Deydy me matara. La he puesto en nómina y ella siente que tiene que ganar cada centavo. Dejaremos el resto en remojo. —Se dirigió a la escalera—. Te voy a llevar a tu habitación.

Ella lo siguió, consiguiendo una visión perfecta de su trasero en sus pantalones Dolce&Gabbana. Le habría gustado poner sus manos en esos vaqueros, pero le dijo a su cuerpo lujurioso que se compusiera. Todos los hombres eran iguales, persiguiendo a la talla D, como el cerdo de su marido muerto. No tenían interés en el cerebro o el compromiso, solo en los senos y el sexo. Graham Buchanan no era diferente al resto.

En la parte superior de la escalera, Graham señaló la primera habitación. Mattie está allí. Debería estar de vuelta antes de que se levante por la mañana.

—Esta es la tuya. Abrió la puerta de un paraíso victoriano.

Tenía una cama de dosel tamaño extra cubierta de un edredón con delicadas flores de color rosa. El papel tapiz y cortinas hacían juego con la colcha. Era como si la hubieran enviado a la corte para habitar en una de las cámaras de las damas de honor. Lo único que rompía el patrón rosa eran los aparadores blancos.

—¿No me digas que tienes ropa de mujer ahí dentro? Me niego a usar las túnicas de Antoinette.

Él sacudió la cabeza.

—Olvídate de todo el asunto de Antoinette. No traigo mujeres aquí. Los aparadores están vacíos. Te daré una de mis camisas para dormir.

Allí estaba él otra vez, dándole esa mirada posesiva.

—Bonnie quiere verte. —Dejó escapar Cait—. Me encontré con ella antes.



Ninguna chispa pasó por sus facciones.

—Probablemente sea por el ron importado. Le dije que me lo dijera cuando regresara. Puede esperar.

—Bien —murmuró para sí misma—. Entonces no eres estúpido.

—¿Qué? —preguntó.

—No importa.

Desapareció y volvió con la parte superior de un par pijamas de hombre muy costosos.

—Ve a cambiarte a la suite. Estaré de vuelta en unos minutos para acostarte.

—No tengo cinco años.

Con los ojos encapuchados, él le dio una candente, sexy, y lenta mirada por todo su cuerpo una vez más.

—Algo por el estilo.

—Para con eso.

Ella caminó hacia el cuarto de baño con su pijama en la mano. Lo oyó reír mientras bajaba por el pasillo. Sabía que estaba jugando con ella. Tan pronto como pudo, se quitó la ropa y se puso la ropa que él le había dado. Volvió corriendo a la habitación victoriana, se metió debajo de las sábanas y apagó la luz. Eso debería impedirle pensar que tenía que acostarla.

Unos minutos después, la luz del pasillo se apagó. Lo oyó regresar, la oscuridad no lo disuadió.

Hasta que oyó un «bum» y luego su voz con un «Maldito Infierno». Avanzó dando saltos el resto del camino a la cama.

—Sé que no estás durmiendo —dijo él. Cait permanecía tan quieta como una almohadilla, esperando que se fuera.

La cama se movió con su peso.

Su mente traviesa se preguntó si estaba desnudo. Solo se necesitaría una mano errante para averiguarlo. Cait tuvo que juntar sus manos y sujetarlas entre sus piernas para asegurarse de que no empezaran a explorar. Él se metió

bajo las sábanas.

—Solo quiero acostarme junto a ti por un momento.

Seguro y ella era una vendedora ambulante.

Se acercó a ella, lo suficiente para que pudiera sentir su calor.

—Es difícil para mí que Duncan no quiera quedarse en esta casa. Paso muy poco tiempo en Gandiegow y él siente que tiene que mantener más que paredes entre nosotros.

Justo así, él había bajado sus defensas. Cait alargó la mano y encontró la suya entre las sábanas.

—Al menos me deja estar con Mattie. Graham le apretó la mano. —Ella se volvió hacia él, apenas distinguía sus rasgos del resplandor de la media luna.

—No es fácil perdonar a los padres.

Ella todavía tenía sentimientos encontrados cuando se trataba de su papá y su madrastra, Evelyn. Su padre ni siquiera había sido leal a la memoria de su madre durante diez minutos antes de ir a la caza de la esposa número dos. Y Evelyn, se había asegurado de que Cait fuera enviada a un internado de la Costa Este antes de que el ramo de la boda se hubiera marchitado.

—Créeme. Sé una cosa o dos acerca de no perdonar.

Él le puso una mano en la mejilla y la acarició.

Ella rió nerviosamente.

—Cálmate, Caity. No estoy aquí para forzarte a nada. —Él le dio un casto beso en los labios—. Solo quiero estar cerca de ti un poco.

—Deydy nos mataría a golpes a ambos con su escoba si nos viera ahora mismo. Le hice una promesa.

—Prometiste no dormir en mi habitación. —Señaló a la habitación floral—. Esto definitivamente no es mi habitación. Tendría que devolver mi tarjeta de hombre si lo fuera.

Ella sonrió a la oscuridad, sabiendo que bajo las sábanas estaba el cuerpo del señor Darcy. Esta habitación no podía cambiar eso. Tenía el

impulso de saberlo con seguridad. Ella se retorció contra él y, con seguridad, descubrió lo que quería saber. Estaba completamente vestido. Y duro.

Él gimió.

—No hagas eso. A menos que quieras que no cumpla mi palabra.

—Lo siento —dijo ella, tratando de sonar arrepentida. En realidad no lo estaba. Su marido la había culpado por haberla traicionado, que ella no había sido lo suficientemente sexy. Sin embargo, aquí estaba el señor Darcy, con una erección que habría asustado a los pantalones de Elizabeth Bennet—. Debemos dormir un poco. Tienes que levantarte temprano, si piensas asistir a la fiesta pesquera de Duncan.

—Sí. Estará enojado.

—Eres un hombre persistente —dijo—. No dejarías que un poco de resentimiento se interpusiera en el camino de hacer las cosas bien con tu hijo.

—Sí lo sé. —La atrajo hacia él y la besó.

Debería haberlo empujado. Pero su interior se iluminó como la aurora boreal, hormigueando en lugares que ni siquiera sabía que poseía. Profundizó el beso abriendo su boca hacia él, y sus hormigueos se convirtieron en una lenta quemadura, fluyendo a través de ella, devorándola desde el interior. Encontró el fondo de su camisa y puso las manos debajo para llegar a él. No era suficiente. Su piel le dolía por la suya. Empezó a desabotonarse la camisa. Él estaba desabrochando la suya. Cuando encontró un filo —a su encantador pecho—, lo empujó sobre su espalda e hizo una lenta exploración de cada centímetro de su territorio descubierto. Eso no le impidió a él hacer su propia evaluación de ella con sus manos.

—Eres tan suave —dijo—.

—Y tú tan duro. —Ella se refería a su amplio pecho, pero él gruñó y rodó encima de ella.

Al parecer, la diversión y los juegos habían terminado. Y esto estaba sucediendo realmente. Mientras se preguntaba si debía detenerse y pensar en ello...

Mattie gritó.

Se congelaron.

—Dios, lo siento —dijo ella, mientras se ponía la camisa.

—Yo me ocupó. —Él salió de la cama.

Se sentía tan avergonzada de sí misma con Mattie en la habitación de al lado. No debió haber tentado a Graham después de que él hubiera prometido no hacer nada.

Graham regresó a la habitación con Mattie sollozando en su hombro.

—No puedo hacer que se detenga. No creo que esté despierto.

Ella se incorporó.

—Ponlo aquí entre nosotros. Le frotaré la espalda.

Colocó al muchacho aturdido con cuidado. Cait ajustó las mantas sobre él y le acarició la espalda. Graham subió a la cama, sus dos cuerpos rodeando a Mattie.

Cait comenzó una canción de cuna gaélica baja y Mattie se calmó un poco. Al final de la canción, ya no sollozaba, pero soltaba pequeños jadeos, restos de un mal sueño.

—¿Cuánto tiempo lleva pasando? —susurró—. ¿Desde el accidente?

—Sí. —Él tomó su mano en la suya—. Traté de ayudar a Mattie, hice varias citas con profesionales. Pero Duncan no quería hablar de eso. Aseguré que Mattie se recuperaría por sí solo. No estoy muy seguro. Cuando le dije a Duncan lo que pensaba, solo le di más razones para estar enojado conmigo. —Graham suspiró—. La terapia ha ayudado a mucha gente.

—¿Experiencia de propia? —preguntó suavemente.

—Sí —dijo—. Cuando Duncan era un adolescente, estaba tan enojado. Parecía cambiar, de querer mi completa atención al resentimiento. No tenía a quien acudir. Nadie sabía que tenía un hijo. Encontré un terapeuta en quien confiar para mantener mi secreto. Él me ayudó a lidiar con la culpa de estar lejos tanto tiempo y a tratar de llegar a estrategias para tratar con Duncan también.

—¿Funcionó? —Pensó en los pequeños estallidos antes y después de cenar esta noche.

—No, pero al menos no me estoy desesperando tanto por eso. Es lo que es. Aunque quisiera, no puedo dejar de actuar. Mucha gente depende de mí. La tristeza se había apoderado de su voz.

—¿Como Deydy? —Ahora, Cait se sentía culpable.

—Ella es un pez pequeño en un estanque muy grande de gente que mi actuación apoya. Tengo una compañía de producción. Tengo obligaciones —dijo—. No hablemos más de eso. Se levantó y caminó alrededor de la cama, luego se acostó a su lado. Buenas noches, Caity.

Se instaló y ella se relajó, quedándose dormida contra un galán de buena fe.

En alguna parte en las primeras horas de la mañana, ella lo oyó levantarse. La besó antes de salir de la habitación.

La pesca era el trabajo más peligroso del mundo. El chico que estaba a su lado había sido testigo de eso.

Por primera vez en mucho tiempo, dijo una oración. *Por favor, mantén a Graham y a Duncan a salvo.* A pesar de que no podía recordar la última vez que había hablado con Dios, seguramente esperaba que él estuviera escuchando ahora.

## Capítulo Doce

Cait despertó al aroma tentador del beicon y el café de Deydi. Suspiró y abrió los ojos. Mattie la estaba mirando, sin sonreír, sin fruncir el ceño.

—Buenos días —le dijo—. Apuesto a que no esperabas verme aquí.

No hubo reacción en sus grandes y tristes ojos.

Cait siguió hablando.

—¿Te has preguntado alguna vez porque hablo de forma extraña? Yo viví en Estados Unidos por mucho tiempo. Es por eso que mi acento escocés no suena como el de los demás en Gandiegow. —Incluso el logopeda al que la llevó Evelyn, no pudo eliminarlo completamente—. Bueno, el acento de tu abuelo es un poco diferente también, ¿verdad? Eso es porque él ha vivido en muchos sitios. Pero yo lo he escuchado con un acento muy marcado cuando se pone nervioso. —Sin respuestas—. ¿Qué tal si nos levantamos y vamos a ver qué está haciendo Deydy?

El niño salió de la cama y bajó las escaleras.

*Una nuez dura de roer.*

Cait se puso su ropa del día anterior, localizó un peine en el baño y luego fue en busca del café.

A quién encontró abajo fue a Graham, sentado en la mesa de la cocina con Mattie en su regazo. Lucía airado y eufórico. Un impulso recorrió su cuerpo, despertando sus sentidos. Cuando los ojos de Graham se encontraron con los suyos, vio gratitud. Él señaló al chico para señalar la fuente.

Ella asintió en respuesta. Sus mejillas se sonrojaron ante el recuerdo de la noche anterior. No volvería a pasar. Graham se iría pronto, de vuelta a su vida glamurosa. Necesitaba controlarse y no dejar arrastrarse más a sus persuasivos brazos.

Determinada, fue hacia su ordenador y lo encendió. ¿Dónde está mi abuela?

—Fue a casa. Dijo que tenía cosas que hacer.

—Oh. —Dingus, el cachorro—. ¿Qué hay de Duncan?

—En casa tomando una siesta. Le dije que Mattie pasaría el día con nosotros.

Las cejas de Cait se arquearon.

—¿Nosotros?

—Pensé que podríamos hacer unas galletas navideñas. Puedes decorarlas como si fuéramos estadounidenses. Súbete a esa silla Mattie, y toma el recipiente de cobre que está en el armario. —Graham señaló al armario que estaba junto a la estufa.

Mattie se bajó de su regazo e hizo lo que se le ordenó.

—Quítale la tapa y mira adentro —le dijo Graham.

Los ojos de Mattie se ensancharon con cada molde de galleta —un bastón de caramelo, una campana, una estrella, un hombre de jengibre y un ciervo. Le dio una mirada a Graham con sus ojitos impresionados.

—Hay masa y glaseado en el refrigerador, regalos de Bethia y Moira.

—¿Qué tal si Mattie y yo desayunamos primero? —Cait pensó que si el chico hablara, hubiera protestado—. Vamos a lavarnos las manos.

Mattie haló la silla hacia el fregadero.

Cait fue hasta donde estaba Graham, el Rey de la cocina, y tocó su mejilla.

—Eres un buen abuelo, Sr. Buchanan.

Él tomó su mano y la haló para darle un beso.

Los tres pasaron un buen tiempo haciendo galletas y desordenando la cocina. Al final, docenas de galletas con decoración descuidada descansaban sobre papel encerado.

Cuando Cait se sentó, se dio cuenta de que se había olvidado de que su ordenador estaba encendido. Fue hasta él, sacudió el ratón y abrió su correo electrónico. El correo más reciente era de su jefe en Write Chicago: ¡Estás despedida!

Cait rompió un sudor frío y frenéticamente se desvió hacia el mensaje anterior.

Si no responde antes de la medianoche, será reemplazada. Entiendo que has tenido circunstancias inusuales, pero eso no es excusa para no hacer tu trabajo.

Eso había sido hace dos días. Desesperada, Cait siguió buscando.

Tu falta de respuesta me ha obligado a hacer TU trabajo por TI. Si quieres seguir empleada, llámame.

Cait miró fijamente la pantalla en shock.

Graham se acercó por detrás.

—¿Qué pasa? Tienes cara de haber perdido a alguien importante.

—Me han echado del trabajo —dijo sintiéndose sin vida.

Él se paró detrás de ella.

—Tú dijiste que eras una costurera, fabricante de edredones.

—La costura no es mi trabajo durante el día. Puso su cabeza en sus manos. ¿Despedida? Sí, se había comprometido a hacer el artículo para la revista People, pero no había garantías de trabajos futuros. Write Chicago era su respaldo por si no aparecía nada más.

Él puso una mano en su espalda.

—Mattie, ve a la sala y pon los dibujos animados. El chico dejó la habitación con una mirada preocupada hacia Cait.

—Está ansioso —dijo ella.

—Estará bien por unos minutos. Dime que ha pasado. —Graham tomó su mano delicadamente.

—No había revisado mi correo desde que me fui. Tampoco había escuchado mis mensajes de voz. Pensé que respetarían que estaba de luto y me dejarían en paz.

—¿Luto? —Él tenía una expresión de lástima y horror—. Si hubiera sabido, nunca hubiera... —Él se retiró y buscó su cara. Finalmente preguntó—. ¿Quién?



—Mi esposo —dijo tímidamente.

Se puso muy furioso. Tomó los platos sucios y los tiró en el fregadero como si estuviera lanzando misiles a un enemigo.

—No es lo que piensas.

—Pudo haber sido una información relevante, Caitriona. Considerando que por poco, bueno, *me aprovecho de ti* anoche.

Ella cerró su ordenador con fuerza.

—Mi esposo me había estado engañando por años. Recientemente, se estaba acostando con una modelo de 22 años, perfeccionada con silicona. *Cirugía que probablemente pagué yo*. El divorcio no había terminado todavía, pero ya había sido archivado. Me ahorró mucho dinero al morir. ¿Sabes cuánto cuestan los divorcios hoy en día?

Graham estaba en shock, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Ella puso sus manos en las caderas, sintiéndose cada vez más como su abuela.

—Siento mucho que te arrepientas de lo de anoche. Pero que no sea por esto. No hiciste nada malo. Y para que conste, tampoco yo.

Graham no se alejó de ella, como ella esperaba. En lugar de eso, envolvió sus brazos su alrededor y recostó su barbilla sobre la cabeza de Cait.

—Siento mucho tu pérdida de todas maneras. Sé cómo te sientes. La madre de Duncan también me engañó. Y nunca lo he superado.

El estómago de Cait se encogió. Aún no había superado a su ex. Trató de soltarse.

—¿Qué pasa? —preguntó Graham, apretando su agarre.

Cait logró soltarse y empezó a caminar por la cocina.

—Ahora soy yo quien se siente estúpida. No has superado a la mamá de Duncan. —Se detuvo a unos centímetros de él. Tenía sentido que todavía se preocupara por la madre de su hijo, aun así. Todas sus preocupaciones se desparramaron.

—Me has estado usando. Todos los hombres son iguales. Mientras

obtengan lo que quieren, no importa quién resulte herido en el camino.

Él la agarró por los brazos.

—Estás equivocada. La conocí en mi primera grabación, cuando ninguno de los dos era nadie. Estaba loco por ella. Cuando se quedó embarazada, le rogué que se casara conmigo. Cuando Duncan era solo un pequeño bebé, descubrí que me estaba engañando. Me dejó solo con Duncan y me dijo que no quería volver a ver a ninguno de los dos. —Le dio una pequeña sacudida a Cait, luciendo más miserable que nunca—. Sé que nunca hubiera funcionado entre nosotros. Yo quería un matrimonio igual al de mis padres. Uno que durara para siempre. ¡Qué legado le di a mi familia!

—No te machaques más por eso. —Ella le acarició los brazos como si tuviera frío e intentara calentarlo.

—No es tu culpa. Una cosa que definitivamente aprendí de mi marido es que no podía controlarlo. Al igual que tú no podías controlar a tu ex. Y Duncan no podía hacer que la mamá de Mattie fuera una mamá. No es tu culpa; es una circunstancia más allá de tu control. Nadie te culpa. ¿Quién sabe?, tal vez algo bueno saldrá de todo esto.

—Humm. —Él se sentó a la mesa, dejando que su cabeza absorbiera. Puso su mano en el ordenador, y levantó la mirada para encontrarse con la de ella.

—Tal vez eso también pueda aplicarse a ti. Tengo una idea. —Y se puso de pie de un salto—. Sígueme.

Ella dio un paso atrás.

—Ni lo pienses.

Él levantó unos papeles delante de él.

—Necesito un segundo par de ojos. ¿Leerías este guión? Necesito saber qué piensas de él. —dijo dejando caer los papeles en la mesa.

—Tal vez como un favor, pero no como tu empleada. —Ella recogió el bulto y leyó el título—. Leí un artículo acerca de este libro. Algunos piensan que es el próximo Harry Potter.

—El estudio quiere empezar la grabación de inmediato. Haré el papel del director—dijo—. Volvamos a lo que dijiste de cosas buenas derivándose de cosas malas. Significaría mucho para mí si lo leyeras y me dieras tu opinión. —Él parecía tan ansioso que no le pudo decir que no.

—Supongo que está bien. Tengo mucho tiempo libre ahora. ¿Cuándo lo necesitas?

—Para ayer. —Se rió—, todos están esperando por mi opinión.

—Está bien, ¿por qué no?

—Puedes ponerte cómoda, yo te traeré té. Mattie y yo le diremos a Deydy que no te espere hoy, que estás ocupada.

—¡No! —Él podría ver a Dingus—. Yo hablaré con ella, sabes como es.

—Sí, espinosa como un erizo. Puedes ir ahora, mientras yo limpio la cocina. ¿Tienes la llave que te di?

Ella asintió.

—Voy a llevar a Mattie a la ciudad para que le compre un regalo a su Papá antes de llevarlo a casa. Regresaré esta tarde. Te quedarás, ¿verdad?

Ella estaba jugando con fuego. Mientras más tiempo pasaba con él, más quería pasar. Cada vez que miraba a sus ojos marrones, más difícil era ocultar la culpa por el artículo.

—Sí, me quedaré. —Y añadió—. Si mi abuela me deja.



Tan pronto como Caity salió camino a la casa de Deydy, Graham abrió el ordenador que ella había dejado y se dispuso a curiosear un poco. Abrió el correo electrónico más reciente de WriteChicago.com.

—Así que tenía razón. Nuestra Caity es periodista.

Abrió su carpeta de documentos. Nada de las pasadas semanas.

—No tiene sentido —dijo en voz alta—. Delatarme es la oportunidad de su vida. ¿Por qué no husmeó en la casa cuando tuvo la oportunidad? ¿Qué clase de periodista es?

Una pequeña mano agarró su camisa. Graham bajó la vista y vio a su nieto mudo frunciéndole el ceño. Decepción en sus ojos.

*Mierda.*

—Ya sé. —Graham cerró el ordenador—. No debí haberme metido en sus cosas. No lo volveré a hacer.

El niño seguía con la cara de disgusto. Graham levantó su mano.

—Lo prometo, el abuelo solo tuvo un momento de debilidad, eso es todo.

El chico parecía entender la debilidad y apoyó su cabeza contra el brazo de Graham. Le rompía el corazón ver a Mattie tan triste.

—Vamos a vestirte. Vamos a ir a Inverness chico, para hacer algunas compras de Navidad. ¿Qué le comprarás a tu Pá?

Mattie no dijo nada. Graham lo llevó a arriba, preguntándose si alguna vez tendría a su nieto de vuelta. O si el mar con toda su gloria y horror habían tragado la voz de Mattie para siempre.



—Pensé que podrías venir esta noche. —Deydy se balanceó con Dingus enrollado en sus brazos—. Mi grupo de costura vendrá esta noche para trabajar un poco. Estamos terminando nuestros proyectos de Navidad.

Cait se mordió el labio.

—Lo intentaré. Le prometí a Graham que le daría una ojeada al guión. Tiene que tomar una decisión inmediatamente.

—Ten cuidado con él —le advirtió Deydy—. Ese Graham es un encanto. Pero ningún hombre compraría la cabra si puede conseguir la leche gratis.

—Abuela, no estoy planeando que nadie me ordeñe. —Cait aguantó la respiración esperando a ver si Deydy había notado que la había llamado Abuela por primera vez.

—Entonces será mejor que te mantengas con la ropa puesta. —Añadió Deydy.

Cait sonrió y salió de su casa. No tenía ganas de ponderar demasiado

acerca de cómo ser ordeñada. Tenía un dolor creciente dentro de ella que necesitaba arreglarse y se preguntó si había algún hombre libre a cien millas de Gandiegow que pudiera ser su «manitas». ¿O tendría que ordenar un dispositivo electrónico para que tomara el lugar de un hombre en su cama?

El camino hacia la casa de Graham se extendía ante Cait. Escogió cuidadosamente sus pasos para no tropezar. Una sensación de hundimiento se apoderó de ella, casi abrumándola. ¿Y si Graham era el único que podía satisfacerla?

Ella envolvió su bufanda más fuerte alrededor de su cuello y entró en la casa. Había un mensaje en el refrigerador.

Siéntete como en casa.

El té está en la tetera y hay leños adicionales junto al fuego. Mi número de móvil está en el refrigerador.

Lláname si necesitas algo.

G

Pasó el dedo por su letra, haciendo el trazo de la «G». Era estúpido lo soñadora que se sentía. Se acercó a la nevera y encontró su número. Lo grabó en su móvil con el nombre del señor Darcy, pero no llamó. Este sería el momento perfecto para fisgonear alrededor de su casa, pero le había prometido que leería el guión. Cogió el manuscrito, entró en el salón y se acurrucó en el sofá.

Después de unas horas de silencio frente al fuego, cerró el manuscrito, poniendo su mano encima. Estuvo bien.

Como si hubiera estado esperando a que ella acabara, Graham entró por la puerta trasera y fue a saludarlo. Se encontró con él en el vestíbulo con las mejillas sonrosadas y el pelo alborotado por el viento. Quería calentarlo usando su cuerpo como manta, pero se detuvo a sí misma.

—¿Cuál es el veredicto? Él actuaba tan ansioso como si hubiera hecho una prueba de audición.

Ella sostuvo el guión.

—Es un personaje muy diferente a los que has interpretado.

Graham se quitó los guantes.

—Nunca he hecho fantasía. No sé cómo reaccionará la audiencia.

—Serás un director impresionante. —*Un director mucho más sexy que el que ella había tenido en el internado*—. Se ampliará tu base de fans. Se detuvo y se comportó como periodista, almacenando lejos esa información para cuando volviera a su artículo sobre él.

—Entonces, ¿debería decirle al director que acepto? —Parecía excitado e inseguro.

—Ellos te amarán. Como siempre —añadió sinceramente—.

Él la miró con las cejas juntas. Su pregunta no hablada colgaba entre ellos. *Y tú, ¿me amas?* Pero seguramente ella lo había imaginado.

Agachó la cabeza y pasó por delante de él, dirigiéndose a la cocina. El bolso en el mostrador le dio la distracción que necesitaba y empezó a hablar con un tono ligero.

—Ahora, hablemos de asuntos más apremiantes. ¿Qué has traído para cenar? Huele delicioso—. Señaló al bolso.

—¿Quién dijo que era para ti? —Bromeó—. Puede ser para uno de mis otros lectores de guiones.

—No lo creo. —Ella le sonrió—. Eres lo suficientemente inteligente como para entender que aunque me niego a ser pagada por mis servicios, espero ser alimentada. Buena elección escoger comida Cina. Dime que trajiste pollo *Lo Mein*.

—Eso y todo lo demás en el menú. —Sacó pequeñas cajas blancas del saco—. Si hubiera tenido tu número de móvil, habría llamado para averiguar cuál era tu favorito.

Él le sonrió y compartieron un momento —uno donde el tiempo se detuvo, ambos sonriéndose, enamorándose como un par de idiotas, olvidándose de sentirse autoconsciente. Pero sentirse tan cómoda con él le

hacía sentirse incómoda.

—Tengo que irme a toda prisa. Deydy me necesita. Costura.

—Esperaba que te quedaras un rato. Duncan no ha querido volver a casa esta noche. Y Mattie está agotado. —Graham rió—. Escogió una camioneta cargada de juguetes para Duncan como regalo de Navidad.

Él la miró por un segundo más y luego habló, su voz fluyendo suave, como el escocés que era.

—Y tú, Caity Macleod, ¿qué quieres para Navidad?

Debería haber sido fácil de responder, pero la pregunta parecía demasiado personal. Y se sentía demasiado vulnerable. Las cosas que realmente quería no podían comprarse y eran demasiado para pedir, así que mentalmente las enumeró.

1. Una familia. Todo lo que le quedaba era Deydy, y a cada paso su abuela se interponía en su plan de acercamiento.
2. Una carrera. El periodismo era su pasaje a su realización personal. Pero hasta que tuviera la sensatez de terminar el artículo de la revista *People*, su carrera estaba muerta.
3. Felicidad. Ya no tenía diez años. La felicidad podía ser evasiva. Pero desde que regresó a Escocia, había tenido unos raros momentos de completa satisfacción.

Y en todos ellos había estado con Graham.

El pánico se apoderó de ella. Ella no podía, no, confiar en un hombre de nuevo para darle lo que ella quería. Agarró su abrigo y corrió hacia la puerta.

—¿A dónde vas? Todavía no has comido. —Se acercó a ella, preocupado.

Ella retrocedió lejos de él, recordando claramente qué sucedió la primera vez que permitió que otro hombre la hechizara. Angustia. Luego, la muerte. Me llevaré el *Lo Mein* conmigo.

Cuando extendió la mano para tomar la comida, él agarró sus manos y

buscó sus ojos.

—¿Por qué huyes?

—Deydy me matará si llego tarde. —Trató de ignorar el hormigueo seductor que electrificaba sus manos cada vez que él la tocaba.

—No te creo. —Sus ojos imploraron—. ¿Por qué es tan difícil para ti decirme la verdad? —Ella se apartó de él.

—Escucha, Sr. Sensible. La vida está llena de cosas de mierda. Ser despedido es solo una de ellas. Y tengo que lidiar con mis cosas por mi cuenta. Fin de la historia.

Él empujó un mechón de su cabello detrás de su oreja.

—No, no tiene que ser así. Tú nos tienes a todos para ayudarte.

—¿Qué se supone que significa eso? —le gritó prácticamente—. Mi única familia es una abuela que no puede soportarme. He estado sola la mayor parte de mi vida. La única persona con la que puedo contar, soy yo. Y a veces, incluso yo no soy tan confiable.

—¿Y qué hay de mí? —dijo él, su voz sonaba fuerte y firme, recordándole al roble en su patio trasero en Chicago. Cada vez que se sentía derrotada por Tom, se apoyaba contra el árbol y absorbía su fuerza.

—No. —Ella negó con la cabeza—. Eres un tipo apuesto de la pantalla grande. Ni siquiera soy tan estúpida como para creer que eres real. Además, no quiero ni necesito un hombre en mi vida. Dios me ha dado otra oportunidad, ¡y por Dios!, voy a tomarla. Esta vez, sin embargo, no voy a pensar que puedo tenerlo todo. Solo necesito mi carrera. Y aunque lo he estropeado en las últimas semanas, volveré a reponerme.

—¿Cómo piensas hacer eso? —preguntó, enojado esta vez.

—No es asunto tuyo.

Agarró la caja de *Lo Mein* y salió por la puerta. Tan solo dio unos pasos por el camino antes de darse cuenta de lo injusta que había sido con él. La culpa, y no el viento frío, la hizo estremecer. ¿Por qué le había soltado su terrible vida a Graham después de haber sido tan amable con ella? No se



merecía su mal humor. Tan pronto como llegara casa de Deydy, le enviaría un mensaje de texto para decirle que lo sentía. Sí, era una solución cobarde.

Bajó por el sendero corriendo, medio resbalando, medio tropezando. En casa de Deydy no dudó, abrió la puerta. El grupo de costura se volvió hacia ella. Bethia y Rhona se mecían en las sillas frente al fuego, cosiendo a mano. Deydy y Moira estaban sentadas a las máquinas de coser. Amy derramó té sobre el lado de una taza mientras lo colocaba junto a Deydy.

—¡Cierra la maldita puerta, muchacha! —gritó—. Parece que has visto un fantasma.

—No he visto nada. —Cait cerró la puerta y puso la caja de *Lo Mein* en la mesa—. ¿Dónde están Ailsa y Aileen?

—No han llegado todavía —dijo Rhona. Cait buscó en su bolsillo su teléfono móvil. Tenía que escribir a Graham ahora o perdería el impulso. Pero no tuvo la oportunidad. Deydy se levantó y se arrastró hacia ella, sosteniendo a Dingus en un brazo.

—Llévalo afuera. El pequeño insecto se metió en la caja de las tortitas de avena. Tendrá que estar afuera desde ahora hasta el próximo domingo. —Cait lo tomó y lo abrazó.

—Has crecido, pequeño.

Se oyó un golpe en la puerta.

—Probablemente son las gemelas —anunció Deydy y abrió.

Conmocionada, Cait casi deja caer a Dingus, pero tuvo el ingenio suficiente para empujar al perro dentro de su abrigo sin que Graham lo viera. Él agachó la cabeza y entró con la bolsa de la comida.

—¿Alguien interesado en comida china? —Las mujeres corrieron hacia él como gatos hambrientos. Cait pasó junto a él, pero antes de que pudiera salir por la puerta, él la agarró del brazo.

—No te vayas por mi culpa.

—No te preocupes. Suelta la carga, volveré enseguida. —Intentó sonreírle, sabiendo que tendría que disculparse en persona ahora que él estaba

aquí. Él la soltó y ella salió de la casa. Mientras Dingus hacía lo suyo, ensayó lo que le diría a Graham. Dejó que el perro husmeara más de lo habitual, tratando de prolongar lo inevitable. Finalmente, escondió al perro bajo su abrigo una vez más y se dirigió de nuevo a la cabaña.

Una vez dentro, sin embargo, Cait recibió un respiro momentáneo. Amy le dirigió una mirada aguda y señaló con la cabeza hacia el cuarto de baño. El Sr. Ojos de Águila se dio cuenta de todo, pero Cait no podía hacer nada al respecto. Tan despreocupadamente como pudo, se escabulló al baño. La caja de Dingus estaba en la bañera con su pequeña manta afelpada y lista para el cachorro.

—Quédate tranquilo. —Se arrodilló—. Tu nuevo papá todavía no sabe de ti. —Ella le dio un beso y lo acomodó dentro.

Corrió la cortina de la ducha en caso de que Graham decidiera hacer una parada en el retrete de Deydy, luego salió y se unió al resto.

Todos estaban devorando la comida china, incluido el Sr. Estrella de Cine. Antes de que ella pudiera tomar un bocado, Ailsa y Aileen entraron.

—¿Qué nos hemos perdido al llegar tarde? —Ailsa sacó un edredón a medio terminar.

Aileen lo agarró.

—Dámelo, hermana.

—No —respondió Ailsa—. Tengo más adornos que agregar antes de seguir adelante.

Era casi cómico, dos mujeres menopáusicas tirando del edredón como niñas de cinco años. Cait notó que Graham se reía abiertamente.

—Por el amor de Dios, no vuelvan a empezar —dijo Bethia—. Es casi Navidad. Siéntense y coman algo de comida china antes de que todo se haya acabado.

Cait tomó su comida y se unió a Graham, estaba comiendo junto a la chimenea. Fue un movimiento valiente por su parte. Con todo el grupo viéndolos, estaba segura de que tendría que enfrentar algunas críticas más

tarde. Pero le debía esa disculpa.

—Lo siento, por lo de antes —dijo, susurrando a medias—. Estoy hecha un desastre ahora mismo. Ya sabes, la cosa del trabajo y un millón de otras preocupaciones. Espero tener mi vida resuelta antes de tener la edad de Deydy. Perdóname, ¿de acuerdo?

—¿Qué están diciendo ahí?— Deydy interrumpió—. Hablen alto. El resto de nosotros queremos escuchar.

Graham le guiñó un ojo a Cait.

—Ella ha aceptado regresar a mi casa esta noche y ayudarme a envolver regalos. No te importa, ¿verdad?

## Capítulo Trece

—No he accedido a nada —gritó Cait.

Graham la interrumpió.

—Ustedes señoras no podrían ayudarme a envolver los regalos, por la razón obvia. Él meneó las cejas y al mismo tiempo, les dio su sonrisa más seductora.

—Sí, lo entendemos—Deydy sonrió—. ¿Tienes costura que hacer, Caity?

—Casi he terminado. —Discutiría con Graham tan pronto como lo sacara por la puerta.

—Puedo terminar mañana.

—Entonces ve —ordenó Deydy—. Llévate la comida de vuelta.

Cait cerró su abrigo y salió por la puerta. Estaba apenas cerrada cuando la atrajo hacia sus brazos, justo afuera de la puerta principal de Deydy. Por Dios, estaba pidiendo problemas. Dejó que la besara de todos modos, lo cual era lo menos que podía hacer por haberse vuelto loca con él antes.

Cuando él se apartó, tomó su mano.

—Vamos a salir de aquí.

—¿Así que realmente tienes regalos para todos o te lo inventas? —preguntó Cait, con las manos aún unidas.

—Sí. —Él asintió—. Nuevas máquinas de coser. ¿Cconoces a Dougal, nuestro cartero? Debe haberlas dejado ya. Escuché a Deydy hablando de tu máquina y, bueno, le pedí que las ordenaran.

—¿Has comprado todas las máquinas? Es mejor que traigas un desfibrilador cuando las entregues o de lo contrario tendremos costureras muertas por tu culpa —dijo Cait—. ¿Siempre eres tan extravagante?

—No, no siempre. Sabes que tienes que tener cuidado con un escocés. Si haces demasiado por cualquiera de ellos, se enojan. Los escoceses no manejan la idea de la caridad muy bien. —Se encogió de hombros—. Este año tuve que

hacer algo especial. Esas señoras han sido buenas conmigo, Duncan y Mattie.

Se detuvo entonces y la miró fijamente, la luna era su única luz.

—No he comprado nada para ti. Quería hacerlo, pero no sabía qué.

—Tu amistad es suficiente. —Ella dejó caer su mano y se apresuró a subir por el sendero—. Y eso es todo lo que vas a conseguir de mí, querido —le dijo por encima del hombro.

—No estoy interesado en ser tu amigo —dijo, con sus pasos cada vez más largos.

La alcanzó en la entrada de la casa. La atrajo hacia dentro y la envolvió en sus brazos—. Dime que no te gusta besarme. —Se inclinó y se burló de sus labios, luego se apartó, aparentemente esperando una respuesta.

Ella tuvo que despejar la niebla clara de su cerebro antes de hablar.

—Besarte es como besar a mi primo.

Él le desabrochó el abrigo y metió sus manos por dentro.

—Una familia muy poco convencional. —La besó de nuevo, esta vez tentándola con su lengua. No pudo evitar el gemido que se le escapó de los labios. Se apartó de él.

—De acuerdo, lo reconozco. Tal vez besarte es un *poco* divertido. —Ella tocó sus labios hinchados—. Pero tienes que parar; no soy chica para una aventura. De hecho, mi tarjeta de citas ha sido revocada. Por mí —agregó.

—Relájate —dijo, el Gran Lobo Malo a la Caperucita Roja.

—Sí, relajarme fue lo que hice antes de meterme en un matrimonio atroz. —Él frotó su nariz contra la suya.

—Aclara tu mente. —La besó otra vez. Esta vez sus manos vagaron por ella, corriendo por sus lados, sobre sus pechos—. Si quieres que me detenga, lo haré. Pero espero que no quieras.

Recordó el sermón de Deydy sobre la leche y la ropa puesta y rió. Puso sus manos en el pecho de él y lo empujó.

—Se acabó el tiempo. Necesito afianzar mis convicciones. —Ella no era la única afectada, él respiraba con dificultad—. Necesitamos una distracción

—dijo—. Vamos a envolver esos regalos de Navidad.

—No es divertido —le gruñó.

—Eso no es lo que dijiste hace unos minutos. —Se volvió y subió las escaleras. El lugar estaba lleno de máquinas de coser. Un montículo de bolsas desbordadas estaba en una esquina. Sobre el escritorio, tumbados, rollos de papel de embalaje, cintas, lazos, y tijeras.

—Esto va a durar toda la noche —exclamó desde el umbral.

—Espero que no —se quejó el Gran Lobo Negro.

—No tengas ideas. Estoy aquí para ayudar con los regalos. No para que te metas conmigo.

Él rió.

—Vamos a ver. —Caminó hacia el centro de la habitación con las cajas que la rodeaban.

—Podrías haber alimentado a toda la ciudad por lo que cuesta todo esto —le dirigió una mirada aguda.

—Por lo que he oído, no necesito hacerlo. —Ella puso sus manos en sus caderas.

—¿Qué te dijo Amy? —Él se encogió de hombros.

—No sé de qué estás hablando.

—Voy a colocar cinta adhesiva en la boca de esa chica —murmuró Cait—. Le arrojó un rollo de papel de regalo—. Vamos, señor Generoso, es hora de ir a trabajar.

Él lo arrojó de vuelta.

—Voy a ir a buscarnos algo de beber. —Y se marchó.

—Hombres. —Se quejó a la habitación—. Siempre desaparecen cuando es hora de envolver regalos. —Se sentó en el suelo y empezó con la primera máquina. Había terminado con dos antes de que Graham regresara con dos tazas calientes de chocolate con leche. Él puso la suya a su lado.

—Con caramelo salado. Espero que te guste.

—Lo que me gustaría es una ayuda. —Tomó un sorbo.

—Pero está delicioso.

Graham cruzó hacia el montículo de sacos.

—¿Qué tal si organizo estos en pilas? La mayor parte es para Mattie y Duncan. —Él la miró—. Nunca te he mostrado lo que he comprado para Duncan.

—Porque estabas acosándome —susurró a su taza mientras se la acercaba a los labios.

Graham sacó un paquete.

—Es el mejor teléfono satelital, para cuando esté en el barco. Quiero que Mattie y Duncan estén comunicados siempre.

—¿Cuál es la historia entre Duncan y tú? —dijo—. Puesto que estoy haciendo todo el trabajo aquí, tienes que decirme algo.

—¿En resumen? Ya sabes cómo son los niños. Cuando son jóvenes, tú eres su héroe, luego llegan a la adolescencia y de repente tú eres el diablo. Pero creo que las cosas se complicaron cuando apareció Mattie. Desde entonces, Duncan ha estado realmente enojado conmigo por no haber estado cerca cuando era un niño.

Graham se sentó a su lado y recogió la alfombra.

—Puedo respetar que él quiere ser su propio hombre. Pero podría darme una oportunidad para compensarle el no haber estado allí. No creo que me perdone jamás. Graham suspiró.

Ella tomó su mano.

—Cualquiera con la mitad de un cerebro puede ver que Duncan es un tremendo hombre, lo que significa que has sido un tremendo Papá.

La miró fijamente.

—Estaba decidido a no criar a un niño que fuera el centro de atención. Esos chicos pueden estar bastante jodidos. Mi Padre mantuvo a Duncan aquí y venía tan a menudo como podía. Cuando era más joven, sin embargo, estaba muy ocupado, un trabajo tras otro. Si tuviera que volver a pasar por eso, tomaría decisiones diferentes.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Hace mucho tiempo, cuando ese productor me descubrió y me dijo que sería genial en la pantalla grande, debería haberle dicho que se perdiera. Era muy arrogante. No tenía ni idea de en qué me estaba metiendo. Y al principio parecía divertido. Pensé que lo haría por un tiempo y luego volvería a casa. Pero protagonizar *Orgullo y prejuicio* cambió el curso de todo para siempre. Había esperado que la vida de mi padre fuera paralela, vivir aquí, ser un pescador. Por como resultó, puedo decir que me convertí en su polo opuesto. Me alejaría de todo si pudiera, pero demasiada gente depende de mí. —  
Inclinó su cabeza, sus ojos arrugados de tristeza.

—Sé lo que podría ayudar —dijo, seductora.

—¿Sí? —Se animó—. ¿Un buen manoseo?

Ella extendió el papel de embalaje.

—Un poco de trabajo manual.

Le agarró la barbilla.

—¿Siempre eres tan perspicaz?

—Sí —respondió ella—. Lo tengo en mí. Soy nieta de Deydy.



De hecho, Cait regresó a casa de Deydy esa noche. A la mañana siguiente, el día anterior a la víspera de Navidad, se despertó con el olor del café, el aroma de los bollos recién horneados y Dingus lamiéndole la cara.

—Detente. —Rió. No eres mi despertador.

Él movió la cola en respuesta. Deydy fue hasta la mesa con la mano hecha en puño.

—Será mejor que levantes el culo. —Aplastó la masa pastelera que tenía delante con la fuerza de un martillo, haciendo que Cait se alegrara de no haber sido harina y levadura—. Tenemos que hacer el horneado hoy.

Cait se volvió y se acurrucó con el cachorro.

¿Nunca te quedas a dormir un poco más?



—No cuando hay trabajo por hacer. —Otro golpe a la masa—. Y siempre hay...

—Trabajo por hacer. Sí, sí, lo sé. —Cait echó un vistazo a su abuela.

Siempre consistente, Deydy lanzó una de sus miradas fulminantes.

Cait se colocó en posición vertical.

—No hay necesidad de poner esa cara. Voy a levantar mi culo de la cama. —El perro ladró alegremente.

La mañana y la primera hora de la tarde pasaron volando, su abuela llevó al pan de Navidad a un nivel completamente nuevo, una obsesiva compulsiva. Trabajando una al lado de la otra, no era tan malo pasar tiempo con Deydy, preparando suficientes horneados con mantequilla para obstruir las arterias de toda la costa norte de Escocia. Había logrado un buen balance entre harina, azúcar y aceite, que se unían para hacer algo especial de los ingredientes separados.

Mientras Cait trenzaba la última masa con sabor frutal para hacer un pastel navideño, deseaba que Deydy y ella se hubieran convertido en la masa, tejidas inexplicablemente juntas; se convirtieran en una verdadera familia. Pero no lo habían hecho.

Al final de la tarde, la mesa estaba cubierta de barras de pan fresco, montones de galletas decoradas y una línea de pasteles de la que Santa estaría orgullosa.

—Para tu información, nos levantaremos temprano. —Ordenó su gruñona abuela mientras le entregaba a Cait la envoltura de plástico—. Tenemos mucho que hacer.

Cait arrancó una sección.

—¿Y lo de hoy fue un descanso?

—No seas fresca —gruñó Deydy.

Tuvieron una cena ligera y antes de que Cait lo supiera, la anciana la conducía a la cama como si tuviera seis años de nuevo.

A pesar de que Cait estaba agotada, permaneció en la cama durante

mucho tiempo pensando en cosas que no debía. En momentos extraños a lo largo del día, había tenido unas esperanzas insoportables, una anticipación dulce y traviesa, preguntándose si Graham haría una aparición. Solo ver su rostro, hubiera sido suficiente para evitar que lo extrañara, maldito hombre apuesto. La forma en que se había adentrado en su vida y en sus pensamientos la superaba. Pero cuando el cielo se oscureció afuera y nadie golpeó la puerta, sus esperanzas se desvanecieron en una oscura desesperación. Cait golpeó la almohada y se giró en la cama, determinada a conciliar el tan necesitado sueño.

En la madrugada, Dingus se quejó y Cait se levantó y lo sacó de allí. No había estado mucho tiempo en la cama, cuando Deydy la despertó.

—Tenemos recorridos que hacer hoy —dijo la anciana. La mente atontada de Cait no lo entendía.

—¿Recorridos?

—Muchacha tonta. —La voz de Deydy era afilada—. Iremos a ver a los enfermos. Compartiremos nuestra alegría navideña.

¿*Alegría navideña*? Sonaba a seis meses de trabajo duro. Cait solo quería dormir un poco más, pero se arrastró fuera de la cama de todos modos.

—Necesito cafeína.

—Haré té mientras te vistes.

Cait se vistió con sus pantalones de lana de color castaño y suéter cuello alto color café. Los marrones hacían que sus ojos azules claros sobresalieran. Cuando terminó, Deydy tenía lista una taza para ella. El desayuno consistía en un bollo de cereza de los que habían hecho el día anterior y media salchicha. Comenzaron la mañana de Nochebuena dejando al perrito con Moira, junto con una hogaza de pan fresco. Pasaron el resto del día yendo de casa en casa. Deydy insistió en que Cait tirara de la carreta con las cajas de golosinas con su abuela cacareando cada vez que el carro se salía del camino helado. Algunas de las personas que visitaron recibieron colchas y panecillos de pan, otras solo galletas de Navidad. Le parecía que Deydy era una Santa

improbable, pero tomaba su trabajo en serio, ladrando órdenes a su elfo, Cait, en cada oportunidad que tenía. Cuanto más le ordenaba su abuela, de no más de cinco pies de altura, más feliz parecía.

La víspera de Navidad había despertado a todo Gandiegow. Normalmente en medio del día, las calles estaban relativamente vacías, pero no hoy. Todo el mundo estaba fuera. Con el número de personas que iban y venían de la tienda, debería haber tenido una puerta giratoria. Otros colgaron guirnaldas como decoraciones de última hora fuera de sus hogares. Incluso más gente se detuvo para dar un «Feliz Navidad» a los transeúntes, el clima duro no detenía su alegría. Un navidad al verdadero estilo de Norman Rockwell.

Pero fue todo agridulce. Dondequiera que fueran, Cait sintió a su madre. La gente de Gandiegow hablaba de Nora como si estuviera haciendo galletas de Navidad en la cabaña de la esquina con la puerta azul brillante. ¿No sabían estas personas que su mamá estaba muerta? Escuchó el nombre de Nora, herido y calmado al mismo tiempo.

Después de que mamá muriera, su padre nunca la había mencionado. Cait, tan sola y nueva en Estados Unidos, se había preguntado algunas veces si solo había imaginado a la madre que su padre había olvidado. Pero aquí en Gandiegow, Mamá era recordada. Y recordada con cariño. ¿Fue difícil para Deydy enfrentar la memoria de su hija muerta día tras día? ¿O le hizo sentir mejor? Cait comenzó a sentir que era casi demasiado. Quería esconderse bajo una de las colchas de Deydy y no salir nunca. En lugar de eso, caminó detrás de su abuela, tirando de la carreta.

Deydy Claus terminó su ruta de vuelta a la casa de Moira. Las gemelas habían llegado y estaban sentadas con Kenneth. Deydy y Cait se quedaron solo el tiempo suficiente para asegurarse de que no eran necesarios y para buscar a Dingus. Pero antes de marcharse, Cait se sintió obligada a abrazar a Moira. Quería decirle que todo estaría bien, excepto que no estaba segura de que iba a ser así.

En el camino de regreso a la cabaña, Cait deseaba de nuevo ver a Graham. Habían pasado dos días enteros y ella quería verlo, hablar con él. Deseaba que él hubiera estado allí para ver a Deydy cantar canciones navideñas con el tímido señor Menzies y agarrar al bebé enfermo de Bruce. O para que viera cómo la gente de la ciudad había salido fuera para una palabra amable o un saludo mientras pasaban con su carro de Navidad. Casi podía ver los ojos de Graham centelleando con el relato.

El errático cerebro de Cait se había puesto en modo periodístico automático, catalogando pequeños fragmentos para él durante todo el día. ¡Qué estúpida! Debería darse una sacudida por ser tan tonta. ¿Por qué le importaría cómo había pasado su día? Ella no era nada para él y él no era nada para ella. Cuando regresaron a la cabaña, estaba oscuro y solo eran las 3:30 p.m. Cait intentó relajarse frente al fuego mientras Deydy calentaba un poco de sopa para su cena. Tomó profundas y relajantes respiraciones, re-centrándose, como había aprendido en clase de yoga.

Ninguna sorpresa, su abuela no cooperó con el momento de salud mental de Cait.

—Búscame ése último pan —exigió Deydy—, tenemos que darnos prisa con la cena para llegar a la Misa y al desfile de Navidad a las cinco.

Cait se había olvidado por completo. La idea de entrar en la iglesia hizo que su estómago se revolcara aún más. La última vez que había entrado en una iglesia era la última vez que había visto a su mamá. Nora se había acostado en un simple ataúd de madera, vestida de blanco, parecía un ángel durmiendo una siesta, no muerta en absoluto. Pero cuando su padre le hizo besar a su madre, no había sentido nada más que frío; no encontró ni la calidez ni la suavidad de Mamá. Ahí fue cuando se dio cuenta. Mamá se había ido para siempre. Cait no escuchó ni una palabra de la misa que siguió. Simplemente se quedó mirando la cruz, preguntándose por qué su hermosa madre tenía que morir y nadie estaba haciendo nada por el dolor que sentía.

—¿Caity? —Su abuela chasqueó los dedos, esperando el pan—. ¿Qué te

pasa?

—Nada —dijo Cait. Tendría que poner su cara festiva para Gandiegow esta noche, o bien todos sabrían que no tenía ninguna intención de seguirle el juego a Dios.



Graham volvió a casa con las manos vacías y frustrado después de pasar una buena parte del día en Inverness. Había estado allí durante una hora, yendo de tienda en tienda, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, buscando un regalo para Caity. Se puso a patalear por actuar como un tonto hasta que descubrió su motivo. Solo quería un regalo para ella porque había sido muy buena con su familia. Y cuando encontró ese regalo, sería de todos los Buchanan y no solo de él.

Los últimos dos días, se había quedado en casa a propósito. Quería demostrarse a sí mismo que no la necesitaba. Caity le hacía reír, seguro, y él quería una relación física con ella, ¿quién no? Dios, ella era sexy como el infierno. Estaba bien disfrutar de su compañía; la forma en que su sonrisa lo reconfortaba y cómo sus respuestas inteligentes le hacían sentirse como un tipo normal. No es algo que experimentara en el mundo real. Pero no era como si dependiera de ella. Estaba bien solo.

Se preparó un whisky con hielo y lo llevó arriba, a su guarida. Si hubiera sido alguien más que Caity, habría comprado una pieza de joyería y eso habría sido el final. Pero Caity solo llevaba un pequeño medallón en una cadena alrededor de su delgado cuello y un par de aretes sencillos. Ambos parecían ser parte de ella, como el lunar en su antebrazo derecho o el hoyuelo en su mejilla izquierda cuando sonreía. La joyería genérica para Caity no era una opción.

Tal vez le ordenaría algo especial en Internet. Pero no sabía qué.

Su cuarto estaba vacío ahora, todos los regalos envueltos abajo en el salón. Sacó un álbum de fotos de la estantería y se sentó en el escritorio.

Todavía tenía unos minutos antes de que tuviera que prepararse para ir a la iglesia.

Muchas de las imágenes eran de su padre y él, las que su madre había tomado con su vieja cámara. Otras eran de la gente de Gandiegow: Deydy, Bethia, Freda, Kenneth, McDonnell, Pippa y Fiona. Algunos de estos habitantes de la ciudad todavía estaban aquí, algunos se habían ido a otros lugares.

*Y ahí estaba.* Por poco no se da cuenta. Un regalo de Navidad para Caity.

Puso el álbum más cerca y examinó la fotografía: Caity y su madre, una joven Nora sonriendo, sosteniendo a una niña de cara traviesa. Graham quitó cuidadosamente la foto y caminó alrededor de la casa buscando un marco de su propia colección.

Encontró el perfecto: uno de caoba antigua que tenía una foto de él a los ocho años, sosteniendo un bacalao de nueve kilos, que le había dado un infierno de pelea.

Quitó su foto y colocó la foto de Caity. Por un capricho, volvió a poner su retrato de la niñez de forma tal que quedara detrás del suyo. Después de localizar el papel que a Caity le había gustado más, envolvió suavemente el regalo.

Durante largos minutos se sentó en el escritorio y sorbió su bebida, mirando fijamente el regalo. Había tenido un día exitoso. Además de encontrarle el regalo perfecto, finalmente había descubierto lo que era. Él no era un cachorro enamorado ni unido a Caity de ninguna manera; solo se sentía atraído por ella, nada más, y lo mismo sucedía con ella. Se sentía seguro de poder mantenerlo casual entre ellos. Podrían tener la relación física con la que había estado fantaseando y nadie se lastimaría. Salió de la habitación y apagó la luz. Era hora de prepararse para ir a la iglesia y pasar el resto de la noche con Caity.

# Capítulo Catorce

Cait se rió al ver a Deydy corriendo hacia la Iglesia Episcopal de San Enrique como si se apresurara a presenciar el nacimiento real de Jesús.

—Tengo que llegar temprano para Rhona —dijo su gruñona abuela sobre su hombro redondo—. Ahora deja la risa tonta esa.

A Cait le hubiera gustado saltarse la iglesia. Hubiera estado bien sentarse, simplemente permanecer cerca del fuego con Dingus en vez de torturarse a sí misma yendo. Sin embargo se alistó para salir con su abuela.

Ella le dio un codazo.

—Ahora escucha. Sé que somos una comunidad episcopal y todo eso, pero eso no significa que no aceptemos a otros.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Cait, colocando su bufanda color bronce más apretada alrededor de su cuello.

—Es Ailsa y Aileen. Son católicas. —Deydy bajó la voz, como si la palabra fuera un poco atrevida de pronunciar—. Pero son buenas costureras. Y como no tienen una iglesia para su religión aquí, vienen a nuestra misa. —Su abuela miró a Cait como si pudiera hacer algo precipitado, como bloquear la puerta cuando las gemelas intentaran entrar—. Solo pensé que debías saberlo.

—Gracias. —Cait se dio cuenta de que era lo primero que su abuela le decía que no implicaba un regaño.

Cuando llegaron a la iglesia, dos muchachos bien abrigados estaban de pie en la entrada con boletines en sus manos.

—Feliz Navidad —dijeron, entregándole un boletín a cada una y abriendo la puerta.

El lugar estaba casi desierto. Deydy se quitó el abrigo de lana y lo empujó hacia Cait.

—Toma —dijo, y se fue a hablar con un pequeño grupo de mujeres a la entrada del santuario. Al no haber asistido a la iglesia durante los últimos

dieciocho años, Cait se sintió como una planta sin agua. Se quedó allí un momento, tratando de componerse. Lentamente, miró a su alrededor y vio que nada había cambiado, excepto por una nueva capa de pintura blanca. Los cubículos de la iglesia todavía estaban alineados contra la pared izquierda. Eran para cada familia en la parroquia, y servían como buzones de correo, invaluable como medio de comunicación para una pequeña comunidad como aquella.

Un viejo recuerdo inundó sus sentidos.

*—Caity, corre a la iglesia y pon esta receta en el buzón de Pixie. Ella ha dicho que la recogería mañana. —Su madre había estado de pie en la cocina de su casa, secándose las manos con una toallita amarilla y azul—. Mientras estás allí, comprueba el nuestro para ver si hay algo en él. —Cait se había sentido como una niña grande por encargarse de una tarea tan importante como comprobar el buzón de la iglesia.*

Se obligó a salir de la memoria cuando Moira se acercó.

Cait señaló el tablón de anuncios en el muro de la derecha.

—Todo se ve igual. Los folletos, la iglesia, y... ¿esa llave ha estado colgando allí desde que me fui?

Moira sonrió.

—La sección de objetos perdidos de la iglesia es el primer lugar al que vengo si he perdido algo. ¿Has visto que ahora tenemos una caja más grande para los artículos perdidos más grandes?

Cait señaló con la cabeza a la sudadera con capucha que colgaba sobre el lado.

Una mano golpeó ligeramente su hombro. Se dio la vuelta y encontró al padre Gregory, el sacerdote episcopal de su infancia, viejo ahora, pero sus buenos ojos permanecían sin cambios.

—Ah, Caity Macleod, qué bueno tenerte en casa. Había oído que vendrías. —Ella recibió el gruñido subyacente como si se hubiera saltado la clase. Lo único que faltaba era un « ¡Vaya, por Dios!».



—Deydy te ha estado extrañando, hija. —Otra reprimenda velada.  
Cait no podía decir lo que realmente pensaba en la casa de Dios.

—Sí. —Fue su única respuesta.

Él la palmeó en el brazo como si lo entendiera y sacudió la cabeza.

—Deydy es todo un... —Parecía estar buscando la palabra correcta.

—Personaje —aportó Cait.

—Uno de los mejores de Dios —añadió el buen padre.

Rhona llamó al sacerdote. Él y Moira se despidieron y fueron a ayudar a Rhona.

Cait bajó por el pasillo para encontrar donde poner el abrigo. Mientras colgaba el abrigo de Deydy, otra mano se posó sobre su hombro. Al principio, asumió que era el padre Gregory nuevamente, luego la colonia de Graham se burló de su nariz.

—Caity. —Esa voz profunda a la que se había acostumbrado la derritió como un malvavisco sobre un fuego cálido—. ¿Cómo estás esta Nochebuena?  
—Continuó.

Se dio la vuelta y vio a Graham usando un traje italiano con un abrigo de color gris colgado sobre su brazo. Y se veía mejor que bien. Intentó actuar con calma y se quitó la chaqueta con tanta indiferencia como pudo. Pero él se hizo cargo, girándola y quitándole el abrigo como si fuera su marioneta. Su aliento estaba en su cuello y la piel se le puso de gallina. Se mordió el labio. Seguramente en algún lugar de la Biblia se decía que no debía tener pensamientos íntimos dentro de los límites de la iglesia.

—¿Cómo has estado? —Para cualquier otra persona, su voz habría sido percibida como interesada o preocupada, pero su corazón encantado, escogió oírlo de otra manera, como flirteante y seductor.

Había planeado reprimirle y preguntarle por qué la había dejado sola los últimos dos días. En vez de eso, lo miró, cautivada no solo por su buena apariencia, sino por lo que lo hacía Graham, un hombre común en el duro cuerpo de un guerrero. La manera en que él la estudió con intensidad hizo que

el silencioso pasillo oscuro se convirtiera de un acogedor descanso a una oportunidad sexualmente cargada.

*Estaban en la iglesia, por el amor de Dios.* Trató de contrarrestar lo que sucedía entre ellos respondiendo a su pregunta.

—He estado bien. —Excepto por los pensamientos traviosos que había estado teniendo sobre él.

Graham examinó su suéter marrón. A juzgar por la mirada ansiosa y lujuriosa en sus ojos, él debía ser castigado por sus pensamientos eróticos también.

Se inclinó y ella se preguntó, preocupada, si la besaría delante de Dios y de cualquiera que pudiera mirar por el pasillo hacia ellos.

Pero Mattie apareció, gracias a Dios, y puso su mano en la de Graham. Un niño tan tierno, un acto tan tierno.

Cait se arrodilló automáticamente y apartó el pelo de la cara del chico.

—Oye, Mattie. Feliz Navidad.

No le dio otra reacción que mirarla a los ojos. Le recordó un retrato que había visto de un solemne chico amish. Los ojos de ese chico, como los de Mattie, tenían una sabiduría más allá de sus años.

No sabía cómo atravesar la barricada que Mattie había construido a su alrededor. ¿Cómo podía asegurarle que el mundo podía ser un lugar seguro cuando había presenciado lo contrario? Tenía el impulso de marchar al santuario y exigirle a Dios que hiciera algo —salvar al bote de hundirse, dejar que los ahogados vivieran o dejar que Mattie volviera a ser un niño otra vez.

Graham los miró, primero a ella y después Mattie.

—Estoy apurado. Llego un poco tarde. ¿Te importa llevar a Mattie con Rhona? Está en la presentación como pastor.

—Me encantaría. —Sonrió al chico sombrío.

—Eres una muñeca —dijo Graham mientras colgaba el abrigo. Antes de marcharse, le dio un vuelco al pelo de Mattie—. Déjalos muertos, muchacho. Hazme sentir orgulloso.

Mattie asintió con la cabeza.

—Mejor me pongo a trabajar —dijo y se marchó.

Cait lo miró fijamente, intentando envolver su mente alrededor de ese hombre. Una estrella de cine mundialmente famosa que asienta a la gente humilde de Gandiegow. Pero ella sabía que no lo hacía para dominar a los habitantes de la ciudad o para mostrarse como una persona «normal». Lo hacía como un servicio a su comunidad.

Y se sintió humillada por ello. «Vaya», dijo en voz alta, una mezcla de calidez y vértigo la llenaron.

Mattie estudió su rostro, observándola con sus grandes ojos y su gran corazón.

—Lo sé. Soy un desastre. —Ella lo rodeó con sus brazos y él respondió quedándose inmóvil como uno de los tablones en el pesebre junto al altar. Olía a galletas de Navidad, pinos, y al viento frío afuera—. ¿Qué voy a hacer? —le dijo al universo.

Mattie levantó una mano y le dio una palmadita en la espalda. Dos veces.

—Vamos a encontrar a Rhona —le dijo y lo condujo.

Después de dejar a Mattie con los otros actores de desfile, Cait regresó al vestíbulo.

Graham le sujetó el brazo.

—¿Te sentarás conmigo esta noche? —Podía haber estado comportándose como un perfecto caballero, pero ella capturó el brillo en sus ojos, uno que la desnudó y la tuvo en su cama, pidiendo más.

—No. Estaré con mi abuela. —Cait miró al santuario.

—No es probable —agregó.

Por supuesto, él había ido a sentar a Deydy. Cait miró: las damas del grupo de costura tomaron un banco entero, con su abuela en el centro.

—Ven. —Le tomó la mano y se la enganchó en el brazo.

Y, como todo un caradura, la llevó por el pasillo. Con todos los ojos de Gandiegow en ella, se sentía tan caliente y rubicunda como un calcetín de

Navidad colgado demasiado cerca del fuego. La condujo hasta el banco casi lleno detrás de la hilera de costureras. —Guárdame un asiento —dijo, y luego se retiró a la entrada del santuario.

Ella se levantó y se movió más abajo, apretándose entre dos familias hasta que estuvo directamente detrás de Deydy. Aquí, se dijo a sí misma. Pero no funcionó. Unos minutos más tarde, el propio señor Encanto Navideño se excusó, caminó por el banco entre las dos familias justo como lo había hecho ella y se apretó a su lado.

La tomó de la mano.

—No en la iglesia —soltó Cait por el costado de la boca.

—Solo te sujeto para que no te escapes, eso es todo —susurró él. Deydy volvió la cabeza y los regañó a ambos.

Cait miró a Graham y se encogió de hombros. Las luces se apagaron, excepto la que estaba sobre el altar. Un adolescente rubio salió con una camisa blanca, corbata y pantalón negro con un micrófono en la mano.

—Y sucedió en aquellos días, que salió un decreto de César Augusto, que decía que todo el mundo debía pagar impuestos. José también vino desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, para pagar lo suyo con su esposa María, que estaba embarazada.

Otros dos adolescentes, un muchacho y una muchacha vestidos con ropa de época, entraron. Era la misma historia de Navidad que se estaba representando en todo el mundo. La misma que Cait había presenciado durante tantos años. Hasta que finalmente, en su última Navidad aquí, tenía edad suficiente para interpretar a María. No tenía líneas para aprender; entonces, como ahora, no había partes habladas excepto la del narrador que contaba la historia, mientras que los otros actuaban. Pero ella recordaba como María y como en esos momentos la paz absoluta la había rodeado aunque su joven vida estaba saliéndose de control. Ser parte de una historia más grande —la historia del nacimiento y, en última instancia, la historia del perdón— le había dejado con alguna esperanza de que su propia vida saldría bien. Ahora

dieciocho años más tarde, el hecho de que la historia de Navidad no hubiera cambiado era reconfortante. Y a pesar de lo que Jesús le había hecho a ella y a su familia, la inquietud de Cait se deshizo un poco.

Miró la mano de Graham sosteniendo la suya. Era grande y fuerte, una confirmación de que había aterrizado en un lugar seguro. Mattie subió al escenario con el traje de pastor marrón, y todos los pastores fueron visitados por un ángel que estaba en lo alto de una escalera, cerca de la cruz. Cait vio los pies de Jesús con los clavos en ellos, y miró hacia otro lado. Una curiosa mezcla de culpa y compasión se apoderó de ella.

Mattie se acercó a donde estaba la cuna. En los años en que no había un recién nacido en su parroquia, como el que estaba allí, usaban una muñeca. Pero la forma en que Mattie estaba de pie sobre el pesebre, solemne como un pastor en un funeral, habría pensado que había presenciado el milagro de verdad. Uno de los otros pastores tuvo que moverlo, estaba tan transfigurado.

Esto le dio a Cait el coraje de mirar hacia arriba al Jesús adulto que colgaba sobre el altar. No parecía fríamente indiferente como lo había imaginado durante todos estos años. Parecía aceptar las cosas que habían sucedido. Una paz llegó a Cait y sabía con quién compartir el sentimiento. Alargó el brazo y puso su mano en el hombro de Deydy. Deydy volvió ligeramente la cabeza por un segundo, luego volvió a mirar la obra.

Cait mantuvo la mano un momento más, luego se sintió satisfecha. Había pasado mucho tiempo desde que se había sentido verdaderamente conectada con cualquiera. Pero aquí estaba, anudada en la misma red que su abuela. *Dos retazos en la colcha perdida de su familia*. Graham se inclinó hacia ella.

—¿Estás bien?

—Sí —susurró Cait—. Ahora shhh —dijo suavemente.

Después de la obra, el Padre Gregorio dijo la Misa, la gente tuvo su comunión, y luego todos los Gandiegow se reunieron en el vestíbulo para las galletas y el ponche. Los niños corrían entre las mesas, empujando golosinas en sus bocas, mientras los adultos charlaban; el zumbido era ensordecedor.

Cait enganchó dos de las costureras, Moira y Amy, cada una en un brazo. Graham había ido a buscar a Mattie, y Cait podía verlo ahora a través de la habitación de pie con Duncan. Pronto se dirigieron hacia donde estaba.

Graham sostenía la mano de Mattie.

—¿Puedo hablarte un minuto, Caity? —le preguntó.

Duncan tomó a Mattie, levantándolo sobre su hombro como un saco de patatas.

—Vamos ahora. Te veré en mi casa más tarde. El sofá estará hecho para ti.

—Suenan bien. —Graham se volvió hacia todos—. Voy a pasar la noche en casa de Duncan para ir a poner las redes por la mañana.

—Eso es genial —dijo Rhona. Las otras del grupo de costura estuvieron de acuerdo.

—Veremos que nos traen a casa antes de ver lo que el viejo elfo ha dejado en la mía.

Graham guiñó un ojo a las damas, que parecían casi aturcidas ante la perspectiva de la mañana de Navidad.

Tomó el codo de Cait.

—Discúlpennos, por favor. —Él la condujo hacia el armario de los abrigos.

A partir de este momento, ella podía oler su olor familiar de nuevo. Y Dios, se veía genial. Muy sexy, y donde él la tocó, ella chisporroteó.

—¿Volverás a casa conmigo ahora para un ponche de huevo antes de ir a casa de Duncan? —La iglesia a la luz de las velas hacía que sus ojos se volvieran ahumados y seductores.

—Volvamos a casa de Deydy. —*Es más seguro allí.*

Su sonrisa de lobo apareció.

—No tienes miedo de estar a solas conmigo, ¿verdad, Caity?

Ella le lanzó una mirada furiosa.

—Por supuesto que no. Eres inofensivo.

—Bueno —dijo él, sin sonar nada inofensivo—. Pensé que podíamos sentarnos junto al fuego. Y hablar —añadió como si fuera una idea.

Excepto que podía leer su mente. Los dos en el sofá, teniendo sexo.

Ella no podría, no sería destructiva con su vida otra vez. Tom se la había jugado, sabía cómo hacerle sucumbir, como si hubiera leído su manual de instrucciones. Él la cortejó, la engatusó y la convenció de que eran dos mitades de una sola alma. Pero eran solo palabras vacías. Era incapaz de sentir amor verdadero. Como su Papá. Como todos los hombres que conocía.

Pero a pesar de que nunca se había enamorado, su cuerpo se quemó para Graham de una manera que nunca había sentido antes. Literalmente quemado. Si salía y se sentaba en la nieve, la sustancia blanca se derretiría y se vaporizaría en cuestión de segundos.

—Deydy me esperará en su casa.

Su abuela con su súper-poderosa audición llegó hasta ellos.

—Vayan ahora, pero tengan cuidado. Voy a ver a Kenneth y a Moira y voy a darles unos tragos con ellos antes de dormir. —Deydy quitó el abrigo de la percha y Graham la ayudó a ponérselo. Luego, se volvió hacia Cait—. No te demores.

Él sacó su abrigo del armario y se lo puso.

—Necesito hablar algo rápido con el padre Gregory. ¿Nos encontramos afuera?

—Claro. A sus propios oídos, su convicción sonaba tan firme como el algodón en una almohada suave.

Mientras se alejaba, dijo una pequeña oración. *Por favor, dame fuerzas.* Pero era débil. Y no podía evitar enamorarse un poco del delicioso hombre que caminaba por el pasillo.

Debería poner una excusa y regresar a la cabaña de Deydy sola. Pero cuando salió fuera y Graham se le acercó, cualquier resolución que había tenido fue arrastrada por el viento.

Graham la miró a los ojos y, en ese preciso instante, el viento se calmó y

su sonrisa de lobo se desvaneció. Lo que quedaba era sinceridad. Él le besó la mano.

—Tú estás a salvo conmigo, Caity. Lo prometo.

Ella apretó su bufanda más firmemente alrededor de su cuello.

—Ya que lo prometiste. —El problema era que no podía confiar en sí misma.

Graham los condujo por la playa y luego por el sendero que conducía a su casa.

—Entra y siéntate junto al fuego.

En el salón, lo primero que notó fue que Graham todavía no tenía un árbol.

—Sorprendente —dijo en voz alta. Había ayudado a Duncan con el suyo. Se preguntó por un momento si Graham tenía una aversión por las agujas de pino. Su siguiente pensamiento fue que era demasiado íntimo aquí. Recorrió la habitación, encendió todas las luces e incluso intensificó el fuego con leños adicionales. El lugar estaba iluminado ahora como si fuera mediodía en lugar de Nochebuena.

Volvió, sacudiendo la cabeza.

—Caity, ¡qué vergüenza! Has doblado mi emisión de carbono. —Le entregó una taza de cristal.

—Vamos a disfrutar de la luz del fuego.

Apagó los interruptores y se acercó a ella.

Ella era uno de esos conejos atrapados a la vista de un depredador, demasiado asustado para correr.

Extendió la mano y tomó suavemente un mechón de pelo, examinándolo como si fuera un pétalo de una delicada flor.

Era una sensación extraña, de pie junto al fuego, un lado de ella caliente hasta el extremo, el otro frío.

Era como se había sentido al volver a su casa.

Se inclinó y la besó. Todo era entonces una llama: sus entrañas cubriendo



el espacio que los separaba y yendo directamente hacia el deseo. Ella podía sentir que se detenía y sabía que era para su beneficio. Le había prometido seguridad. Pero su chica traviesa interior tomó su moderación como un reto. ¿Qué daño había realmente en jugar con fuego?

Ella profundizó el beso, deslizando la lengua dentro de su boca y explorando como si tuviera algo que probar. Él gimió y su deseo se intensificó. Ella lo abrazó con más fuerza. Apenas subió un poco la apuesta, encontró su cinturón y tiró de su camisa. Sus manos subieron por su cuerpo hasta su cálido pecho.

—Caity —gimió en su boca—. ¿Qué estás haciendo conmigo?

—Cállate y aguanta como un hombre. —Sus malvadas manos acariciaron su camino hacia su espalda y hacia abajo hasta su cintura, esta vez moviéndose hacia la región más baja.

—Lo prometí. —La súplica salió un poco estrangulada.

—¡Qué se joda tu promesa! —Se sorprendió de lo grande que se había vuelto su pantalón. Sus manos bajaron, hasta el lugar de no retorno.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó.

Ella le devolvió el beso.

—Es Navidad —respondió finalmente—. ¡Qué diablos!

# Capítulo Quince

Eso era todo lo que Graham necesitaba. Sin dejar de besarla, la cogió en sus brazos. Le costó mucho subir por las escaleras, tratando de no tropezar o chocar contra una pared. Usó el codo para encender las luces y acostarla en su cama.

—Ahora quieres iluminación. —Lo dijo juguetonamente y se oyó endiabladamente sexy al mismo tiempo. Podría haber encendido una fogata con el calor que emanaba su cuerpo.

Y si no conseguía estar dentro de ella pronto, se correría justo al verla acostada en su cama.

—Me estás volviendo loco, muchacha. —Se pasó una mano por el pelo. Él quería que se desnudara para que pudiera deleitarse cuando cada parte de ella saliera a la vista.

—Apaga la luz y ven aquí —respondió, levantándose. Ahora parecía completamente segura de sí misma, sin preocuparse por él. Había atravesado un obstáculo y se alegró de eso. Golpeó el interruptor, agradecido por la luna llena y la claraboya posicionada sobre su cama de caoba.

—Dios, eres hermosa —dijo.

Se le acercó y ella le besó el cuello mientras se desabrochaba la camisa. Se quedó muy quieto, sintiendo sus tortuosas caricias cariñosas. Sabía instintivamente que necesitaba ser quien diera el primer paso, ser la encargada. *Solo por ahora*, se consoló.

Ella hizo un camino por su pecho con su boca mientras su pantalón iba creciendo hacia arriba. Le desabrochó el cinto y se lo quitó. No había tiempo para bromear con esta mujer.

Luego bajó la cremallera y tiró los pantalones al suelo. Se los había quitado, pero ella no había terminado con él todavía. Deslizó sus dedos debajo de la cintura de sus boxers.

—Me estás matando —gruñó.

—Lo sé. —Ella rió y pasó su lengua por su duro pezón. Empujó sus calzoncillos hacia abajo y envolvió una mano alrededor de su pene.

Y el juego terminó. Él puso sus manos alrededor de su cara y tiró de sus labios a los suyos, trabajando duro para besarla tiernamente. Solo que resultó más que eso. Cada emoción que había sentido por ella desde que la había conocido se la entregó a ese beso.

Se quemó por ella. No una pequeña llama de fósforo sino una hoguera llena, fuera de control.

Pero de repente, algo cambió en ella. Ella se apartó de él y se metió en la cama decididamente, no estaba muy seguro de lo que había hecho mal. Ya no parecía una amante ansiosa, sino una amante obediente. Por un segundo, el honor lo tenía cerca de tirar los frenos para averiguar qué había cambiado con ella. Pero la sangre se elevó a través de él sobre la sobrecarga de testosterona. *No, Graham. No te atrevas a perder esta oportunidad.* Dejó que sus hormonas ganaran y se unió a ella en el colchón, rodando sobre ella, con cuidado de no aplastarla.

Pero estaba desnudo y ella completamente vestida.

—Hay algo mal aquí —dijo ligeramente, no queriendo distanciarla más—. Tu ropa.

Ella se retorció debajo de él hasta que sintió la frescura de sus piernas desnudas contra las suyas.

—Estoy lista —dijo.

No podía ignorar su extraño humor esta vez, pero lo intentó una vez más.

—¿Eso es todo lo que voy a obtener? ¿Qué te quites los pantalones?

—También mis bragas. Eso es lo importante —defendió—. ¿Vamos a hacer esto o qué?

El orgullo lo tenía cerca de volver a ponerse la ropa.

Su pene, sin embargo, nunca le perdonaría por tirar la toalla.

—¿Te pasa algo? —Por lo sexy que sonaba, podría haber estado

pidiendo un café.

—Está bien —dijo, sonando algo arrogante, pero no se disculpó. Tomó un condón de la gaveta de la mesita de noche.

—¿Puedo ayudarte con eso? —Como ofrecerse para ayudar a atar sus zapatos.

—Yo me encargo —siseó y se lo colocó. Podía estar enojado con ella, pero seguía estando duro como un taladro. Y tenía que penetrar algo.

¡No! Se detuvo. Esto era Caity. Excepto que no había sido ella misma en los últimos minutos.

Él rodó sobre su lado, finalmente actuando como el caballero que era en lugar de un bastardo cachondo.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo suavemente—. Pensé que querías esto.

—Tengo frío. —Ella tiró de las cubiertas encima de su cuerpo casi vestido y estaba tensa como un cadáver.

—Es mi trabajo mantenerte caliente. —Se quitó el condón y se puso el calzoncillo para cubrir su decepción antes de unirse a ella bajo las sábanas—. Ven aquí. —Él deslizó su brazo alrededor de sus hombros.

—No sé qué me pasa —susurró ella.

No sabía si se lo había dicho a él o a la oscuridad.

—No hay nada malo contigo. Al parecer, no era el momento adecuado. —Su polla habría suplicado un cambio de parecer.

—No, soy yo. Eres perfecto. —Su grueso acento escocés había desaparecido, convirtiéndose en una especie de acento americano forzado—. El tiempo está bien. Soy yo, estoy dañada. —Había un chasquido al final de su voz.

—Tonterías. —Él la atrajo hacia sí—. Eres complicada, Caity Macleod. Te concedo eso. Pero no eres mercancía dañada. —Él besó su sien—. Eres una obra maestra. ¿Me escuchas?, una obra maestra.

Un calor lo invadió y despertó algo profundo, una bestia feroz. Si era su marido muerto quien le había hecho esto, Graham solo deseaba que el hijo de

puta estuviera vivo para poder hacérselo pagar. Tal vez era otra cosa. Solo sabía que haría todo lo que estuviera a su alcance para hacer feliz a esa mujer.

—Una obra maestra —repitió Graham.

Ella empezó a llorar y se encogió en él. Se sentía impotente. Hizo lo único que podía hacer: abrazarla.

—Te lo prometo, Caity...

Se detuvo a sí mismo, puso el pie en los frenos. Casi había hecho una jodida declaración. ¿Estaba loco? Él no hacía promesas ni votos.

Aún peor, en realidad no tenía idea de qué era lo que tan desesperadamente quería prometerle.



Cait oyó las palabras, pero no respondió. Su corazón estaba roto. Este hombre maravilloso y asombroso pensó que era una obra maestra mientras ella había pasado la mayor parte de su vida creyendo que era un poco de polvo acumulándose en la esquina.

Se sentía terrible por haberlo excitado y luego haberle puesto los frenos. No podía creer que no estuviera furioso con ella. ¿Cuidar de sus necesidades emocionales cuando sus necesidades carnales no se habían cumplido? Graham era un hombre extraordinario. Demonios, a Tom no le habría importado.

Permanecían entrelazados hasta que consiguió controlar su descomposición emocional. Él besó la parte superior de su cabeza.

—¿Estás bien, entonces?

Ella lo miró, su rostro era una mezcla de impotencia y serenidad a la luz de la luna. Ella se incorporó.

—Será mejor que vuelva a casa. Deydy no me aprobaría en tu cama.

—Probablemente tienes razón —suspiró—. Te llevaré. Tengo que llegar a casa de Duncan de todos modos. Se deslizó fuera de la cama.

Ella buscó su ropa interior, encontrándolas en los pliegues del edredón. La vergüenza se apoderó de ella y estaba agradecida de no haber vuelto a

encender las luces. Después de que ambos estuvieran vestidos, volvieron a bajar por el acantilado en silencio. Fuera de la cabaña oscura de Deydy, Cait puso su mano sobre su pecho.

—No puedes entrar.

—Lo sé. —La besó en la frente. Entró a la cabaña sin mirar hacia atrás. Como las luces estaban apagadas, Cait esperaba encontrar a Deydy en la cama. En cambio, encontró a su abuela sentada en su balancín junto al fuego.

—El pequeño tiene que salir —dijo Deydy sin levantar la vista. Eso era como mejor se había referido al cachorro desde que él había venido para quedarse.

—Lo llevaré —dijo Cait.

—Hazlo y vigila a ese sinvergüenza. Necesito ir hasta la casa grande. Me olvidé de revisar el pavo. Deydy agarró su abrigo y se fue.

—Oh, Dios —le dijo Cait a Dingus—. Tuvimos suerte de que no nos atrapara. *La cama, Graham, las bragas de Cait en las sábanas*. Ella cogió a Dingus y pasó la mano por la espalda regordeta.

—Supongo que solo somos tú y yo. —El perro bostezó en respuesta—. O no —dijo. Pero ahora ya no estaba sola. Tenía a su abuela. Se frotó la mejilla con el pelo esponjoso de Dingus y luego lo llevó fuera. Cuando volvió a entrar, rápidamente instaló su máquina de coser y agarró la agarradera acolchada que estaba haciendo para la abuela.

Tomó solo unos minutos para dar los últimos toques al regalo de Navidad de Deydy. Lo escondió en la pequeña bolsa de Navidad que había traído con ella justo antes de que su abuela regresara.

Deydy se quitó el abrigo y se sentó junto al fuego nuevamente.

—Hasta mañana... —empezó Cait.

—Mañana será un día ajetreado. —Deydy lo dijo como si ese hubiera sido un día ocioso.

—La mayor parte del día estaremos preparando la fiesta de Navidad.

—¿Y dónde lo celebraremos? ¿Aquí? ¿Solo nosotras dos? —Cait

preguntó, sin saber qué esperar, especialmente después que ella fuera a revisar el pavo.

—¿No te estás colando por Graham, verdad? Nunca se casará de nuevo. —Ella miró un momento más, luego suspiró—. Lo intentamos, ya sabes. Queríamos que Duncan tuviera una mamá adecuada, no viejas como nosotras cuidando de él. Pero nuestro Graham declaró que nunca se casaría de nuevo y se aferró a esa promesa.

—¿Quién está hablando de casarse? Eso es lo último que quiero o necesito —defendió Cait—. Solo preguntaba por Navidad. ¿Estaremos aquí o no?

—No. —Deydy parecía una niña grosera con un secreto. Cait puso sus manos en sus caderas.

—Está bien. Entonces supongo que estaremos en casa de Graham. —Hubo un largo silencio mientras Deydy crujía de un lado a otro en su mecedora. Finalmente levantó la vista.

—Cuida a tu corazón, Caitriona Macleod —le advirtió Deydy—. Es una cosa difícil de recuperar una vez que lo has entregado. —Por la ferocidad en su rostro, parecía como si hubiera podido escribir el libro sobre el amor perdido.

Cait se sentó en la otra mecedora junto a Deydy. Quería estirar la mano y tocarla, pero no lo hizo.

—Sé un par de cosas acerca de entregar mi corazón —dijo Cait—. Créeme, sé que puede ser un error.

Pero su corazón parecía tener mente propia. Graham la había llamado una obra maestra. Él se había comportado maravillosamente con ella. Y a pesar de todas las razones de Cait para no querer enredarse en un romance, su corazón pensaba por sí mismo. Quería desafiarlo todo y involucrarse en papel bonito y entregarse a Graham como regalo en la mañana de Navidad.



El día de Navidad empezó a las cinco de la mañana con su abuela corriendo como si hubiera caído en una olla de Red Bull. Deydy dio órdenes a Cait desde un extremo al otro de la cabaña. Sin embargo, Cait de vez en cuando podía ver a su abuela sola con Dingus, sentada en su mecedora y sosteniendo al pequeño cerca. Si Cait incluso miraba hacia ellos, su abuela gruñía y ponía al perro de nuevo en su caja.

Antes de que se fueran, Deydy sacó una cinta roja de su caja de costura y la ató alrededor del cuello del cachorro.

—Ni una palabra, señorita —gruñó a Cait—. Lo estoy haciendo por Graham.

Cait levantó las manos.

—No he dicho nada.

Deydy puso al perro de nuevo en su caja.

—Nos vestiremos para la cena. Lleva tu ropa más bonita para que te cambies allí.

—Está bien. —Cait había anticipado esto y buscó en su maleta un atuendo.

—Apresúrate ahora. —Se quejó Deydy en la puerta—. Tenemos cosas que hacer.

Cait se apresuró hacia la casa de Graham mientras la dulce anticipación fluía a través de ella. Era Navidad, se dijo, y sus mariposas no tenían nada que ver con un posible enamoramiento con una persona determinada.

Pero cuando llegaron a su casa, Graham no estaba allí. Parecía que el Grinch le había robado la Navidad.

Al menos el pavo olía bien.

Cait puso un tapón en sus sentimientos para que Deydy no se enterara de su relación con Graham.

Deydy apiló los regalos en sus brazos y Cait los llevó allí, pero no tenía ningún árbol bajo el cual ponerlos.

Oyó la puerta de atrás abrirse y su corazón se detuvo. Deydy comenzó a



dar alaridos desde la cocina casi como una ama de casa asesina.

—¡Mira tus pies! ¡No pasarás así a mi piso limpio! —La voz frenética de su abuela se acercó más y más, su tono cada vez más alto—. Graham, deténte.

Mattie, todavía bien abrigado, apareció primero, con las mejillas brillando. Luego vino Graham, arrastrando un árbol detrás de él. Deydy lo siguió, despotricando sobre sus pisos.

—Estás haciendo un lío. Mira esas agujas de pino. Si me hubieras avisado. Oh, maldita sea. —Deydy bufó de vuelta a la cocina.

Cait sonrió a Mattie y se puso a su lado.

—Eso sí es un árbol.

El muchacho puso una mano posesiva en una de las ramas y la movió por toda la longitud. Cuando lo miró, vio un poco de orgullo.

Graham puso el árbol en la esquina.

—Mattie lo encontró y lo cortó con la sierra de mi padre. Deberías haberlo visto. —Se volvió hacia su nieto—. Corre hacia el cobertizo y trae el pedestal del árbol.

El muchacho salió corriendo de la habitación, con la nieve cayendo de sus suelas, sus botas resonando mientras golpeaban el piso de madera. Graham y Cait estaban solos.

Cait levantó las cejas.

—¿Lo cortó todo solo?

—Con un poco de ayuda. —Graham se acercó a ella. El juego y la determinación estaban grabados en su sonrisa.

Se enviaron señales a sus partes bajas para prepararse para una invasión. Toda ella se calentó.

Se detuvo frente a ella.

—¿Ya está Duncan aquí?

La pregunta la sacudió, ya que lo único en lo que realmente podía concentrarse ahora eran las manchas de oro en los ojos castaños de Graham.

—No lo he visto. —Su voz sonaba ronca. Probablemente por falta de

oxígeno.

Graham la tomó en sus brazos.

—Muérdago —dijo como explicación—. Lo hace legal.

Antes de que ella pudiera protestar, la había atraído hacia él y la estaba volviendo loca con un beso. Estaba tan sorprendida por el calor eléctrico que se filtraba a través de ella que no tuvo tiempo para relajarse y disfrutar.

—Mi turno —dijo Duncan desde atrás—.

Graham se apartó y la protegió con su brazo.

—Olvidalo.

—Sabes que es de mala educación. —Los ojos cansados de Duncan se iluminaron traviesamente de la misma manera que los de su padre—. Fuiste tú quien me enseñó la importancia de compartir.

—No te olvides, muchacho, soy uno de los famosos. —Graham la apretó un poco más—. No tengo que seguir las mismas reglas que tú. —Bromeando o no, él no la abandonó, su dominio sobre ella se sentía como si la apretara.

—Oh, por Dios. —Se soltó del Sr. Posesivo y se puso de nuevo bajo el muérdago—. Duncan, ven aquí. —Cuando Duncan se inclinó, captó el ceño en la cara de Graham y le dio a Duncan un beso casto en la mejilla—. Bien. ¿Ahora todo el mundo está contento? —Ninguno de los dos lo parecía.

—Será mejor que vaya a ayudar a Deydy en la cocina. —Cait se escapó de la habitación.

Deydy tenía todo bajo control, de pie junto a la estufa. Ella habló sin volverse.

—Lávate las manos y saca las patatas.

Cait fue al fregadero.

—¿Qué tienes, Belcebú? ¿Ojos en la nuca?

Deydy rió y siguió revolviendo la sopa navideña.

—Ven aquí y úntale grasa al pavo.

Cait puso las manos en las caderas.

—En serio, yo soy solo una persona. Solo puedo hacer una cosa a la vez.

—Deja de protestar y hazlo. —Ordenó Deydy.

—Esclavista —murmuró Cait mientras sacaba las papas de la papelera—. Y Feliz Navidad para ti, también.

En el horno, echó la grasa sobre el ave y reflexionó sobre su abuela. Solo hace unos días, había tomado como personal el tono y la autoridad de Deydy, como si la vieja le tuviera rencor. Ahora, Cait comprendía que tal vez después de todas sus pérdidas, su abuela solo necesitaba sentir que tenía el control. Cait la miró. Deydy parecía la capitana y comandante de la cocina, un poco de alegría aplastada entre las arrugas de su viejo rostro malhumorado. Hizo que el corazón de Cait se suavizara.

—Limpia ese piso —murmuró Deydy, rompiendo el ensueño de Cait. Su abuela volvió a mover la sopa y le habló—. Graham y su maldito árbol.

—Me pondré a ello, patrona. Cait agarró un trapo y comenzó de nuevo a sacarle brillo al piso limpio de Deydy.

—Te faltó limpiar allí —dijo Deydy.

—Pelea, pelea, pelea. —Cait respondió y limpió el piso todo el camino de regreso a la sala de estar.

Graham y Mattie se quedaron admirando el árbol iluminado. En el sofá, Duncan rebuscó en una caja, sacando adornos. El pobre hombre parecía cansado...

—Permíteme ayudarte con eso. —Cait escogió un copo de nieve de madera de la caja.

—Sería genial —respondió Duncan, colapsando sobre el sofá—. Podría descansar.

Graham se volvió hacia su hijo y le dirigió una mirada de disgusto.

—¿Por qué te ves tan cansado todo el tiempo? Estás en la flor de tu vida.

—Déjame en paz. Pá. —Él asintió con la cabeza en la dirección de Mattie—. No en Navidad.

La línea de preocupación en la frente de Graham se profundizó.

—Entonces, ve a buscarte un té, Dun. Estoy seguro de que Deydy te

dejará entrar a su cocina a estas horas.

Cait, decidida a no mostrar su inquietud, forzó una sonrisa a Duncan.

—Sí, buena suerte con eso, amigo.

—El té suena bien. Déjame la estrella a mí.

Duncan salió de la habitación. Cait encontró los ojos de Graham, compartió una mirada preocupada con él y luego trató de distraerlo.

—Entonces, ¿qué sigue? —dijo ella a la ligera—. Estoy aquí para ayudar.

—Pon la cámara de video en marcha. —Graham se ocupó de ajustar el árbol—. Debería haberlo hecho antes.

Encontró la cámara en el escritorio, la abrió y empezó a filmar.

—Mattie, ¿sabes cómo encender el estéreo de tu abuelo? ¿Nos puedes poner música de Navidad?

Sorprendido, los ojos de Mattie se hicieron grandes como si le hubieran dicho que jugara con los fósforos. Él le dio su asentimiento más devoto antes de salir corriendo de la habitación.

—No permito que nadie se meta con mi sistema de sonido. —Graham sonrió, aunque sabía que todavía estaba aprensivo por Duncan—. Pero supongo que haré una excepción ya que es Navidad. ¿Viste la mirada en la cara de Mattie?

—La tengo grabada para toda la posteridad —dijo con orgullo.

—Eres muy útil, Caity Macleod. —Graham se acercó a ella.

—Eso me han dicho. —Ella mantuvo la cámara funcionando.

Él se inclinó, su pecho cubrió la lente mientras le daba un beso duro y rápido. Había energía en él, como si quisiera tranquilizarse a sí mismo convenciéndose de que todo iba a estar bien.

La voz de Deydy rugió por toda la casa.

—Todo el mundo debe vestirse para la cena.

Graham dio unas palmaditas a Cait en el trasero como un compañero de equipo.

—Vete ahora y ponte uno de tus atuendos marrones. —Rió y sacudió la

cabeza como si fuera una broma privada.

Pero la broma se la haría a él. Cait se dirigió a la habitación de la cocina donde había colgado su ropa.

Deydy acababa de ajustar su manto *McCracken* alrededor de sus hombros y estaba sujetando un broche para sostenerlo.

—Tienes buen aspecto —comentó Cait.

—Apresúrate. La comida se está enfriando. Deydy se apresuró a salir de la habitación.

Cait se puso el único atuendo no marrón que poseía mientras las mariposas en su estómago hacían una tormenta. El ajustado vestido rojo se aferraba a sus curvas como un Porsche en el Grand Prix. Terminó el conjunto con unos tacones de Prada. Graham tendría que comerse sus palabras cuando la viera en esto. Ella se miró una vez más en el espejo, luego fue a ayudar a poner la comida sobre la mesa.

Mientras entraba en el comedor formal con el último plato, los dos hombres Buchanan entraron, vestidos con sus faldas escocesas a juego y camisas campesinas blancas. Cait casi dejó caer el puré de patatas en el suelo de mármol.

—Maldita sea —replicó ella.

Entre sus taleguillas de piel, calcetines altos hasta la rodilla, y esas sonrisas arrogantes en sus caras, eran demasiado hermosos para su propio bien. Y ellos también lo sabían. Su testosterona llenó cada molécula en la habitación.

Entonces Mattie salió de detrás de los dos y se paró delante, ataviado con un traje idéntico.

Su corazón se derritió.

—Oh, Mattie —le dijo suavemente, poniéndose en una rodilla para estar al nivel de sus ojos—. Te ves genial.

Completamente fuera de carácter para Mattie, un aire se apoderó de él, como si supiera que sería el futuro terrateniente del clan Buchanan. Tan seguro

de sí como los otros dos.

Graham le tomó la mano y la hizo girar sobre sus pies, soltando un silbido bajo. Él le dio otro giro, mirándola de la cabeza a los pies y de pecho a pecho. Sus ojos encapuchados como si hubiera visto exactamente lo que quería para Navidad. Lo pondrían en la Lista de Chicos Malos solo por pensarlo. Esa sonrisa seductora se extendió por su rostro mientras sus ojos seguían comiéndola.

—Ya veo que me habías estado engañando, Caity. El rojo es tu color.

Deydy entró en la habitación con una canasta de pan y dio un codazo a Graham.

—Deja de mirar a mi nieta y siéntate allí. Tú también, Duncan.

Duncan dio un codazo a su hijo.

—Ve ahora y sé un caballero.

Mattie tomó la mano de Cait y la llevó a su silla, que abrió para ella.

—Muchas gracias —dijo ella.

Mattie se sentó a su lado izquierdo y Duncan al lado de Mattie. Graham tomó su lugar al final de la mesa, a la derecha de Cait. Su abuela se posó frente a Cait, frunciendo el ceño.

—Todo el mundo pónganse sus sombreros —dijo Deydy.

Cait pasó los ridículos sombreros de papel, sonriendo a la tradición escocesa. Graham tomó un sombrero de copa negro brillante, Mattie un sombrero de marinero casero y Deydy uno rosa llamativo. Duncan sacó un gorro de Santa para sí mismo. Cait sonrió a la abigarrada tripulación mientras ajustaba su elección, la corona de papel púrpura.

—Graham, da las gracias —ordenó Deydy, acercándose a él.

Todos juntaron las manos, completando el círculo, e inclinaron la cabeza. La oración de Graham era simple y sincera, por la comida, por la seguridad de los pescadores, por los menos afortunados. Cait no lo sabía hasta este momento, pero ella echaba de menos esta tradición: la familia rezando. Ella no pudo evitar de inclinarse un poco más hacia Dios. Tomó un momento de

silencio para estar verdaderamente agradecida. Graham apretó la mano de Cait cuando dijo: «Amén», y la aguantó un poco más de lo que debía.

Deydy dio una patada a Cait bajo la mesa.

Cait se frotó la espinilla.

—¿Por qué ha sido eso?

Su abuela se burló de ella.

—Quita tus pensamientos de tus partes bajas y pásame el pudín.

—La violencia no es necesaria, especialmente en Navidad —replicó Cait. Por no hablar de «las partes bajas» en la mesa.

—Me siento mal por ello. Ahora pasa el pudín —dijo Deydy.

La música de Navidad de Mattie sonaba en el fondo y todos comieron hasta que estuvieron llenísimos, como el perfectamente cocinado pavo. Duncan mostró una explosión de energía, levantándose y tomando los platos.

—Tan pronto como terminemos con los platos, podemos abrir los regalos —dijo—. ¿De acuerdo, Mattie?

Mattie se levantó y apiló los platos sucios. Graham sacó el plato de pavo y se volvió hacia Cait.

—Hacemos las cosas de manera diferente en la casa de Buchanan —le explicó—. La mayoría de las familias de Escocia desempaquetan sus regalos la víspera de Navidad, inmediatamente después de cenar. —Una sonrisa traviesa llenó su rostro—. Pero nos gusta esperar. ¿No es cierto, muchachos?

—A Papá le gusta torturar a la gente —dijo Duncan con las manos llenas—. Cuando era niño, siempre pensé que él era el más cruel de los padres. Todavía lo pienso.

—Supéralo —dijo Graham.

Deydy equilibró tres platos en sus amplios brazos.

—Quiero regalos.

Graham se echó a reír.

—Conoces la regla. El que insiste en ser el primero será el último.

—Sandeces —dijo Deydy, saliendo de la habitación. Con todos ellos

ayudando, a pesar de que Duncan parecía un Santa desgastado con círculos bajo en los ojos, dejaron la cocina reluciente rápidamente. Entonces se dirigieron a la sala de estar. Mattie recibió un regalo primero, un coche a control remoto, y Duncan recibió su teléfono vía satélite. Graham recibió una corbata de Duncan. Entonces Cait le dio a Deydy su presente.

Con celo, Deydy quitó el papel de seda que cubría la agarradera acolchada. Luego se quedó inmóvil. Hubo una larga pausa mientras el regalo caía inerte en sus manos. Las cejas de Deydy se doblaron juntas como solapas en una caja.

—¿Para mí? —susurró al tejido perfectamente remachado. Cait creyó ver una forma de lágrima.

—¿Te gusta? —preguntó Cait, tratando desesperadamente de captar la mirada de su abuela. Deydy se estremeció.

En lugar de acercarse a Cait y darle el esperado abrazo del momento, su abuela gruñó. Metió el regalo en el bolsillo de su vestido como si le hubieran dado un par de calzoncillos de hombre para Navidad. Cait se sentía como si un ancla hubiera aterrizado en su pecho y quería salir de la habitación para dar un buen grito. Justo entonces, Deydy se disparó de su silla. Por un momento, la esperanza de Cait volvió. Tal vez compartirían ese abrazo ahora.

Pero los viejos pájaros no creen en «Gracias» o abrazos. Deydy caminó desde el salón, hablando por encima de su hombro.

—Duncan, traeré tu regalo de la habitación de la cocina. Su voz sonaba extraña, como si estuviera tratando de mantenerla firme.

Cait miró fijamente a la ventana helada, con la esperanza de purgar sus sentimientos heridos. Graham se acercó a ella y le puso una mano en el hombro, pero no dijo nada. No tenía que hacerlo, su presencia era suficiente para ayudarla a sentirse mejor.

En cuestión de minutos, Deydy regresó con la caja tapada, sin señales de la agitación emocional de momentos antes. Puso el presente delante de Graham.



—¿Qué es esto? —Sonrió a su hijo, arrodillándose en la caja. La abrió y su sonrisa se desvaneció, su espalda se endureció.

Cait sabía que era demasiado pronto para reemplazar a Preciosa. Los hombres eran tan estúpidos.

—Su nombre es Dingus —anunció Deydy.

—Llámalo como quieras —interrumpió Cait—. Es tu perro.

Graham frunció el ceño al cachorro.

—No. Dingus está bien.

El perro gruñó.

—¿Qué piensas, Pa? —Aparentemente, Duncan estaba ciego al lenguaje corporal—. Es un Sheltie, también. Pensé que sería un gran reemplazo para Preciosa.

El rostro de Graham se tensó. Cait sabía que no podía confiar en sí mismo para hablar.

Duncan finalmente se dio cuenta.

—¡Ah, maldita sea! Si no lo quieres, todo lo que tienes que hacer es decirlo. —Él abrió su boca para decir algo más, pero Cait puso una mano en el brazo de Duncan para detenerlo.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que Mattie, se abría camino como en un trance desde el otro lado de la habitación.

Dingus le ladró mientras se acercaba. El chico miró a su padre pidiéndole permiso. Cuando Duncan asintió con la cabeza, Mattie cogió al perro. Dingus meneó la cola y lamió el rostro de Mattie.

Deydy cogió una pequeña lata de comida para perros de su otro bolsillo.

—¿Qué tal si alimentas al cachorro? —le dijo a Mattie mientras quitaba la tapa.

—Toma un cuenco de la cocina.

Mattie tomó la lata y se fue con el perro.

Duncan se aclaró la garganta, llamando la atención de su padre.

—En serio, Pá, estoy seguro de que podemos encontrar al cachorrito una

casa ya que no lo quieres. —Su hostilidad, justo debajo de la superficie.

El ceño de Graham se hizo más profundo.

—Es un buen regalo. Gracias, hijo. —Pero al actor consumado nadie le creyó.

—Vosotros dos debéis parar de pelear como si fueráis un par de viejos tontos y traerme mi regalo —declaró Deydy.

—¿Dónde está, Graham?

Suspiró, parecía estar enderezando sus emociones, mientras que al otro lado de la habitación, Duncan, de cara roja, hojeaba deliberadamente el manual de instrucciones de su teléfono satelital.

Finalmente, Graham alcanzó la parte posterior del árbol y sacó una caja grande.

—Estoy seguro de que no te va a gustar. —Era obvio que estaba siendo juguetón, tratando de comportarse más como él. Deslizó la caja hacia ella—. Siempre puedo devolverlo.

Con gusto, Deydy rasgó el papel, que voló como un tornado de origami. Se congeló completamente cuando lo vio, por un segundo Cait temía que su abuela hubiera dejado de respirar.

Graham comenzó a explicar con entusiasmo, como si fuera él quien hubiera recibido un regalo asombroso.

—Es como la de Caity. Pensé que podrías querer tener una, también. Tengo una para todas las demás del grupo de costura.

—Pero... —dijo Deydy—. Es tan... —Ella no terminó. Se levantó de un salto y lanzó su amplio cuerpo a Graham, envolviéndolo en un abrazo de oso.

Cait se desplomó contra el sofá y se mordió el labio inferior.

*Ese abrazo debería haber sido mío, no suyo. Eso dolió.*

Entonces Deydy le dio un golpe en el brazo.

—Eres demasiado extravagante para tu propio bien, Graham Buchanan.

—Pero tú me quieres de todas maneras, viejo pájaro —dijo con afecto—. Deydy se volvió hacia Duncan. Ayúdame a sacar esta cosa de la caja.

Quiero echarle un vistazo.

Mattie volvió a entrar con el cachorrito saciado bajo su brazo como un balón. Se sentó y enrolló al perro en el dobladillo de su camisa, listo para más regalos. Dingus se acurrucó contra el chico, con la lengua colgando como una bandera rosa.

Graham sacó otro regalo del árbol, mucho más pequeño esta vez.

—¿Qué tal uno para ti, Caity? —Le puso el regalo en su regazo—. Es mío y de los muchachos.

Señaló hacia Duncan y Mattie.

Ella se quedó boquiabierta ante el papel de embalaje y la cinta dorada. Finalmente, lo miró.

—No me digas que en realidad has envuelto un regalo tú solo —dijo.

Él le dirigió una suave y gentil sonrisa.

—Ábrelo.

Levantó el papel y su aliento quedó atrapado en su pecho. Alisó los dedos sobre la imagen de su madre.

—Mamá —dijo ella antes de que las lágrimas le llenaran los ojos.

—¿Te gusta? —preguntó, con las cejas levantadas, el rostro ansioso.

Lo sostuvo en su corazón y lo miró fijamente.

—Gracias. Es el mejor regalo que he recibido —dijo honestamente.

—¿Qué ocurre? —Deydy se levantó detrás de su nueva máquina de coser.

Cait soltó una lágrima y le sonrió.

—Es una foto mía y de mamá.

Deydy se acercó a ella. Déjame ver eso.

—Lo encontré en el álbum de fotos de mi madre —explicó Graham.

—Mi mamá y la tuya eran amigas. ¿Lo sabías?

Deydy estudió el cuadro, su voz ronca.

—Eras pequeñísima entonces. Igual que Nora a esa edad. —Ella pasó un dedo escarpado sobre la pequeña imagen de Cait—. Nora te había hecho ese pequeño vestido amarillo de algún tejido mío. —Su abuela no devolvió el

marco a Cait, sino que lo apoyó con cuidado en la mesa—. No te he dado mi regalo todavía. —Con su voluminosa proa en el aire, Deydy rebuscó bajo el árbol. Sacó un paquete envuelto en papel de seda blanco con un pedazo de tela de algodón atado a su alrededor.

Cait deshizo la cinta cuidadosamente y sacó cada pedazo de cinta, saboreando la anticipación de obtener un regalo de su abuela.

—Eres muy lenta. —Deydy se lo arrebató y lo abrió. Lo dejó caer de nuevo en las manos de Cait. Era una colcha de retazos sencilla—. Es todo lo que tuve tiempo de hacer a corto plazo —se quejó Deydy.

—Es hermoso. —Cait reconoció varios de los tejidos, un pedazo de las cortinas de Deydy, una muestra de su edredón, un poco de su delantal.

Deydy apuntó a un bloque amarillo de manta de guinga.

—Esa es la tela de tu colcha de bebé. Y el floral azul a su lado es una pieza del vestido de Nora en esa foto.

Deydy dio un paso atrás.

—Puse el resto de los retazos de Nora en esa colcha. Para desalojar mi escaparate —añadió, haciéndolo sonar como si no se hubiera tomado el amor y el cuidado de crear para su nieta el edredón más especial de todos los tiempos.

Cait lo sostuvo, sus ojos se llenaron de lágrimas una vez más. El calor se envolvió alrededor de ella como si hubiera sido envuelta en una manta acabada de sacar de la secadora.

—Oh, Abuela. —Ella se levantó de un salto y agarró a Deydy en un abrazo antes de que su abuela pudiera detenerla—. Muchas gracias.

Graham se apoyó contra la pared.

—Y yo solo recibí un «gracias».

Cait mantuvo sus brazos alrededor de su abuela por un momento más.

—Puedes esperar Graham —dijo ella.

—Aléjate de mí. —Deydy apartó a Cait—. Tengo que averiguar cómo funciona el aparato que Graham me ha regalado.

Deydy se alejó, sin mirar a Cait. Eso estuvo bien. Cait había conseguido su abrazo.

—¿Ya acabó la fiesta de amor? —Duncan se levantó—. Creo que hay otro regalo o dos para Mattie debajo del árbol. —Se fue y se sentó junto a su hijo mientras sacaban los regalos para los dos.

Cait se acurrucó en el sofá con las piernas dobladas debajo de su nuevo edredón y puso la imagen enmarcada de su mamá en su regazo.

Graham atravesó la pila cada vez mayor de cajas desechadas y papel rasgado hasta donde ella se sentaba.

—Muévete.

—A Santa no le gustan los mandones —bromeó.

—Tengo un año entero para ser malo antes de que vuelva a importar.

Se sentó a su lado y habló en silencio con ella.

—¿Estás teniendo un buen día?

—Perfecto. —Se sintió muy contenta mientras miraba a Dingus metido en los brazos de Mattie, tomando una siesta—. Esto le gana a estar sola en mi gran casa vacía en Chicago rodeada de todas esas tarjetas de condolencia.

La empujó con el hombro.

—¿Quieres hablar acerca de ello? —Ella sacudió su cabeza.

—No hay nada que decir.

Ella miró a la chimenea, la última Navidad bombardeaba su memoria. El año pasado, Tom se había escapado sin decir una palabra. Sin dudas, para deslizar su leño navideño con su amante del momento. Sin embargo, Cait se había convencido de que había ido a la oficina para hacer un trabajo urgente. Había quedado sola con una cocina sucia como su única compañía. Ni siquiera había abierto los regalos que había comprado para él.

Graham, ese astuto insensato, deslizó su mano hacia la suya. Tenía una manera tan encantadora de reconfortarla.

—Mantengan sus manos donde pueda verlas —dijo Deydy con ojos de

águila.

—Sí, señora. —Graham sacó la mano al aire libre.

Pronto todos los regalos fueron desempaquetados. Graham ayudó a Mattie a limpiar el papel con Deydy detrás de ellos, dando órdenes.

Duncan tomó la silla junto a Cait.

—Llevé tu paquete a la casa de Moira esta mañana. Me sentí muy infantil al tocar el timbre de la puerta y ocultarme. Cait notó un gran moratón negro y morado en su brazo.

—¿Entonces pudiste llevarlo? —preguntó Cait, decidiendo no preguntar por el moratón.

—Sí. Deberías haberlo visto. Moira jadeó, estaba tan feliz —susurró Duncan. —Fue una buena idea, Caity. El cachorro será una bendición para ambos.

El relato parecía drenar toda su energía. Se marchitó ante los ojos de Cait.

—Quería que Papá tuviera la misma respuesta.

—Dale tiempo. —Ella puso una mano en su brazo. Todavía está afligido por Preciosa. Una vez que vea lo adorable que es Dingus, lo va a amar.

Se escuchó un *grrrrr* detrás de la máquina de coser de Deydy. Uno de los extremos de la nueva corbata de Graham estaba atrapado debajo de la máquina y el otro extremo estaba en la boca de Dingus, y el cachorro quería ganar la pelea.

—Adorable —dijo Graham burlonamente. Se paró detrás de Cait, apoyándose en la puerta con los brazos cruzados.

—Déjalo en la nieve entonces —gruñó Duncan, levantándose—. Voy a acostarme abajo. Envía a Mattie a buscarme cuando llegue el momento de asar castañas.

Con el ceño fruncido en la cara, Graham se acercó y levantó la corbata del suelo. El perro le disparó una serie de rápidos ladridos de fuego.

—¿Qué voy a hacer con este maldito perro? Exhaló en voz alta.

—¿Darle amor y atención? —preguntó sarcásticamente.

—Te dije que me iría a la grabación justo después de la *Hogmanay*. Estaré al menos todo el mes de enero. Probablemente más.

Un pozo se formó en medio del estómago de Cait. A pesar de que ella no lo admitiría bajo amenaza de tortura, extrañaría a Graham cuando se fuera. Quería ofrecerse a cuidar a Dingus para ayudar, pero eso solo la haría estar más conectada con Graham. Y ella podría llegar a estar demasiado apegada a él ya.

Graham cogió al perro y lo miró a los ojos.

—No eres Preciosa.

Cait defendió al lindo cachorro.

—Es un muchacho dulce. Llevaste a Preciosa contigo mientras viajabas, puedes llevar a Dingus.

—Preciosa estaba bien entrenada.

Dingus escogió ese momento para soltarse y hacer pis en su nuevo amo, una larga corriente que se arremolinaba y empapaba su camisa campesina blanca.

—¡Maldición! Aquí, sujétalo. —Graham empujó al perro hacia Cait.

—De ninguna manera. Es tuyo. —Ella se levantó de un salto, agarrando su colcha en la mano y se unió a Deydy en el comedor donde su nueva máquina de coser había sido movida. Ella pasó la siguiente hora ayudando a su abuela a familiarizarse con las características de su regalo de Navidad.

Cuando Duncan se levantó, todos se reunieron en el salón alrededor de la chimenea. Graham se había cambiado de camisa y de saya. Se sentó en la silla al lado del fuego. Duncan le indicó a Mattie cómo asar las castañas mientras Deydy se movía de un lado a otro, dando instrucciones.

Graham se inclinó y le susurró a Cait.

—Le enseñé a Duncan cómo asar castañas cuando tenía aproximadamente la edad de Mattie. Todo está en la muñeca.

Cuando estuvieron listas, se fueron a la sala de entretenimiento para ver

el discurso de la reina. Entonces empezó la maratón de cine, Mattie se quedó dormido durante *El tamborilero*.

Duncan tomó al pequeño en sus brazos.

—¿Te importa si se queda, Papá? Sacaré las redes temprano y luego volveré a buscarlo.

—Tú también te quedas —dijo Graham.

—Nah. Me gusta mi propia cama —respondió Duncan. Cait sabía que era más que eso.

—Después de dejar a Mattie, vuelve a aquí. Quiero hablar contigo —dijo Graham—.

Duncan miró furioso a su padre y salió de la habitación.

Unos minutos más tarde, volvió a entrar, parecía muerto en sus pies.

—Por favor —dijo Graham—. ¿Qué está pasando contigo?

—No te preocupes por eso. Lo tengo bajo control —replicó Duncan.

—¿Qué? ¿Cómo cuando te rompiste la pierna y no podías pescar? —Graham caminaba de un lado a otro—. Si Rhona no me hubiera llamado, habrías perdido tu bote.

—Es mi vida —dijo Duncan.

—Estás equivocado. —Graham tenía una mirada triste en su rostro—. Todos estamos conectados. Cuando sufres, yo sufro. Ahora acaba con esto. ¿Está tu negocio en problemas otra vez? ¿Es por eso que te ves tan cansado todo el tiempo? Odio decirlo, hijo, pero pareces mierda. ¿Necesito que venga a verte a un médico para que te eche un vistazo? —Graham buscó su teléfono.

—He visto a un médico. —Duncan hizo una pausa durante un largo momento—. Otra opinión no va a cambiar nada. —Miró fijamente a su Papá con la beligerancia y la tristeza escritas en su cara—. Tengo leucemia. Feliz Navidad.



# Capítulo Dieciséis

—¡No! —gruñó Graham tan fuerte que los retratos de la familia se estremecieron en la pared.

Deydy se apresuró a salir de la habitación, con lágrimas en las arrugas de sus mejillas.

Pobre Duncan, pensó Cait. La muerte y la enfermedad la habían acosado hasta Escocia y habían encontrado a su próxima víctima.

Graham se paseó delante de la pantalla.

—Solo estás cansado, Duncan. Eso es todo. Descansa más.

Duncan parecía marchito.

—Pá, las pruebas fueron concluyentes.

Graham se detuvo de repente.

—Vamos a ver a otro médico. Un médico mejor. Obtén una segunda opinión.

Duncan sacudió la cabeza.

—Las segunda y tercera opiniones coincidieron con la primera.

—No has visto a mi médico. Voy a hacer que el doctor Jackson tome el siguiente avión.

Cait fue y se quedó junto a Graham. Cuando él cogió su teléfono, ella puso su mano sobre la suya.

—Duncan, ¿cuál es el pronóstico? —preguntó.

Graham la miró como si lo hubiese traicionado.

—¿Pronóstico? Él vomitó la palabra como si fuera veneno.

—Fase Aguda —dijo Duncan rotundamente.

—¿Qué significa eso? —preguntó Cait.

Graham volvió su ira hacia ella.

—No significa nada. Ni siquiera estamos seguros de que esté enfermo. — Se volvió hacia Duncan, un hombre desesperado, aferrado a un precipicio

rocoso.

—Significa que estoy muy enfermo.

Graham lo miró con incredulidad.

—Deja de decir eso. Te llevaremos a la Clínica Mayo o a St. Thomas o a la de Guy.

—No, Pá. Me voy mañana. Durante una semana. Me metí en un estudio, un ensayo experimental en la Universidad de Aberdeen. Es el único tratamiento disponible para mí en este momento. Rhona ha aceptado quedarse con Mattie.

—¿Rhona? —gritó Graham—. ¿Por qué no su propio abuelo?

—Dijiste que irías a locación el miércoles.

Graham marcó la marcación rápida.

—¿Si? —Una pausa—. Cancela todos mis compromisos para el próximo mes. —Hubo una pausa más larga—. No me importan los contratos. Simplemente hazlo. —Guardó su teléfono.

Los dos hombres se miraron.

Cait se puso entre ellos.

—Duncan, te ayudaré, haré lo que pueda.

Graham habló antes de que Duncan abriera la boca:

—Si, bien. Caity, tú te encargarás de Mattie. —No era una pregunta—.

Yo también iré a Aberdeen.

Duncan trató de hablar, pero Graham lo paró otra vez.

—No voy a discutir contigo —dijo él.

Duncan salió de la habitación, frunciendo el ceño a su padre durante el camino.

Cait puso su mano en el brazo de Graham. No la miró, seguía con los ojos pegados a la puerta por la que su hijo acababa de pasar.

—Vete a casa —dijo finalmente.

Ella lo miró fijamente a la cara. Conocía esa mirada. Estaba molesto con Dios, con la vida, con todo el universo. Cuando mamá murió, Cait había

acorralado el mercado con esa mirada. Cait lo intentó una vez más.

—Yo debería quedarme. —No era sobre ellos dos. Solo quería darle consuelo.

Pero cuando ella se movió para poner sus brazos alrededor de su cintura, él la esquivó.

—Lo digo en serio. Vete a casa, Caity.

Dingus, que había permanecido acostado en silencio sobre la cama esponjosa de Preciosa, levantó las orejas al tono terso de su amo y gimoteó. Era el movimiento equivocado por parte del cachorro. Graham cogió una almohada del sofá. Por un segundo, Cait se preocupó de que la lanzara al perro. En cambio, la dejó caer cerca de la chimenea. Cogió al perro y lo puso sin ceremonias en la almohada. Dingus gruñó.

—Quédate —dijo el amo, asumiendo que el perro haría lo que le dijeran. Graham comenzó a apagar las luces.

Dingus levantó la nariz y se dirigió desafiante hacia la almohada de Preciosa. Dio tres vueltas y se dejó caer en medio del almohadón. Estaba dormido antes de que su amo apagara la última luz.

Cait no sabía qué hacer. Graham no debería estar solo.

Se paró en el umbral de la sala y lo miró.

—Deydy te necesita. —El subyacente «yo no» salió perfectamente claro. Recogió su nuevo edredón y tomó la foto enmarcada de mamá de la mesa.

—Gracias por esto.

Él la miró directamente y luego se alejó.

Cuando Cait fue a buscar su abrigo en la habitación de la cocina, Deydy permaneció inmóvil en la cama.

—¿Estás bien? —preguntó Cait.

Deydy la fulminó con la mirada, el rojo alrededor de sus ojos era la única señal de que estaba alterada.

—Por supuesto que estoy bien. Pero deberías quedarte aquí esta noche por Mattie. He preparado la cama de invitados. Me quedaría yo misma, pero

la espalda me está matando. —Ella se estremeció ante su propia elección de palabras—. Necesito mi propia cama.

—No puedo. Voy a volver a casa.

Deydy se levantó y puso su cuerpo ancho en el espacio personal de Cait.

—Muchacha rebelde. ¿Cuántas noches te he dicho que vengas a casa y en lugar de eso tu culo flaco se queda aquí arriba en el acantilado? Ahora, te estoy diciendo que te quedes aquí e insistes en volver a casa.

—Graham no me quiere aquí.

—Eso es mierda. No está en condiciones. Te necesita aquí para Mattie. Deydy sacudió un dedo nudoso hacia ella.

—Procura quedarte en tu propia cama y no te metas en la de Graham.

—¡Ja! —dijo Cait—. No hay posibilidad de eso.

La puerta trasera se estrelló.

Deydy se paró delante de la cama.

—Ha salido de paseo. Vete a la cama antes de que vuelva.

Cait no pudo evitarlo. Abrazó a Deydy con ferocidad. Su abuela se puso rígida como un cadáver de una semana, pero no la empujó lejos inmediatamente.

—Trae a Mattie a casa para el Día de San Esteban. El grupo de costura estará allí. Hacemos una fiesta. —El viejo rostro de Deydy se cayó y habló para sí misma—. O al menos hemos hecho fiestas en el pasado.

Mientras Cait subía las escaleras de regreso a los dormitorios de arriba, oyó a Deydy salir de la casa. Cuando abrió la puerta del dormitorio de invitados, Mattie gritó, haciéndola saltar. Ella se deslizó silenciosamente en la habitación de Mattie y encontró al niño sentado, rígido, tembloroso, con los ojos en blanco. Cait sabía que estaba reviviendo el horror del accidente.

Se subió a su lado y le rodeó los hombros con el brazo, lo empujó y lo obligó a echarse hacia atrás. Mattie se relajó y se desplomó contra ella. Se adentró más hacia la cama y lo abrazó, su corazón le dolía. Ya había soportado tanto y ahora su propio Pá estaba en peligro mortal. Le besó la frente y cerró

los ojos.

Un rato después, la puerta del dormitorio se abrió. Graham permaneció allí durante mucho tiempo. Finalmente, apagó la luz del pasillo. Al principio pensó que podría unirse a ella y a Mattie en la cama, pero la puerta del dormitorio se cerró, y él se quedó afuera.



A la mañana siguiente, cuando despertó, el otro lado de la cama estaba vacío. En la cocina, encontró a Mattie y Graham sentados en los taburetes de la isla de la cocina, comiendo panqueques.

Graham apenas alzó la mirada.

—Veo que te quedaste de todos modos. El café está en la cafetera.

Mattie lanzó a su abuelo un fruncimiento de interrogación.

—Caity te va a cuidar por unos días mientras tu Pá y yo vamos a Aberdeen. Vamos a ver a un hombre para hablar sobre la construcción de su nuevo barco. ¿No es eso grandioso? —La mentira descarada de Graham sonó hueca y las cejas de Mattie se estrecharon—. De verdad —le aseguró Graham—. ¿No es cierto, Caity?

Cait alzó las cejas y le dio una mirada severa a través de la habitación. *Dile que su Padre va a ver a un doctor*, trató de decirle.

Graham se alejó de ella.

—Mejor me doy una ducha. Tu padre llegará en cualquier minuto.

Cuando su padre dejó la habitación, Mattie se acercó y con sus manitas pegajosas con sirope, tomó a Cait y la condujo hasta la mesa. Luego, le colocó un plato y un tenedor en frente.

—Gracias pequeño. Tengo hambre. —No podía mirarlo a los ojos. No era nadie para decirle nada al chico, pero quería hacerlo. Ella recordaba claramente las mentiras que le dijeron cuando era pequeña. Su padre le había dicho que su Mamá estaba de vacaciones, pero Cait sabía que pasaba algo, que Mamá había ido al hospital por una cirugía. La enfermedad no era algo

que se pudiera barrer bajo el tapete. Era mejor decir la verdad, y ella planeaba decírselo a Graham, ahora mismo.

Ella se levantó de la mesa.

—Guárdame los panqueques, volveré ahora mismo.

—Subió de prisa las escaleras y fue directo a la habitación de Graham. La puerta del baño estaba abierta, el agua corriendo, y Cait decidió que no era momento para la buena educación. Entró al baño y cerró la puerta tras de sí.

La ducha era una de esas romanas, sin cortinas, solo una gran habitación, lo suficientemente grande como para un equipo de fútbol. Graham se volvió a ella y ella dio una rápida miradita.

—¿Viniste para ducharte conmigo? —Sarcasmo con acento escocés.

La furia le hizo dar otro paso hacia dentro, sin dudas, sin remordimientos.

—De seguro no estoy aquí para frotarte la espalda, estoy aquí para desgarrártela.

—Bueno, de ser así, será mejor que te desvistas primero. —Le dio la espalda dándole una vista de su perfecto y musculoso trasero y metió su cabeza bajo una de las enormes duchas.

Este no era momentos para miradas. Agarró una toalla mojada y se la arrojó.

—Estás cometiendo un grave error. Mentirle a Mattie no le hará ningún favor. Dile la verdad. Puede que sea pequeño, pero no es estúpido. Sabe que algo anda mal.

—Nada anda mal —respondió Graham con los dientes apretados.

—Mentirte a ti mismo tampoco está ayudando a nadie. —*Especialmente a tu familia*—. Sé de lo que estoy hablando. Dime, ayudará a aliviar tus miedos.

Con la palabra «miedo», Graham dejó caer la cabeza.

Sin pensarlo, Cait se acercó y le tocó el hombro.

Fue como si lo hubiese quemado, giró tan rápido que algo de espuma del champú salió disparada y le cayó en la cara. Sabía que estaba a punto de

gritarle tan fuerte que podría aflojar las baldosas del baño. Pero en un instante y sin previo aviso, el dolor se apoderó de su rostro, dejándolo vulnerable. Él tiró de ella y la abrazó y besó bruscamente, mientras el agua caía sobre los dos. Sabía lo que sentía. Ella sentía lo mismo. Él estaba vivo y necesitaba probarlo.

Luego se alejó, la ira cubría su vulnerabilidad.

—Desnúdate o sal.

Duras palabras que la cortaron como un cuchillo. Graham le dio la espalda, sus glúteos perfectos y el resto de su cuerpo completamente bajo el agua, protegiéndole del mundo real.

Derrotada, salió de la ducha y agarró una toalla, frotándola contra sus labios y cara. Pero ese no era el final de la conversación.

—Lo digo en serio Graham. Mattie nunca te perdonará por mentirle. Nunca perdoné a mi padre por hacerlo conmigo.

Salió del cuarto de baño y cogió una camisa de manga larga del closet de Graham. Se quitó la camisa húmeda y la reemplazó con la de Graham, atando una esquina para que le quedara mejor.

En la planta baja, Mattie estaba sentado en el piso de la cocina con Dingus en su regazo. Levantó la vista cuando entró en la habitación.

Sin mirarlo a los ojos, se agachó y rascó al perro detrás de las orejas.

—Dingus, ¿ya has desayunado?

Fue al gabinete a buscar comida. Efectivamente, Deydy había dejado comida para perros en la despensa.

—Aquí tienes. —Le entregó la lata a Mattie.

Por la forma en que él la siguió, buscándola con sus ojos, sabía que quería que le dijera que estaba pasando y podría haber cedido si Duncan no la hubiera salvado al entrar por la puerta trasera.

—Hey, estás levantado. —Recogió a Mattie y lo apretó—. ¿Dónde está tu abuelo? —preguntó. Mattie señaló hacia arriba—. Ya veo. —Duncan la escudriñó, saludando su húmeda apariencia—. ¿Aguacero?

—Sí —dijo ella—. Algo así.

Él no la sondeó más.

—¿Hay algún panqueque para mí? —Cait cogió un plato fresco.

—Siéntate y te traeré un café, también. Mattie, corre arriba y hazle saber a su alteza que tu padre está aquí. —Mattie le dirigió una sonrisa de satisfacción. Comprendió que estaba tratando de deshacerse de él. Colocó la comida para perros en el mostrador y agarró a Dingus antes de subir las escaleras—. Graham mintió a tu hijo. Le dijo que te ibas para resolver un problema de barcos. Será mejor que alguien le diga al chico la verdad o lo haré yo.

Duncan sacudió la cabeza.

—Sé que ya va siendo hora. Hablaré con él.

Pocos minutos después, Graham apareció al pie de las escaleras con Mattie en brazos y Dingus en los del muchacho.

—Encontré estos panes de harina arriba. ¿Alguien sabe a quién pertenecen estos dos?

Él sonrió falsamente a la habitación hasta que sus ojos aterrizaron en Duncan. Apartó a Mattie y luego miró a Cait. Duncan sacó los brazos.

—Mattie, ven aquí un momento. Tengo algo que decirte. —Mattie caminó solemnemente hacia su padre. Evitando la penetrante mirada de Graham. Cait se ocupó preparando el desayuno de Duncan—. Bueno, ¿sabes lo cansado que he estado últimamente? —Mattie asintió. Duncan continuó—: Voy a Aberdeen a ver a unos buenos doctores.

Graham exhaló con exasperación. Duncan lo ignoró y continuó.

—No te preocupes. Espero que estos médicos me ayuden. Necesito que te quedes aquí con Caity y le ayudes a cuidar las cosas en casa de Abuelo. ¿Puedes hacer eso por mí?

Mattie palmeó la mejilla de Duncan y luego apoyó la cabeza en su pecho. Duncan besó la parte superior de la cabeza de su hijo y luego lo puso en sus propios pies. Graham agarró su abrigo de la parte posterior de una silla.



—Deberíamos irnos. Sus palabras sonaban como balas. —Con movimientos bruscos y espasmódicos, como si los postes hubieran reemplazado sus brazos, piernas y espina dorsal, cruzó la cocina.

Dios, estaba molesto con ella, y con Duncan, y con la verdad.

Silenciosamente Cait envió una súplica al cielo. *Por favor, cura a Duncan.* Pero a juzgar por el cuerpo cansado de Duncan cuando la puerta se cerró detrás de él, iba a costar más que una oración para hacerlo mejorar. Iba a costar un milagro.

# Capítulo Diecisiete

Después de que los chicos se fueran, Mattie jugó en silencio en el salón con Dingus. Cait le dijo que estaría arriba haciendo las camas, pero mayormente, miraba por la ventana. O miraba sus zapatos. Se sentía deprimida. La muerte había tomado residencia y estaba apretando su vida. Se sentía aplastada, miserable y deprimida. Una vez más, no tenía el control de su vida.

Su teléfono vibró. Un mensaje de texto de Margery Pinchot, editora de la revista People.

¿Dónde está la historia?

Durante los últimos días, Cait había trabajado duro para fingir que no se había comprometido a escribir ese artículo. Empujó el teléfono hacia el bolsillo sin contestar y tiró al azar el edredón sobre la cama de Mattie. ¿A quién le importaba si la cama estaba hecha correctamente? Dada la magnitud de las cosas, no importaba. Lo único que tenía que hacer hoy era vivir. Y llevar a Mattie a casa de Deydy, según lo ordenado. Otro día movido.

Mientras salía del dormitorio, se golpeó el dedo del pie. «Mierda, mierda». Golpeó la pared, el dolor era real y acuciante. Y de repente, se sintió liberada, loca como el infierno y no iba a aguantar más. Ya no estaría a la escucha de la muerte. Ella desafiaría a la bastarda, dejaría de darle la deferencia que esperaba. En vez de eso, se permitiría alejarla escribiendo. La muerte no podía hacerle daño si no le importaba una mierda. Incluso Deydy, su propia familia. Pronto se estaría llevando a su abuela al olvido de todos modos. Cait podía ver la letra en la pared. La muerte también iba a tomar a Duncan. Había sido inútil protegerlo como un niño contra los matones que lo amenazaban. Una pérdida de tiempo. Todos los de Gandiegow estaban indefensos y débiles, esperando que la Muerte les chupara la vida.

—No a mí. —Cait se frotó la punta del pie—. Voy a vivir. Y voy a vivir

bien. Se sentía mucho mejor estar enojada que sentirse indefensa.

La única manera de mantener su cordura en medio de la crueldad de la muerte era comprometerse a ser leal consigo misma. ¡Qué se joda esta cuidad! No necesitaba de ninguno de ellos. Terminaría de escribir el artículo sobre Graham y saldría de allí.

Bajó las escaleras, envolvió a Mattie en su abrigo, empujó a Dingus en sus brazos y bajó por el camino con el muchacho. Seguía mirándola, pero por supuesto no dijo nada. Su mirada la tenía sufriendo, pero Cait estaba en una misión: vivir su vida lejos de todo este maldito dolor.

Cuando llegaron a la cabaña de Deydy, la puerta se abrió antes de que Cait pudiera alcanzar la manija. Su abuela los entró.

—Aquí, ahora, Mattie, dame a ese saco de pulgas. —Su abuela tomó a Dingus y al mismo tiempo abrazó a Mattie en su amplio pecho.

*Nunca recibí ningún abrazo, Cait quería gritar, y yo soy su nieta, ¡diablos!*

*Oh, que se joda.*

Cait miró alrededor de la cabaña con asco. Deydy debió pasar toda la noche frotándola de arriba a abajo, todo brillaba. Irritadamente, un paño limpio descansaba sobre la mesa, todos los platos estaban apilados en los estantes y troncos frescos estaban junto a la chimenea. ¿No sabía su abuela que iba a morir? Todos iban a morir.

Deydy la miró, frunciéndole el ceño, preocupada.

—El grupo de costura estará aquí en cualquier momento, Caity. Ponte ropa fresca y ayuda a Mattie a preparar la comida. —La anciana tomó el abrigo de Mattie y lo colgó junto a la puerta—. Apúrate.

A regañadientes, Cait sacó su maleta y la llevó al baño. En el espejo sobre el fregadero, miró con furia las ojeras debajo de sus ojos. Asestó un dedo a la hinchazón.

—Fabuloso. Estupendo. Parezco un mapache.

Mientras se ponía el suéter marrón, Cait oyó que llegaban las amigas de

Deydy. No quería ver a ninguna de ellas. Serían muy amables con ella y Cait no estaba de humor. No tenía ningún uso para el encanto de la pequeña ciudad de Gandiegow ahora mismo.

Cuando salió, vio a Mattie atrapado en medio de la primera de ellas, quitándole el aliento con un abrazo.

Un poco de compasión atravesó las defensas de Cait y fue en su rescate.

—Mattie, necesito que me ayudes a sacar la comida. Ven ahora.

Pareciendo aliviado, se soltó de la multitud.

En el refrigerador, Cait sacó el pavo sobrante y el pudín de Navidad del día anterior. Mattie puso cuidadosamente cada cosa en la mesa. Cuando terminaron, Cait se compadeció del chico una vez más.

—Toma a Dingus y siéntate con él en la cama de Deydy. Temo que las chicas lo pisoteen.

Mattie agarró al cachorro de la almohada junto a la chimenea y se subió a la cama. Cait puso una bolsa a su lado que había llenado de juguetes en casa de Graham. Por primera vez, Mattie le dio una verdadera sonrisa: los labios se curvaron hacia arriba, no se veían los dientes, pero era una sonrisa real.

Su endurecido corazón no estaba contento de verlo. *Demasiado poco, demasiado tarde*, pensó Cait, *me voy de aquí. Me voy tan pronto como consiga mi historia.*

Amy apartó a Cait hacia un lado.

—¿Es cierto entonces lo de Duncan?

Mentalmente, Cait puso los ojos en blanco. Amy tenía el tacto de un martillo.

Bethia reprendió a Amy en voz baja. Sacó un delantal acolchado, haciendo una gran actuación de mostrárselo, cubriendo lo que realmente decía. «Orejas pequeñas», les recordó.

Cait suspiró, frustrada, porque tenía que hablar.

—Es verdad. Duncan tiene leucemia. —Obviamente, dio muchos elogios al delantal, pero en realidad, no le importaba tres pepinos la obra de arte

acolchada.

Bethia palmeó a las dos.

—Vamos a pasar por esto juntos. Siempre lo hacemos.

*Yo no. No estaré aquí.*

Cait miró a Deydy, que parecía estar pasando un buen rato en medio de las demás, riendo, mostrando los de dientes. Las apariencias podrían ser engañosas. A Cait le molestó que conociera tan bien a su abuela; las líneas de preocupación en su frente arrugada decían la verdad de cómo se sentía.

Bethia dobló la pieza acolchada.

—Es difícil para tu abuela. Ha visto muchas enfermedades. Se siente como la mamá de Duncan. Todas nos sentimos así. —La determinación cruzó su rostro—. Voy a encender una vela para él.

Cait pensó que quería decir la próxima vez que fuera a la iglesia. En cambio, Bethia tomó su abrigo y anunció que volvería en breve. Cait ni siquiera tuvo la oportunidad de decirle que estaba desperdiciando su energía. Dios no estaba prestando atención. Había cerrado los ojos.

Justo cuando la puerta se cerró detrás de Bethia, Ailsa y Aileen llegaron.

—Hemos traído calcetines hechos a mano —dijo Ailsa.

—Para todos —dijo Aileen.

Las gemelas descargaron dos bolsas, dando primeramente a Mattie unos calcetines de lana con dinosaurios. A Dingus le pareció muy divertido y huyó al baño con uno de los calcetines.

Cuando Mattie fue tras él y estaba fuera de rango auditivo, Ailsa negó con la cabeza.

—Pobrecillo —dijo ella, sacando más calcetines, un color diferente para cada una del grupo de costura.

Cait recibió un par rosado, demasiado brillante y alegre para su humor oscuro. Ella se sentó al lado de Moira mientras se los ponía.

—¿Cómo está tu padre esta mañana? —Moira contestó gravemente.

—Tuvo una buena noche de descanso. —Como si eso fuera una anomalía.

Moira sabía un par de cosas cuando se trataba de enfermedad e incertidumbre.

Había un alboroto en la puerta y Rhona entró. Fue directamente a Mattie para un abrazo y luego le dio un nuevo libro de imágenes.

—Ahora que todo el mundo está aquí —dijo Deydy—, nuestra celebración puede comenzar oficialmente.

Cait no tenía ganas de celebrar. En su lugar, tenía ganas de golpear algo.

Deydy se acercó al gran montículo blanco que había en la esquina delantera y le quitó la sábana. Allí estaban las máquinas de coser que Graham había entregado antes de marcharse.

—Santa fue muy bueno con nosotros este año —dijo Deydy. Todas las costureras chillaron y corrieron hacia su botín. Cait las esquivó y se dirigió a la esquina opuesta de la cabaña.

Observó a las mujeres con antipatía cuando rasgaron sus regalos. Y de repente, todo era demasiado. La alegría. Sofocándola. Tomó su abrigo.

—Voy a salir un minuto. —Nadie prestó atención, a excepción de Mattie que inclinó la cabeza hacia un lado. Cait se escabulló por la puerta. Era un truco sucio para obtener su historia, con la ausencia de Graham y la leucemia de Duncan, pero no le importaba. ¿Qué importaba si arrojaba a Graham a los lobos o no? Al final, todos estarían muertos de todos modos. Todo lo que importaba era que saliera de allí y comenzara a vivir. Vivir hasta que ya no viviera más. Además, si se trataba de Graham Buchanan o Cait Macleod, se elegiría a sí misma cada vez. Cait atravesó el acantilado.

*No me importa si estoy traicionando a Duncan o a Mattie. O a Deydy. O a toda la maldita ciudad. La confianza está sobrevalorada. Tener raíces también está sobrevalorado.*

Cait entró por la puerta trasera. Y solo para sellar el trato, sacó su teléfono móvil y llamó a Margery Pinchot de la revista People.

—La historia de Graham Buchanan está casi terminada —dijo Cait con apenas un temblor en su voz—. Te la enviaré pronto.

—Bien. Estaba empezando a preocuparme de que hubieras cambiado de

opinión —dijo Margery.

—No. No he cambiado de opinión. —Cait se despidió. Terminaría el artículo.

Primero lo primero. Cait fue a la oficina de Graham para ver sus finanzas. Probó el archivador y, por supuesto, lo había dejado sin llave.

—Hombre estúpido —dijo mientras abría el cajón superior y levantaba el primer documento—. Prepárate. Voy a revisar tus cosas —dijo canturreando, arrogantemente, lo que ayudó a aliviar sus nervios.

Sacó cuentas bancarias y contratos, extendiéndolos sobre su escritorio de caoba. Con el móvil en la mano, tomó varias fotografías de los documentos mientras catalogaba mentalmente la información. Declaración tras declaración, encontró lo que él había ocultado. Anónimamente, había canalizado dinero año tras año en esta loca ciudad.

Había financiado emprendimientos como el almacenamiento inicial de la tienda de comestibles y la reparación de los muelles de pesca para ayudar a reparar la carretera que conduce a la aldea, incluso el pago de algunas de las facturas médicas de Kenneth.

*Oh, mierda. Graham los había ayudado a todos en un momento u otro.*

Cait apenas podía respirar.

—¡Maldita mierda! —exclamó—. Cuando ella delatara a Graham al mundo, la ciudad no entendería que ella no tenía un hueso malévolos en su cuerpo; esto era una cuestión de auto-preservación. Por supuesto que nunca, jamás la perdonarían. La tendrían como una carpa sangrienta. Antes no se había preocupado, pero ahora... sí.

Dejó caer su móvil. Cuando se inclinó para recogerlo, golpeó un marco digital. Un pequeño aparato cayó y rodó por el escritorio.

—¿Qué demonios es eso? —le dijo a su oficina. Lo cogió y lo miró de cerca. No podría ser. Había visto algo así cuando había trabajado en el Sun Times. Solo que esto era más pequeño. Una cámara espía. Ella le dio la vuelta y una luz LED titiló en verde.

—Mierda. —Lo dejó caer como si fuera un carbón caliente. Le dio a la habitación un ceño fruncido, recordando todas las miradas recelosas que él le había dado desde su llegada. Como si fuera la jefa de los paparazzi.

—Pensé que habíamos superado esto, Graham. Pensé que confiabas en mí.

Como un perro olfateando, fue de habitación en habitación, buscando más cámaras. Y las encontró. Para encontrar el resto, encendió su ordenador. Todo estaba allí. La ubicación de cada cámara y su estado. Todas estaban encendidas. Reprodujo imágenes de su conversación telefónica con Margery Pinchot. Se miró a sí misma saqueando su oficina. Sin dudarle un instante, borró todo el video grabado y dejó todas las cámaras sin conexión.

—Gracias por instalar un sistema fácil de usar. —Volvió a poner todos sus papeles en el archivador exactamente donde los había encontrado y apagó la luz. Mientras se dirigía hacia el bar, se sentía en conflicto, ya no se sentía tan segura. ¿Tenía derecho a destruir a Graham para cuidar de sí misma? Ya no lo sabía. La única conclusión a la que llegó fue que imitaría a Scarlett O'Hara y pensaría en ello al día siguiente.

Cuando llegó al bar, Bonnie estaba detrás de la barra, encorvándose en el espejo de gran tamaño. Cuando vio a Cait, se acercó a ella como una roca cuesta abajo:

—¿Qué has hecho con Graham? —soltó Bonnie.

—No lo encogí y lo pegué en mi bolsillo, si eso es lo que estás pensando.

Bonnie puso una mano en su cadera y la miró. ¿Quién podría discutir con una postura así?

—Ha salido de la ciudad.

Bonnie cogió su teléfono.

—Será mejor que le llame. Tenemos que pedir más whisky.

—No lo hagas —dijo Cait con firmeza—. No quiere lo molesten.

—¿Por qué, pequeña aprovechada? —Bonnie avanzó hacia ella, poniéndose muy cerca—. ¿Quién te dejó a cargo? Ciertamente no Graham.



Tengo más derecho a él que tú.

—Patético. —Cait sacudió la cabeza—. Ha llevado a Duncan al hospital de Aberdeen —dijo ella en tono llano.

Eso paró a Tetazas en seco.

—¿Para qué?

Ya todos lo sabían, así que Cait no estaba traicionando la confianza de nadie.

—Tratamientos de leucemia.

Cait suavizó su tono. Pensó que podría tratar de suavizar las cosas por Graham, para que Bonnie no lo molestara.

—Graham me dijo que eres una gerente muy capaz. Que nunca se preocupa de que cuides el bar. —Eso fue estirar la verdad un poco, pero pudo ver como Bonnie se calmaba—. ¿Puedes manejar lo que sea que está pasando?

—Por supuesto que puedo manejarlo. He estado trabajando en el bar desde los trece años.

*¿Bonnie era otro de los casos de caridad de Graham?* Cait solo respondió:

—Gracias. —No debió haberlo dicho.

—No lo hago por ti. Lo estoy haciendo por Graham. —Bonnie giró sobre sus tacones de cuatro pulgadas y llevó sus pantalones vaqueros apretados a la cocina del bar.

Cait subió corriendo las escaleras y se aseguró de que todo estuviera en orden. Embaló las pocas cosas que necesitaba y se fue, volvió a casa de Deydy para buscar a Mattie.

Deydy no preguntó dónde había estado y ella seguro que no se lo hubiera contado.

Durante los próximos días, todo Gandiegow hizo todo lo posible para mantener a Mattie ocupado. Amy lo había puesto a ayudar en la tienda, sacudiendo los estantes. Moira lo había llevado a él y a Dingus a jugar con su cachorro, Snoozer. Ross, el mejor amigo de Duncan, vino a jugar a las damas

con Mattie mientras Cait hacía en la cena. Y todas las tardes, Duncan llamó al móvil de Cait y le preguntó por el chico. El primer día, Duncan sonaba como él, pero a medida que la semana pasaba, Cait pensó que sonaba más frágil.

—Los tratamientos son duros. —Fue su única explicación.

Duncan nunca mencionó a Graham y Graham no llamó para ver cómo estaban.

Como compañía cada noche, Mattie arrastraría a Dingus a la cama con él. Y todas las mañanas después, Cait encontraba a Dingus, no en el cuarto de Mattie, sino que dormía profundamente en el centro de la cama de Graham.

Cait no había regresado a su búsqueda, todavía procesando lo que había encontrado. No sabía por qué no estaba ansiosa por volver a ello, pero se dijo que tenía tiempo de sobra para narrar el resto de las cosas de Graham mientras él no estaba.

Estaba equivocada. Los chicos llegaron la tarde de fin de año, dos días antes de lo esperado.

Cuando entraron por la puerta, Cait no reconoció a Duncan al principio. Había envejecido veinticinco años y lucía cinco kilos más ligero. Su piel estaba pálida y corrió al baño tan pronto como atravesó la puerta. Gracias a Dios que Mattie estaba arriba con Dingus. Mientras Duncan estaba en el baño, Cait decidió hacerle preguntas a Graham para obtener información.

—Dime, ¿qué?... —preguntó ella.

Graham levantó la mano para detenerla.

—No estoy de humor, Caity.

La pared que había construido entre ellos era tan palpable que pudo haberse acercado y tocarla: piedra sólida, impenetrable. No debería doler tanto, pero lo hacía. *Estúpida, estúpida, estúpida*, se llamaba a sí misma una y otra vez. ¿Por qué esperaba algo diferente de él? Era un hombre, ¿no? Si tan solo fuera inmune a los encantos del hermoso Graham Buchanan.

—Entonces iré a ver a Mattie. —Se las arregló, antes de salir corriendo de la habitación.

En su lugar, se encontró con Duncan.

—¿Dónde está Mattie? —preguntó.

—En la planta de arriba —contestó Cait—. Iré a por él. Dime qué ha pasado primero.

Duncan suspiró, como un hombre derrotado.

—Resulta que no soy un buen candidato para el estudio. Mi sistema está rechazando los medicamentos experimentales. —Parecía que podría volver a correr al baño.

—¿Qué hacemos ahora? —Cait estaba molesta y triste al mismo tiempo.

—No hay mucho que hacer. Esta había sido mi única opción real.

*Pobre Mattie.* Cait tocó el brazo de Duncan y sintió el hueso.

Mattie bajó las escaleras con Dingus en los talones. El muchacho se detuvo en el escalón inferior, mirando a Duncan.

—Mattie, ven con Papá —dijo Duncan.

Mattie sacudió la cabeza, corriendo para esconderse detrás de Cait. Duncan miró hacia abajo.

—Estás asustado, ¿no? Sigo siendo tu mismo Pá, Mattie.

Mattie miró por detrás de Cait.

Duncan le dio una sonrisa.

—¿Por qué tú y Caity no me hacéis un poco de chocolate caliente?

Mattie tomó la mano de Cait y la llevó a la cocina.

Graham vino unos instantes después y puso una sonrisa fingida en su rostro.

—¿Puedo tener una taza, también? —Agarró a Mattie y le dio un abrazo de oso.

Cait captó la triste desesperación de Graham mientras cerraba los ojos con fuerza, manteniendo a su nieto apretado. Finalmente, soltó su agarre y Mattie fue a ayudar a Cait.

Duncan entró y se dejó caer en una silla en la mesa justo antes de que Mattie le trajera una taza con suavidad, derramando un poco por un costado.

El chico cogió los malvaviscos y dio a Duncan unos extra.

Por un momento, el muchacho se paró al lado de su Pá, luego le puso una pequeña mano en su hombro. Duncan inclinó la cabeza hacia él.

—Te quiero, mono —le dijo.

Mattie acercó una silla y Cait le trajo su chocolate.

—¿Qué dices, Mattie? —comenzó Graham—. ¿Qué tal si tú y tu padre se quedan aquí arriba en la casa grande esta noche? Tendremos una gran fiesta para año nuevo. Cait no pudo evitar sentirse invisible. No era su familia. Pero una parte de ella quería pertenecer, igualmente.

Antes de que Mattie tuviera tiempo de negar o asentir con la cabeza, Duncan respondió por los dos.

—No, Pá. Mattie y yo regresaremos a la cabaña. —Graham se sonrojó.

—Mattie, sube a buscar a Dingus. —Esperó a que el muchacho estuviera fuera del alcance del oído.

—Construí esta maldita mansión para ti, para mi familia.

—Estoy agotado y no quiero discutir —dijo Duncan, exhausto y enojado.

—Bien —dijo Graham.

Cait puso las tazas sucias en el fregadero mientras Mattie y Duncan se ponían sus abrigos. Luego fue a la habitación de la cocina y agarró el suyo.

Oyó despedidas amortiguadas, la puerta se cerró, y todo quedó tranquilo. Ella debía salir también, pero tenía que confrontar a Graham antes de que se diera cuenta de que su equipo de vigilancia había sido manipulado.

Lo encontró en el salón, sentado frente a la chimenea, mirando sin expresión.

—¿Graham? —Él alzó la vista, sorprendido de verla allí. Ella dio un paso en la habitación.

—Tengo malas noticias.

—Genial —dijo—. Justo lo que necesito. —Como no había respondido hecho una furia dio un paso más.

—Estabas siendo espiado —anunció.

—¿Espiado? —Parecía como si no entendiera la palabra.

—Sí, alguien te estaba espionando. —Ella iría al infierno por la mentira que estaba a punto de decir.

—¿Espionando? —preguntó.

—¿Vas a repetir cada palabra? Estoy tratando de decirte algo importante.

—Adelante.

Ella caminó hasta ponerse frente a él, pero no lo miró a los ojos.

—No tienes que preocuparte por eso, sin embargo.

—¿Caity? —Su voz tenía una advertencia en ella—. ¿Qué has hecho?

—Yo me hice cargo —dijo ella.

—¿Y cómo, por el amor de Dios hiciste eso?

—Encontré todas las cámaras y borré todas las grabaciones —contestó.

—¿Y tú qué?

—Y las copias de seguridad —añadió, tan inocente como el rocío de la mañana.

—¿Por qué harías algo así?

Ella sacudió la cabeza con énfasis.

—¡Hay que tener valor! Filmarte en tu propia casa.

Se frotó la barbilla.

—¿Has visto alguno de esos videos?

—No.

—Yo no soñaría con invadir tu intimidad. —Ella vio su sonrisa astuta.

—No, supongo que no lo harías —dijo.

—Te veré más tarde —dijo y salió de la habitación.

Cuando regresó a la cabaña, Deydy, quería saber qué había hecho con Mattie.

—Duncan y Graham han vuelto —le dijo Cait.

Deydy no dijo nada, pero se veía preocupada, Cait supuso que tenía que ver con Duncan. Pero cuando Deydy habló no tuvo nada que ver con los Buchanan.

—Me voy a casa de Kenneth para sentarme con él esta noche para que Moira pueda salir y celebrar un poco el Año Nuevo. Deberías ir con ella al bar. Tómame unas copas. Te lo mereces.

Justo cuando Cait había decidido mandar al infierno todo, su abuela había optado por ser amable.

—Creo que lo haré —dijo Cait—.

Ahogar sus penas en una pinta o dos podría ser justo lo que necesitaba. Durante la siguiente hora en El Pescador, Cait y Moira se sentaron de forma amistosa en una mesa mientras todos los habitantes de Gandiegow celebraban alrededor de ellas. Amy dio muchas vueltas para decir algunas palabras y después volvió a servir a la muchedumbre ruidosa.

Por centésima vez, los pensamientos de Cait se volvieron hacia Graham, preguntándose y preocupándose por cómo estaba. Tomó otro sorbo de su cerveza. Como si finalmente lo hubiese conjurado, Graham entró, su estado de ánimo era claro gracias a sus hombros inclinados. Cait se mantuvo en su asiento, pero tuvo un fuerte impulso de correr hacia él y quitarle su carga... si pudiera.

Moira le dio un codazo.

—¿Has visto quien acaba de entrar?

Antes de que Cait pudiera responder, Amy, desde el otro lado de la habitación, le hizo un gesto e inclinó la cabeza para indicar que él acababa de llegar.

—Sí, ya veo —dijo Cait.

Moira le sonrió cálidamente mientras Graham se dirigía a la barra. Bonnie, el mosquito molesto, voló hacia él con una botella de whisky y un vaso de vidrio. Los pelos de Cait se alzaron. Entonces Bonnie se inclinó sobre la barra, prácticamente empujando sus tetas en su cara, como si esperara que él alargara la mano y las acariciara.

Moira se levantó y también levantó a Cait.

—Será mejor que vayas a Graham. No te preocupes por mí esta noche.

Voy a ayudar a Amy y Coll a servir y ellos mismos pueden llevarme a casa más tarde.

—¿Por qué todos piensan que Graham es mi responsabilidad? —preguntó Cait. Él no quería tener nada que ver con ella. Y ella no quería tener nada que ver con él. Moira se encogió de hombros.

—Puede que no sea tu responsabilidad, pero creo que le has dado un brillo. Ha estado solo mucho tiempo.

Amy se acercó a ellos y se unió a la conversación.

—Moira y yo pensamos lo mismo. Graham necesita una buena mujer.

—Ambas son un par de románticas ridículas —dijo Cait.

Amy levantó el pulgar en dirección a la casa de Deydy.

—Ya sabes que amo a tu abuela, a Bethia y a Rhona, pero parece que han renunciado a que Graham encuentre a alguien. —Ella le guiñó un ojo a Cait—. Pero creo que ya lo ha hecho.

Cait puso los ojos en blanco.

—Tu imaginación hiperactiva está de nuevo en acción. Soy la última persona que Graham quiere.

Moira tocó el brazo de Cait.

—Graham merece amor. Es un buen hombre.

Esto era una locura. Ninguno de las dos la estaba escuchando.

Amy inclinó la cabeza en dirección de Bonnie.

—Si no vas, nuestra amable cantinera va a tomar ventaja. Se odiará a sí mismo por la mañana si sucede. Tienes que hacer algo. —Hizo una pausa, lo cual era inusual para ella; El silencio no era su fuerte—. Nunca lo he visto así. Está tan vulnerable como un bebé.

Cait miró hacia donde estaba él. Bonnie, de hecho, tenía un resplandor determinado en sus ojos que Cait quería borrar de una bofetada.

Moira le apretó el brazo.

—¿Lo llevarás a casa a salvo?

Cait negó con la cabeza, pero dijo «Sí», de todos modos.

Ambas románticas abrazaron a Cait antes de que fuera a acercarse a Graham. Podía sentir la mirada de Bonnie en su frente como la mira de una pistola. Cait la ignoró y se apoyó en la barra junto a Graham para que él pudiera verla.

—Oye, marinero, ¿quieres comprarle una bebida a una chica?

—No. No estoy seguro de que me quede. —Parecía tan expuesto y desamparado que le rompió el corazón. Ella puso una mano en su hombro.

Bonnie resopló como un jabalí.

—Déjalo en paz. —Y empujó un trago delante de él—. Graham, querido, aquí está tu bebida.

Cait la alejó.

—Ha dicho que no se quedaría.

Bonnie se hinchó, con el rostro encendido.

—Pequeña confabuladora, ¿por qué estás...? —siseó—. Estará mejor si se queda aquí conmigo que si se va contigo.

Graham alzó la vista, pero no dijo nada. No parecía importarle lo que pasaba.

Cait estaba preparada para hacer una escena —halarle un poco de pelo a Bonnie si era necesario— pero gracias a Dios, Doc se interpuso.

—¿Necesitas ayuda para llevarlo a casa? —preguntó Doc.

Graham se levantó.

—No, estoy bien. —No parecía para nada bien.

Mientras Cait conducía a Graham hacia la puerta, vio a Moira y Amy sonriéndole. Bonnie se quedó detrás de la barra y le dio al pobre Doc un grito mientras Graham y Cait se deslizaban hacia el frío.

Caminó al lado del hijo favorito de Gandiegow a través del pueblo, queriendo ponerle el brazo alrededor de él, hacer algo para consolarlo.

—¿Tienes ganas de hablar?

Hizo un ruido áspero y gutural que tomó como un no. Estuvo bien. De todos modos, no había palabras para lo que estaba pasando y el dolor que



sentía.

Subieron el acantilado en silencio. En la puerta de la mansión, Cait lo miró con una sonrisa triste.

—Bueno, será mejor que vuelva a casa de Deydy. —Se volvió para irse. Graham se estiró y le cogió el brazo.

—Quédate.

—Pero... —Lo intentó.

—Solo un poco —dijo.

Ella no podía rechazarlo. Lo siguió hasta el salón y se quitó el abrigo mientras ponía más leños en las brasas.

No sabía lo que esperaba que hiciera. Graham estaba sufriendo y había dejado claro que no quería ser consolado.

También se quitó el abrigo y lo arrojó sobre una silla antes de ir a buscar una bebida.

Cait le habló a su espalda.

—¿El alcohol es la respuesta?

Levantó la jarra de whisky.

—Necesito algo para no pensar en... —Dejó que las palabras se perdieran.

Ella no dudó, pero fue hacia él. Envolvió sus brazos alrededor de su cintura, abrazándolo, haciéndole saber que él no tenía que llevar la carga solo. Dejó la jarra y se desplomó.

—Dios, Caity, ¿qué voy a hacer si...?

Ella hizo que se girara y lo acercó. Su cabeza cayó sobre su hombro y ella frotó su espalda en círculos.

—Podría perderlo. —Se ahogó.

El dolor lo atormentaba y casi se deshizo por verlo tan triste. Levantó la cabeza y vio sus ojos desesperados. Necesitaba una manera de hacerle saber que ella estaba allí para él, así que lo besó para distracción y consuelo.

Fue un salvavidas que tomó. La besó desesperadamente, aplastando sus

labios contra los suyos, abrazándola fuertemente. Ella cedió a su necesidad. Lo entendió. No había nada como una amenaza de muerte para hacer que una persona sintiera que tenía que probar que estaban vivos.

De manera descarada, lo besó de nuevo, metiendo su lengua en su boca, asegurándose de que entendiera que usaría todo lo que poseía para ayudar a disminuir el dolor.

Se movió hacia su cuello y la besó con hambre.

—Caity —gruñó—. Te deseo.

—Lo sé —dijo ella. Ella también lo deseaba. Pero sobre todo, quería ayudarlo.

Mientras la miraba a la cara, deslizó los brazos por debajo de sus piernas y la llevó al sofá de gran tamaño. La angustia todavía lo perseguía, pero mientras buscaba sus ojos, vio algo más íntimo arder allí, un anhelo que ella reconoció. No sabía si quería decirle que se preocupaba por ella profundamente. O que la deseaba mucho. O tal vez fuera solo gratitud. No le importaba lo que era. Mientras pudiera borrar su tormento y volver a completarlo de nuevo con su cuerpo. La besó y los momentos se extendieron.

Tal vez el tiempo se detuvo. No lo sabía. Lo único seguro era que se había perdido en él. Al hacerlo, su objetivo cambió. Ya no se trataba solo de Graham, sino de ella también. Juntos, ambos tomaron su forma más primitiva, en la sensación y en el tacto. Ella se arqueó hacia él cuando sus manos encontraron sus pechos a través de su ropa y las yemas de sus dedos despertaron sus pezones olvidados.

—No lo hagas —gruñó Graham—. Me estás volviendo loco.

—No puedo evitarlo —gimió ella. Quería más. Empezó a gemir, pero luego puso su frente en la suya.

—¿Estás segura de esto? —dijo con voz ronca, respirando con dificultad.

La respuesta apropiada hubiera sido: «claro que sí». Pero la acción hablaba más que las palabras. Ella le empujó suavemente el pecho, empujándolo lejos. Con una sonrisa lenta, desabrochó el vestido y lo dejó caer

al suelo. Le gustó su respuesta. Sus ojos se volvieron humeantes, el calor se transfirió de su mirada a su sujetador. Aflojó el broche y lo dejó caer al suelo, también. Él dio un gemido suprimido mientras la tomaba en sus brazos una vez más. El Sr. Darcy no era un caballero y ella tendría una aventura con él, ¡al diablo con sus reservas pasadas!

Mientras la besaba, ella hizo todo lo posible para quitarle la ropa de su cuerpo. Necesitaba su piel... ahora. Él la acostó y le quitó sus zapatos y medias, dejándola con nada más que sus bragas rojas. No había duda de que ambos estaban llenos de vida, no solo existían, sino que estaban impacientes el uno para el otro.

Ella observó con entusiasmo mientras salía de sus vaqueros y apenas podía esperar a que Graham viniera a ella para que pudieran estar juntos. Casi desde el principio, había querido esto, pero había ignorado la química entre ellos. O por lo menos había tratado de hacerlo. En este momento, ella sería dueña de él de verdad, iba a hacer el amor con él y sería el regalo que se daría a sí misma.

Más tarde, podría fingir que lo había hecho por él, para hacerle olvidar o ayudarlo a sentirse mejor. Pero eso no era cierto; hacía esto por sí misma. Empujó hacia abajo sus calzoncillos, glorioso en su desnudez. Él miró su ropa interior roja con un gran interés.

—Definitivamente no necesitamos esto. —Se los quitó y los tiró.

Se posaron en la silla junto a su abrigo. Ella se echó a reír. Podrían haber sido los nervios. Pero luego se deslizó a su lado y la rodeó con sus brazos una vez más. La sensación era embriagadora. Su cercanía la hacía sentirse cálida, consolada y tranquilizada. Él se colocó sobre ella usando sus fuertes brazos como soporte y la miró a los ojos. Sintió el cambio; el juego había cambiado de nuevo.

Parecía estar buscando en ella, mirando en su alma, tratando de descifrarla. Luego, como si hubiese tomado su decisión, metió los dedos en su pelo y la besó más profundamente que antes. Este beso no era acerca de las

preliminares, sexo, o demostrar que estaba vivo. Este beso era sobre hacerla suya.

La conmoción la envolvió, y oh, Dios, la encendió. Sabiendo que ella le pertenecía, aunque solo fuera por el momento, hizo a su corazón elevarse. Cuando le devolvió el beso, le entregó todo: corazón, alma, cuerpo, sin dejar ni un pedazo para sí misma. Ella estaba sin defensas, expuesta, sabiendo que estaba a salvo al hacerlo.

Parecía saber que se lo había dado todo en espíritu. Él la recompensó entrando en ella en un movimiento suave. Ella jadeó con el puro placer de sentirlo dentro de ella. Mientras la besaba, comenzó a moverse. Podía sentir su moderación y se alegró de que le diera tiempo para saborear su unión.

—Caity, mi amor —dijo. Luego, en gaélico, murmuró dulces palabras mientras hacía el amor con ella, empujándola suavemente, tirando de ella a la superficie y luego retrocediendo. Era delicioso y cruel hacerla esperar por una liberación. Y al mismo tiempo, podía quedarse así para siempre... en sus brazos, sintiéndolo encima de ella, sintiéndolo en ella.

De la nada, se rompió en mil pedazos, algo parecido a un sollozo salió de sus labios. La besó mientras el mundo se hacía perfecto. Luego se deslizó dentro ella una vez más, profundo, siempre tan profundo. Él se estremeció también en dulce perdición.

Mientras la respiración de ambos se normalizaba, Cait se sintió totalmente feliz. En completa paz con el mundo, con lo que habían hecho, y cómo se sentía por él. Se dio la vuelta y la colocó sobre él, arrastrando la colcha sobre sus cuerpos desnudos. No se arrepintió, sintiéndose tan feliz de que finalmente hubiera sucedido. Pero entonces vio remordimiento en sus ojos.

—Lo siento mucho. —Su frente se derrumbó en una línea seria—. Nunca debería haber hecho esto.

# Capítulo Dieciocho

Caity rodó y tiró la colcha a su entrepierna.

—Bastardo.

Graham vio el dolor en sus ojos y lo mató. Su intención no era molestarla. Pero sus emociones estaban alborotadas.

—Quiero decir, no tenía la intención de que esto sucediera.

Ahora parecía aún más enojada. Con movimientos exagerados, buscó su sujetador y se lo puso murmurando fuertemente.

—Una maldita estúpida. Eso es lo que soy.

Él quería ir tras ella y rodearla con sus brazos, pero en realidad, lo intimidaba. No podía decirle que nunca había experimentado algo así. Cómo se había sentido conectado a ella, como si pertenecieran juntos. Una sensación aterradora, para siempre. Además, hacer declaraciones no sería justo. No estaba en condiciones de ofrecerle nada ahora con su vida girando fuera de control, la leucemia de Duncan, su exigente carrera. Todo.

—Fue un error. Y fue mi culpa.

Ella lo miró fijamente mientras tomaba violentamente su suéter.

—Podrías simplemente haber dicho gracias por el revolcón. —Hizo una pausa. Su tono era duro, pero no estaba claro si hablaba con él o con ella.

En otro momento, ¡diablos!, en una vida diferente, la habría llevado a su dormitorio y la habría mantenido allí, posiblemente para siempre. Pero justo aquí, ahora mismo, eso sería algo egoísta. Casi tan egoísta como hacerle el amor hace unos momentos para apartar su mente de su vida miserable. Dios, se odiaba a sí mismo.

—No quiero hacerte daño. —Lo intentó.

Ella cogió una almohada y la arrojó a su cabeza.

—¿Hacerme daño? —Con una mano, agarró sus bragas rojas y las sacudió hacia él—. No me has hecho daño. Estoy bien. Mejor que nunca. —Se

puso las bragas y luego dijo violentamente—. Ni siquiera usaste un maldito condón.

—Oh, Cristo. —Ella no podía quedar embarazada ahora. No encima de todo lo demás.

—Relájate, Graham. —Ella parecía cualquier cosa menos relajada—. Mi período terminó ayer. No hay manera de que me hayas embarazado. ¡Demonios!, probablemente podría vender esta ropa interior en eBay por tu estúpido ADN.

Se puso de pie y empezó a ponerse los pantalones.

—Caity, espera un segundo. No puedo dejar que te vayas así. Déjame explicar...

—Olvídalo, Graham. Te has explicado perfectamente. —Ella cogió su abrigo y se apresuró a salir de la habitación.

Él dejó caer la cabeza y vio que allí, en el suelo de madera, yacían las medias, enredadas. Las recogió y fue a alcanzarla a la puerta trasera.

Por poco choca con él cuando salió de la habitación de la cocina. Se enjugó una lágrima.

—Olvidaste estas. —Alzó las medias.

Ella se las arrebató como si no se dignara a dejar atrás nada de sí misma. Luego, buscó la manija de la puerta y salió de la casa.



Cait se quedó un minuto fuera de la mansión, sin saber qué hacer. No podía volver a su casa; estaba hecha un desastre, sus emociones a flor de piel. Estaba furiosa consigo misma por haberse acostado con Graham cuando sabía perfectamente que él no quería tener en una relación con ella. Por supuesto, ella tampoco quería una relación, así que ¿por qué estaba tan molesta? Por otra parte, ¿cómo se atreve a llamarla —¡llamarla!— un error?

Estaba cansada de que la maltratara. No podía acercarse a ella cuando quisiera. ¡No tenía derecho! ¡Y ella iba a decirle, iba a decirle lo que pensaba

ahora mismo!

Abrió la puerta trasera y volvió a entrar. Llegó a la puerta de la sala antes de verlo en el suelo con Dingus en su regazo. Estaba hablando con el perro, y se detuvo a escuchar.

—Es así —dijo Graham al cachorro—. Hice muchas oraciones mientras esperaba en el hospital. Hice un trato con Dios. Le dije que si curaba a Duncan, sería un mejor Papá. No más peleas. No más intentar imponerle mi voluntad. Sería más una bendición que un obstáculo.

El perro le lamió la mano, luego lo miró.

—De buena gana tomaría el lugar de Duncan. Mattie lo necesita y Dios sabe cuánta ira se acumula en los niños cuando no reciben la atención de su padre. —Graham se pasó una mano por el pelo—. Tú entiendes lo que estoy diciendo, ¿verdad?

El cachorro le lamió el brazo.

—Por supuesto que sí. —Graham lo rascó detrás de sus orejas. —Lo que me da miedo, muchacho, es que Dios no negocia con simples mortales. Se estiró frente al fuego y el perro se acurrucó en su pecho.

Cait se sintió vacía. Su rabia era solo un recuerdo, ahora, sumida en la nada. Y en su lugar estaba el dolor. Le dolía por Graham y por lo que estaba pasando. Tranquilamente, retrocedió y fue hasta casa de Deydy. Cuando llegó allí, cayó en la cama.

Si tuviera suerte, hasta Año Nuevo.

Pero durante mucho tiempo permaneció despierta, incapaz de apagar su cerebro. Una y otra vez, repitió cómo había hecho el amor con Graham, todavía capaz de sentir sus besos y caricias en su cuerpo frustrado. Trató de arrepentirse un poco por lo que había sucedido, pero no lo logró.



A la mañana siguiente, cuando Cait despertó, Deydy estaba sentada a la mesa del comedor con un bloc de papel delante de ella.

Cait frotó el sueño de sus ojos.

—¿Qué estás tramando?

—Es para Duncan y Mattie. Un horario para que todos lo sigan. Será mejor que te levantes y te vistas. Vas a poner la casa de Duncan en orden.

Cait salió de la cama y fue hacia la lista. Todo el pueblo, no solo las muchachas del grupo de costura, habían sido programados para limpiar, cocinar y comprar. Además, los deberes del barco de Duncan se dividieron entre los pescadores.

—¿Has pensado alguna vez en una carrera en logística? —preguntó Cait.

—Deja de hablar y vístete. Necesito que lleves esto a la tienda para que lo cuelguen cuando vayas a casa de Duncan —dijo Deydy—. Graham se va a Italia esta tarde.

Cait se detuvo brevemente.

—Creí que había cancelado sus compromisos.

—Pero si no hace esta película, será demandado. ¡Los muy bastardos! —murmuró Deydy—. Dijo que no tardaría mucho tiempo.

—Oh. —Cait se dejó caer en la mesa.

—Tengo que irme ahora. Tengo que asegurarme de que sus cosas estén lavadas y listas para su viaje.

Irrracionalmente, Cait quiso ser la que ayudara a Graham en lugar de a su abuela. ¿Y por qué Deydy sabía en lo que andaba Graham y no Cait? Su cerebro racional le respondió. *Porque no es asunto tuyo. Y para él, no cuentas. Ni un poco.*

De forma espontánea, sus entrañas femeninas se retorcieron en recuerdo delicioso de lo que habían hecho anoche. Ella bloqueó la idea. Sabía que en ese momento no significaba nada. Era mejor que superara su pequeño enamoramiento y dejara de pensar en las partes varoniles de Graham y en cómo las manejaba.

—Tienes trabajo para hacer.

Cait se atrevió a preguntar:



—¿Cuánto tiempo va a estar fuera?

Deydy la miró furiosa.

—He sido muy clara acerca de Graham desde el principio. No debes involucrarte con él.

—Solo estoy preguntando por el bien de Duncan y Mattie.

—Sí, y yo soy una maldita estrella de cine. —Deydy inclinó la cabeza y agregó una cosa más a la lista—. Graham debe volver en cuatro semanas. A más tardar, estará de vuelta para el de Día de San Valentín.

—Bien. —Cait se obligó a parar la silla, aceptando que no volvería a ver a Graham hasta la próxima celebración del pueblo.

—Espera —dijo Deydy—. ¿Sabes algo sobre una carga de víveres entregada a Kenneth y Moira? Es suficiente para alimentarlos durante un mes o más.

Cait se paró en una pose inocente.

—Ni idea. ¡Qué bueno por ellos! —Deydy la miró de cerca.

Cait hizo lo que le dijeron, se vistió, fue a casa de Duncan y se ocupó de limpiar la casa. No llevaba allí mucho tiempo cuando sonó el teléfono. Duncan estaba en la cama, así que ella respondió. Hubo silencio por un momento. Finalmente, Graham habló.

—¿Eres tú, Caity?

—Sí. ¿Qué deseas? —Otro largo silencio.

—Quería hablar con Duncan sobre Mattie. ¿Puedes ponerlo?

Tratando de ignorar la voz suave de Graham, Cait se volvió tan profesional como una secretaria ejecutiva.

—Lo siento, Duncan no está disponible ahora mismo. —Como si estuviera en una reunión o algo así.

—¿Qué quieres decir con no disponible? —Graham le exigió. Cait se dio por vencida y se sentó en la silla junto al teléfono.

—Está descansando.

—¿Qué haces ahí, entonces?

—Limpieza —le explicó—. Órdenes de Deydy.

—Quizá sea bueno que hable contigo en vez de con Duncan. —Tenía el valor de hablarle como si fuera su confidente—. Estoy preocupado por dejarlo. Y maldita sea, no sé qué hacer. —Graham respiró pesadamente—. Voy a llamar a mi agente y ver si el rodaje se puede posponer.

—No hagas eso —dijo Cait, tratando de calmarlo—. Deydy lo ha hecho todo. Una lista completa. Todo el mundo va a ayudar.

Graham soltó un suspiro exasperado.

—¿Y las noches? ¿Y si Duncan se enferma estando solo con Mattie?

—Puedo quedarme con ellos —le ofreció—. Por el bien de Duncan y Mattie.

—No hay suficiente espacio en la casa de Duncan. Tú lo sabes. Si tan solo escuchara a la razón y se quedara aquí conmigo. Hay mucho espacio para que varias personas estén aquí en todo momento. Pero cuando lo sugerí, se volvió un poco loco.

—Hablaré con él —dijo Cait, aunque de nuevo la pondría en medio de la disputa de los Buchanan. Graham sonaba ansioso—. Si no puedo convencerlo, estoy seguro de que escuchará a Deydy y a su escoba.

Suspiró aliviado.

—Gracias. Has quitado un gran peso de mis hombros.

—Sí, soy un Atlas<sup>2</sup> cualquiera —dijo secamente.

Él se rió entre dientes.

—¿Caity?

—Sí.

—Voy a extrañar esa lengua afilada tuya.

—Tú sí sabes cómo halagar a una chica, respondió antes de colgar el teléfono.

*Maldita sea.* Sacudió la cabeza con disgusto. Unas cuantas palabras bien colocadas de él y ya la tenía queriéndolo de nuevo.



Esa tarde, sin demasiada pelea, lograron que Duncan subiera a la casa grande. No se requirió tanta persuasión como Cait había pensado. Parecía haberlo razonado por sí mismo.

Deydy hizo que Dougal moviera las cosas de Cait hasta la casa grande también.

—Uno de nosotros tiene que quedarse aquí arriba —dijo ella—. Y no puedo ser yo. Ese maldito colchón del dormitorio de invitados está hecho por el propio diablo. Ve y sé mis ojos y mis oídos cuando no esté allí.

Para sorpresa de Cait, Graham no se había ido todavía. Mientras guardaba sus cosas, Graham estaba al otro lado del pasillo preparando su viaje a Italia. Cuando terminó, se asomó para verlo. Su resplandor interior, esa cualidad especial que hizo a Graham el hombre que era, parecía haberse atenuado ante la perspectiva de abandonar Gandiegow y a su hijo.

Cait se apoyó contra el marco de la puerta.

—Prometo que cuidaremos a los dos.

No levantó la vista.

—Cuento con ello.

—Uno de nosotros llamará si algo cambia —agregó.

Él miró hacia arriba entonces, a dónde ella estaba.

—Serás tú. Sé que irás directo al grano y me dirás la verdad.

Ella le dio una reverencia.

—Siempre a tu servicio.

Su broma no detuvo el chisporroteo que había enviado a través de ella.

Había dejado claro que no quería una relación. Tampoco ella quería una. Por desgracia, ella era débil. Tan débil. Ella lo quería. Solo una vez más. Un paseo más en la tierra prohibida antes de ser condenada.

Su rostro se calentó y se dio la vuelta. Se le acercó por detrás.

—¿Estás bien, Caity?

Su aliento en su cuello le hizo cosquillear aún más.

—Absolutamente —dijo ella y salió rápidamente de la habitación.

Una hora después, Graham se había ido. Y la casa, aunque se llenó con útiles personas del pueblo, se sentía desolada.



A la mañana siguiente un gran helicóptero aterrizó en la playa. Tres doctores y dos enfermeras descargaron varios equipos médicos. Duncan llamó a Graham y le dio un buen sermón. Cait lo oyó, al igual que el resto del pueblo, sin duda. Al final, Duncan accedió, dejando que el séquito médicos le clavaran agujas, le pincharan con instrumentos, y lo agotaran con preguntas. Al atardecer, los médicos y las enfermeras habían salido del pueblo de la misma manera que habían venido.

—Deydy —dijo Duncan desde el sillón reclinable de Graham en la sala de prensa—. Arponea el siguiente helicóptero que veas.

—¿Y si es que ya está de regreso? —preguntó Deydy.

Duncan volvió a echar la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Mattie se subió a su regazo y apoyó la cabeza en el pecho de Duncan.

El móvil de Cait sonó. Era Graham.

—¿Duncan está descansando? —preguntó.

—¿Quién es? —gritó Duncan con los ojos todavía cerrados.

—Ahora no es un buen momento. —Cait susurró al teléfono—. Todavía está un poco irritable.

—Entonces ve a otra habitación. Necesito hablar contigo —dijo Graham.

Cait salió de la habitación, poniendo su mano sobre el teléfono.

—Vuelvo enseguida —dijo a Duncan.

—Dile a Papá que me deje en paz —dijo Duncan.

—Lo he escuchado —respondió Graham.

—Oh, por Dios. —Ella se apoyó contra la pared justo afuera de la habitación—. ¿Por qué me llamas?

—No quiero molestar a Duncan mientras está descansando —dijo.

—¿Y está bien que me molestes con esta pelea de ida y vuelta? Parecen un par de viejas.

—Puedes esperar muchas llamadas de mi parte. Ahora, dime, ¿cómo fue con los doctores?

—No lo sé. Querían hablar con Duncan a solas, así que Deydy y yo llevamos a Mattie a pasear.

Duncan gritó desde la otra habitación.

—Dile que se ocupe de sus propios asuntos.

—¿Oíste eso? —preguntó Cait.

—Dile que eso nunca pasará —dijo Graham.

—No soy tu recadera. ¿Quieres hablar con Duncan? —replicó ella. La voz de Graham se suavizó.

—No. Quiero hablar contigo. —Podría haber jurado que oyó un significado oculto en las palabras de Graham: *Te necesito. Escuchar tu voz me hace sentir mejor*. Ella sacudió la cabeza, borrando esa ridícula idea de su cerebro adormecido.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó ella tratando de cambiar de tema. — ¿Por qué enviaste a esos médicos aquí? Estabas con Duncan en Aberdeen. Sabías que el diagnóstico era el correcto.

—Necesitaba que los mejores expertos le echaran un vistazo. Y como Mahoma no iría a la montaña, traje la montaña a Mahoma.

—Lo único que lograste hacer fue molestar a Mahoma. Está desgastado —añadió.

—Siento eso. Escucha, tengo que colgar. —Graham la cortó—. Estoy recibiendo otra llamada. Es probable que sean los doctores.

—Sí, claro, no hay problema. —Pero él ya había colgado.

Aquella noche, Mattie y Dingus se acostaron con Duncan, pero poco después Cait encontró a Dingus dormido en medio de la cama de Graham. Ella se acostó junto a él y le rascó las orejas.

—¿Estás extrañando a tu dueño? —le preguntó al cachorro.

Medio dormido, Dingus le pasó la lengua por la nariz a modo de afirmación y cerró los ojos. Ella quería decirle «yo también», pero no se lo permitió. Y para contrarrestar su anhelo por el dueño de la casa, trató de centrarse en su misión: terminar la historia de Graham Buchanan, la estrella de cine. Pero por supuesto que no podía saquear la casa de Graham con Duncan enfermo en la habitación de al lado. No era lo correcto. Cuando Duncan se sintiera mejor, aprovecharía su oportunidad. Como si una fría brisa la atravesara, sintió que el frío agarre de la Muerte entraba en la habitación. En sus huesos, la verdad la aferraba como un carámbano fantasmagórico. *Duncan no se pondría mejor.*

—No —susurró ella. Y huyó de la habitación por su propia salvación.



Al día siguiente, Deydy organizó un círculo de costura en el comedor formal de Graham. En lugar de pavo y relleno, la mesa gimió con las nuevas máquinas de coser.

—Damas —dijo Bethia, recibiendo toda su atención—, es ahora o nunca. Es hora de completar nuestro *Round Robin* para la rifa. He terminado todos los bloques de la costa. Caity, ¿cómo vas con los bloques del acantilado?

*Mierda.* Se había olvidado. Había querido ser incluida en el grupo de costura, y luego las había decepcionado al no hacer su parte.

—Me pondré a ello —dijo Cait.

Deydy dejó de coser.

—Moira, busca mi cesto en la otra habitación y dáselo a Caity. Escogí algunas telas que ella podría querer usar.

¿Estaba su abuela siendo considerada y agradable? Cait esperó a que las demás lo notaran. Miró alrededor del círculo para ver si se habían dado cuenta, pero parecían tomarlo con calma.

—Un bloque de ocho pulgadas —le ordenó Rhona a Cait con la voz de

maestra—. Tendrás que hacer nueve para la fila.

Deydy golpeó la mesa.

—Caity ha estado ocupada. No ha tenido un momento para trabajar en la colcha.

Las mandíbulas de las otras mujeres se abrieron. Un avión podría haber aterrizado en la larga mesa y sus ojos no se habrían movido de Deydy.

Bethia recuperó su compostura primero.

—Rhona no estaba dando sermones.

—Solo lo digo, eso es todo. —Deydy captó la sonrisa de Cait—. No te emociones muchacha.

Cait sacudió la cabeza.

—No soñaría con eso. —Pero se sentía bien que Deydy pudiera estar cuidándola un poco. Un poco.

—Vamos a ponernos para la costura —ordenó Deydy.

Amy se sentó detrás de su máquina.

—¿Han oído lo que pasó con los Lynch? La pequeña Mary tuvo que ser llevada al hospital. No sé cómo van a pagar con lo que le pasó al Sr. Lynch durante el verano. La señora Lynch apenas tiene suficiente para alimentar a esos seis pequeños. Y ahora esto.

Bethia suspiró.

—Si solo pudiéramos ganar más dinero en el sorteo de colchas.

—Es un momento difícil para todos —dijo Moira mientras colocaba la cesta de tela sobre la mesa.

Un brillo de idea vino a Cait. Había visto la película *Chicas de Calendario* y se preguntaba si algo así funcionaría para Gandiegow. No costureras desnudas, pero algo parecido, algo que de verdad pudiera recaudar dinero.

—Tendría que ser a un plazo más largo —se dijo.

—¿De qué estás hablando? —dijo Deydy.

—Solo una idea. —Cait cogió la canasta y la sostuvo contra su pecho.

—Ponte a trabajar en esos bloques —susurró Deydy.

—¿Qué idea, niña? —preguntó Rhona.

—Una manera de ganar más dinero para el Fondo de Familias de los Pescadores Perdidos —dijo Cait.

Bethia se acercó a Rhona.

—Habla, entonces.

—¿Por qué no intentamos subastar el edredón en Internet? Sin dudas traería más de las 100 libras proyectadas. Podría usar mis contactos para conseguir algo de prensa. Podríamos usar eBay o venderlo en Etsy.com.

Por supuesto, Cait sabía que podían conseguir un montón de prensa más si el mundo supiera que el edredón provenía de la ciudad natal de Graham Buchanan. Podría empezar por informar a su club de fans sobre el edredón, luego hacer un comunicado de prensa completo a todas las publicaciones principales. El edredón podría recaudar miles, tal vez decenas de miles.

Una buena razón para escribir el artículo de la revista People sobre él. Ella estaría ayudando a la ciudad. Se lo agradecerían. *¡Diablos!, probablemente le harían un desfile.*

—Averigua sobre eso, Caity —dijo Ailsa.

—Haber lo que puedes averiguar —agregó Aileen.

—Sí —dijo Amy excitada.

—Ahora mismo, será mejor que salgan de las nubes y se pongan a hacer los malditos bloques —dijo Deydy.

Cait sacó cinco tonos de marrón y varios trozos grises de tela mientras su mente zumbaba.

Se podría hacer más, además de subastar la colcha *Nuestra Ciudad, Gandiegow*. Ella no sabía lo que sería todavía. Podía marcar una diferencia para esta comunidad.

Durante un breve y maravilloso momento, Cait sintió que la Muerte retrocedía en las sombras y que la Vida avanzaba hacia ella.





Deydy salió del comedor y se dirigió a la parte de atrás de la casa hasta el dormitorio que estaba junto a la cocina. San Valentín también necesitaría una colcha para la rifa y ella tenía un edredón que había titulado *Molinillo* ya empezado que sería perfecto.

La idea de Caity de vender el edredón en Internet fue buena. Deydy había oído hablar de lo alto que podían llegar algunas de esas subastas.

Su nieta era inteligente, al igual que su Nora. Era buena con los números.

Deydy sacó la colcha de la bolsa de costura. Lo único que quedaba por hacer era añadir un borde y hacer el acolchado. Las damas podían trabajar en esto mientras Caity terminaba sus bloques. El orgullo se hinchó en el pecho de Deydy. Su nieta se había convertido en un infierno de costurera.

Un sonido resonante vino del abrigo de Caity, que yacía sobre la cama.

—Probablemente Graham de nuevo.

Deydy rebuscó hasta que encontró el teléfono. Ella nunca había usado uno de estos artefactos, pero había visto como Caity lo había hecho. Deslizó un dedo artrítico sobre la línea verde.

—Hola —Deydy gritó en el teléfono.

—¿Sí?, es Margery Pinchot de la revista People. ¿Es Cait Macleod?

—No. Soy su abuela. —¿Serás tonta?

—Por favor, entréguele un mensaje de mi parte. Si no consigo la historia de Graham Buchanan pronto, el trato se cancelará.

El viejo aliento de Deydy se detuvo y la rabia la llenó. Roja, ebullendo caliente de rabia.

—¿Hola? ¿Está ahí? —dijo Margery.

—Sí. —Deydy escupió en el teléfono, hirviendo. Hizo todo lo posible para contener las obscenidades que amenazaban con saltar de su lengua—. Déjeme asegurarme de que he entendido bien, señorita. Mi nieta, Caitriona Macleod, ha prometido escribir un artículo para su revista sobre Graham

Buchanan.

—Sí —dijo Margery.

—Ya veo —contestó Deydy, escupiendo las uñas.

—Y lo necesito antes del jueves —respondió Margery, vacilante—. ¿Le dirá que he llamado?

—Puede apostar su última oveja a que lo haré —dijo Deydy sarcásticamente.

—Gracias —añadió Margery y colgó.

Deydy tiró el teléfono de Caity sobre la cama.

—Mi nieta no tiene una pizca de sentido común. Es tan mala como su maldito padre.

---

9 Titán que, según la mitología griega, sostiene el firmamento y la Tierra en sus espaldas.

## Capítulo Diecinueve

El resto de la tarde, las costureras trabajaron en la colcha *Molinillo* que Deydy había comenzado mientras que Cait fijó los bloques que tenía del acantilado. Usó trozos de la tela gris para construir un pequeño castillo que representaría la mansión de Graham y la colocó entre los bloques marrones que representaban el acantilado que rodeaba Gandiegow.

Después de ser casi agradable con ella antes, Deydy ahora lanzaba miradas letales en su dirección. Cait quería preguntarle cuál era su problema, qué había sucedido de un momento a otro, pero decidió no agitar el barco. Deydy la había defendido antes, había actuado como si Cait le cayera bien a medias, y no iba a hacer nada para poner en peligro el afecto recién descubierto de su abuela. Ailsa y Aileen se dirigieron a la cocina mientras Bethia y Amy fueron a ver a Duncan y Mattie en la sala de prensa.

Cait sostuvo el bloque del castillo.

—¿Qué piensas, Deydy? ¿Hice un buen trabajo en la casa de Graham?

—Un trabajo de mierda, eso es lo que estás haciendo. —Deydy murmuró y volvió a bajar la cabeza, cosiendo el frente a la colcha.

¿Qué palo tenía Deydy en el trasero? ¿La mataría ser amable durante dos minutos seguidos?

Moira parecía avergonzada.

—Creo que es maravilloso, Caity. Será valioso para la colcha *Nuestra Ciudad, Gandiegow*.

La línea fija de Graham sonó. Cait lo cogió y tomó el inalámbrico en la otra habitación.

—¿Hola?

—¿Por qué no contestaste a tu móvil?

Era el propietario de la casa grande. Cait miró hacia abajo el bloque del castillo en su mano. Luego tocó sus bolsillos.

—Debo haberlo dejado en el bolsillo del abrigo. ¿Qué pasa?

—La grabación se ha retrasado, solo necesitaba a alguien con quien hablar.

Graham sonaba abatido. Parte de ella quería decirle que se fuera a saltar de un acantilado por haberle colgado tan abruptamente el día anterior. La otra parte de ella quería que regresara a casa y se acurrucara junto a ella para el resto de su vida. Cada vez que oía su voz, se enamoraba un poco más de él. Y cada vez que él se alejaba le rompía un poco más el corazón.

—¿Estás ahí? —preguntó.

—Sí, por supuesto, estoy aquí. —*Siempre estoy aquí para ti, bobo.*

—Los resultados de Duncan resultaron positivos —dijo.

—¿Eso significa que finalmente aceptarás que tu hijo está realmente enfermo? Creo que necesita tu apoyo, no tu negación —le respondió.

—Tienes razón. Solo tenía que asegurarme por mí mismo. —Suspiró—. Odio estar lejos de él y de Mattie.

Graham vaciló un momento más y se preguntó si él quería añadir una persona más a la lista, *ella, Caity*. Pero no lo hizo.

—¿Recuerdas el guión que leíste?

—Sí —dijo.

—Lo rechacé —dijo, sonando aún más deprimido.

—¿Por qué? Era un gran papel. Te lo dije, tú serías perfecto para eso.

—Lo sé. Me emocioné con él hasta que me enteré del horario de rodaje. —Hizo una pausa de nuevo—. Decidí que no era el momento adecuado. La grabación comienza en marzo.

—Sí —ella lo entendió—. Y no podrías estar lejos de tu hijo. Lo sé. —Se esforzó en consolarlo—. ¿Quieres saber algo? Creo que eres un padre increíble. Duncan tiene suerte de tenerte.

—Él no piensa eso —dijo Graham.

—Bueno, sé que eres un padre increíble y eso es todo lo que importa —dijo.

Se rió y sonó bien oír un poco de alegría en su voz.

—Me gusta una mujer con un ego saludable, Srta. Macleod —dijo—. Sabes cómo alegrar mi día.

—Sí, soy un rayito de sol —se jactó.

Él rió de nuevo.

—Complicada, eso es lo que eres.

Ella se encargó de recordarle.

—Una obra maestra.

Dejó de reír y se puso serio de repente.

—Estoy muy agradecido de tenerte. Lo sabes, ¿verdad?

*No le estaba agradeciendo a ella, estaba agradecido por ella.* No debía sentirse así por una simple palabra, pero la distinción hizo toda la diferencia. Su corazón se hinchó.

—Sí, estoy agradecida por ti, también. Especialmente cuando apareciste en calzoncillos en *Passage to Manchester*. Uh, la, la.

Ella no debería haberlo relegado de nuevo al reino de las estrellas de cine. Pero si iba a salvaguardar su corazón y mantener su cordura, tendría que mantenerlos firmemente en sus respectivos lugares.

—Sí, solo soy una cara bonita. Gracias por recordármelo —gruñó.

Le había hecho daño. Su propio corazón quería decirle la verdad. *Te veo. Yo sé quién eres en realidad.* Pero su corazón había sido estúpido antes. Se mordió el labio para no decirlo.

—Será mejor que me vaya —dijo Graham—. Dile a Duncan que he llamado. —. Colgó.

Cait miró el bloque del castillo en su mano. Estaba aplastado en su puño.

—¿Por qué tengo que ser tan idiota?

*Porque tienes que protegerte.* Su racional cerebro respondió.

Cait regresó a la cocina y encontró a Duncan solo, Mattie no estaba a la vista.

—Tu Padre ha llamado —le dijo a Duncan.

—¿Y qué tenía que decir? ¿Qué estaba demasiado ocupado para molestarse con los mortales?

Algo en ella se rompió y no le importó que Duncan estuviera enfermo.

—No te atrevas a hablar así de tu Padre —dijo ella—. No tienes idea de los sacrificios que ha hecho por ti.

—Creo que sé mejor que tú lo que ha hecho y no ha hecho —replicó Duncan.

—Un *Oliver Twist*, ¿verdad? —Ella se burló—. ¿Fuiste enviado a un internado para vivir entre extraños?

Duncan permaneció en silencio.

Cait continuó.

—¿O te dejaron al cuidado de familiares y amigos?

Duncan se encogió de hombros.

—Eso no importa.

—Sé que tu padre ha hecho cosas estúpidas, como enviar a esos malditos doctores para que te examinen. ¿Pero sabes por qué?

—Para torturarme.

—No. No puede aceptar que su chico encantador esté enfermo. Tenía que traer a lo mejor de lo mejor para que te examinaran y escucharlo de ellos. Te quiere mucho, Duncan.

—Tiene una extraña forma de demostrarlo —murmuró Duncan.

—Escucha, *Dunky* —le dijo, al estar actuando como un mocoso mimado, ella usaría su nombre de infancia.

—Tu Papi acaba de renunciar al papel de su vida por ti. Leí el guión. Va a ser un gran éxito, y ni siquiera lo pensó dos veces. Él les ha dicho «no» ante la posibilidad de que su hijo pudiera necesitarlo. ¿Qué tienes que decir al respecto?

—Nunca le dije que renunciara a ningún papel.

—¿Pero alguna vez has estado agradecido por algo que tu Padre ha hecho? ¿Tienes alguna idea del dinero que destina para ayudar a esta ciudad?

Le hubiera encantado vivir tu vida. Quería ser como su propio Padre, un pescador. El hecho de que has sido capaz de vivir su sueño le da gran satisfacción. Si no hubiera sido un actor y no hubiera hecho las cosas que ha hecho, no estarías aquí criando a tu hijo en este pueblo. Y sin la ayuda de tu padre, es muy posible que esta comunidad se hubiera ido al infierno hace mucho tiempo.

Todo un discurso de su parte y tal vez un estiramiento de la verdad. Estaba agradecida de que Duncan no le preguntara cómo sabía todo esto.

Él bajó la cabeza, perfectamente avergonzado.

—Bueno, me alegro de que lo entiendas. Tu Padre es un buen hombre, haciendo lo mejor que puede con las habilidades que tiene. —Se dejó caer en el taburete junto a él y puso una mano en su hombro—. Todo lo que pido es que le des un descanso.

—Ya veremos. —Fue todo lo que dijo.

Con cautela, Mattie entró en la habitación y reflejó la acción de Cait, poniendo su mano sobre el pecho de su padre. Cait se sentía mal porque el chico había oído todo el sermón, pero supuso que no era muy terrible que el chico supiera la verdad.

—Sabes, Mattie —le dijo—, tu Papá también es estupendo.

Mattie levantó la cabeza y asintió. Cait esperaba que abrazara a Duncan, pero Mattie se acercó y le besó la mejilla.

—Los dejaré a los dos solos —dijo—. Estoy segura de que las chicas se están preguntando dónde me he metido.

Cait encontró su teléfono en la cama de la habitación de la cocina y solo le dio un pensamiento pasajero de por qué estaba allí antes de ponerlo de nuevo en su bolsillo. Se reunió con los demás en el comedor de Graham, pero estaban terminando, todas las cosas de coser estaban guardadas en sus bolsas. Fue igual de bueno. Deydy estaba realmente en una ráfaga y Cait estaba agradecida por tener su habitación de arriba, así no tendría que volver a la casa con ella.



Cuando todos salieron, se despidieron. Excepto su abuela, que solo hizo un gruñido.

El desprecio revivido de Deydy le recordó a Cait su misión. Cuando llegó a su habitación, se sentó en la cama y apoyó la cabeza en sus manos. Solo tenía que hacer esta historia. No para ella, sino para Gandiegow. *Gran estrella en pequeña ciudad*. Podían vender recuerdos de Graham Buchanan. Entonces tal vez Gandiegow podría ponerse de pie por sí solo sin la ayuda del Sr. Caritativo. Si alguno de ellos comprendía o no, no importaba. Cait les habría hecho un gran favor exponiendo a Graham. Enfocarse en el pueblo hizo que Cait estuviera más decidida que nunca. Esa noche, cuando todos durmieran, volvería a trabajar en la historia. Había mucho de esta casa que aún no había encontrado.



Más tarde esa noche, después de que Duncan y Mattie se fueran a la cama, Cait salió del dormitorio de invitados y se deslizó a través del pasillo al cuarto de Graham. Como de costumbre, Dingus yacía en el centro de su cama. Él se animó cuando Cait entró y dio un ladrido emocionado.

—Shh —dijo ella mientras cerraba la puerta tras de sí—. Si estás callado, Caity te dará un regalo extra después de que saquee la habitación del amo. —La culpa brotó y la aplastó.

El perro corrió al borde de la cama, saltó y la siguió al armario de Graham.

—¿Qué pequeños secretos tienes escondidos aquí? —susurró ella. Empezó desde arriba con una vieja caja roja y la bajó. Cuando quitó la tapa, encontró imágenes: instantáneas en blanco y negro. Llevó la caja a la cama de Graham y se acomodó, el perro se acurrucó contra ella mientras sacaba un puñado de fotos. Graham había sido un niño guapo y podía ver mucho de Mattie en él. Excepto que Graham siempre tenía una sonrisa en su cara. Era como si hubiera nacido para estar frente a una cámara. Cait podría haber

pasado el resto de la noche mirando estas fotos, pero decidió que llevaría esta caja a su habitación y la revisaría a fondo más tarde. Tal vez habría más fotos de su Mamá allí como la que Graham le había regalado para Navidad.

Aplastó la punzada de culpa que surgió dentro de ella. Cait escribiría un artículo que lo pintaba en la mejor de las luces. Era un buen tipo y el mundo debía saberlo. Volvió al armario y bajó una caja de zapatos que contenía solo un par de botas de trabajo gastadas. Tenían que ser importantes para Graham o bien no estarían allí. Ella les tomó una foto con su móvil y las volvió a colocar en su lugar.

Cuando iba a bajar el próximo objeto, una vieja colcha, oyó que la puerta de la habitación de Graham se abría de un crujido.

—¿Caity? —susurró Duncan—. ¿Estás aquí? Ella empezó a meterse entre los trajes de Graham, pero sabía que la habían atrapado. Salió del armario. Duncan se quedó allí empapado en sudor.

—¿Puedes ayudarme? —Ella corrió hacia él.

—¿Estás bien?

—¿Puedes poner a Mattie en su habitación? Necesito cambiar las sábanas. Están empapadas. Debo haber tenido fiebre cuando me he ido a la cama. —Ella movió la caja roja al suelo.

—Aquí, acuéstate. Me ocuparé de Mattie y de la cama. ¿Necesitas algo de beber?

—No. Estaré bien. —Ya se había estirado y cerrado los ojos. Dings se arrastró tentativamente a su lado y se acostó.

—Volveré en un abrir y cerrar de ojos. —Cait cerró la puerta detrás de ella.

Si Duncan hubiera estado un poco más consciente, le habría exigido saber lo que estaba haciendo en el armario de su padre.

Entró en su habitación y vio a Mattie, el chico que tanto amaba, acostado en la cama. Este hermoso niño había pasado por un infierno. Aún estaba pasando por un infierno con su padre tan enfermo. Le dolía el corazón por

Mattie. Deseaba poder quitarle el dolor. Ella nunca haría nada para herirle. Nunca.

En ese momento, Cait vio la verdad con la inconfundible y claramente cegadora verdad. No podía hacer la historia de Graham. Dios, ¿cómo podría haber sido tan estúpida durante tanto tiempo? Él y su familia habían llegado a significar el mundo para ella, todo lo que ella quería. Le haría daño a Graham y herir a Graham haría daño a todo el mundo.

Había estado engañándose estúpidamente pensando que podía exponerlo. Y a Duncan. Y a Mattie. Y que todo estaría bien. Pero no podía. No por el bien de la ciudad. No por ninguna razón.

Se llevó a Mattie a su cama en caso de que tuviera un mal sueño y le besó la frente antes de irse. Durante un buen rato, lo vigiló, sabiendo que finalmente estaba en el camino correcto. Luego cambió las sábanas de Duncan y lo ayudó a volver a su cama. Después de unos cuantos sorbos de agua, se volvió a dormir antes de que ella saliera de su habitación.

—¿Cuándo volverás a casa, Graham? —se dijo a sí misma en cuanto salió del cuarto de Duncan—. Te necesitamos.

Pero fue la muerte quien respondió. Podía sentirla riéndose de sus esfuerzos por mantenerla a raya, con zarcillos de pavor pinchando su espina dorsal.



Deydy se ocupó de coser la colcha, evitando la mirada de Bethia.

—Hay algo en tu mente. Y no me digas que no es cierto —dijo Bethia mientras se sentaba a la mesa de Deydy—. ¿Qué me estás ocultando?

Deydy agitó su mano en el aire, sin levantar la vista.

—No pasa nada. Tus poderes están mal, eso es todo. —Pero los instintos de Bethia estaban en perfecto estado, como siempre.

Deydy estaba enfadada con Caity y esa historia, suficiente para que esa chica se llevara una buena tunda. Se sentía lo suficientemente molesta como

para decirle a Graham, a sus compañeras de costura y a toda la ciudad, lo que había estado haciendo su nieta.

Pero no lo había hecho.

Graham era como un hijo para Deydy y lo protegería del diablo mismo. Pero cada vez que pensaba que tenía que anunciar las malas noticias, no podía. Había algo en el rostro de Caity. Una expresión. Especialmente cuando miraba a Graham. Sus ojos brillaban entonces. Deydy no sabía nada de romance; demasiado trabajo por hacer para preocuparse por esa tontería. Pero esa mirada la perseguía. Esa mirada hablaba de amor.

Deydy suspiró pesadamente. Donde había amor siempre había esperanza. Esperanza de que Caity hiciera lo correcto y no escribiera esa historia. Además, no había necesidad de preparar el alquitrán y las plumas si la muchacha cambiaba de opinión.

—Voy a ver y esperar —murmuró Deydy.

—Habla —Bethia la regañó.

—No dije nada —dijo Deydy—. Tal vez sea hora de que te busques uno de esos audífonos.



Cait caminó arriba y abajo de la orilla del mar al anochecer, tratando de reunir el coraje para llamar a Margery Pinchot. Lo había estado posponiendo durante la mayor parte del día. La cobardía en ella quería enviar un mensaje de texto y acabar con eso.

Pero Cait no era un cobarde. Además, Margery merecía oír la voz de Cait. Finalmente, sacó su móvil y marcó.

Cuando Margery respondió, Cait tragó su orgullo y dijo la verdad.

—Soy Cait Macleod. Siento no haberte llamado antes.

—¿La historia está hecha? —Margery sonó fría.

—No puedo hacerlo —confesó Cait—. Nunca debí haber dicho que podía y siento haberte dejado esperando. —Respiró hondo y siguió—. Estaba

equivocada.

Era la verdad. Cait se equivocó acerca de muchas cosas. Confundida, había pensado que podía escribir una historia sobre Graham y pensar que no lastimaría a nadie. Estaba equivocada al pensar que podía mantener una distancia profesional de una ciudad que tanto amaba. Y se había equivocado hacía algún tiempo al pensar que podía traicionar a alguien. Incluso para salvarse a sí misma.

Margery lo manejó tan bien como se podía esperar. Obscenidades volaron a través de las torres de teléfonos celulares entre Nueva York y Escocia. Cuando terminó, Cait se disculpó de nuevo y colgó.

Lo hecho, hecho está, pero la culpa todavía la desmoronaba. Su único consuelo era que nadie más sabía lo que había estado haciendo. Caminó hasta la casa grande y recordó que Deydy todavía estaba enfadada con ella. La vieja no le dirigió dos palabras civilizadas seguidas, pero se mantuvo mirando a Cait como si los cubiertos y los candelabros fueran desaparecer.

Durante las próximas semanas, Cait se concentró en hacer todo lo posible por cuidar de Duncan y Mattie para subsanar el error de casi escribir la historia. Graham llamaba a Duncan todos los días, y debido a que el horario de Graham estaba agitado, las llamadas del Sr. Estrella de Cine a ella habían disminuido.

Entre el nuevo resentimiento de su abuela y el contacto infrecuente de Cait con Graham, se sintió sola otra vez.

Mattie, sin embargo, era el punto brillante en su vida.

Por la noche, Duncan empezó a acostarse antes que Mattie. Cait sacó todos sus libros favoritos de la colección de Graham y se los leyó a Mattie con él acurrucado en su regazo.

*Winnie the Pooh* fue el primero, seguido por *El viento en los sauces*. Era su tiempo especial juntos donde las preocupaciones externas no se entrometían y los momentos eran mágicos. Podía decir que Mattie había venido a cuidarla también. Su rostro de niño se iluminaba cada vez que ella entraba en una

habitación y sus sonrisas eran más fáciles, también. Y para ella, Mattie lo era todo. Había tal paz dentro de ella cuando sostenía a Mattie y aquella parte de ella que había querido un hijo suyo durante tanto tiempo sanaba. Las muchachas del grupo de costura no habían vuelto a la casa para una sesión de costura desde aquel día cuando Cait había comenzado con los bloques del acantilado. Cuando terminó la fila y se la entregó a Deydy, ella planteó la pregunta que había estado ardiendo para preguntar.

—Entonces... ¿cuándo regresarán las muchachas a casa de Graham para coser? Me encantaría ayudar con el *Molinillo* ahora que he terminado con mi parte del *Round Robin* —dijo Cait.

—No volverán a subir aquí. Tampoco ayudarás con el *Molinillo*.

—¿No pueden venir aquí para montar la colcha de *Nuestra Ciudad, Gandiegow*? —Cait sabía la respuesta por el feroz ceño en el rostro de Deydy.

—Gandiegow no necesita tu ayuda.

Deydy empujó la tela hacia el bolsillo, arrugándola.

De repente, Cait pudo leerlo en los ojos de su abuela, lo sabía. Sabía que Cait había estado planeando escribir un artículo sobre Graham. ¡Mierda! Esa es la razón de su reciente desprecio. Cait abrió la boca para decirle a Deydy la verdad. Que no había sido capaz de hacerlo. Que no podía exponer a Graham y traicionar a Gandiegow. Pero Mattie corrió a la habitación y detuvo su confesión.

Él tiró de la mano de Cait, el perro ladrando salvajemente a su lado. Mattie tenía tanta urgencia en los ojos que se apresuró a irse con él, Deydy corrió tras ellos. Cuando llegaron a la sala de prensa, parecía vacía. Mattie la atrajo más y luego vio que Duncan se había caído.

# Capítulo Veinte

Cait corrió alrededor del sillón hacia donde Duncan yacía en el suelo.

—Ayúdame a ponerlo en la silla —le dijo a Deydy.

Duncan levantó la mano.

—Me levanté demasiado rápido, eso es todo. Estaré bien.

Tuvieron que ayudarlo a levantarse de todos modos.

—No es necesario que se lo digan Papá.

—Aquí, recuéstate. —Cait reclinó su silla.

—Te traeré un poquito de té —dijo Deydy—. Eso debería arreglarte.

Duncan se volvió hacia el rostro ansioso de Mattie.

—No te preocupes, mono.

Mattie cogió la mano de su padre y se la sujetó en su pecho.

—Sube ahí, Mattie —dijo Cait—. Y vigílalo.

—Ah, Caity, estoy bien —se quejó Duncan, pero Mattie hizo lo que le dijeron, abrazándose cerca de su padre.

El teléfono móvil de Duncan estaba en el suelo y el tono *We are the Champions* empezó a sonar.

—Dame el teléfono —dijo—. Es Papá.

Cait lo cogió, y en vez de darle el teléfono, salió con él.

—Impecable sincronización. Duncan tuvo una caída. Mattie lo encontró en el suelo, pero creo que está bien. Dijo que se había mareado al levantarse demasiado rápido.

Graham suspiró. Cait casi podía oírle pasarse la mano por el pelo.

—Voy a casa esta noche. Esperame —dijo Graham.

—Claro. Pero todo está bajo control aquí —le aseguró—. No creo que necesites volver a casa.

—Tengo que verlo. No podré quedarme mucho tiempo, pero tengo que ir.

—Lo entiendo —dijo ella. Graham colgó.

Cait entró de nuevo en la habitación y vio que el color de Duncan había regresado.

—Buenas noticias, muchachos. —Cait le devolvió el teléfono, tratando de sonar como el optimismo mismo—. Graham hará una visita rápida a casa. ¿Qué tal unas salchichas y puré?

Mattie asintió con la cabeza, pero Duncan solo frunció el ceño. Ella se puso las manos en las caderas.

—Oye, le prometí a tu padre mantenerlo informado. No querías que fuera negligente en mis deberes, ¿verdad?

Duncan negó con la cabeza.

—Dame el mando a distancia. —Él no estaba contento con ella.

Deydy trajo el té y se encaramó cerca de Duncan, manteniendo sus ojos de águila en él mientras trabajaba en una costura a mano.

Con todo bajo control, Cait se deslizó y se puso de pie contra la pared del pasillo, tratando de calmar las mariposas revoloteando en su estómago. *Graham vendría a casa. Quería que lo esperara.* Trató de darse un buen sermón, repitió su discurso sobre la auto-preservación una y otra vez, pero nada funcionó. Casi corrió escaleras arriba para tomar una ducha fría, pero en lugar de eso fue a hacer las salchichas prometidas y el puré.

El reloj marcaba 1:20 a.m., cuando Graham atravesó la puerta. Cait estaba sentada en pijamas en una silla con una revista en la mano. No había podido leer una palabra, demasiado ansiosa, sin saber cómo estaba su situación con él. ¿Se preocupaba él por ella un poco o era solo una conveniencia? Le tomó toda su voluntad para no saltar y correr a sus reconfortantes brazos.

Graham la sorprendió dejando caer su bolsa y yendo directamente hacia ella. Se envolvió alrededor suya y la besó. Cuando terminó el beso, apartó un mechón de su cabello de la mejilla.

—Déjame ver cómo está Duncan y luego nos iremos a la cama —dijo.

Bueno, había mucha ambigüedad en esa frase. ¿Quiso decir camas



separadas? O ¿hagamos el amor apasionada y locamente toda la noche?

Abrió la boca para aclarar su duda, pero solo le dio otro beso. Cuando volvió a abrir los ojos, Graham ya estaba yendo escaleras arriba.

No tenía más remedio que seguirlo. Todavía no tenía ninguna respuesta sobre su situación con él, pero quería que se sintiera mejor. Y ella sabía que si hacía eso, también se sentiría mejor ella.

Podía entregarse completamente a él y aun así protegerse, ¿no?

Cuando llegó a la cima de las escaleras, Graham estaba dando un paso atrás hacia el pasillo, cerrando la puerta de Duncan. Él tomó su mano y la guió a su habitación.

Bueno, eso respondió al menos una de sus preguntas: su cama entonces.

Tan pronto como Graham cerró la puerta detrás de él, la tomó en sus brazos y se clavó en su cuello.

—Dios, Caity, te necesito. Te he necesitado todas las noches desde que me fui.

—Yo también —admitió ella—. Se apartó para mirarlo a los ojos—. Pero primero tengo que saber una cosa. ¿Te vas a arrepentir de estar juntos como lo hiciste la última vez?

Ella miró su rostro, buscando la verdad.

—Fui un idiota antes. Me diste un regalo y lo arrojé a tu cara. Lo siento mucho. —Se acarició el pelo—. Tienes que saberlo, muchacha, nuestro tiempo juntos es un tesoro para mí.

Eso era exactamente lo que ella necesitaba oír. Podía pasar el resto de la noche analizando todo lo que hacía y decía, pero eligió apagar su cerebro y vivir en el aquí y ahora.

Ella puso sus manos a cada lado de su cara y lo besó de nuevo, poniendo toda la emoción que sentía por él en ese momento.

Él deslizó su mano en su cabello y tiró su cabeza suavemente hacia atrás, haciéndole abrirse más a él. Y así, ella era suya. Desnuda, vulnerable, para que tomara lo que quisiera.

Con cada gramo de excitación, la erección de Graham crecía, parecía querer hacer que su tiempo juntos durara. Le quitó la ropa con cuidado y dulzura, besando cada pedazo de carne expuesta en el camino. Ella le hizo lo mismo. De vez en cuando, él se detenía y la miraba a los ojos. Le importaba y ella lo sabía hasta el fondo de su corazón.

Cuando estuvieron desnudos, la condujo a la cama y se tendió a su lado. Se tocaron, acariciaron, besaron y unieron como amantes eternos. Era dulce y suave, un recuerdo que ella mantendría siempre cerca.

Después, se abrazaron durante mucho tiempo y luego volvieron a hacer el amor. Cuando por fin se quedaron dormidos, él la abrazaba, su brazo protector alrededor de su cintura. El cachorro a sus pies.

Por la mañana temprano, Mattie se arrastró hasta la cama y subió encima de Graham.

—Hola, campeón. —Graham le hizo cosquillas, tirando de la sábana para cubrir a Cait de forma tal que su culo desnudo y otros elementos esenciales no quedaran expuestos.

—¿Por qué no váis a desayunar? —dijo ella—. Bajaré en un minuto.

Graham apartó a Mattie mientras se vestía. Antes de irse, le besó la nariz.

—Nos vemos en un minuto, muchacha.

Deydy le daría unos buenos escobazos a Cait si la atrapaba con el trasero al aire. Rápidamente se arrastró fuera de la cama, se envolvió en la sábana, y se escabulló hacia el baño de invitados sin Deydy a la vista. Se bañó rápidamente, hiper-consciente de su cuerpo, en todas las partes que Graham la había tocado. Su vientre se volvió cálido y lleno pensando en su noche de amor.

Pero no se había hablado de amor. Y no importaba lo que veía en sus ojos en el calor de la pasión, tenía que detener esta tontería. Dejar de llevarlos a algún estúpido cuento de hadas. Estaban teniendo una aventura, simple y llana. No significaba nada para Graham; tenía aventuras todo el tiempo. Ciertamente no se había enamorado o alguna ridícula tontería como aquella, y estaría

condenada si dejaba que él pensara que ella lo había hecho.

Para demostrarlo, no se arregló mucho para él, sino que se vistió con sus jeans más raídos y no se maquilló. Seguía siendo Cait Macleod, soltera y orgullosa de ello. Se dirigió abajo.

Graham levantó la vista cuando entró en la cocina, mirándola con ojos sádicos.

—Luces aún más hermosa que anoche.

Cait se volvió hacia Mattie.

—El abuelo necesita un par de anteojos. —Ella tomó una banana.

Mattie le dirigió una pequeña sonrisa.

Graham puso una mano en su pequeño hombro.

—No la escuches, Mattie. Caity es única.

Estaba sentada allí, bastante aturdida con la facilidad con la que podía descarrilarla.

Incluso con un cumplido cursi.

Le sirvió una taza de café, agregando crema y azúcar, y la puso delante de ella en el mostrador.

Duncan entró en la cocina, frotándose la cara.

—Tomaré uno de esos. —El sueño no había ayudado a su color en absoluto.

Graham miró a su hijo por un momento, luego hizo lo más ridículo. Le dio un abrazo a Duncan. Duncan se llevó una buena sorpresa.

—Oh, Papá, estoy bien. Caity te ha vuelto loco.

Ella puso sus manos en sus caderas, pero se detuvo. Estos dos se estaban componiendo. Si ella tenía que ser el chivo expiatorio... bueno, así sería. Graham soltó a su hijo y agarró una taza.

—¿Leche y azúcar también?

—Eso es lo que me gusta —respondió Duncan sonriendo.

Mattie miró de uno a otro de sus patrones masculinos, y por un momento glorioso, no era el niño triste, sino que se había transformado en un niño

normal con un brillo de alegría en su cara. Pasaron el día jugando juegos de mesa con Mattie y descansando frente del fuego.

Cada vez que Cait trataba de escabullirse para darles privacidad, uno de ellos, por lo general Graham, la empujaba de regreso al medio hasta que ella finalmente cedía; la querían sinceramente con ellos.

Deydy pasó rápidamente por la mañana. Entregó una lista de quejas a Graham, luego anunció que pasaría el resto del día con Amy y Moira trabajando en la colcha de *Nuestra Ciudad*. Cait sabía que no debía ofrecerse a ayudar. Además, el tiempo corría. Cait quería pasar el mayor tiempo posible con Graham antes de que se marchase. Pero ¡maldita sea! Antes de que se diera cuenta, Graham metió la ropa en su maleta inesperadamente, preparándose para ir a la playa para encontrarse con el helicóptero. Se detuvo en el umbral de la sala, y se volvió hacia Duncan.

—Hijo, no te enojés, pero he contratado a un par de enfermeras para vigilarte.

—Papá —le advirtió Duncan—. Soy demasiado mayor para tener niñeras.

—No lo he hecho por ti. Lo he hecho por mí —dijo Graham—. Me preocupa. Tenerlos aquí aliviará mi mente. Además, creo que la presión ha sido demasiada para Caity y Deydy.

Cait comenzó a discutir, pero no tuvo la oportunidad. Graham continuó.

—No estás muy enfadado conmigo, ¿verdad?

—Haber preguntado antes habría sido grandioso —dijo Duncan, sin sonar demasiado enfadado.

—Esa es una idea. Graham sonrió. —Lo haré bajo asesoramiento.

—Gracias —dijo Duncan—. Tú si sabes trabajar en equipo.

—¿Dunc? —Graham se puso serio—. Te cuidarás, ¿verdad?

Duncan forzó una sonrisa.

—Claro, Papá.



Las enfermeras llegaron al día siguiente y entregaron a Cait dos acuerdos de no divulgación.

—La agencia nos dijo que le entregáramos esto.

—Gracias. —Cait tomó los papeles firmados y puso a las dos enfermeras en las habitaciones del tercer piso.

Deydy se aseguró de que todos comprendieran la lista de voluntariado recién revisada que colgaba del refrigerador y se fue rápidamente. Cait todavía necesitaba decirle a su abuela que no había escrito la historia acerca de Graham. No había tenido una oportunidad a solas con ella para hacerlo. Y cada vez que pensaba que podrían tener ese momento, Deydy desaparecía, actuando como si estar cerca de Cait fuera la última cosa que ella quisiera en el mundo.

La casa de Graham se convirtió en centro de operaciones. Deberían haber instalado una puerta giratoria para la gran cantidad de personas que entraban y salían cada día. Cuando Mattie no estaba en la escuela, Cait jugaba con él mientras Duncan descansaba. Los jueves, Ross, el amigo más cercano de Duncan, lo llevaba a la cita con su médico en Aberdeen, y luego, cuando volvían se sentaban junto al fuego, bebiendo whisky, probablemente no por recomendación médica.

Duncan continuó llamando a Graham todos los días, y a Cait todas las noches, por lo general muy tarde, a veces despertándola.

—Tenemos días largos aquí —le decía—. Solo necesito oír una voz de casa.

*Siente nostalgia por ti*, su corazón irracional suspiró, y brincó en su pecho como un conejito feliz.

Su parte razonable era más astuta: cualquier voz de casa le haría sentir mejor. No era nada especial. Solo su amiga con beneficios de Gandiegow. Los días sin Graham pasaron muy lentamente. Pero cada vez que las enfermeras le

enviaban por correo electrónico informes sobre Duncan, Cait estaba segura de recibir una llamada extra para confirmar lo que las enfermeras habían dicho.

El 2 de febrero, Cait trajo el Día de la Marmota a Escocia. Ella y Mattie lo celebraron imprimiendo cuadros de la criatura mimosa y pegándolos a las coronas de papel para llevar durante la cena. Duncan no estaba bien para sentarse a la mesa, así que Mattie comió con él en su habitación, ambos llevaban la corona.

—¿Cuándo regresas a casa? —preguntó Cait a Graham aquella noche.

—El tiempo no ha cooperado para las tomas en exteriores.

—Estarás en casa para San Valentín, ¿verdad? Mattie está contando con eso. Ha estado decorando tu oficina con corazones —confesó—. Pero no lo has oído de mí.

—Volveré a casa tan pronto como pueda. Es la única promesa que puedo hacer.

—Todo el mundo te echa de menos. —La verdad era que ella era la que más lo extrañaba... su estúpida sonrisa arrogante, su apariencia exquisita y la manera en que la mantenía cerca en la oscuridad de su dormitorio.

—También te echo de menos —dijo.

El Martes de Carnaval, dos noches antes del día de San Valentín, Graham entró por la puerta trasera. Abrazó a Mattie, Duncan, Deydy, y luego se dirigió a Cait. El panqueque que estaba haciendo volteaba sobre la estufa.

—¿No me das un abrazo de bienvenida? —preguntó Graham a Cait. Ella sonrió, pero alzó la mano.

—Estoy ocupada. Panqueques para la cena. Ve y date un baño.

—Tuvieron una agradable velada juntos, aunque Deydy seguía mirando a Cait y murmurando. Cait soltó un suspiro de alivio cuando llegó la hora de limpiar la cocina y su abuela se dirigió por la puerta de atrás a su propia cabaña. La paz cayó sobre la casa. Por desgracia, junto con ella llegó algún tiempo para pensar. ¿Dónde se suponía que iba a dormir ahora que Graham estaba en casa? No se había dicho nada y ahora era tarde. Todo el mundo

desapareció uno por uno hacia la cama: Duncan, Mattie y las enfermeras.

Solo quedaron Graham y Cait.

—¿Tomarías una copa conmigo? —preguntó Graham, caminando hacia donde guardaba la bebida.

Cait intentó un falso bostezo.

—Estoy destrozada.

Ella huyó de la sala, subió por las escaleras y se metió en la cama en un tiempo récord.

Necesitaba recuperar sus sentidos. No volvería a tener el corazón roto de nuevo. Ella no estaría tentada por él esta noche.

Su puerta se abrió. Esperaba que Mattie necesitara un vaso de agua. No fue así.

—Caity, ven a la cama conmigo. Por favor.

Su resolución se hizo pedazos y se escondió bajo la cama.

—Bueno —susurró ella, levantándose y acercándose a él—, solo si haces que valga la pena.

—No te preocupes, amor. —Él le dio una palmada en el trasero cuando pasó—. Me he estado guardando solo para ti.



Al día siguiente, Miércoles de Cenizas, todos iban a la iglesia, se arrodillaban y rezaban, marchándose con restos de ceniza en sus frentes. Cait se marchó con otra cosa: una decisión. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que renunció a algo por la Cuaresma. En el pasado, había renunciado a cosas como el chocolate o el refresco. Esta vez sería mucho más difícil, renunciaría a Graham.

Graham y Mattie fueron a casa de Duncan para recoger algunas cosas. Sola, Cait caminó por el camino, dispuesta a poner en marcha su nuevo plan. Era fácil tomar una decisión. Apegarse a ella era un asunto completamente distinto. Era un amante exquisito: inventivo, juguetón y con la intención de

hacer el trabajo bien. Sus pedazos íntimos se encendieron con fuego solo de pensar en sus momentos envueltos en las sábanas. Se aflojó la bufanda y desabrochó la chaqueta para refrescarse.

La única manera de permanecer fuera de su cama sería salir de su casa. No podía volver a casa de Deydy. Su abuela la odiaba. Nuevos comienzos y empezar de nuevo iba a requerir algo más. Su relación estaba en el retrete, y estaba decidida a tirar la cadena.

La única opción de Cait era regresar a su fría habitación sobre el bar. Tembló y volvió a cerrar su chaqueta.

No vaciló en la puerta de Graham. Se metió en la mansión, corriendo escaleras arriba para empacar e irse antes de que Graham regresara. Vació el cajón en la maleta sin preocuparse por la ropa arrugada. El tiempo era esencial.

—¿Qué estás haciendo? —Cait saltó.

Duncan estaba recostado contra el umbral de la habitación. Había olvidado que estaba en casa porque no se había sentido lo suficientemente bien como para asistir a la iglesia.

Cogió el equipaje y lo puso en el suelo.

—Pensé que podría darles un poco de espacio ahora que tu Papá está en casa.

Duncan entró a la habitación.

—Sabes que no le va a gustar.

Cait lo ignoró y entró en el baño para limpiar la ducha. Duncan bloqueó la entrada del dormitorio.

—No te vayas hasta que le digas lo que estás haciendo. Ha llegado a depender de ti.

Cait frunció el ceño a Duncan con dureza hasta que se dio cuenta de que era así como Deydy se había puesto tan arrugada.

—Graham Buchanan es rico y famoso. Puede contratar a alguien para ocupar mi lugar. —*Una ama de llaves, una niñera, una prostituta. Oh, Dios,*



*¿a qué se había reducido?*

Detrás de Duncan, una voz profunda resonó.

—¿Contratar a alguien? Soy un escocés frugal. No encontraré a alguien que haga lo que haces por tan poco.

Duncan se volvió y sonrió a Graham.

—Ya era hora de que llegaras. Te lo dejo a ti para resolverlo. Haz que se quede. Ella me hace sonreír.

Cait dio un pisotón.

—¡Maldita sea! Me has retrasado a propósito. —Duncan salió de la habitación, dejando a Cait y a Graham solos.

Este último se apoyó contra el marco de la puerta.

—¿Por qué te vas?

—Te dejo por la Cuaresma. —Se puso de pie, dejando los artículos de tocador en otra bolsa—. Nada de lo que puedas decir me hará quedarme.

—Si no quieres por mí, hazlo por Mattie.

—No estás jugando limpio.

—Nunca lo hago —respondió Graham.

Y luego llegó el último clavo de su ataúd, el niño de seis años salió de detrás de su abuelo. Estaba hundida.

—Bien —suspiró ella—. Pero sal mientras saco el equipaje. —Agarró a Mattie—. Tú puedes quedarte.

Graham le lanzó una sonrisa de victoria.

—Estaré trabajando en la comida de esta noche.

—Sí, ponte a trabajar —le dijo por encima del hombro.

Deydy fue a la mansión para la comida de pan, vino y sopa. Su abuela no la miró tanto esta vez, lo cual fue útil. Pero no todo estaba bien. Cait vio los moretones violáceos que cubrían los brazos de Duncan antes de que se bajara las mangas para cubrirlos. Parecía más cansado que de costumbre y se fue a la cama justo después de mordisquear un poco de pan.

Deseaba poder decirle a esas dos confabuladoras, Leucemia y Muerte,

que se pudrieran en el infierno. Pero no lograría nada. El infierno les había enviado para establecerse en Gandiegow.

Subió a su habitación y comenzó a escribir un artículo sobre lo que la familia y la comunidad pasan cuando uno de los suyos tiene la terrible enfermedad. Lo escribió y lo envió al Woman's Day para ver si podía funcionar en su sección de interés humano.

Se puso su pijama de mimbres, se arrastró hasta la cama y apagó la luz. Se sentía terrible por Duncan, triste por Mattie y sentía lástima por sí misma.

¿Por qué no podía encontrar al verdadero amor? ¿O al menos alguien que durara? Graham le había dicho que le gustaba mantener las cosas casuales. El problema era que simplemente no era una chica a la que le gustaran las cosas casuales. Ella no solo quería sexo increíble; quería más. Oh, Dios, ¡cómo odiaba admitirlo! Quería el paquete completo.

Un poco más tarde, se despertó en su cama, de lado. Graham la había tomado en sus brazos. No estaba tratando de llevarla a nada, sino que hizo algo mucho más devastador, la mantuvo cerca. Durante mucho tiempo, se quedó callado y luego entrelazó su mano con la de ella.

—Dime que va a estar bien, Caity —susurró en la oscuridad. Ella puso su mano en su pecho y decidió que no era el momento de mentir.

—No lo sé, Graham. Simplemente no lo sé.

# Capítulo Veintiuno

A la mañana siguiente, Cait se dirigió a casa de Deydy con su cámara para tomar fotos de la colcha *Nuestra Ciudad, Gandiegow*. Todas las costureras se habían reunido.

—Apresúrate —dijo Deydy ladrándole—. Tenemos mucho que hacer para la celebración esta noche.

—Bien —dijo Cait—. Pero necesito conseguir buenas fotos para la subasta en Internet. Cuanto más personal podamos hacerlo, mejor.

—¿Vas a escribir un artículo? —preguntó Rhona.

La cabeza de Cait se alzó de sorpresa. ¿Deydy les había dicho a todos lo que había planeado hacer? Pero la mirada del rostro de Rhona no contenía ninguna acusación, solo curiosidad. Cait borró la preocupación de su rostro.

—Sí, pensé en eso. Hacer una historia sobre ustedes, las costureras. ¿Están de acuerdo?

—¿Estás preguntando antes de hacerlo? Eso es nuevo —murmuró Deydy. Amy habló, emocionada.

—¿Vas a entrevistarnos por separado o juntas? Tengo algunas historias graciosas que podría contarte sobre mi tía.

—Voy a escribir sobre ustedes como una comunidad, un grupo de costura. Dejaré que todas lo revisen antes de publicarlo. ¿De acuerdo? —dijo Cait.

Deydy puso cara de asombro y Cait sabía por qué. Ambas estaban pensando en la otra historia. Cait puso su mente de nuevo a la tarea. Tomó algo de trabajo, pero sacó varias fotos de las mujeres sosteniendo el edredón junto al mar, junto al acantilado, y agachadas junto a la cabaña de Deydy.

—Caity, ¿nos ayudarás con la decoración de la fiesta de esta noche?

Estaba a punto de decir «sí», pero su *dulce* abuela habló primero.

—No, Caity tiene que poner en Internet lo del edredón. —Cait las observó mientras se ponían a trabajar en la decoración.

Sola, regresó a su habitación en la mansión para armar el artículo y empezar la subasta. Mientras escribía, no podía evitar preguntarse la cantidad de dinero que la colcha recaudaría si Graham diera únicamente su permiso para usar su fama para venderla. Conociéndolo, sin embargo, probablemente solo rescataría a la ciudad una vez más, superando a los compradores legítimos para asegurarse de que la colcha se vendiera por un buen precio.

Era mejor no decirle nada al respecto. Quería que la ciudad pudiera ayudarse a sí misma, mantenerse sola. Se preguntó qué más podría hacer para ayudar. De repente, su puerta se abrió. Levantó la vista y cerró la tapa de su portátil. Graham parecía perturbado.

—Siento interrumpir. —Parecía infeliz al encontrarla en su ordenador—. Solo me preguntaba si querías dar un paseo a tu casa.

Cait se limpió la culpa de su rostro. No había hecho nada malo. *Como escribir una historia que revelara todo lo que quería mantener en secreto.* Graham se adentró en la habitación.

—Me encontré con Sinclair. Tiene un grupo en tu bungalow, están limpiando la zona, preparándola para la remodelación.

Cait señaló su ordenador portátil, avergonzada.

—Solo estoy trabajando en un artículo sobre edredones —dijo—. Nada especial.

—¿Vienes o no? —Él entrecerró los ojos en su dirección como si tuviera un detector de mentiras dirigido a su cabeza.

—Claro.

Ella se levantó y agarró su abrigo. Cuando bajaron, Graham se detuvo en la puerta trasera.

—Oh, ¡demonios!. —Su exclamación la puso en guardia—. He dejado mis guantes arriba.

—No moveré un músculo —dijo, sonriendo a sí misma.

*Adelante, detective. No encontrarás nada que me incrimine.*



*¿Edredones?, sí seguro.* Graham estaba seguro de que había estado escribiendo una historia sobre él, seguro que la había pillado en el acto. Y fue sorprendente lo decepcionado que lo hizo sentir. Pero se quedó mirando la pantalla, atónito.

Era solo una historia sobre un edredón y las costureras de Gandiegow. Entonces, ¿por qué había actuado tan extrañamente? Solo Dios sabe, era la única conclusión a la que podía llegar. Nunca había estado tan feliz de estar equivocado. No había venido a exponerlo. Sospechaba que había sido enviada por un poder superior para ayudarlo a superar esto, para ser un consuelo para él. Pero se había vuelto mucho más. Había tomado su vida un tanto falsa y superficial y le había traído profundidad y realismo, cosas que no había experimentado desde que era un niño.

Ella había dado sentido a su existencia, más allá de lo que hizo en las ventas de taquilla. Lo había hecho sentir como un superhéroe en su vida cotidiana. No estaba completamente seguro de lo que significaba, pero sabía que se preocupaba profundamente por ella. Le estaba muy agradecido por ser parte su vida. Aún más importante, sentía que Caity, de alguna manera, también había traído una capa adicional de protección a Gandiegow.

Si los buitres supieran que Graham vivía aquí y se enteraban de la enfermedad de Duncan, la prensa estaría destrozando sus vidas, haciendo de una situación dolorosa, insoportable. Gracias a Dios que tenía a Caity y gracias a Dios que todavía tenía su privacidad.

Caity gritó desde el fondo de las escaleras.

—¿Vienes o qué?

Graham cerró la tapa del ordenador portátil y bajó corriendo las escaleras.

Caity estaba allí, ruborizada y guapa en su abrigo marrón. Tenía la necesidad de besarla, pero en su lugar abrió la puerta trasera.

—Vamos, Srta. Macleod.

—Afuera, el sol rompió las nubes y empezó a silbar.

De repente, Caity dejó de caminar y se volvió hacia él.

—Hay algo de lo que tengo que hablar. Se trata de ti y de tu estrellato.

Se sentía confundido. ¿Acaso no había resuelto todo este asunto y había decidido que no quería escribir una historia sobre él?

—Está bien. —Finalmente respondió, preparándose.

—He tenido esta idea flotando en mi cerebro durante algún tiempo y me preguntaba qué hacer contigo.

Tal vez no estaba hablando de escribir una historia. Tal vez se trataba de tener una relación honesta.

Es curioso, el pensamiento no le hizo desear subirse en un avión y salir de Escocia.

—Adelante. —La animó.

—Es acerca de los edredones —dijo como explicación.

—¿Qué? —Tenía una manera de volverlo loco—. Estoy perdido. ¿De qué estás hablando, muchacha?

Cogió su bufanda, sin mirarlo.

—Tengo una idea. Necesitaré tu ayuda. Tu cooperación para que funcione.

—¿Qué significa eso? —*¿Qué estaba haciendo?*

Lo enfrentó completamente.

—Si comprara dos de los negocios vacíos en el paseo marítimo, podría renovarlos y convertirlos en una base para las costureras. Llámalo *Kilts & Quilts*<sup>10</sup> o algo pegadizo.

Se sentía como si estuviera en una montaña rusa, lanzado de lado a lado y arriba y abajo. Se puso de puntas y luego le tocó el brazo.

—Si necesitas el dinero, muchacha, todo lo que tienes que hacer es pedirlo. No me importa ayudar a la ciudad.

Ella se apartó de él.

—No necesito tu dinero. ¿No estás escuchando? Lo que necesito es tu cooperación.

—¿Cómo entonces? —preguntó tentativamente.

—Este local de costura no solo sería para los lugareños. Quiero que sea un negocio rentable que tendrá un impacto positivo en la economía de Gandiegow. Pensé que si convirtiéramos el pueblo en un punto de referencia para la costura y el acolchado...

—¿Un qué?

—Un punto de referencia, un destino turístico. Un pintoresco y encantador lugar para las personas interesadas en el tema. La gente podría venir de todo el mundo y disfrutar de un poco de sabor local, mientras hacen lo que aman. Podríamos enseñar clases. Cuando digo que *podríamos* me refiero a Deydy y al grupo. Solo estoy pensando en voz alta, pero podríamos traer a Fons y Porter o a Eleanor Burns para hacer algunos talleres.

—¿Quién?

—Gente famosa en el mundo de los edredones y la costura. —Ella puso sus manos en sus caderas—. En serio, Graham, ¿no has oído hablar de Fons y Porter?

—Veo a dónde vas con esto, pero ¿dónde se quedarían estas personas? Solo tenemos una habitación en el bar. Y ciertamente no pienso convertir mi casa en un hotel para un grupo de mujeres con tijeras.

Ella se echó a reír.

—No te preocupes, Sr. Generoso. Pensé que podíamos convertir mi casa en la zona de alojamiento. Hacerla estilo dormitorio. Tal vez construir una extensión en la parte trasera. Como el Sr. Sinclair aún no ha comenzado, podría revisar los planos.

Graham se sintió impresionado.

—¿Dejarías tu privacidad para esta aventura?

—Por supuesto.

—¿De dónde sacas el dinero para todo esto?

Ella se inclinó hacia él y susurró.

—No se lo digas a nadie, pero estoy forrada.

Él le sonrió.

—No estás solo llena de sorpresas.

—¿Así que me ayudarás?

—Sigues rechazando mi ayuda. Haré lo que quieras que haga.

—Bien —dijo ella, aliviada—. Necesito que coordines tus visitas a Gandiegow para que te vayas cuando tengamos nuestros retiros.



De la nada, un nuevo camino había aparecido para Cait. Un mejor camino. Uno con menos dilemas morales y giros desafiantes. Uno que ella podía abrazar con todo su corazón. En lugar de reanudar su carrera periodística, se dedicaría a la empresa *Kilts & Quilts*. Le encantaba el acolchado. Ella amaba esta ciudad. Gandiegow, su hogar.

Graham rompió su ensueño colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Se encogió de hombros.

—¿Retribución? ¿Para ayudar? —Le dirigió una mirada dura—. Olvida eso. Solo quiero ser un héroe para la ciudad, como tú.

—¿Qué? —Actuó como una rata atrapada en una jaula, pero luego se relajó—. Oh, sí, el bar. Cierto.

Levantó las cejas y lo miró fijamente, haciéndole saber que sabía todo lo que había hecho por todos en secreto. Finalmente se dio la vuelta.

Ella continuó.

—Pensé que una parte de las ganancias podría ir al Fondo de las Familias de los Pescadores Perdidos.

Graham hizo un silbido bajo.

—Te harán Santa por eso.



—No si no lo saben. —Le dio un puñetazo en el brazo—. Guardaré tus secretos si guardas el mío.

Se frotó el brazo como si le hubiera hecho daño.

—Bien.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Trabajar conmigo en la programación. Y yo trabajaré contigo para preservar tu privacidad.

Sacudió la cabeza, no como respuesta, sino sorprendido.

—Eres una buena mujer, Caity Macleod. Claro, lo haré.

Él extendió la mano para tomarla en sus brazos.

Ella lo esquivó.

—Y usted, señor —dijo con su mejor voz de reina—, se toma demasiadas libertades.

Él colocó su brazo en el suyo.

—Sí, es una falta grave, pero es San Valentín. Feliz Día de San Valentín, Caity. —Besó la parte superior de su cabeza—. Ahora vamos a hablar con Sinclair sobre tu gran plan.

El pequeño picar de un beso le hizo sentirse caliente y molesta.

—Odio el Día de San Valentín —Se quejó—. Hay demasiada expectación y no se obtiene lo suficiente. —Ella le miró para ver si estaba de acuerdo. Le dirigió una sonrisa de lobo.

—Te mostraría lo que es «suficiente» si me lo permitieras. —Ella negó con la cabeza.

—Te lo he dicho, he renunciado a todo eso por la Cuaresma, así que no intentes nada, macho.

—Yo no soñaría con eso. —Pero esa mirada encapuchada que él le había dado. Había dicho que estaba dispuesto a todo si ella se lo permitía.

Ella le miró furiosa.

—Tenemos mucho que hacer hoy, así que mantén tu mente alejada de esos

pensamientos, ¿lo harás?

Solo se rió, sin prometer nada. Encontraron al Sr. Sinclair dirigiendo a un pequeño grupo de hombres que limpiaba la casa quemada de Caity. Ella le contó al contratista acerca de sus nuevos planes para la casa y los negocios del centro. Habló de todas las cosas que tenía en mente, una por una.

—Para el edificio de acolchado, quiero un montón de enchufes eléctricos, una zona de cocina agradable, un hogar grande, y una sala para asientos cómodos.

Sinclair dijo que todo podría se podría hacer y que lo haría más tarde, la semana siguiente cuando tuviera los planos nuevos para todo.

—Escucha, Graham —dijo Cait, mientras se iban—. Tengo que hacer algunas cosas antes del baile de esta noche.

—No hay problema —dijo—. Voy a ir a ver la casa de Duncan y luego iré al bar. Prometí que iría a ver a Bonnie hoy.

Cait se calentó como una estufa.

—Dile que ¡no se toca! —explicó ella.

—¿Por qué?, Caity, me parece que estás celosa.

—No lo estoy. Solo sé que sus uñas deben ser registradas como armas letales. Será mejor que te quedes a tres pies de distancia de ella en todo momento para que no te saque un ojo o algo así.

Él le dio un apretón.

—No dejaré que nadie excepto tú me toque.

Un cálido chisporroteo se disparó hacia la columna vertebral de Cait. Se alejó y se compuso, tratando de controlar sus hormonas, *las muy putas*.

Se dirigió al otro lado de la ciudad, hacia la mansión. Una vez en casa de Graham, terminó el artículo sobre el acolchado e hizo copias para que las damas del edredón lo revisaran. El estómago de Cait comenzó a moverse como un barco en medio de una tormenta, sabiendo que pronto tendría que hacer frente a los comentarios mordaces y miradas mortales de Deydy.

Se dirigió a la vieja fábrica de lana que era uno de los edificios que

planeaba comprar para el retiro de acolchado. Esta noche, sin embargo, serviría como local para el baile. Allí encontró al grupo de costura y a muchos otros que adornaban el interior con corazones y serpentinas mientras que los muchachos jóvenes alineaban las sillas alrededor de los bordes de la habitación. Amy estaba colgando una bola de discoteca en el centro del techo.

—Hola, Amy, aquí está lo que escribí sobre el grupo. —Ella le entregó una de las copias.

—Maravilloso. —Amy bajó de la escalera. Cait se dirigió a todas las damas, pero Bethia tenía otras cosas en mente:

—¿Por qué no has estado cosiendo con nosotras? —preguntó Bethia—. Deydy dice que estás demasiado ocupada, pero no lo creo. —La anciana le tocó el brazo— ¿Qué está pasando contigo y tu abuela?

—Un malentendido —dijo Cait—. Lo solucionaremos. Al menos eso espero.

—Eso espero yo también, muchacha —dijo Bethia—. Tu abuela está herida.

Deydy no parecía estar sufriendo. Ella estaba en su elemento, actuando como sargento, gritando órdenes a todo el mundo y sonriendo con satisfacción cuando hacían lo que decía. Cait se acercó a ella, después de haber guardado la copia de Deydy para el final. Deydy le dirigió una mirada y le dio la espalda. Como no se podía oír en el fondo del edificio, Cait le dijo a la espalda de la anciana.

—Es el artículo de la costura, abuela. No el otro. —Cait miró al suelo—. No lo envié. No podía hacerlo.

Deydy giró tan rápido que se debería de haber dado un latigazo cervical. Y si Cait pensaba que iba a ver agradecimiento en ella, bueno, estaba equivocada.

Deydy cerró los puños en sus caderas con los ojos ardiendo como un guerrero escocés.

—No importa que hayas vuelto en tus cabales, niña estúpida. Cambiar de

opinión no borra el hecho de que ibas a hacerlo. Todavía es una traición.

—Pero...

Deydy se marchó. Cait se quedó allí un momento, sus ojos ardían, su rostro cálido, y huyó del edificio antes de que alguien la mirara de cerca y viera su vergüenza. Corrió de regreso a la casa grande. Mattie la encontró en la puerta y le dió un abrazo. Gracias a Dios por este niño. Pasaron el resto del día trabajando en las tarjetas de San Valentín.

Cait trató de ayudarlo con las suyas, pero seguía empujando papel rojo hacia ella, con su dedo índice en dirección a Cait. Como si tuviera tarjetas que completar por sí misma. Sí, claro.

Finalmente, aceptó e hizo una para Deydy, que Cait no tenía intención de darsela. Hizo una para Duncan, más alegre. Hizo una para cada una de las costureras. Cuando acabó con esas, Mattie la miró expectante. Le empujó otro pedazo de papel rojo, uno brillante, una pieza especial.

—Bien —murmuró ella, sonando como Deydy. Mattie sonrió. Cortó tres corazones: dos grandes y uno pequeño. Los pegó todos juntos con el pequeño corazón entre ellos. No había manera de que escribiera *Eres mi Valentín*. Solo escribió *Feliz Día de San Valentín*. Mattie frunció el ceño.

—Está bien —dijo y escribió: *Con amor, Caity*—. ¿Estás feliz ahora, pequeño mono?

—Mattie se levantó de su silla, caminó alrededor de la mesa, y le dio un beso descuidado en la mejilla.

Cuando no estaba mirando, metió otro pedazo de papel debajo de los otros, planeando completar su tarjeta en la intimidad de su habitación antes de la celebración.

Después de limpiar el lío de papel y recortes y apilar sus cartas en pilas cerca de la puerta trasera, fue a terminar la sopa de pollo para la cena. Una vez terminada, envió a Mattie a recoger su habitación mientras llevaba una bandeja a Duncan.

Este se había sentado, apoyado en su cama, para leer una revista de

pesca. Si no se viera tan cansado, habría parecido un hombre ocioso.

Cait golpeó la puerta.

—¿Pueden los no-pescadores entrar?

Él levantó la cabeza y sonrió.

—Solo si tienes comida.

—Entonces tengo suerte. —Puso la bandeja delante de él—. ¿Vas a ir a la fiesta esta noche?

—No me la perdería —dijo intentando sacar una sonrisa de buen humor, pero se quedó corto—. Solo estoy descansando ahora para poder salir más tarde.

Sacó una servilleta del bolsillo trasero y se la dio.

—Seguro que los vas a matar de alegría cuando asistas. —Se encogió ante su elección de palabras. Nunca era una buena idea traer a la Muerte a la conversación.

Duncan hizo una mueca de dolor y cerró los ojos, parecía que estaba tratando de ignorar su error.

—Caity, quiero darte las gracias —comenzó.

Ella sacudió su cabeza.

—¿Por la sopa? No es nada. No tienes porque agradecerme.

—No por la sopa. Por haberme aclarado las cosas con respecto a Papá. —Él extendió la mano y tomó la suya—. Tu desagradable temperamento dio un buen resultado.

—¿Me agradeces que tenga mal genio? —Trató de parecer sorprendida—. ¿Esa es tu mejor idea de agradecimiento?

Duncan continuó.

—Las cosas están mucho mejor ahora entre mi Papá y yo. Mattie se alegra cuando nos llevamos bien. —Le apretó la mano—. Has sido buena con nuestra familia, Caity. Nunca lo olvidaré.

Un presagio la golpeó. La Muerte acababa de dar un paso dentro de la habitación. Ella sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Suená como si te estuvieras despidiendo. No voy a ninguna parte.

—Sí, sé que *tú* no iras a ninguna parte —dijo.

Ella se negó a dejar que se pusiera triste.

—Me necesitan demasiado aquí. Los platos, la colada, incluso extrañarían mi desagradable temperamento. —Levantó la bandeja más cerca de él—. Ahora come. —Se volvió para irse.

—Una cosa más —dijo Duncan—. Dile a Mattie que venga a verme.

Después de que Mattie estuviera en la habitación de su padre durante mucho tiempo, bajó las escaleras y encontró a Cait en el lavadero, sacando su vestido rojo de la secadora.

—¿Qué ocurre, pequeño? —Ella se agachó para verlo mejor. Tenía los ojos rojos y llorosos como si hubiera estado llorando.

Él extendió la mano y le dio un abrazo, aferrándose a ella como si su pequeña vida dependiera de ello.

---

10 Juego de palabras. *Kilts*: faldas tradicionales escocesas. *Quilt*: edredón.

# Capítulo Veintidós

A pesar de que Deydy no quería, Cait fue al baile temprano para ver si podía ayudar con los preparativos de última hora. La tienda de lana se había transformado completamente en la tierra de caramelo de Cupido, caramelo de algodón de amor. La mayoría de la gente lo habría encontrado adorable. No Cait. Los corazones rojos y rosados le hacían querer vomitar. El día de San Valentín podía saltar de un acantilado en lo que a ella se refería.

En el primer día de San Valentín de Cait con Tom, le dio quince millones de excusas de por qué no había planeado nada especial: no había flores, ni chocolate, ni comida refinada. Ella le había conseguido la colección completa de los Beatles, algo que él quería. Una caja de sus dulces favoritos, y lencería especial. Todo fue un desperdicio.

Después de eso, el Día de San Valentín fue cuesta abajo. Pasó la mayor parte de ellos «trabajando hasta tarde en la oficina».

Cait puso sus tarjetas en los sacos de papel que estaban alineados contra una pared, alfabéticamente con el nombre de cada persona. Depositó sus tarjetas en sus respectivas bolsas y fue a ayudar a Moira a llenar las tazas con ponche rojo. Lentamente, la gente entró y Cait se encontró mirando la puerta con atención.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Moira.

Cait odiaba mentir, pero lo hizo de todos modos.

—No. Solo me aseguro de que la puerta no se quede abierta. No quiero que todo el aire caliente se escape.

—Ya veo —dijo Moira con la cara recta—. ¿Estás segura de que no estás esperando a una estrella de cine?

Amy surgió de la nada y dio un codazo a Moira.

—¿Está buscando a Graham? —Luego se volvió hacia Cait—. Estoy segura de que llegará pronto.



Las mejillas de Cait ardieron y tuvo ganas de gatear bajo la mesa.

—¿Quieres parar con eso?

Se sonrieron y se encogieron de hombros.

Rhona se unió a ellos y Cait se alegró cuando entró en el modo de enseñanza a pesar de que no estaba interesada en el tema.

—¿Sabían que Escocia es mundialmente conocida por su romance? — Ella fue contando cada elemento con sus dedos—. Gretna Green por fugarse y casarse. Robert Burns por su poesía romántica. Rob Roy por su gran amor.

Moira parecía interesada. Cait no lo estaba. Romance y el Día de San Valentín era para aquellos que creyeran en el amor.

—Y tu abuela, Caity —continuó Rhona—. Conocí a tu abuela en este mismo día, hace muchos años, en una fiesta muy parecida a esta.

—¿Qué? —preguntó Cait, finalmente interesada.

—¿No has oído la historia? —preguntó Rhona.

Bethia se unió a ellos.

—La contaré yo. Yo estuve ahí. Se hizo un juego. Uno que se jugó durante muchos años. Todos los hombres solteros del pueblo escribían su nombre en trozos de papel y los ponían en un sombrero. Las señoras solteras elegían un nombre del sombrero y él tenía que permanecer con ella durante toda la noche. Ese año, Deydy sacó el nombre de Hamish.

—¿Deydy?, ¿mi abuela?, ¿jugó un juego el Día de San Valentín? —preguntó Cait, incrédula.

—Tu abuela era toda belleza, como tú, pero era pragmática. No tenía tiempo para ser cortejada de la manera normal. Necesitaba un hombre para ayudar con las tareas domésticas, así que eligió un nombre del sombrero.

—Entonces, así fue como Deydy consiguió un marido.

—Compórtese, señorita Caity, o se lo diré a su abuela —se rió Bethia—. De cualquier modo, Deydy no contaba con enamorarse de Hamish McCracken, pero antes de que terminara la noche, esos dos eran uña y carne. Se cansaron un mes más tarde.

—Nunca supe eso. —Cait apretó los redondos hombros de Bethia—. Gracias por decírmelo.

—Saber cosas nunca hace daño —dijo Bethia—. Historias como esa se repiten en las familias. Deydy se enamoró el día de San Valentín. Tú también puedes.

—No lo creo —dijo Cait—. No necesito un hombre. Las tengo a ustedes señoras ¿Quién podría pedir más?

Bethia y Rhona sacudieron la cabeza, pero fue Rhona quien habló.

—A veces no tenemos elección en estos asuntos, pequeña Caity —dijo su maestra—. Recuerda que te lo dije.

Pero Cait había llegado bien armada. Antes de salir de la mansión, había clavado su resolución firmemente en su lugar y no se iba a dejar llevar. No importaba cuánto le implorara y suplicara Graham, ella no bailarían con el Sr. Increíble esta noche. Tenerlo cerca y moverse al compás de la música era solo pedir problemas.

Y sexo.

Si ella lo dejaba, sería como masilla, flexible y dispuesta en sus manos, dejando que la tomar una y otra vez en su cama, poniéndola caliente, sudorosa y satisfecha. Cait agitó una servilleta delante de su cara.

—¿Hace calor aquí? —le preguntó a Moira.

—No, pero creo que querrás ver quién acaba de entrar por la puerta. — Cait levantó la cabeza y vio como Graham la miraba.

—¿Estás bien? —preguntó Moira.

—Claro.

Pero no era así. Graham lucía más que maravilloso. Exudaba sexo al igual que el sol emitía rayos. Y cada mujer en la habitación lo sabía. Todas se habían girado en su dirección y, aunque fueran conscientes de ello o no, se sentían atraídas hacia él. Las hembras caminaron hacia la puerta en un trance, como zombis hambrientos de feromonas. Excepto Bonnie, que se acercó a él rápidamente, enrollándose en su brazo, sus tetas expuestas casi al alcance de

su lengua.

La resolución de Cait vaciló seriamente. No había previsto que esto sucediera, no había imaginado a Bonnie y a todas las demás mujeres en la ecuación de la noche. Moira extendió la mano y contuvo a Cait de saltar sobre la mesa y empujar a Bonnie hacia el pastel especial en forma de corazón de esta noche.

—Ella no está a tu nivel, Caity —dijo Moira—. No tienes nada de qué preocuparte. *Moira estaba en ello de nuevo.*

—Deberías renunciar a este emparejamiento amateur. —Cait llenó otra copa. Moira se encogió de hombros.

—Tengo ojos, es todo. Y por lo que parece —inclinó su cabeza hacia Graham—. Él solo tiene ojos para ti.

—Si vamos a ser buenas amigas, Moira Campbell, tendrás que dejar de ser tan romántica.

—Quiero que seamos buenas amigas —dijo Moira.

—Entonces vas a tener que dejar de ver cosas donde no las hay. —Cait le sonrió de todos modos.

La música empezó, una selección escocesa, y la multitud gritó y gritó mientras la pista de baile se llenaba rápidamente. Cait caminó dos pasos detrás de la mesa antes de ver lo que pasaba cerca de la puerta.

Sin previo aviso, Bethia y Deydy extrajeron a Graham de los tentáculos de Bonnie y lo sacaron a bailar.

Cait sonrió.

—Esas dos son un encanto, ¿verdad? —Moira también sonrió.

—¿Por qué no vas a bailar con Mattie? —Moira tenía razón. Mattie estaba de pie junto a Duncan, agarrando su mano. Cait se dirigió hacia él, tratando de no chocar con los bailarines hiperactivos. Cuando lo alcanzó, se arrodilló.

—¿Puede concederme esta pieza, amable señor?

Mattie miró a Duncan para que lo aprobara.

—Vete ahora y diviértete —dijo Duncan—. Voy a ir a sentarme con Doc. Recuerda, Mattie, a las mujeres no les gusta que le pisen los dedos de los pies.

Cait apretó suavemente su brazo y luego tomó la mano de Mattie. Bailaron una versión alternativa del vals. Cuando terminó la canción, una niña de unos cinco años le preguntó si podía bailar con él.

Mattie pareció complacido, así que Cait regresó a la mesa del ponche para ayudar a Moira. Le dio una visión clara de la acción que transcurría en la pista.

Freda Douglas había conseguido el próximo baile con Graham. Luego Rhona. Una adolescente. Amy. Ailsa, luego Aileen.

Bien, Cait intentó convencerse a sí misma. Me alegra que esté bailando con las mujeres de la ciudad. Pero cuando le pidiera para bailar, tendría que negarse.

La siguiente canción comenzó y Bonnie lo separó para bailar con ella una danza lenta. Se aferró a él como celofán y giró sus caderas como si estuviera practicando su baile de hula<sup>11</sup>.

Justo cuando Cait no podía aguantar más, la canción terminó.

Las luces subieron y Rhona comenzó la subasta de la colcha *Molinillo* de Deydy. Graham entró en una oferta antes de que Bethia capturara su brazo, lo que le impedía subir el precio. La colcha se vendió por 125 libras a Coll, el marido de Amy.

—Feliz Día de San Valentín, Amy —gritó Coll, sosteniendo el edredón sobre su cabeza.

La nunca tímida Amy corrió y saltó en sus brazos, estampando un beso en sus labios.

La música comenzó de nuevo. Mientras entregaba una taza de ponche a Mattie y a su nueva amiga, Cait levantó la vista y vio a Graham abriéndose camino hacia ella.

*Ahora es cuando. Determinación. Sé valiente. Sé firme. Sé implacable.*

Sonrió y luego extendió la mano a Moira.

—¿Te gustaría bailar?

Moira le dio a Cait una mirada encogiéndose de hombros y sonrió, sucumbiendo a los encantos de Graham, sin una mirada hacia atrás.

Cait cambió de idea. *Moira no sería una buena amiga.*

Cait no podía apartar los ojos de ellos, el insecto de los celos se apoderó de nuevo. No sabía si era Graham o la música o simplemente el talento natural de Moira, pero la tímida mujer se puso viva, sonriendo, riendo, graciosa con sus pies; una persona diferente.

Después de que la canción tocara su última nota, Rhona anunció el último baile de la fiesta. Graham depositó a Moira de nuevo en su puesto con la chica brillando como un girasol. Cait la fulminó con la mirada, un poco de animosidad penetrando.

Graham extendió la mano hacia Cait.

—¿Me harás el honor de concederme el último baile?

Cait abrió la boca para decir «no» pero no salió nada. Intentó otra vez.

—Yo... yo...

Él la tomó de la mano.

—Lo tomaré como un «sí».

La llevó a la pista y la hizo girar en sus brazos. Le susurró en gaélico al oído mientras la abrazaba.

Cerró los ojos, yendo con él, dejando que la música los sacudiera en su propio pequeño mundo. Estaba atrapada en su red, sus emociones enredadas en él. Por todo lo que Cait sabía, estaban solos en su cama, haciendo el amor, convirtiéndose en uno. Se sentía tan bien y tan justo. No dejó que su cabeza pensara en lo expuesto que estaba su corazón. Se ocuparía de eso más tarde.

Se encendieron las luces. La música se había detenido. Hacía ya un minuto, a juzgar por todos los ojos que los miraban. Se soltó del abrazo de Graham y se sintió marcada por el calor que se elevaba en sus mejillas. Al otro lado de la habitación, Cait captó el ceño fruncido de Deydy y corrió hacia la puerta.

Afuera, hacía frío, sobre todo sin su abrigo. No podía volver a la casa grande, la casa de Graham. No podía ir a casa de Deydy.

Cait huyó a la pequeña habitación sobre el bar.



Tenía que empezar de nuevo. Tenía que componerse. Tenía que conseguir una orden de restricción contra Graham para mantenerlo alejado de su corazón.

Desde afuera, el bar se veía oscuro. Entró en el edificio y subió corriendo las escaleras. Su habitación seguía siendo cajas de pared a pared, pero al menos tenía una cama.

Completamente vestida, se quitó los zapatos de baile, un par de tacones de cuero rojo Kate Spade y se metió en la cama. Echaba de menos la colcha de doble costura de su madre, pero con la que tenía allí se conformaría por el momento. La subió hasta su barbilla, una lágrima se deslizó por su rostro.

Tal vez podría mudarse a Fairge hasta que su casa fuera habitable. No sería para siempre, solo el tiempo suficiente para recuperarse y reforzar su determinación. Pero ¿y si Mattie y Duncan la necesitaban?

Un tiempo después, la puerta de su pequeño cuarto se abrió. No estaba asustada. Sabía que la encontraría. Pasos crujieron por el suelo.

—Muévete —dijo con su voz profunda.

—No —respondió ella, sonando como una adolescente petulante—. No te quiero aquí.

—Aun así. —Él deslizó suavemente su cuerpo robusto junto a ella. Estaba segura de que tenía que tener medio cuerpo afuera.

Él la rodeó con un brazo.

—No es tan cómodo aquí.

—Nadie te lo preguntó —replicó ella, aunque pudo percibir que olía muy bien.

—Caity, no puedo dormir sin ti cerca. Estaba muy alterado en Italia. —

Graham suspiró—. Mattie necesita a su abuelo de buen humor. Duncan, también. Así que aquí estoy. Él la apretó contra la pared—. Tendríamos más espacio en mi cama.

Se movió un poco en la cama.

—Es muy grumoso, también. Si vamos a estar durmiendo en el bar a partir de ahora, será mejor que reemplace el colchón.

Ella hizo todo lo posible para ignorarlo, pero era casi imposible. Sus manos le rogaban recorrer su cuerpo. Continuó.

—Yo me preocupo por Mattie. ¿Qué pasa si algo pasa por la noche y el niño nos necesita? Sé que las enfermeras están allí, pero Mattie se ha apegado mucho a ti. —Exhaló con tristeza.

—Bien. —Ella se sentó—. Eres una reina del drama. —Se escabulló por el borde inferior de la cama—. Tengo que encontrar otra chaqueta para llevar. La mía está en la fiesta.

Él le tiró su propio abrigo.

—Vamos a casa.

—No —dijo ella—. No es mi casa. Solo voy para ayudarte. Cuando la casa esté terminada, os dejaré solos. Duncan podrá llamarme cuando lo estime conveniente.

A través de la luz de la luna llena, él la estudió.

—Entiendo, pero creo que tú no.



Los pensamientos de Graham le impidieron sentir el viento del invierno mientras regresaban a la mansión.

*Grandes palabras, le había dicho. Como si tuviera todas las respuestas. Mierda, él tampoco entendía nada.*

Lo único que sabía era que la necesitaba cerca. Ella lo hacía sentir sano. Real. Correcto. Cuando estaba cerca, era más de lo que debía ser, más de lo que quería ser. ¿Era eso amor? Él no lo sabía. Él la miró mientras resoplaba a

su lado. No sabía por qué era infeliz. Quería que se sintiera mejor. Pero no podía ni siquiera hacerlo por sí mismo.

—Sé que estoy siendo egoísta —empezó él.

—Por supuesto que sí —respondió ella.

—Solo necesito a alguien con quien hablar —dijo honestamente.

Ella se detuvo y miró al suelo.

—Lo siento. La egoísta soy yo. Estás pasando por muchas cosas con Duncan. Siempre estaré allí para ti si necesitas hablar.

*¿Qué hay de dejarme tocarte y abrazarte?* Graham no lo dijo, pero quería hacerlo.

Cuando se acercó a ella, esta se alejó. Graham la siguió.

—¿Te parecía que Duncan se veía mal esta noche? Las enfermeras me hablaron de conseguir una cama de hospital. Dijo que estaría más cómodo. Mañana, voy a ver si un médico viene para que se quede en la casa también.

Ella se detuvo de nuevo.

—Si estuviera en tu posición, lo haría.

La culpa por el pasado lo hizo alejarse.

—Debería haber sido un mejor padre. Duncan creció sin mí. He pasado la mayor parte de su vida trabajando en demasiadas películas de mierda. Si hubiera sido un pescador, habríamos sido pobres, pero al menos habría estado allí para él. Él habría sabido que yo lo amaba.

Ella tiró de su brazo, deteniéndolo en su camino.

—En primer lugar, Duncan sabe que lo amas. ¿No te has dado cuenta de que te ha perdonado por no estar cerca? Él no te culpa por ganarte la vida. —Ella soltó su brazo—. Necesitas perdonarte a ti mismo. Mira todo lo que tu carrera te ha dado. Ha ayudado a Duncan con su barco cuando lo necesitaba. El bar de la ciudad. Y todas las otras cosas que haces. —Hizo un gesto de barrido. Él abrió la boca para contradecirle, pero ella se llevó el dedo a los labios—. En las últimas seis o siete semanas, tu carrera ha proporcionado algo muy especial para Duncan. Se le ha dado el mejor cuidado posible, desde



la comodidad del hogar, con su hijo a su lado. ¿Cuántas personas en el mundo pueden permitirse este lujo? No estés maldiciendo tu carrera, Graham. Tu carrera ha sido una gran bendición.

—¿Bendición?

Miró hacia el mar oscuro, sus palabras arraigándose en él. Finalmente, tomó su mano y la examinó de cerca a la luz de la luna. Tan pequeña dentro de la suya. Se la llevó a los labios y la besó.

—Tienes razón, Caity. No sé por qué no lo vi antes.

—¿Porque eres un actor llorón y testarudo? —Él le dio una sonrisa genuina.

—Creo que estás presionando un poco, Macleod. Ahora, vamos a llevarte a casa.



Deydy esperó en la casa hasta que llegaron. Cait se detuvo mientras su abuela le daba el informe a Graham.

—He ayudado a las enfermeras a meter a Duncan en la cama —dijo Deydy—. Yo no lo veo bien.

Graham apretó el hombro de Deydy.

—Estoy de acuerdo. Vamos a obtener más ayuda profesional aquí. ¿Quieres quedarte a dormir?

—Sí —suspiró Deydy. Miró a Cait y pareció resignada al hecho de que formaba parte de todo esto.

—¿También está Mattie en la cama? —preguntó Cait.

—Si te apresuras ahora, podrías llegar a decirle buenas noches. —El tono suave de sus palabras fue sorprendente, pero bienvenido.

Cait asintió y subió las escaleras. Mattie yacía en su cama, contemplando la luz de su faro. Cait se arrastró a su lado.

—¿Estás bien, mono?

Él se acurrucó cerca de ella.

—¿Quieres que me quede aquí contigo esta noche?

Él asintió.

—Déjame buscar el pijama y decirle a los demás buenas noches.

Empezó a levantarse de la cama, pero Mattie la agarró del brazo.

—¿Qué pasa? —Ella sabía que no iba a hablar, pero el miedo en sus ojos era fácil de leer.

—Escucha, cariño, el abuelo va a contratar a un médico mañana para venir a quedarse aquí. Sé que tienes miedo. Y conmigo y el abuelo, puedes tener todo el miedo que quieras, ¿de acuerdo? Pero alrededor de tu Papá, vamos a tener que ser valientes por él. ¿De acuerdo?

Las cejas de Mattie se arrugaron mientras reflexionaba. Luego asintió con la cabeza.

—Ese es mi chico —le acarició el pelo y le besó la frente—. Vuelvo enseguida.

Mattie no tuvo pesadillas esa noche, pero tenía razón en preocuparse. Al día siguiente, Duncan empeoró.



Graham llevo una bandeja hasta la habitación de Duncan, colocándola sobre la mesa auxiliar. Duncan parecía estar durmiendo, así que Graham intentó escabullirse.

—¿Papá? —La voz de Duncan sonaba como si hubiera tragado arena—. Quédate un minuto. Tengo cosas que decir.

El cabello de Graham se alzó en la nuca. No quería hablar con su único hijo de los últimos deseos. Simplemente no lo haría.

—Quédate un momento —dijo Duncan.

Graham ayudó a Duncan a sentarse, colocando un par de almohadas detrás de la espalda de su hijo. Apartó una silla para sentarse cerca de la cama.

—Es sobre Mattie —dijo Duncan—. Cuando me haya ido, quiero...

Graham lo interrumpió.

—No vamos a hablar de ello.

El rostro de Duncan se puso rojo.

—Sí, vamos a hacerlo —dijo con fuerza.

Graham miró las líneas de tensión que se mostraban entre las cejas de Duncan y retrocedió.

—No te preocupes por Mattie. Yo me encargaré de él. ¡Debes saber eso!

Duncan sacudió la cabeza, irritado.

—Lo has entendido todo mal. Quiero que Caity sea parte de la vida de Mattie y comparta la tutela contigo.

Atónito, Graham no pudo decir una palabra. Duncan alargó la mano y le tocó el brazo.

—¿Puedes pensar en una persona mejor para cuidar de él?

Graham encontró su voz.

—¿Y su propio abuelo? —gruñó.

—¿Qué va a hacer mi hijo cuando estés filmando? —Duncan se enderezó, las almohadas apoyadas cayeron—. ¿Pasarse de casa en casa como un perro callejero?

Silenciosamente, Graham contó hasta diez.

—¿Has hablado de esto con Caity? ¿Ha aceptado tomar a Mattie? —*De mí.*

—No. Quería hablar contigo primero. —Duncan retrocedió, con los hombros caídos.

—Parece que no tengo nada que decir —dijo Graham—. Ya te has decidido.

—Sí, lo he hecho. —Duncan frunció los labios—. Ahora que ya está resuelto, quiero hablar de lo que se debe hacer con mi casa. —Él guardó silencio por un momento.

—Quiero dársela a Caity para que la use para su empresa de acolchado. Está justo al lado de la suya. Tal vez también la pueda convertir en un hostal.

La irritación de Graham burbujeó.

—¿Hay algo más que quieras darle? Parece que ella es la única que ha estado en tu mente.

—¿Papá? —Duncan extendió la mano de nuevo—. Has estado en mi mente. Te mereces ser feliz.

—Soy feliz, maldita sea —gruñó Graham.

—Voy a hacerte mi última petición ahora, en caso de que no llegue a hacerlo más tarde —dijo Duncan.

—No seas tonto —dijo Graham exasperado.

—Quiero que te cases con Caity.

---

11 Baile típico hawaiano que implica un intenso movimiento de caderas.

# Capítulo Veintitrés

—¿Qué? —gruñó Graham. No era como si Caity hubiera sido algo malo en su vida, en absoluto. Pero ninguno de ellos volvería a casarse. Ella había dicho lo mismo. Se habían estado divirtiendo, eso es todo.

—En serio, Papá. Cásate con ella.

—Estás siendo irrazonable, Dunc. Caity no se casará conmigo ni con nadie más. —Eso lo sacó del apuro.

—Si te casas con ella, entonces Mattie tendría una familia. Una verdadera familia.

Duncan hizo una pausa—. Además, haría de ella una mujer honesta.

Así que Duncan sabía lo que había sucedido detrás de la puerta cerrada de Graham.

Duncan le dirigió una sonrisa triste a su Padre.

—Ella te hace feliz.

Graham permaneció en silencio, sus manos apretadas en su regazo.

—El matrimonio está fuera de la ecuación. Por un tiempo quise casarme con tu madre. Fracaso total. Tú mismo tampoco tuviste mucha suerte.

Duncan miró por la ventana.

—Caity es diferente. Ambos elegimos mujeres que no pertenecían aquí. Caity ama a Gandiegow. Ella es una de nosotros.

Graham se pasó una mano por el pelo.

—No lo sé.

Duncan sonrió.

—Piénsalo un poco. Y luego por una vez en la vida, haz lo que yo quiero.



Cait pasó una parte de la mañana parada cerca del inusualmente calmado

océano. La falta de olas le hacían sentirse incómoda. Como si hubiera obtenido algo que no debía. Tan seguro como el sol se había levantado esta mañana, sabía que tendría que contarle todo a Graham. Tendría que decirle cómo había planeado escribir el artículo y mostrarle los cuadernos llenos de los hechos que había reunido sobre él. Era la única manera de librarse de la culpa. Y Graham merecía saber la verdad sobre ella.

Se acercó a su nuevo negocio en remodelación y comprobó el progreso. El Sr. Sinclair había retirado la pared del edificio adyacente, había instalado una nueva viga de apoyo, creando un área abierta del tamaño de un gran salón de baile. Cait podía visualizar filas de mesas con máquinas de coser en la parte superior. Al frente, tendrían un proyector para dar clases. Tal vez una o dos máquinas especiales de acolchado en la esquina. Algunos sofás en el lado este, junto a la chimenea, la cocina en la pared trasera. Sería grandioso.

Cuando terminó allí, visitó a Amy en la tienda, y luego subió a la cima del acantilado para hacer ejercicio y explorar. Cuando finalmente regresó a la mansión, vio a Rhona saliendo por la puerta de atrás.

—Duncan ha estado preguntando por ti. —Su antigua profesora señaló en dirección a la sala.

—Gracias —dijo Cait. Lo encontró sentado frente a un fuego rugiente, con las piernas cubiertas con un edredón.

—He oído que me estás buscando —dijo ella.

—Toma asiento.

Duncan parecía cansado, pero no lo mencionó. Su palidez se asemejaba a un papel blanco, las magulladuras en sus brazos se destacaban como manchas de tinta. Ella se sentó frente a él.

—Quería hablarte de Mattie —comenzó—. Es un gran favor y quiero que te tomes tu tiempo en contestar.

—Claro. Haría cualquier cosa por el pequeño. —Sonrió a Duncan, pero estaba tan serio.

—Caity, quiero que tengas la co-tutela de Mattie, junto con Papá.

Tomó un momento para que el pleno impacto de sus palabras llegara.

—¿Qué? —Duncan prosiguió.

—Sé que es mucho pedir. Pero Papá necesita respaldo cuando salga para grabar. ¿Crees que podrás hacer esto por mí? ¿Serás la madre que Mattie nunca ha tenido?

—Estoy sin palabras, Dunc.

Ella se recostó en la silla, pensativa, lo que le pedía era casi un golpe de boxeador. Ser madre de Mattie sería el regalo más precioso que alguien pudiera darle. Se retorció el pelo.

—¿Por qué? —*Por favor, no digas que has perdido la esperanza de mejorar*, le suplicó en silencio.

—¿Tienes que preguntar? —Él levantó un brazo negro y azul como prueba y le dirigió una sonrisa triste—. Eres tan buena con Mattie. Solo quiero que tenga estabilidad. Alguien que esté allí para él cuando papá esté ausente. —Hizo una pausa—. Pero no pareces feliz con esto. Si no quieres hacerlo, todo lo que tienes que hacer es decirlo.

—No es eso. —Frunció el ceño. Quería gritarle, que mantuviera la fe. Ella, que la había perdido toda. Había llegado a orar por él todos los días, religiosamente. Solo necesitaba aguantar, darle una oportunidad a la oración. El problema era que no estaba mejorando. Él lo sabía. Ella lo sabía. Todos lo sabían. Finalmente le respondió.

—Lo que me pides no es el problema, Duncan. Por supuesto, lo haría, en un abrir y cerrar de ojos. Pero me temo que cuando tu padre se entere de esto, me retorcerá el cuello como si fuera uno de los pollos indefensos de Deydy.

—Papá ya lo sabe —dijo Duncan en tono llano.

—¿Y está enojado?

—Eso es un eufemismo.

—¿Entonces por qué lo haces? —preguntó—. ¿No has terminado de hacer que tu padre pague por sus errores pasados?

—No es en lo que estoy pensando. —Duncan ajustó la colcha—. Estoy



tratando de hacer lo mejor para Mattie. Si me voy, necesitaré un padre a tiempo completo. Una madre. Sé que Papá hará todo lo posible para cuidar a Mattie, cuando pueda, pero todavía tiene que pensar en su carrera —le pidió con sus oscuros ojos circundados—. ¿Qué dices, Caity?

—Maldita sea, Duncan. —Quería decirle «sí, por supuesto» sin dudarlo. Pero no podía. Déjame hablar primero con tu padre. Ella tocó el brazo de Duncan e intentó darle una sonrisa alentadora—. Sin embargo, no quiero que te preocupes por esto. Hay tiempo. —Duncan le cogió la mano.

—Por mí. Habla con Papá pronto.



Al día siguiente, los dolores de cabeza de Duncan empeoraron. Todos respiraron aliviados cuando el doctor Tsang llegó a Gandiegow para ser su médico personal. Era eficiente y atento y se ajustaba al equipo de la casa grande.

Graham pasó las siguientes dos noches fuera, para hacer un cameo que había prometido en la nueva película de Julia Roberts rodada en Monte Carlo. Cuando regresó, Cait se reunió con el helicóptero en la playa con una cesta de picnic.

—Espero que tengas hambre. —Quería asegurarse de que tenía el estómago lleno antes de abordar el tema de la tutela de Mattie.

—¿Qué pasa? —Graham parecía tan cansado que un picnic podría no haber sido la mejor idea.

—No pasa nada. Pensé que podríamos ir al nuevo negocio juntos. Podrías relajarte en el pueblo antes de ir a la mansión. La casa se ha convertido en un manicomio.

—¿Duncan está bien entonces?

—El Dr. Tsang está con él, junto con la mitad de la ciudad. Moira ha llevado a Mattie a la tienda para recoger víveres. Deydy está organizando otro encuentro de costura en el comedor.

Graham se pasó una mano por el pelo.

—Es difícil estar lejos.

—Venga. Te he hecho pollo y verduras.

—Tal y como me gusta.

—Sí, lo sé.

Cuando llegaron, Cait abrió la puerta y se impresionó con la transformación. Las paredes habían sido pintadas de un pálido azul calmante y los suelos rehechos en una rica madera dura. Aún no había muebles, así que puso una vieja manta en el suelo y extendió su banquete, la comida todavía estaba caliente.

Mientras Graham empezaba a comer, Cait le sacó una servilleta.

—Hay cosas de las que debemos hablar —dijo ella—. Y me temo que vas a estar enfadado conmigo.

Él levantó la mano para detenerla.

—Duncan ya me dijo lo que quiere. —Frunció el ceño ante la comida.

—Lo siento. Debería haber esperado hasta después de comer.

—Está bien —dijo—. ¿También has traído mi postre favorito para mimarme?

—Sí —dijo ella tímidamente, sacando un pastel de grosellas que había hecho esa mañana.

Graham clavó su tenedor en un pedazo de pollo.

—Oye, he tenido tiempo de pensarlo. Lo que Duncan está pidiendo tiene mucho sentido. Pero Mattie es mi nieto.

—Lo sé. Esa fue mi reacción también. Amo a Mattie, pero no tengo derecho a él.

—Graham dejó su pollo y la miró fijamente.

—A menos que nos casemos.

Cait se sintió agitada, como si hubiera tomado un trago de whisky, inesperado y fuerte.

—¿Disculpa?

—Es solo una idea. Idea de Duncan —enfaticó Graham.

La idea era de Duncan. Por supuesto. Graham no quería casarse, mucho menos con ella. Esto era por el bien de Duncan. Pero aunque si ella quería decir «sí», no lo hizo, ¿qué pasaba con el amor? ¿Había alguna esperanza para un matrimonio de otra manera? Se ocupó en enderezar la cesta de picnic, sin mirarlo a los ojos.

—No sé por qué Duncan me eligió en primer lugar. Toda la idea es una locura. Va a estar bien. Todos vamos a estar bien.

Pero ella lo sabía. Duncan no iba a estar bien. Nada estaría bien nunca más. Se sentía como una hoja atrapada por los fuertes vientos. Arrojada, caída, casi rota en pedazos.

—Duncan quiere una respuesta nuestra —dijo Graham—. Quiere garantías. Dice que aliviará sus miedos si ocurre lo peor. —Se pasó una mano por el pelo de nuevo—. Dios sabe que no quiero pensar en ello.

Cait sabía que Graham quería decir que no quería pensar en la muerte reclamando a Duncan, no lo de casarse con ella, pero ahora las dos cosas parecían inexplicablemente atadas.

—Por favor, Caity, por el bien de Duncan. Si lo peor estuviera a punto de pasar, prométeme que dirás «sí» y serás la madre de Mattie.

Se engañaban al pensar que había más de un resultado posible. Solo era cuestión de tiempo. Pero ella no sería la que dijera eso.

—Por el bien de Duncan, lo haré. —Pero no estaba segura de lo que acababa de prometer. ¿Sería solo una mamá para Mattie, o sería también una esposa para Graham?



Cuando se despertó, Duncan sintió como si estuviera a la deriva en su barco. Se tambaleó entre dos mundos. Él quería quedarse en la tierra y estar allí para ver a Mattie crecer, pero se sentía atraído hacia el otro lado.

Ya no quería su café de la mañana. Se contentó con mirar por la ventana y

observar el mar. A menudo, caía en un sueño y ni siquiera lo sabía. Si esto era morir, no era tan malo. Quería explicarlo, pero no parecía tener la energía para hacerlo.

Las personas se acercaban a él y él veía la tristeza en sus ojos. Duncan les sonreía y les aseguraba que estaba bien.

No, no necesitaba nada. No quería almohadas extra. No otra colcha. Solo necesitaba mirar al mar y que Mattie viniera a visitarlo de vez en cuando.



Las cinco semanas siguientes fueron un infierno. Cait se sintió entumecida. Viviendo por inercia. Pero a medida que pasaban los días, algo empezó a suceder. Un pequeño cambio aquí y allá. Hasta esa mañana no había podido identificar lo que realmente estaba pasando.

Como la mayoría de las mañanas, el padre Gregory apareció con su misal y la habitación de Duncan se llenó con las personas habituales: Deydy, Graham, Mattie y Cait, más algunos de los habitantes de la ciudad, en este caso, Ross, Amy y Coll. Pero esta vez cuando el Padre Gregorio pasó por la ceremonia de la comunión, Cait sintió que su mundo entero se inclinaba. Luego se formó una grieta en su caparazón exterior.

El reencuentro, las oraciones, las lecturas, se retorcieron dentro de ella, convirtiéndose en algo más que el ritual de la iglesia con el que había crecido. Estas personas de Gandiegow, creían en el poder de Dios, su tradición y la comunidad. Creían que podían pasar por cualquier cosa si se tenían uno al otro. Cait se echó atrás y miró asombrada, tal vez redescubriendo un pedazo de sí misma que se había perdido. La muerte permanecía cerca, pero Cait ya no se sentía sola. Se sentía parte de la comunidad. El latente y sangrante corazón de todos. Estas personas se aferraban a su fe y el uno al otro. Parecía extraño, terrible y maravilloso que mientras Duncan empeoraba y se escabullía, Cait mejoraba.



Graham notó que Duncan pasaba cada vez más tiempo en silencio, mirando hacia la distancia, y menos tiempo conversando con otros. Ya no quería ir al salón ni tener conversaciones turbulentas con Ross. No tenía apetito, ni siquiera quería su café de la mañana. Un día, a finales de marzo, Duncan pareció regresar a ellos, más como él, rogándole a Graham que lo llevara a su barco.

—Papá, solo un pequeño paseo alrededor de la ensenada. Es todo lo que estoy pidiendo. ¿Lo harás? ¿Me llevarás a otro viaje?

—Dunc, no creo que sea una buena idea.

—¿Y si el médico dice que puedo ir?

—Sí, muchacho. Si el doctor da permiso, sí —dijo Graham.

Tsang concedió el deseo de su hijo.

—Creo que en este momento tenemos que hacer lo que le haga feliz. Llévelo. Probablemente elevaría su ánimo. Solo asegúrense de que se mantenga caliente —dijo el doctor Tsang.

Graham quería discutir, pero no lo hizo. Ross, y algunos de los otros pescadores los acompañaron al barco de Duncan. Con una manta envuelta alrededor de sus hombros, se sentó en el banco en el frente mientras que maniobraban en la bahía. Duncan miró hacia atrás y sonrió a Graham que conducía el barco. Pronto Ross asumió el control y Graham se fue a sentar con Duncan.

—Es un buen día para pasear —dijo Graham.

—Es grandioso, Papá. Tan grandioso. Solo desearía que Mattie estuviera aquí con nosotros. —Duncan miró hacia donde el fatídico barco se había hundido y aquellos hombres habían muerto—. Pero supongo que eso es pedir demasiado. Estará bien, ¿verdad?

—¿Mattie? Sí, estará bien. —Duncan agarró el brazo de Graham.

—Papá, no quiero que sufras por mí. Estoy feliz. Sabes que he tenido una

vida maravillosa. Lo único que lamento es que perdí mucho tiempo estando enfadado contigo. Ya no lo estoy. Has sido un gran padre. Te amo mucho.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Graham. Odiaba oír a Duncan hablar así, pero el doctor le había dicho que se preparara. Su hijo no estaba mejorando, y era importante reconocerlo.

—Te amo también, muchacho. —Duncan palmeó el brazo de Graham—. Intenta ser feliz por mí. Y haré todo lo posible para no preocuparme por Mattie. Sé que lo estoy dejando en las mejores manos.

Y porque Duncan necesitaba tranquilidad, Graham le aseguró.

—Caity y yo hablamos. Prometió casarse conmigo. Hará lo que tenga que hacer por Mattie.

—¿Le explicaste que no era solo para Mattie? ¿Le dijiste que era por ti también? ¿Qué la amas?

—No, no exactamente.

Las entrañas de Graham se retorcieron. No había manera de que él pudiera poner en palabras lo que sentía por Caity. Cada vez que entraba en una habitación, parecía que el sol venía con ella, cálido y brillante. ¿Pero era ese amor? Ella dijo que se casaría con él, y en ese momento, hizo que su corazón chocara contra su pecho con orgullo. Pero ella había dicho «sí» porque amaba a Mattie, no a él. Y el hecho de que hiciera su vida soportable en una situación insoportable significaba algo. Pero no sabía si era amor. Si no lo era, tenía que ser algo condenadamente parecido.

Duncan lo miró con paciencia, demasiado inteligente para ser tan joven.

—Hazlo, papá. Dile que la amas. La vida es corta.

Graham no tenía una respuesta real para su querido hijo. Duncan volvió la cabeza y miró al mar como si le diera una última despedida.

—Estoy listo para volver ahora.

Cuando regresaron a casa. Duncan se instaló en su cama de hospital y pidió que llamaran a Mattie.



Duncan contempló la vista del océano, agradecido de que su Padre hubiera empujado la cama junto a la ventana. Se recostó en paz en el lugar donde estaba. Podía sentir el final acercándose. No quería ir. No, pero sabía que tenía que hacerlo. Odiaba dejar a Mattie, pero seguramente su hijo, del buen clan Buchanan, estaría bien. Los niños eran resistentes en una manera especial y Mattie estaría bien. Papá y Caity se encargarían de ello. Mattie se acercó a la puerta y se asomó.

—Ven, muchacho —dijo Duncan. Mattie se arrastró y se metió en la cama con él—. ¿Cómo está mi chico hoy? Es hora de que tengamos una charla de hombre a hombre. —Mattie lo miró con grandes ojos solemnes.

—Eres el amor de mi vida. Lo sabes, ¿verdad?

Mattie asintió con la cabeza.

—Nunca haría nada a propósito para hacerte daño.

Mattie volvió a asentir.

—Pero hijo, me voy a ir. Dios me llama y necesito saber que vas a estar bien.

Mattie sacudió la cabeza y le dio un fuerte apretón al pecho de Duncan, un apretón que nunca soltaría.

—No es razón para estar triste. Un día me verás otra vez en el cielo. Podríamos ir a pescar.

Las lágrimas rodaron sobre las mejillas de Mattie, empapando la camisa de Duncan.

—Sé que te sientes triste, hijo. Extrañaré verte crecer, pero sé que vas a convertirte en un hombre fuerte y honorable. Lo único que deseo antes de irme es poder escuchar tu voz una vez más.

Duncan apretó a Mattie, reteniendo sus propias lágrimas por la pérdida de las palabras de su hijo.

Mattie se inclinó y le miró a los ojos. Abrió la boca, pero no salió nada.

El pánico le llenó la cara. Entonces el terror. Pero la determinación le llegó a los ojos y se retorció el rostro, abriendo de nuevo la boca. Esta vez un sonido pequeño, áspero salió.

—Pá.

Duncan agarró sus hombros.

—¿Mattie?

El muchacho puso sus dos manos sobre las mejillas achurradas de Duncan y lo miró a los ojos.

—Te amo, Pá.

Duncan lo sujetó contra su pecho, enterrando su cabeza en el cuello de su hijo.

—Oh, Mattie.

Esa noche, Duncan entró en coma.



# Capítulo Veinticuatro

Los vecinos mantuvieron una vigilia al lado de Duncan, según el horario organizado por Deydy y que estaba colgado en la tienda. A Cait le gustaba levantarse en la madrugada y sentarse con él hasta que salía el sol.

Era lunes de Semana Santa, la semana antes de Pascua. Cait hizo su habitual taza de café, crema extra, y se dirigió a la habitación de Duncan.

—¿Por qué no te tomas un descanso? —le dijo Cait a la enfermera de turno. Te llamaré si necesito algo.

—Gracias —dijo ella y los dejó solos.

Cait se sentó y tomó un sorbo de café. Cinco minutos después, Deydy apareció y se sentó en la otra silla al final de la cama de Duncan.

Deydy se aclaró la garganta, mirando a Cait de cerca y pareciendo vacilante.

Cait esperó a que ella hablara lo que le tomó unos momentos.

—Tengo que decir algo. —La voz de Deydy sonaba como grava tan temprano en la mañana—. Es sobre nosotros y ese artículo para la revista People.

Cait se preparó. Ya se habían dicho palabras bastante duras.

—Nunca debería haber accedido a hacerlo. Estaba desesperada por recuperar mi vida y creí que mi carrera era la única manera. —Todas las emociones que había sentido desde que llegó a Escocia se hincharon dentro de ella y se derramaron como el agua de una presa inundada—. Siento haber sido una decepción para ti. Nunca hago lo correcto. ¿Crees que si me esfuerzo más podrás volver a quererme?

—Shh —dijo Deydy amablemente—. Te dije que tenía algo que decir. Puedo ser una vieja insoportable y nunca debería haberte dicho esas cosas. No debería haberlo hecho. Y lo siento. —Asintió con la cabeza como si eso fuera todo—. Y tú sabes, Caity, me gusta que estés bien. Tú eres familia y estoy

orgullosa de ti. Sabía que cualquier nieta mía haría lo correcto cuando se tratara de escribir ese artículo. Esa tonta Margaret Pincher, o cualquiera que sea su nombre, ¿se lo tomó bien?

—No, en realidad no. Pero no la culpo —dijo Cait.

—Tal vez podrías hacer algo agradable por ella en el futuro —ofreció Deydy.

—Quizá —concluyó Cait.

Y entonces la golpeó. Ella y su abuela se estaban llevando bien. Un cierto tipo de paz se apoderó de ella. Era lo único que realmente necesitaba desde que había vuelto a casa.

—En un rato, después de que hayas terminado con tu café, deberíamos ir a casa. Tengo algunas cosas que mostrarte. Deydy ajustó la manta sobre los pies de Duncan.

—¿Qué cosas? —preguntó Cait.

—No te preocupes —dijo su abuela—. Siempre has sido curiosa. Al igual que mi Nora.

Cait no estaba segura, pero podría haber jurado que Deydy había derramado una lágrima.

—Bueno, será mejor que haga algunos bollos frescos para los que vienen hoy. ¿Quieres que te rellene la taza?

Deydy tenía una mirada avergonzada en su rostro.

Cait no respondió, pero puso cuidadosamente su taza en la mesita de noche y fue hasta donde estaba Deydy, envolviéndola en sus brazos.

—Te estoy agradecida, abuela. Te amo mucho.

Deydy no la golpeó, sino que la abrazó con la fuerza de un viejo oso grizzly.

Cait besó su mejilla.

—Vete ahora y haz esos bollos. Tengo hambre, viejo pájaro. —Se secó las lágrimas.

—Chica descarada —dijo Deydy, saliendo ligeramente de la habitación.

—Me parezco a mi abuela. —La voz de Cait se rompió, pero era lo suficientemente fuerte como para decir la última palabra.



Una hora más tarde, el olor a bollos llenaba la casa. Deydy llevó dos a Cait en un hermoso plato gris y se fue a limpiar la cocina. Cuando la enfermera entró a revisar los signos vitales de Duncan, Cait fue en su busca para su caminata a la cabaña. Su abuela estaba doblando la ropa en la habitación de la cocina.

—Estoy lista. —Cait agarró la última toalla y la dobló en tercios.

—Moirra acaba de llegar y ha subido a ver a Mattie. —Deydy agarró su abrigo—. No nos vamos a ir demasiado tiempo. —Caminaron por el risco en silencio, y los buenos sentimientos fluían entre ellas. El aire fresco tenía algo en él que hablaba de primavera, pero en verdad todavía era bastante frío. El mar, sin embargo, parecía tranquilo, en paz con la costa. Cuando llegaron a la cabaña, Deydy fue a su cama.

—Haz un poco de té mientras saco esto.

Cait fue a hacer lo que le dijeron, pero todavía tenía curiosidad.

—¿Qué haces ahí?

Deydy sacó la pila de edredones de su cama, llevándolos a la mesa del comedor.

—Me preguntaste antes en qué edredones había trabajado. Si quieres, puedo enseñártelos ahora.

Esta no era la misma abuela a la que había llegado hace cuatro meses. Cait ayudó a Deydy a colocar la pila sobre la mesa. Deydy levantó el primer edredón, un *Sampler*. Cada pocos años, me tomo el tiempo para hacerme una colcha. Esta es la que hice en 2009 cuando el invierno parecía durar para siempre.

Cait lo tomó, imaginándose el amor que su abuela había puesto en cada tirón del hilo. Uno a uno, Deydy sacó sus colchas, nueve en total. Cada una

tenía una historia, y Cait aplaudió a cada una. Cuando sacó el edredón final, uno envuelto en papel de seda, los ojos de su abuela se llenaron de brillo.

—Esta es la última colcha que mi Nora hizo. La llamó *Caminando con mi hija*. —Deydy ajustó el edredón para que Cait lo pudiera ver—. Aquí arriba, eso, se supone que nos representan a mí y a Nora, caminando a lo largo de la orilla del mar.

Cait pudo reconocer las figuras abstractas de una mujer y una niña. Deydy señaló la sección media.

—Se supone que esta parte representa al mundo.

Bloques azules, marrones y verdes se unieron para hacer la tierra, el mar y el cielo. Su abuela llevó la mano gastada a la parte baja de la colcha.

—Y aquí es donde Nora está caminando contigo.

Dos figuras más abstractas estaban cosidas allí. La mujer estaba hecha del mismo tejido que la niña de arriba, pero ahora más grande. La tela de Cait era la misma alegre guinga amarilla que en la foto con su mamá. Con cariño, tocó la imagen primero de la madre y luego de la niña.

—Nora siempre dijo que eras su pequeño sol, la razón de cada nuevo día. —Los ojos de Deydy encontraron a Cait—. Creo que es hora de que tengas esta colcha. Nora me lo dio y yo sabía que un día iba a dártela a ti.

Cait apretó la colcha.

—Gracias, abuela. Esto es el mundo para mí. —Y empezó a llorar. Deydy tomó la colcha.

—No vayas a arruinarla por todas partes. ¿No quieres que dure para tu propia niña un día, no?

Cait se la entregó.

—No voy a tener una niña. Mattie es lo más parecido que voy a tener a mi propio hijo. —Deydy sacudió la cabeza.

—No lo creo, muchacha. Eso no es lo que Bethia dice que está escrito en las estrellas.



El camino de vuelta a la casa grande estaba helado. Después de colgar el abrigo, Cait se dirigió al piso de arriba para ponerse un suéter, mientras miraba al cuarto de Duncan cuando pasaba. Vio a Mattie y Dingus acostados en la cama junto a Duncan, mientras Graham estaba sentado en la silla al lado de la cama, sosteniendo la mano floja de su hijo.

El doctor Tsang pasó junto a ella y entró en la habitación.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó a Graham.

—Por supuesto. Mattie, lleva a Dingus afuera para que pueda ir al baño.

Cuando Mattie salió, él la miró y ella le revolvió el pelo.

Ella se quedó donde estaba, a pesar de que la Sra. Modales no hubiera aprobado sus escuchas.

—¿Algo nuevo? —Graham sonó medio esperanzado, medio temeroso de la respuesta del médico.

—Creo que es solo cuestión de tiempo. Si quieres que tu pastor haga los últimos ritos, debe hacerlo ahora —dijo el doctor Tsang con gravedad.

—¿Entonces Duncan no se despertará de nuevo? —preguntó Graham.

—No. No creo que lo haga.

Cait miró de nuevo y vio al doctor Tsang poner una mano en el hombro de Graham.

—Lo único que podemos hacer ahora es hacerlo sentir cómodo.

El Dr. Tsang se quedó un momento más, luego se volvió y se fue.

Cait fue directamente a Graham entonces, abrazándose a su cuerpo mientras apoyaba su barbilla en su pecho.

—Lo siento mucho —dijo.

Graham la abrazó con fuerza.

—Me siento honrado de tenerlo como mi hijo.

—Lo sé —dijo ella—. Eres un buen hombre. Y no te mereces esto.

Se quedaron así por mucho tiempo. Finalmente, Cait se apartó y Graham

se puso de pie, acariciando sus brazos desnudos.

—Dios, Caity, eres un cubo de hielo.

—Iba a buscar algo que ponerme para calentarme —dijo.

Él la besó en la frente.

—Permíteme. ¿Qué deseas?

—Hay una sudadera con capucha en mi cajón inferior.

Se fue y ella se sentó en la silla que había ocupado. El pobre Duncan estaba inmóvil en la cama, tan pálido, tan frágil. Un escalofrío la recorrió y se frotó los brazos. Y entonces el pánico la golpeó. Se levantó de un salto. ¿Acababa de enviar a Graham a su habitación para rebuscar en sus cosas? Su sudadera con capucha ocultaba la pila de cuadernos donde había escrito sobre él, la estrella de cine. Sobre él, el filántropo.

Sobre él, el padre amoroso.

—Oh, mierda —siseó ella. Se dirigió hacia la puerta. Y se detuvo.

Tal vez estaba exagerando. Tal vez no se diera cuenta de los cuadernos. Tal vez agarraría la sudadera con capucha y regresaría rápidamente a ella. *Sí, y tal vez unos cerdos de dos toneladas se levantarán y volarán.*

Salió corriendo de la habitación de Duncan y se estrelló contra Graham.

Desafortunadamente, la pila de cuadernos que llevaba sosteniendo voló, uno de ellos golpeándola en la cara.

—Lo siento —comenzó ella.

Él la miró furioso.

—¿Por qué? ¿Por traicionarme? ¿Para que me atraparan? ¿O por no hacer una escapada lo suficientemente rápida?

—¡No es lo que piensas! —gritó. Luego frunció el ceño. —Bueno, es lo que piensas, pero lo has entendido mal.

—Oh, lo he entendido mal —dijo sarcásticamente, cogiendo el cuaderno rojo y volteando hacia la primera página, señalando el encabezamiento—. Lista de Publicaciones para el artículo de Graham Buchanan —leyó—. People, Entertainment Weekly, Us. —Se detuvo y la miró de nuevo—.

¿Quieres que continúe?

—Es... bueno, yo... —Ella se tambaleó.

Se puso frío con ella, toda la emoción se limpió de su rostro.

—Quiero que te vayas. Ahora. Deja Gandiegow y no vuelvas.

La indignación reemplazó su remordimiento de hace un momento.

—No puedes decirme qué hacer. No voy a ninguna parte. Esta es mi ciudad. Además, Duncan me pidió que estuviera aquí para Mattie.

Graham puso sus grandes manos sobre sus caderas, mirando hacia abajo, intentando intimidarla.

—Si Duncan supiera lo que estabas haciendo, nunca habría hecho una petición tan estúpida.

—Entonces, suerte para mí, que está en coma. —Tan pronto como había dicho las palabras, se arrepintió. Pero flotaban en el aire como un enorme globo—. Lo siento —dijo desesperadamente—. Eso ha sido una cosa horrible. No lo he querido decir eso.

—Sí, como muchas cosas que dices —dijo Graham y le dio la espalda.



*Gran elección del momento, Caity.* Ella arrojó sus cosas en una maleta. No se iba de Gandiegow, pero tendría que abandonar la casa.

Iba a ser complicado. Todavía no sabía cómo iba a cuidar a Mattie y mantener su distancia de su abuelo furioso.

Si al principio le hubiera dicho la verdad a Graham, lo habría dejado todo de una manera lógica. Todavía estaría molesto con ella, pero la habría perdonado. Sobre todo porque había decidido no seguir adelante. Ahora, ni siquiera quería estar en el mismo país que ella.

Se dejó caer de rodillas y apoyó la cabeza en la cama.

—¿Por qué? ¿Por qué? —Susurró al edredón.

Deydy metió la nariz.

—Ven a la habitación de Duncan. El padre Gregory va a hacer los

últimos ritos. —

Cait hizo todo lo posible para enderezar sus emociones para que Deydy no la viera.

—Graham ha dicho que está llegando la hora de Duncan. —Deydy la observó de cerca—. ¿Qué haces con esas cosas?

Hubo un ruido abajo. Deydy se dio la vuelta.

—Maldita sea. Eso ha sonado como la bandeja de los bocadillos.

Antes de que Cait pudiera explicar algo, su abuela se había ido.

En la planta baja, la casa se estaba llenando de personas del pueblo.

Ella se dirigió a la habitación de Duncan. Por el bien de Mattie. Entró y se quedó en la pared trasera. Graham, Mattie, Deydy, Rhona y Bethia rodearon la cama. Dingus se sentó respetuosamente al final, cerca de los pies cubiertos de Duncan. Era difícil estar en la misma habitación que Graham, sabiendo lo que sentía por ella: era una traidora. Si solo le diera la oportunidad de explicarse.

Ella inclinó la cabeza cuando el padre Gregory comenzó. La sala llena se volvió misteriosamente silenciosa. Era una oración de paso seguro, apropiada para un pescador como Duncan. La oración también hablaba de amor, misericordia y perdón. ¡Cómo necesitaba oír esas palabras ahora mismo! La consolaron cuando su propia vida se retorció y se transformó una vez más. Cait miró a Mattie. Aunque triste, sostenía la cabeza alta, recordando ser valiente y fuerte para su Papá.

Cuando las oraciones terminaron, un suspiro colectivo subió al cielo y poco a poco la gente empezó a susurrar, luego comenzaron a hablar. Deydy sacó a la mayoría de los aldeanos para que Graham y Mattie pudieran tener algo de intimidad.

—Ven a la tienda conmigo —dijo Deydy—. Para honrar a Duncan, estoy haciendo su favorito: Pastel del Pescador con un Mantecoso de Aberdeen.

—Claro. —Cait tomó su abrigo y la siguió fuera.

En silencio, bajaron por el acantilado y se dirigieron hacia la tienda. A lo



largo del paseo marítimo donde el mar besaba la costa, Cait y Deydy encontraron un alcatraz muerto. Sin un momento de duda, Deydy cogió el pájaro sin vida por las plumas de la cola y lo arrojó al océano. Cait se quedó allí sorprendida.

—¿Cómo puedes hacer eso? Ni siquiera has pensado dos veces antes de enviar esa pobre cosa a su tumba.

—Solo estaba limpiando el paseo marítimo. —Deydy hizo un gesto hacia el agua—. Estoy segura de que el pájaro viejo ha tenido una vida larga.

El pájaro había desaparecido ahora.

—¿Pero lanzarlo al océano de esa manera? —preguntó Cait.

—Vida. Muerte. Es el camino de las cosas. Uno tiene que aceptarlo. —Deydy le dirigió una sonrisa—. O pasarse la vida preocupándose por eso.

La Muerte empezó a filtrarse, cómo realmente era. Por todas partes, Cait se había equivocado. Había dado a la Muerte demasiada autoridad. No estaba a cargo. Solo estaba haciendo su trabajo. Era la vida lo que importaba. ¿Cuánto de su vida había perdido preocupándose por la Muerte? Demasiado. Pero ya no.

—Ah, Duncan. —Cait suspiró.

—Es una cosa muy, muy triste lo de ese chico. —Deydy se detuvo y miró a Cait a los ojos—. ¿Sabes cómo superamos la tristeza? Nos tenemos la una a la otra, muchacha. Cuando compartimos, la carga y el dolor se alivian.

Para Cait, la muerte siempre significó aislamiento. Ella también se había equivocado en eso.

—Tengo mucho que aprender —dijo Cait.

—Quédate conmigo, muchacha. —Deydy rió—. Te lo enseñaré todo. —Cait puso su brazo alrededor de su abuela y caminaron el resto del camino hasta la tienda.



Cait regresó a la cabaña con Deydy. Ella no tenía otro lugar al que ir que

no perteneciera a Graham. No le había dado a Deydy ninguna explicación y su abuela no le había preguntado, solo sacudió la cabeza. En las primeras horas de la mañana del jueves, Deydy despertó a Cait.

—Lo mejor es estar en la casa grande. La hora de Duncan ha llegado. Cait vio la parte trasera de la enfermera Ann saliendo por la puerta de la casa. Se puso unos vaqueros y agarró su abrigo. Durante la siguiente hora, Graham, Mattie, Cait y Deydy se reunieron alrededor de Duncan, observando su respiración difícil. El doctor Tsang y las enfermeras estaban en el rincón de la habitación. Cait estaba en agonía. Ansiaba consolar a Graham, y consolarse a sí misma al mismo tiempo, pero él se negaba a mirar en su dirección.

A medida que pasaban los minutos, Cait descubrió que estaba conteniendo su propia respiración mientras esperaba el próximo ascenso y caída del pecho de Duncan. De repente, Mattie se arrastró junto a su padre y le tocó la mejilla con su pequeña mano.

—Vete —susurró con lágrimas en los ojos.

Mattie se inclinó y besó la mejilla de su padre, luego bajó la cabeza y cerró los ojos. Todos quedaron atónitos. Graham se recuperó primero, besando la frente de Duncan.

—Adiós, hijo mío.

Como si solo hubiera necesitado permiso, el cuerpo de Duncan se relajó. No se había ido, pero era diferente. Su siguiente aliento vino y no fue tan profundo. Pasó mucho tiempo, luego otro pequeño aliento. Durante unos minutos más, las respiraciones se alejaron cada vez más. Y entonces Duncan dejó de respirar para siempre.



Esa noche, mientras la ciudad se reunía para el velorio, la casa de Graham murmuró con el milagro de Mattie hablando. Su nieto no había dicho otra palabra desde esta mañana, pero el pueblo se regocijó ante el avance de Mattie. Graham los dejó en sus especulaciones y huyó por la puerta trasera.

Subió al pináculo, sintiéndose triste, traicionado y solo. En las últimas veinticuatro horas había perdido a un hijo y a una amiga, o eso creía que había sido. No era un amigo como Sid, Colin o Hugh, sino algo más. Algo que no había querido nombrar. Pero todo había sido una mentira.

El viento en la parte superior se revolvió ante Graham y le dio la bienvenida. Lo enfureció y al mismo tiempo agudizó el dolor de las pérdidas. A las siete en punto, sacó la gaita y comenzó a tocar *Amazing Grace* para su hijo, dejando que la canción alcanzara el cielo para que Duncan pudiera oírlo. Cuando dio la última nota y terminó la canción, una cadencia de tambores resonó desde el océano. Graham miró con dificultad desde donde provenía el sonido. Apenas fuera de la ensenada, el barco de Duncan había sido anclado por un grupo de locales, que golpeaban sus tambores en honor a uno de los suyos.

## Capítulo Veinticinco

Al día siguiente, Viernes Santo, Deydy honró la petición de Cait y reunió al grupo de costura en la cabaña. La urna de su Mamá estaba en medio de la mesa del comedor, su última colcha, *Caminando con mi hija*, estaba junto a ella.

Cuando todas las damas se pararon alrededor de la mesa, Cait tomó la mano de Deydy.

—Sé que os estáis preguntando por qué las he traído aquí.

Todas empezaron a hablar de inmediato. Cait levantó una mano.

—Tengo algo que deciros.

Ella no iba a cometer el mismo error dos veces. Había decidido adelantarse a Graham y decirles todo lo que había planeado hacer con él y con ellas.

—Voy a pedirles de antemano que me perdonen. Tengan en cuenta que he estado confusa. Pero ya no lo estoy.

Ella miró a Deydy.

Su abuela la golpeó en la espalda.

—Sigue ahora.

Cait respiró hondo y contó todo: cómo había descubierto a Graham accidentalmente, planeando traicionarlo y cómo había pensado que Gandiegow lo vería como una cosa buena.

—Yo estaba ciega a lo que estaba haciendo. Yo estaba equivocada —dijo Cait, terminando—. Y lo siento.

Las mujeres se quedaron allí en un silencio atónito. El tic-tac del reloj de la pared, era el único sonido.

—Bueno —dijo Deydy, dejando caer la mano de Cait, sonando alegre—. Hemos terminado con eso y ahora es el momento de tomar una copa. —Levantó una botella de escocés de la estantería—. Amy, trae las copas.

Rhona se mostró escéptica.

—¿Por qué estamos bebiendo?

Cait también quería saberlo. Deydy les dirigió una sonrisa.

—Por cometer errores y ser honesto al respecto.

El pecho de Cait se calentó, su corazón latía ruidosamente. Sonrió a Deydy y ayudó a llenar los vasos.

Las mujeres levantaron sus bebidas a Cait y Bethia dio el brindis.

—A la honestidad.

Vaciaron sus vasos. Cait disfrutó de la quemadura. Ella no era lo bastante ingenua como para pensar que la perdonarían enseguida, pero seguían el ejemplo de Deydy y, con el tiempo, no le guardarían rencor.

Moira bajó el vaso y señaló la mesa.

—¿De qué se trata todo esto?

—Sí —dijo Cait—. Esa es la otra razón por la que os he llamado hoy. Necesito vuestra ayuda. —Sabía que era mucho pedir, sobre todo después de lo que acababa de decirles, pero siguió de todas formas—. En este viaje por descubrirme, me he dado cuenta de algo más. Ella las miró. He estado dependiendo del pasado. No de una manera saludable, sino de una manera mórbida, obsesiva-compulsiva. Pensé que mi primer paso en la curación sería darle a mamá una despedida apropiada. Esperaba que todas pudieran ayudarme, darme la fuerza para seguir adelante.

Bethia asintió con la cabeza.

—Nora hubiera querido que avanzaras con tu vida.

El resto de las mujeres estuvo de acuerdo.

Deydy, siempre impaciente, golpeó firmemente su vaso sobre la mesa.

—Deja de habladurías y diles cuál es el plan.

Cait le sonrió.

—Sí, señorita Jefa. —Se volvió hacia el grupo—. He creído que podríamos caminar hasta el muelle, un último paseo con mamá, y esparcir sus cenizas al mar.

—Eso es un buen tributo —dijo Bethia.

—Bueno, vamos —dijo Deydy ladrando—. La luz del día está ardiendo.

Cait cogió la urna y las mujeres salieron de la cabaña. Caminaron por el paseo marítimo, pasando por donde Deydy había arrojado el pájaro al océano, pasando por la tienda, finalmente reuniéndose en el muelle en un semicírculo.

El día era brillante, solo lo suficientemente frío para que los huesos no olvidaran que estaban en Escocia.

Cait abrió la urna de su mamá.

—¿Alguien quiere decir algo?

Moira dio un paso adelante.

—Yo. Es el poema que se dijo en el funeral de mi madre.

—Eso estaría bien, Moira —dijo Cait.

Moira empezó con su lenta voz:

*No voy a decir adiós, porque este no es el final  
Mi madre y amiga, nos volveremos a encontrar  
Te tuve cerca de mí, ahora, te dejo marchar  
Sé que te amaré por siempre, mas te doy tu libertad.*

Cait dispersó la primera mitad de las cenizas de su madre mientras el encantador poema continuaba. Le entregó la urna a Deydy, quien esparció otro poco y luego se lo entregó a Rhona y luego a cada una de las otras mientras las últimas palabras eran recitadas en la gran despedida de Mamá.

*Volarás sobre el viento y navegarás por el mar  
Sin embargo, en mi corazón, de mí cerca estarás.  
Sé que un día nos volveremos a encontrar.  
Hasta que ese día llegue, en mi memoria estarás.*

Moira fue la última en tomar la urna y golpeó ligeramente el fondo para que las cenizas restantes cayeran. Bethia dijo melancólicamente a la brisa:

—Nora, finalmente está en casa.

—No. —Deydy tocó su pecho—. Ella siempre ha estado aquí con

nosotros. Justo aquí.



Esa tarde, Cait y Deydy fueron a casa de Duncan y eligieron las camisetas favoritas de Duncan y una pila de sus pantalones vaqueros para usarlos en hacer edredones para Mattie y Graham. Luego se encontraron con las del grupo de costura en la vieja fábrica de lana, ahora sede de la Central de Acolchado Gandiegow, y comenzaron a trabajar en el edredón *Buchanan*. El padre Gregory se detuvo con un fajo que resultó ser una colcha, también. Se lo dejó a Rhona sin explicación.

—¿Qué es eso? —preguntó Cait.

—El edredón del cementerio de Gandiegow. Tiene representado donde están enterrados todos.

Aunque trágico, era hermoso. El medallón en el medio sostenía el cementerio con pequeños bloques de tumbas en posición, nombres y fechas bordados en cada uno. Alrededor del medallón se alternaban bloques de estrellas y cruces.

—Es nuestra forma de recordar. —Rhona sacó un pedazo de tela marrón, formándola en un pequeño bloque cuadrado—. El padre Gregory lo guarda en la iglesia para mantenerlo seguro.

—Pensaba que Duncan querría sus cenizas en el mar —dijo Cait.

—No —respondió Deydy—. Duncan quería ser enterrado en la parte del cementerio que daba al océano. Por Mattie. Si Mattie siente ganas de hablar con su padre, podrá ir al cementerio y tener una charla.

—Eso es bonito —dijo Amy.

—Nuestro Duncan siempre pensando en todo —concedió Bethia.

Cait sabía que Graham estaba ocupado con arreglos, pero se preocupaba mucho por él. *Quería ayudarlo a sentirse mejor. Si solo pudiera.*

Todas se sentaron en silencio, cada una en sus propios pensamientos, cuando la puerta se abrió y la campana sonó. Bonnie estaba allí con un suéter

negro ajustado, pero en lugar de ser de escote bajo, cubría sus enormes tetas.

—Hola.

Esto era lo más recatado que Cait le había visto. Cait y Moira se levantaron, igual que Amy.

—¿Sí? —dijeron las tres.

Bonnie se retorció las manos y no parecía la perra que Cait había conocido anteriormente. Finalmente habló.

—Yo... me preguntaba si me podrían enseñar a coser.

Deydy y el resto se levantaron de un salto y se precipitaron. Bonnie dio un paso atrás. Cait temía que la pobre muchacha pudiera ser pisoteada. Rhona se acercó a ella primero.

—Por supuesto que te enseñaremos cómo coser.

—¿Alguna vez has cortado algo o has usado una máquina? —preguntó Deydy, deseando saber.

—Mi hermana y yo te enseñaremos a hacer nuestra puntada de la firma —dijo Ailsa.

—Sí —asintió Aileen, moviendo la cabeza con fervor.

Bethia guió a Bonnie a la silla junto a la de Cait.

—Siempre hay espacio para una más.



El sábado, Cait se reunió con las otras mujeres en la cocina de Graham, sintiéndose extraña de estar en su casa de nuevo. Había sido claro acerca de que debía salir de su casa y de su vida. No la había sacado cuando apareció en el lecho de muerte de Duncan, pero no estaba tan segura de lo que haría hoy cuando la viera. Sin embargo, Deydy había insistido en que Cait estuviera allí y ella sabía que no iba a contradecir a su abuela. Cait todavía se sentía rara y nerviosa, y además de eso, todavía ansiosa por verlo, necesitaba saber cómo estaba.

—¿Qué pasa, muchacha? —preguntó Deydy.



Cait se encogió de hombros y sacó un jamón de la nevera para el funeral del día siguiente. Justo antes de ponerlo en el horno, Mattie le entregó una agarradera extra. Durante toda la mañana, las señoras se turnaron para involucrarlo en todo, desde la panadería hasta la horneada.

Justo cuando Cait empezó a relajarse, pensando que Graham estaba demasiado preocupado como para darse cuenta de que ella estaba allí, entró a la cocina.

El corazón de Cait se detuvo. No podía respirar. Él miró a su manera y frunció el ceño, pero no la echó de allí.

—He venido a rescatar a Mattie de la sobrecarga de estrógenos —dijo a la habitación—. Vamos, chico, tenemos que escoger flores en línea. La floristería en Inverness hará el envío.

Mattie miró a Cait para pedir permiso.

—Ve, anda —dijo ella. Graham le dirigió una mirada exasperada.

Ella lo entendió. Debe ser difícil ver a su propio nieto aferrarse a ella, la única persona en la que no podía confiar. Fijó el cronómetro para el jamón y se ocupó cortando la lechuga. Al día siguiente, domingo de Resurrección, no había ningún signo del conejito de Pascua, huevos de colores brillantes, ni chocolates especiales. Solamente los lirios de Pascua que rodeaban el ataúd de Duncan, la pieza central que descansaba cerca del altar para la misa fúnebre. Toda la ciudad se había reunido y parecía surrealista que con la muerte en medio de ellos, el sermón se centró alrededor del renacimiento.

Después del servicio, los feligreses siguieron a Graham, Ross y otros cuatro mientras llevaban el ataúd de Duncan por el camino hasta el cementerio. El padre Gregory dijo unas palabras y una oración por Duncan. Entonces los cuernos ruidosos de un grupo de barcos de pesca que estaban apenas fuera de la ensenada resonaron simultáneamente, dando a Duncan una despedida alegre. Trajo lágrimas a los ojos de Cait y deseó que Duncan estuviera allí para verlo. Mattie apretó su mano y ella lo miró. Él asintió con la cabeza.

Todos se retiraron hacia la casa, el grupo de costura a la cabeza de la manada, corriendo para llevar la comida a la mesa de la casa grande antes de la embestida de la gente.

En la tumba estaban solo los tres: Cait, Mattie y Graham. Mattie estaba en el medio de los dos adultos, sosteniendo sus manos.

Cait miró a Graham y vio las lágrimas que corrían por su rostro. Sacó un pañuelo limpio del bolsillo y se lo entregó. Lo miró por un momento y luego, finalmente lo tomó.

Cait se inclinó hacia Mattie.

—¿Quieres volver a casa ahora o quieres quedarte aquí un rato? —Él señaló con la cabeza hacia el sendero para que los dos salieran, dejando a Graham solo en la tumba.



Graham se quedó con Duncan durante mucho tiempo, no quería dejar a su hijo. Lo había hecho demasiadas veces en su vida. Tantos días perdidos.

Se pasó una mano por el pelo. Una pequeña voz dentro de su cabeza le dijo que no se reprendiera. La voz de Caity. Su carrera había sido una bendición. Y al final, Duncan también lo había visto así.

Graham no sabía lo que iba a hacer con Caity. Dijo que quería que se fuera. Pero tenerla allí en la habitación cuando Duncan se había ido había sido un consuelo para él y no entendía por qué.

Ella le había mentado, le había engañado, le había traicionado. Sin embargo, todavía la quería cerca. Su única explicación: el dolor.

Finalmente, Graham se arrodilló y puso su mano sobre la tierra que cubría la tumba.

—Volveré a verte pronto. —Sabía que Duncan no estaba realmente allí. Había ido a un lugar mejor, donde la enfermedad no existía. Pero la idea de que su hijo estuviera en lo alto del risco, mirando hacia el pueblo, consoló a Graham. Se fue para unirse a los otros.

Cuando llegó a su casa, Deydy tenía la cocina funcionando sin problemas con el resto de la casa llena de personas.

—¿Dónde está Mattie? —preguntó.

—En el salón —dijo Moira—. Con Caity.

Caminó por el pasillo, con la intención de afirmar que Mattie era suyo. Pero cuando llegó a la esquina, se detuvo antes de entrar. Los tres estaban en el diván: Mattie, Caity y Dingus; acurrucados.

Caity pasaba la mano por el pelo de su nieto.

—Al principio, todos creen que tienen que decir cuánto lo sienten. Y tienes que dejarlos, incluso si te hace querer gritar. Decir que lo sienten los ayudan con su dolor, eso es todo. Vamos a pasar este día, entonces prometo que va a mejorar. —Mattie apoyó la cabeza en su hombro—. Y cuando tu abuelo llegue aquí, necesitas darle amor extra. Lo necesita. —Caity se desvaneció ante una lágrima que corría por su mejilla—. Todos vamos a estar bien.

*Estaremos bien.*

El pecho de Graham dolía, se calentaba y se derretía de repente. Caity. Ella lo había olvidado, pero él todavía la necesitaba.

Moira y Amy llegaron detrás de él, pasando junto a él con platos de comida y bebidas.

—Para Caity y Mattie —explicó Moira.

Cuando Caity alzó la mirada, se deslizó hacia el pasillo fuera de la vista.

Durante horas, la gente vagó por ahí y finalmente, todos se despidieron y salieron de la casa.

Graham entró en la sala y se paró junto a la chimenea junto a la almohada mullida de Preciosa, ahora la cama de Dingus. Caity y Mattie todavía estaban sentados en el sofá, pero ahora con un libro de George el Curioso entre ellos. Durante mucho tiempo nadie dijo nada. Se debatió acerca de qué hacer con Caity y necesitaba tiempo para pensarlo. Era increíblemente difícil tomar decisiones con ella tan cerca.

Finalmente, fue a Mattie y lo recogió.

—¿Ven a dormir conmigo esta noche, muchacho?

Mattie asintió con la cabeza. El muchacho miró a Caity para ver si iba a venir con ellos, pero Graham no confió en sí mismo para hablar. Si lo hacía, hubiera querido que Caity estuviera a su lado, confortándolo. En cambio, salió de la habitación, dejando a Caity sola.

Esa noche, Graham soñó con Duncan. Estaban en su barco, tirando de las redes. Duncan tenía ojos tristes y solo dijo una cosa.

—¿Qué hay de Caity?

A la mañana siguiente, Graham se levantó antes de que el sol saliera y se preparó un café.

La puerta trasera se abrió y Caity entró. Ella saltó sorprendida cuando lo vio y se llevó la mano al pecho.

Él quería llegar y calmarla, pero no lo hizo.

—Lo siento —balbuceó—. No voy a entrar. Deydy está algo deprimida. Me pidió que viniera a prepararle el desayuno y comenzar poniendo una lavadora. Estaré fuera de aquí tan pronto como pueda.

—Caity. —Quiso gritarle hasta que se fuera para siempre, y besarla para que nunca lo hiciera—. Deberíamos hablar.

Ella se asustó. Empujó hacia atrás su pelo, incómoda, sus ojos lanzándose de lado a lado.

—Déjame tomar un poco de café primero.

Graham no pudo evitar memorizar cada uno de sus movimientos. Cómo bebía de su taza de café por la vida misma, cómo había tomado abundante crema y azúcar, pero sobre todo lo adorable que se veía esta mañana.

Ella parecía estar tomándose su tiempo, demorándose. Reuniendo sus pensamientos o su coraje, no podía decir cuál.

Rígidamente, como si hubiera estado llena de hormigón, atravesó la habitación y se sentó frente a él. Tomó un sorbo de café, sin mirarlo a los ojos.

Finalmente, levantó la vista. Ambos hablaron de inmediato.

—Caity...

—Graham, yo...

Le hizo un gesto para que ella hablara primero.

Frunciendo el ceño a su taza de café, pasó el dedo por el borde.

—Nunca escribí ese artículo. —Ella soltó un largo suspiro—. No me malinterpretes, quería hacerlo. Pero cuando llegué a conocerte... Y por supuesto, a Mattie y Duncan...

Su frente se arrugaba en líneas más profundas. Quería estirar la mano y consolarla, pero no lo hizo.

Ella miró su taza de café, casi hablando con ella en lugar de con él.

—Te iba a confesar todo. Solo necesitaba un poco de valor. Y entonces, bueno, todo se puso peor. Duncan... —Se interrumpió—. Nunca quise que encontraras los cuadernos de la manera que lo hiciste. Nunca quise aumentar tu dolor. —Su voz se quebró, pero siguió—. Tú y Duncan y Mattie habéis sido tan buenos conmigo. —Ella lo miró entonces y una lágrima se deslizó por su mejilla—. Simplemente no podría traicionarte. Ni siquiera para salvarme a mí misma.

Algo dentro de él se abrió. ¿Se había sacrificado por él y su familia? Una segunda lágrima rodó.

—Lo siento mucho, Graham. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

Él se acercó para tocar su mano, darle consuelo y detener sus lágrimas. Pero no pudo evitarlo. Él la subió sobre su regazo. Ella jadeó y por segunda vez esta mañana, la había sacudido. Ella envolvió sus brazos a su alrededor y enterró su cabeza en su cuello con un pequeño sollozo. Dios, se sentía tan bien. Muy bien. La saboreó durante un largo rato. La apartó para que pudiera ver su cara. Él empujó su pelo detrás de su oreja, forzándola a mirarlo.

—No, muchacha, es en parte culpa mía. Debería haberte dejado explicar. Sé que lo intentaste. Yo fui un idiota.

Ella abrió su boca para defenderlo, pero puso un dedo en sus labios.

—Shh. Yo estaba triste. Todavía lo estoy.

—Lo sé. Yo también.

—Pero vamos a superar esto. Vamos a estar bien. Al igual que le dijiste a Mattie. —Las palabras de ella lo habían calmado a pesar de que habían sido destinadas a su nieto.

—Entonces, tú y yo, ¿estamos bien? —susurró, escudriñando sus ojos—. ¿Somos amigos de nuevo?

—No —dijo—. No necesito más amigos.

La sorpresa y el dolor se registraron en todo su cuerpo. Trató de alejarse.

—Pero...

Él tomó su cara y la besó profundamente tratando de mostrarle lo que sentía, cómo sus sentimientos iban más allá. Sin embargo, el beso no fue suficiente. Se levantó, poniéndola sobre sus pies, deseando más de su cuerpo, presionado contra él. Ella se aferró a su cuello, le devolvió el beso, luego se envolvió con sus piernas alrededor de su cintura.

Él gruñó en sus labios. La llevaría arriba y le mostraría cuánto la había extrañado y cuánto se preocupaba por ella. Y finalmente le diría que la amaba como Duncan le había dicho. Con el tiempo, Graham sabía que podía hacer que ella lo amara. Cuando empezó a subir las escaleras, su móvil sonó con el tono de llamada de su agente. Graham lo dejó ir al buzón de voz, ignorando el hecho de que Sid no lo llamaría a esta hora y ciertamente no la mañana siguiente al funeral de Duncan. Su teléfono volvió a sonar.

—Déjame apagarlo. —Caity se resbaló de sus brazos a regañadientes—. Está bien si tienes que atender la llamada.

—No. Tengo cosas más importantes. —Le lanzó una mirada ahumada—. Mucho más importantes. —El teléfono dejó de sonar. Mientras lo sacaba de su bolsillo, vio un mensaje de texto.

Leyó el mensaje:

¡Urgente! ¡¡¡Llámame ahora!!!

—Maldición. —Graham suspiró pesadamente—. Tengo que llamar a Sid. —Miró a Caity. Ya estaba extrañando su cuerpo.

—Está bien. —Su rostro era brillante, sus labios sonrientes por besarlo.  
Solo dame un momento.

Le agarró la mano, sin dejarla ir demasiado lejos y llamó a su maldito agente.

—Tu elección del momento apesta.

Sid se aclaró la garganta.

—No quería molestarte, pero hay noticias que no podían esperar.

—Habla —dijo Graham.

Es el último guión.

No podía imaginar por qué Sid hablaría de eso ahora.

—Lo rechacé, ¿recuerdas? Ese barco ha navegado.

—No exactamente —dijo Sid—. Craig se arrepintió y la grabación ya ha comenzado. El estudio te quiere. Siempre te ha querido.

Un millón de pensamientos convergieron en la cabeza de Graham. *Pero Duncan fue enterrado ayer. Caity y Mattie. Su vida aquí.*

Sid leyó su mente.

—Sé que es mucho pedir. Especialmente con... —Dejó que las palabras murieran—. Pero el estudio en Nueva Zelanda está perdiendo mucho dinero por día. Realmente podrían usarte ahora. ¿Puedes llegar a Inverness y volar en pocas horas?

Mattie entró en la cocina con su pijama de Thor y se sentó en la mesa de la cocina, frotándose sus ojos somnolientos.

—Necesitaré hablar con mi familia primero. —Graham lo dejó en eso y colgó.

Envolvió su brazo alrededor del hombro de Caity y se volvió hacia su nieto, frunciendo el ceño, sin tiempo para ponerle una buena cara.

—Mattie, ¿te gustaría ir conmigo a Nueva Zelanda?

Mattie sacudió la cabeza, reflejando su ceño fruncido.

Graham no podía alejarse y dejarlo a él y a *Caity*, no ahora.

—Es un hermoso país. Te traeremos un tutor. Estaremos juntos todo el

tiempo.

Mattie corrió hacia Caity y se ancló a ella con los brazos.

Caity soltó a Graham y abrazó al muchacho, mirando a Graham con curiosidad. De repente, la luz se encendió en sus ojos.

—Oh, ¡Dios mío! —Estaba tan emocionada—. Es el guión que rechazaste, ¿no? —Su sonrisa canalizó el sol—. Oh, Graham, tienes que aceptarlo.

Él hizo una mueca.

—No puedo irme. —*No sin Mattie y no sin ti.*

Mattie se desató de Caity y se acercó a él y tiró de su mano. Los pequeños ojos de Mattie estaban llenos de aliento.

Caity inclinó la cabeza hacia un lado.

—Creo que te está diciendo, «abuelo, que no puedes rechazar esto. Tienes que hacerlo».

—Pero ¿qué pasa con las cosas aquí? —preguntó Graham—. Yo tengo responsabilidades. —*Y te tengo a ti.*

Caity se puso las manos en las caderas, recordándole a Deydy furiosa.

—Es exactamente esa la razón por la que Duncan me pidió que fuera tu respaldo. —Se encogió un poco al decir el nombre de Duncan, pero luego les dio una sonrisa y se volvió hacia Mattie—. Me han pedido que tome el mejor trabajo del mundo, pasar tiempo contigo... y él —le señaló Graham acusadoramente— tiene un problema con eso. ¿No cree que sea capaz de hacer un buen trabajo?

Mattie volvió a ella y la abrazó de manera protectora esta vez.

Ver a su nieto tan unido a Caity... Su corazón se hinchó. Él también estaba unido a ella.

—Bueno —dijo Graham—. Veo que las cosas están bajo control aquí. Lo mejor es que haga las maletas.

Él quería decirle lo que sentía, pero no podía dejar la palabra con «A» salir de sus labios. No sería justo para ella. Tenía que demostrarle que lo



decía en serio. Tenía que hacerlo bien. Su necesidad de decirselo tendría que esperar.

# Capítulo Veintiséis

Cait se sentó con Mattie en la mesa del desayuno, ambos en pijama con tazones de avena delante de ellos y un calendario entre los dos. Cinco semanas y un día habían pasado. Golpeó el próximo miércoles.

—Así que vamos a ver si estamos de acuerdo. El abuelo te dijo que podría llegar a casa la próxima semana, ¿verdad?

El chico asintió y señaló el miércoles, también.

Ella asintió con la cabeza.

—Solo revisando. Debemos asegurarnos de que nos está contando la misma historia.

Mattie tomó su mano y sonrió con brillo en sus ojos. Si no fuera su chiquillo silencioso, estaba segura de que estaría burlándose de su nerviosismo.

Desde el día que Graham se había ido, había estado nerviosa y ansiosa, su vida estaba tan inquieta.

—Estaré bien —dijo, tratando de convencer a Mattie. O tal vez intentaba convencerse a sí misma.

Oh, claro, Graham había llamado la mayoría de días. Ella pondría a Mattie en primer lugar. Su chico asentía con la cabeza o sacudía la cabeza, pero no había dicho nada desde la muerte de Duncan. Cait no iba a presionar al niño. Sabía que cuando tuviera algo que decir, lo diría. Después de un tiempo con su abuelo en el teléfono, Mattie se lo devolvía. Y entonces ella desperdiciaba estúpidamente cada segundo de su precioso tiempo con Graham, tratando de descifrar sus palabras, buscando pistas ocultas.

«Te echo de menos». *Me ama.*

«El horario de la grabación es espantoso». *No me ama.*

«El atardecer de esta mañana me recordó a ti». *Me ama.*

«No sé cuándo podré volver a casa». *No me ama.*

Ella era un ridículo desastre emocional. No sabía qué sentía Graham al respecto y eso la volvía loca. ¿Por qué no podía simplemente ser feliz y olvidarse de lo demás?

El año pasado, en la misma época del año, no tenía nada. Pero ahora tenía una verdadera familia: su abuela y Mattie. También tenía su comunidad. El grupo de costura y la ciudad entera se había incrustado en el corazón de Cait y ahora les quería mucho.

No se atrevió a poner a Graham en la lista. Ella no era una persona supersticiosa, pero no se iba a arriesgar con suposiciones. Había encontrado la única cosa que la había eludido durante tanto tiempo: el verdadero amor. No era esa mierda de uso y abuso a la que estaba acostumbrada. Lo que sentía por Graham iba mucho más allá de lo que había experimentado o esperado.

Debía estar feliz de que él la hubiera perdonado. Pero ella quería más. Requería de toda su moderación para que cuando Graham llamara no le gritara: ¡Te amo, idiota! ¿Me amas tú a mí?

Ella volvió a tocar el calendario.

—Además de la llegada del abuelo a casa, la próxima semana es nuestro primer retiro. Sin embargo, estoy preocupada por la comida, Mattie. Solo esa parte es un montón de trabajo. Tal vez sea hora de que Gandiegow consiga un restaurante. Luego durante los retiros de acolchado, el restaurante podría hacer el catering y podemos preocuparnos por mantener ocupados a los que vengan.

El pobre chico. Había escuchado su conversación sobre el retiro durante las últimas cinco semanas. Pero gracias a Dios por el retiro. Había mantenido su mente ocupada, hasta cierto punto. Deydy, el grupo de costura y todos los de Gandiegow habían ayudado y parecía que el primer retiro sería un éxito. Ella estaba agradecida de que los arreglos hubieran tomado mucho tiempo; le habían impedido concentrarse en su vida amorosa. O vida no amorosa. Sin eso, la ciudad habría tenido que internarla por preocuparse y preocuparse por su relación con Graham. Incluso había hecho una colcha para él y la había llamado *Estrella de Gandiegow* ya que le recordaba a él, su masculinidad

reflejada en los colores del edredón. El centro de la estrella estaba rodeado de robustos bloques de troncos, una capa de protección para él del mundo exterior.

Por las noches, cuando extrañaba mucho a Graham, se rendía a una de sus películas. Luego, durante dos horas, se dejaba caer en la soledad. Nunca más de dos horas y nunca cuando Mattie estaba alrededor.

Cait saltó de su asiento para tomar otra taza de café. Debería reducir la cafeína, pero tenía poca fuerza de voluntad en estos días. A medio camino, se desvió.

—Mejor que empiece el estofado en el *Crockpot* —dijo a Mattie.

El niño tomó un poco de harina de avena mientras ella se dirigía a la nevera y sacaba las zanahorias del cajón. La puerta trasera se abrió y gritó desde el otro lado de la puerta del refrigerador:

—Mattie, ¿puedes sacar la cazuela mientras estás allí?

Pero cuando cerró la puerta y vio quién tenía la cazuela en la mano, dejó caer las zanahorias. Se dispersaron por todo el suelo como palillos chinos.

Graham dejó lo que tenía en la mano mientras ella lo contemplaba. Cada pequeño glorioso pedazo de él. Había tomado el sol, su bronceado resaltaba las manchas de oro en sus ojos castaños. Su cabello había crecido y sus dedos ansiaban acariciarlo. Ella quería encontrarse con sus grandes y fuertes brazos, pero un instinto la contuvo. Lo que probablemente fue mejor. Si había aprendido la lección bien, lo mejor era probar las aguas antes de saltar. Menos probabilidades de hundirse y ahogarse.

Graham sostuvo al niño en un abrazo apretado, cerrando los ojos. Finalmente, levantó la vista y la encontró. Mattie movió los brazos y tiró de Graham hacia Cait. Se pararon de pies a pies y una corriente eléctrica fluía entre ellos. La auto-conservación la mantenía enraizada en su lugar. Ella tenía más que perder porque era ella quien amaba.

—Y tú, lady Caitriona, ¿no quieres darle un gran abrazo a este actor perdido?

El corazón le dio un vuelco. Desear un abrazo no significaba que la amara. En lugar de volar a sus brazos, se arrodilló para recoger las zanahorias expandidas. Mantuvo los ojos fijos en el suelo, pero le habló, dándole un poco de actitud de Deydy.

—¿Por qué no llamaste y nos dijiste que estabas de vuelta? Podríamos haber planeado un regreso a casa.

—El único regreso a casa que necesito, muchacha, es verlos a ustedes.

Ella se levantó con sus lindas zanahorias y se encontró con sus ojos.

—¿Esto significa que has terminado de grabar?

—Terminamos hace tres días, anunció.

Ella y Mattie fruncieron el ceño, pero Cait habló por los dos mientras dejaba caer las zanahorias en el fregadero.

—¿Y no pensaste en volver a casa antes? Hay personas aquí que te echan de menos.

—¿Están aquí ahora? —Rió entre dientes.

—Me refiero a Mattie. Necesita a su abuelo. ¿Dónde has estado?

—Secreto.

Graham guiñó un ojo a Mattie y luego agarró a Cait y la besó profundamente. Antes de que pudiera controlar por completo los fuegos artificiales encendidos por todo su cuerpo, la puso de nuevo en el suelo, tambaleante, y se alejó. Ella ni siquiera pudo dar una respuesta coherente. Graham le sonrió como si fuera el dueño del mundo, actuando como si fuera suya, el castillo y la fortaleza.

—Te sugiero que te prepares para el día de hoy —dijo Graham mientras le daba una mirada a las partes bajas de su pijama de los Osos Amorosos distraídamente.

Él la había confundido. Había algo que tenía que hacer hoy, algo importante. Continuó, sonriéndole.

—Pronto tendrás un retiro acolchado. ¿No necesitas apurarte?

Su cerebro se aclaró y se sintió estúpida.

—Bueno, fue un buen saludo —murmuró.

A ella no le gustaba que le mandaran, pero salió con la cabeza en alto, tomando su taza de café subió escaleras arriba. Mientras se duchaba, se preocupó de cómo todo esto se jugaría. ¿Su corazón dejaría de saltar tan ruidosamente cuando Graham estuviera cerca? En algún momento de hoy, sin embargo, tendría que acorralarlo para una charla.

Después de secarse el cabello y pasar más tiempo con su maquillaje de lo que había hecho en las últimas cinco semanas, fue a buscar a los hombres de la casa, con el estómago revuelto en nervios. Los encontró en el piso de arriba. Ambos saltaron cuando abrió la puerta y Graham cerró de golpe el cajón del escritorio.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó.

—Un regalo para Dingus —dijo Graham, y los oídos del perro se animaron.

—Bien. No me lo digas. Estaré en el pueblo con las chicas.

—Tómate tu tiempo —gruñó Graham—. No te preocupes por nosotros.

Mattie rió entre dientes.

Nunca había hecho eso antes.

—Bueno —dijo ella—. Entonces me iré.

—No dejes que la puerta te golpee en el...

Cerró la puerta para no oír el resto.



Cait se sentó junto a Deydy en la Central de Acolchado, tratando de concentrarse en el menú del almuerzo para el retiro. Había transcurrido una hora desde que había visto a Graham y a Mattie, y a cada minuto que pasaba, cada vez estaba más obsesionada con lo que podía o no estar pasando con Graham.

Había habido un montón de rumores sobre su regreso, todas las chicas del grupo de costura le preguntaron dos veces en cuanto a cómo se veía, lo que

había dicho, y cuáles eran sus planes ahora. Cait había querido gritar, *¿Cómo demonios voy a saberlo?* Los segundos marcados en el reloj de pared, iban demasiado lento para sus emociones ansiosas.

A través de Mattie, estaba inevitablemente ligada a Graham. Pero, ¿qué significaba eso? ¿Se casarían como había pedido Duncan? Pero ¿y el amor? Su corazón lloraba.

Respiró hondo y volvió a repasar todo en su mente. Ahora tenía una buena vida aquí y una nueva carrera. La Central de Acolchado tenía un montón de mesas para máquinas de coser y espacio suficiente para que todas y cada uno de ellas pasaran por allí y cosieran el progreso de su comunidad.

Cait bajó la pluma y miró alrededor de la habitación, sacudiendo la cabeza ante la divertida verdad de todo. Mientras que ella había estado intentando restaurar la aldea de nuevo a su gloria anterior, Gandiegow la había restaurado a ella.

Y si hoy hubiera sido cualquier otro día, si él mismo no se hubiera materializado en el aire, Cait sabía que el zumbido de las mujeres a su alrededor le hubiera dado gran satisfacción. Pero estaba demasiado nerviosa. Graham la había convertido en un desastre.

Cait puso una mano en el hombro de su abuela para aliviar sus nervios. Deydy la miró e incluso no intentó apartar su mano.

—Te estoy muy agradecida, ¿sabes? Eres mi ancla —dijo Cait.

—Sí, soy eso y más. Esta vieja ancla, sin embargo, se siente un poco su edad hoy. Este frío clima de mayo se ha filtrado en mis huesos. ¿Pueden traerme una taza de té? —Deydy le lanzó una sonrisa de dientes retorcidos, la sonrisa que Cait había esperado desde que había llegado a Escocia.

Sin embargo, antes de que pudiera buscar el té, la puerta se abrió y todas las mujeres levantaron la vista. Eran Graham y Mattie. Las muchachas salieron de sus sillas para saludarlo.

—Es genial estar en casa —dijo a la multitud. Había cambiado sus pantalones y sudadera por una falda escocesa, un suéter de lana ligera y un par

de pesadas botas negras.

Cait se quedó en su asiento, pero no tenía autocontrol. Dejó escapar su pregunta cuando debería haber mantenido la boca cerrada.

—¿Cuál es la ocasión?

Graham la atacó.

—¿No puede un escocés vestirse como un escocés? —replicó él.

—Supongo. —Ella bajó la cabeza y se concentró en el menú del almuerzo, tratando de no sobrecalentarse debido a la cercanía de él en ese atuendo.

—Caity, voy a hablar contigo —dijo él.

Ella frunció el ceño.

—Estoy ocupada. —Ella volvió a su trabajo.

—Ven a dar un paseo conmigo.

Tenía dos opciones: mantener su culo pegado al asiento o salir por la puerta tras él como si fuera Dingus.

—Oh, está bien. —Dingus sería, maldita sea. Ella tapó su pluma y agarró su chaqueta.

Afuera, esperaba que él empezara a hablar de la razón de la caminata, pero permaneció en silencio. Por el rabillo del ojo, lo miró. Él le hizo sentir cálida y acogedora a pesar de la brisa fresca del océano. Todavía no sabía el estatus de su relación y eso la estaba volviendo loca. La condujo hacia el muelle desgastado.

Graham miró hacia el mar y se aclaró la garganta. Tengo un proyecto que tienes que hacer.

Su expresión satisfecha le molestaba.

—¿Podrías conseguir que alguien más lo hiciera? —dijo—. Estoy abrumada por el retiro.

—Es un proyecto de escritura —le dijo.

Su rostro se encendió de vergüenza. Un proyecto de escritura le había causado un montón de problemas con él antes.



—¿Ni siquiera sientes un poco de curiosidad?

—Adelante y habla, si tienes que hacerlo. —Pero él había despertado su interés.

—Necesito que mi biografía oficial sea escrita.

—¿En serio? —Estaba un poco sorprendida. Siempre había mantenido su vida personal, lo más lejos posible de los medios de comunicación.

—Sí. Y quiero que seas tú quien lo haga. Llámalo «Aparece Celebridad Perdida» o algo así. ¿No es así como ibas a llamar a tu artículo sobre mí?

Un poco más de culpa le golpeó pero ella se recuperó.

—Creo que el viento frío bajo tu falda te tiene un poco loco.

Él actuó como si no la hubiera oído y la agarró de la mano, arrastrándola hacia el muelle mientras hablaba por encima de su hombro.

—Sid piensa que debería tratarse de mi lucha por enfrentar mi vida y mi profesión. Creo que debería ser sobre mis raíces y lo que me llevó a ser real con el mundo.

Ella frunció el ceño y sintió un comentario inteligente abriéndose camino en su cerebro.

—En serio, es mejor que entres y te calientes frente al fuego. O te acuestes. Estoy preocupada por ti.

—Quiero dedicarla a Duncan.

—Oh. —Eso la calló. Ella le devolvió la mano y se detuvieron.

Se volvió y le dirigió una triste y consciente sonrisa, como si supiera lo que sentía. Él le acomodó un rizo suelto detrás de la oreja, rozando su mejilla con los dedos. Un toque inocente, pero tenía su cuerpo chisporroteando igual. ¡Dios!, le había echado mucho de menos. Continuó.

—Pensé que los ingresos del libro deberían ir a un fondo de becas para todos los hijos de los pescadores de Escocia. Ayudarlos a darles un comienzo.

—Me encanta la idea, pero ¿cuándo...? —empezó ella.

Él la cortó.

—No podemos empezar con eso hasta después de la boda.

Su respiración se detuvo completamente. No saldría ninguna palabra. Finalmente, ella recuperó el control sobre sus cuerdas vocales.

—¿Qué boda? —*Solo para aclarar las cosas.* Sacudió la cabeza.

—Tú sabes muy bien, Caitriona Macleod, de qué boda estoy hablando.

—Pero... —Se apoyó en una rodilla y ella se sintió caer por un precipicio. *Realmente estaba pasando.*

Cait miró alrededor, bastante segura de sí misma, el grupo de costura entero se habían apretado en la ventana, mirándolos, podía ver a las gemelas apuntando en su dirección.

—Yo también las veo.

Graham sacó una pequeña caja de su bolsillo, y la abrió. Era un anillo de diamantes, colocado en una banda sustancial, nudos célticos decoraban ambos lados.

—Oh, Dios mío.

—No puedes decir «no». No con todos observando. —Graham la miró profundamente a los ojos—. Caity, mi querida muchacha, no debería haberme demorado tanto. Debería haberte dicho hace mucho tiempo cómo me sentía. Te amo. Eres mi cielo claro, mis aguas tranquilas, mi vida. —Él besó su mano—. Con el tiempo, después de casarnos, ¿crees que vas a llegar a amarme?

Su corazón saltó en un latido y luego se elevó, finalmente satisfecho. Se sentía tranquila y en paz, de pie junto al océano.

—Levántate, tonto. —Ella lo levantó—. Te has puesto la rodilla bastante sucia.

—¿Vas a ofenderme? —preguntó, imperturbable.

—Es algo para recordarte que eres solo un mortal —dijo ella.

—Siempre preocupada por mi bienestar, ¿no es así?

Él puso su mano en su mejilla.

—Pero no has respondido a mi pregunta.

—Te he amado siempre —admitió—. Y al señor Darcy, por supuesto, pero eso no fue más que un enamoramiento pasajero. —Levantó las manos

hacia su pecho y habló muy despacio, mirándolo a los ojos—. Es al verdadero Graham Buchanan, no la estrella de cine, a quien amo con todo mi corazón.

Sus ojos se posaron sobre ella con calidez y asombro.

—¿De verdad me amas?

—Sí. —Ella abrió los brazos—. Mi amor por ti es más grande que el océano. —Ella rió, muy contenta—. Te amo más que a los pasteles de cereza de Deydy. ¡Y eso es mucho! —Luego envolvió sus brazos alrededor de su cuello—. Te amo más que a todo.

—¿Te casarás conmigo entonces? —preguntó, sus ojos buscaban los de ella.

Ella miró hacia el campanario blanco de la iglesia de Gandiegow.

—Sí, me casaré contigo y eso me hará la mujer más feliz del planeta.

Él la levantó y la abrazó.

—Tú me has hecho muy feliz también.

Ella le dio un golpe.

—Pero por el amor de Dios, podrías haberme dicho lo que sentías antes. Me has vuelto absolutamente loca. —Él la soltó y sonrió.

—Un poco de locura no es algo malo. Simplemente significa que encajas aquí en Gandiegow.

—¿Encajar? —dijo suavemente y luego asintió con la cabeza—. Realmente estoy en casa, ¿no? Ya se acabó lo de estar asustada y sola.

La tomó en sus brazos.

—Te prometo que nunca estarás sola otra vez. Y que siempre estarás a salvo conmigo, Caity. Ahora lo sé. Solo me tomó un tiempo entenderlo.

Ella envolvió sus brazos alrededor de él, también, y lo besó.

Vagamente se oyeron unos pasos pequeños corriendo en el muelle. Hasta que un pequeño cuerpo se estrelló contra los suyos, sacudiendo su beso. Pequeños brazos envueltos alrededor de sus cinturas, abrazándolos. Graham y Cait miraron hacia abajo y encontraron a Mattie. Cait se maravilló del progreso del niño. Hace unos meses, no podía acercarse al muelle sin temblar,

y mucho menos salir corriendo. Pero aquí estaba. Había dado otro paso hacia la recuperación.

—¿Qué dices, monito? —Cait le revolvió el pelo—. ¿Debo casarme con tu abuelo?

Mattie les sonrió con lágrimas de felicidad en sus ojos y asintió enfáticamente.

Exclamaciones de alegría se oyeron desde la ventana de la Central de Acolchado.

—Bueno, eso es lo suficientemente bueno para mí. Supongo que es un trato cerrado.

—Le dio a Graham una sonrisa chispeante y buscó la caja en su mano.

—¿Cuántos quilates tiene esta cosa?



Más tarde, esa noche, después de que Mattie se acostara, Graham extendió su nueva colcha frente a la chimenea. Le encantaba que lo hubiera hecho para él. Había preparado un plato de queso y fruta más dos copas de vino, pero en este momento, Graham solo quería tenerla a ella.

Cait tiró un par de almohadas en el suelo, sus ojos lo buscaron y luego se alejaron. Ahora estaba un poco tímida y callada. Pero toda la tarde había charlado sobre Mattie, el retiro y todo lo que había pasado mientras había estado ausente. Él sabía cuando la escuchaba que lo consideraba un juego previo. Pero había extrañado su voz y al oírla le había hecho sonreír.

Él se paró frente a ella y jugó con el botón superior de su blusa.

—¿Estás feliz, muchacha? —Su voz sonó ronca, incluso para él. Estaba ansioso por desnudarla, pero necesitaba saber primero que todo estaba bien.

Ella puso una suave mano en su mejilla.

—Nadie ha sido más feliz nunca.

—¿Piensas ahora que puedo mostrarte lo feliz que me has hecho a mí? — Él pasó un dedo bajo su botón superior mientras lo deshacía.

Ella respiró hondo.

—Sí. —Su acento se había intensificado—. Esperaba que estuviera en tus planes.

—Sí, planes. —Él bajó la cabeza y le besó el cuello. Estaba tan encendido, pero había cosas que necesitaban discutir y no tenía nada que ver con el retiro. Pasó a mordisquear su oreja.

—Tengo que saber, Caity, ¿querrás tener un bebé conmigo? —¡Dios!, amaba tanto a esta mujer.

Volvió a respirar y besó sus magníficos labios. Le tomó un tiempo responder.

—Me encantaría darle a Mattie un hermano o una hermana. —Ella se quitó el suéter por encima de su cabeza y pasó las manos por su pecho musculoso—. ¿O sería una tía o un tío?

Graham la envolvió en sus brazos y la besó mientras la tiraba al suelo.

—Sí. —Fue lo último que dijo mientras se perdía en ella y en la vida que los esperaba.